

EL CATECISMO DE LOS JÓVENES

CARLOS MIGUEL BUELA

EL CATECISMO DE LOS JÓVENES

Actualizado y aumentado de acuerdo al
Catecismo de la Iglesia Católica



IVE Press

New York – 2006

Cover Design

IVE Press

Cover Art

Rev. Rolando Santoianni

© IVE Press

© Servizio Fotografico “L'Osservatore Romano”

Text

© IVE Press, New York

Institute of the Incarnate Word, Inc.

All right reserved

Manufactured in the United States of America

113 East 117th Street

New York, NY 10035

Ph. (212) 534 5257

Fax (212) 534 5258

Email ivepress@ive.org

[http:// www.ivepress.org](http://www.ivepress.org)

ISBN 1-933871-00-8

© Catalogued in the Library of Congress of the US.

Printed in the United States of America ∞

C 1

Nihil obstat

R.P. Luis Kukovica, SJ

Censor eclesiástico

Buenos Aires, 23 de Noviembre de 1975.

Imprimatur

Manuel Menéndez

Obispo de San Martín

San Martín, 2 de Enero de 1976.

C 15 14 13 12 11 10 9

SUMARIO

SUMARIO	7
PRESENTACIÓN.....	11
AL LECTOR.....	13

LAS CUATRO PARTES DE LA DOCTRINA CATÓLICA

1. LO QUE DEBEMOS CREER	17
2. LO QUE DEBEMOS RECIBIR	20
3. LO QUE DEBEMOS HACER	22
4. LO QUE DEBEMOS REZAR.....	23

PRIMERA PARTE LO QUE DEBEMOS CREER

LA PROFESIÓN DE LA FE	27
Primera Sección	
«CREO» – «CREEMOS»	31
Segunda Sección	
LA PROFESIÓN DE LA FE CRISTIANA:	
EL CREDO	51

SEGUNDA PARTE LO QUE DEBEMOS RECIBIR

LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO	165
---	-----

Primera Sección	
LA ECONOMÍA SACRAMENTAL.....	169
Segunda Sección	
LOS SIETE SACRAMENTOS	
DE LA IGLESIA.....	185

TERCERA PARTE

LO QUE HAY QUE HACER

LA VIDA EN CRISTO	213
Primera Sección	
LA VOCACIÓN DEL HOMBRE:	
LA VIDA EN EL ESPÍRITU	217
Segunda Sección	
LOS DIEZ MANDAMIENTOS.....	253

CUARTA PARTE

LO QUE HAY QUE REZAR

LA ORACIÓN CRISTIANA.....	305
Primera sección	
LA ORACIÓN EN LA VIDA CRISTIANA	309
Segunda Sección	
LA ORACIÓN DEL SEÑOR:	
«EL PADRE NUESTRO»	337
EPÍLOGO	343
APÉNDICES.....	347
Para aprender de memoria.....	349
Para utilizar la Sagrada Escritura.....	358

Modo práctico de confesarte	366
Modo práctico de rezar el Santo Rosario	369
ÍNDICES.....	377
Índice General.....	379
Índice Temático	391

PRESENTACIÓN

Tengo el gusto de presentar esta nueva Edición del *Catecismo de los jóvenes*, actualizada y completada.

Para ello hemos tenido como especial punto de referencia el *Catecismo de la Iglesia Católica*, de tal manera, que los jóvenes se habitúen a él y lo usen generosamente para profundizar en los temas que les interesen.

Para completar la doctrina hemos seguido el fácil, y seguro expediente de transcribir, literalmente, lo que en el *Catecismo de la Iglesia Católica* aparece como resumen.

Hemos rehecho lo que se trata sobre la Iglesia y mejorado distintas partes, en particular, los mandamientos.

Pusimos las referencias de las citas a pié de página (todas las que pudimos) y hemos mejorado la edición con un índice de materias y apéndices.

Agradezco a todos los que me han ayudado para poder ofrecer esta nueva edición. Solo me queda desear que tenga la misma benévola acogida, que tuvieron las anteriores y para ello pongo este texto en manos de María de Luján.

P. Carlos Miguel Buela, V.E
7 de octubre de 1998.

AL LECTOR

Querido lector:

Toma con cariño y amor este Catecismo, ya que en él vas a aprender o recordar las cosas más importantes que existen, aquello que hace las delicias de los santos y que para los sabios es más dulce que la miel.

¿Hay acaso algo más importante que Dios y las cosas de Dios? De ninguna manera. Pues bien, vas a aprender a conocer, a amar y a servir a Dios y eso es algo más grande que subir en un cohete espacial a algún lejano planeta, o bajar en algún batiscafo a las profundidades del mar, o recorrer lo ancho y lo largo de todo el mundo, ya que vas a «comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (Ef 3, 18-19).

Por ser tan grande y nosotros tan pequeños, tenemos que pedirle siempre y con mucha humildad que dé luz a nuestra inteligencia, calor a nuestro corazón y generosidad a nuestra voluntad para que, en este curso de Catecismo y durante toda nuestra vida, podamos conocerlo mejor, amarlo cada vez más y servirlo como sólo Él se lo merece.

El Autor.

ÍNDICE
GENERAL
del CATECISMO DE LA
IGLESIA CATÓLICA

INTRODUCCIÓN [p. 17]*

PARTE I: LA PROFESIÓN DE LA FE. Lo que la fe es.

Sección 1: Creo – Creemos. (26-184) **[p. 31]**

Sección 2: Profesión de la fe cristiana. (185-1065) **[p. 51]**

PARTE II: LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO. Lo que la fe da.

Sección 1: La economía sacramental. (1076-1209) **[p. 169]**

Sección 2: Los siete sacramentos de la Iglesia. (1210-1690) **[p. 185]**

PARTE III: LA VIDA EN CRISTO. Lo que la fe exige.

Sección 1: La vocación del hombre: La vida en el espíritu. (1699-2051) **[p. 217]**

Sección 2: Los diez mandamientos. (2052-2557) **[p. 253]**

PARTE IV: LA ORACIÓN CRISTIANA. Lo que la fe reza.

Sección 1: La oración en la vida cristiana. (2558-2758) **[p. 309]**

Sección 2: La oración del señor. (2759-2865) **[p. 337]**

* Los números de página que aparecen entre corchetes [], hacen referencia a este catecismo.

LAS CUATRO PARTES DE LA DOCTRINA CATÓLICA

Todo lo que Dios enseñó –es decir, toda la doctrina católica contenida en la Tradición, en la Escritura, y enseñada por el Papa y los Obispos unidos a Él– es un tesoro tan hermoso que si una persona lo encuentra debe «vender todo lo que tiene» (Mt 13, 44) y comprarlo, es decir, estar dispuesto a los mayores sacrificios con tal de poseerlo.

En el Catecismo vas a encontrar ese tesoro y para hacerlo tuyo (o poseerlo) tendrás que hacer algún sacrificio, como por ejemplo, estudiar las lecciones, aprender algunas cosas de memoria, etc.; pero bien vale la pena ese sacrificio porque es muchísimo más lo que vas a recibir.

Cuatro partes integran este rico y hermoso tesoro:

1. LO QUE HAY QUE CREER O LA PROFESIÓN DE LA FE;
2. LO QUE HAY QUE RECIBIR O LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO;
3. LO QUE HAY QUE HACER O LA VIDA EN CRISTO;
4. LO QUE HAY QUE REZAR O LA ORACIÓN CRISTIANA.

1. LO QUE DEBEMOS CREER

Todo lo que debemos creer se resume en una profesión de fe que se llama «Credo» o «Símbolo de la fe».

«Entre todos los símbolos de la fe, dos ocupan un lugar muy particular en la vida de la Iglesia:

– El *Símbolo de los Apóstoles*, llamado así porque es considerado con justicia como el resumen fiel de la fe de los apóstoles.

– El *Símbolo llamado de Nicea-Constantinopla*, que debe su autoridad al hecho de que es fruto de los dos primeros Concilios ecuménicos (Concilio de Nicea: año 325; Concilio de Constantinopla: año 381)».¹

**EL SÍMBOLO O CREDO
DE LOS APÓSTOLES**

Creo en Dios,
Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo,
su único Hijo,
Nuestro Señor,

**EL SÍMBOLO O CREDO DE
NICEA-CONSTANTINOPLA**

Creo en un solo Dios, Padre
Todopoderoso, Creador del
cielo y de la tierra, de todo lo
visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor,
Jesucristo, Hijo único de
Dios, nacido del Padre antes
de todos los siglos: Dios de
Dios, Luz de Luz, Dios
verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado, de la
misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho; que
por nosotros, los hombres, y
por nuestra salvación bajó del
cielo,

¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 194-195.

que fue concebido por obra
y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,

padeció bajo el poder de
Poncio Pilato, fue crucificado,
muerto y sepultado,

descendió a los infiernos, al
tercer día resucitó de entre los
muertos,

subió a los cielos
y está sentado a la derecha
de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir
a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,

la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,

el perdón de los pecados,

y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la
Virgen, y se hizo hombre;

y por nuestra causa fue
crucificado en tiempos de
Poncio Pilato; padeció y fue
sepultado,

y resucitó al tercer día,
según las Escrituras,

y subió al cielo, y está sentado
a la derecha del Padre;

y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos
y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida, que
procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración y
gloria, y que habló por los
profetas.

Creo en la Iglesia, que es una,
santa, católica y apostólica.

Confieso un solo Bautismo
para el perdón de los pecados.

la resurrección de la carne

y la vida eterna.

Amén.

Espero la resurrección de los
muertos

y la vida del mundo futuro.

Amén.

2. LO QUE DEBEMOS RECIBIR

La salvación es algo que se ofrece y, por tanto, tenemos que recibirla. Normalmente se recibe por medio de los Sacramentos, que nos dan la gracia de Dios. Ya en el primero de ellos, en el Bautismo, recibimos esa gracia, y juntamente con ella las virtudes teologales y morales infusas y los dones del Espíritu Santo.

Sacramentos

1. Bautismo.
2. Confirmación.
3. Eucaristía (llamada también Comunión).
4. Penitencia (llamada también Confesión o Reconciliación).
5. Unción de los Enfermos (antes llamada Extremaunción).
6. Orden Sagrado.
7. Matrimonio.

Virtudes Teologales

1. Fe.
2. Esperanza.
3. Caridad.

Virtudes morales infusas

1. Prudencia.
2. Justicia.
3. Fortaleza.
4. Templanza.

Dones del Espíritu Santo

1. Sabiduría.
2. Entendimiento (o inteligencia).
3. Consejo.
4. Fortaleza.
5. Ciencia.
6. Piedad.
7. Temor de Dios.

Frutos del Espíritu Santo²

1. Caridad.
2. Gozo.
3. Paz.
4. Paciencia.
5. Longanimidad.
6. Bondad.
7. Benignidad.
8. Mansedumbre.
9. Fidelidad.
10. Modestia.
11. Continencia.
12. Castidad.

² CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2157

3. LO QUE DEBEMOS HACER

Se incluye en los diez mandamientos de la ley de Dios, en los cinco preceptos de la Iglesia, en las catorce obras de misericordia, siete corporales y siete espirituales.

Mandamientos de Dios

1. Amarás a Dios sobre todas las cosas.
2. No tomarás el Nombre de Dios en vano.
3. Santificarás las fiestas.
4. Honrarás a tu padre y a tu madre.
5. No matarás.
6. No cometerás actos impuros.
7. No robarás.
8. No dirás falso testimonio ni mentirás.
9. No consentirás pensamientos ni deseos impuros.
10. No codiciarás los bienes ajenos.

Preceptos o mandamientos de la Iglesia³

1. Participar de la Santa Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar.
2. Confesar los pecados mortales al menos una vez al año.
3. Comulgar por Pascua de Resurrección.
4. Ayunar y guardar abstinencia de carne cuando lo manda la Iglesia.
5. Contribuir al sostenimiento de la Iglesia.

Obras de misericordia⁴

Espirituales:

1. Enseñar al que no sabe.
2. Dar buen consejo al que lo necesita.

³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2041-2043

⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2447-2449

3. Corregir al que se equivoca.
4. Perdonar las injurias.
5. Consolar al triste.
6. Sufrir con paciencia las debilidades de nuestro prójimo.
7. Rogar a Dios por los vivos y por los muertos.

Corporales:

1. Dar de comer al hambriento.
2. Dar de beber al sediento.
3. Vestir al desnudo.
4. Visitar a los enfermos y presos.
5. Dar albergue al peregrino.
6. Redimir al cautivo.
7. Enterrar a los muertos.

4. LO QUE DEBEMOS REZAR

No se puede ser cristiano sin oración. La oración puede ser mental o vocal. Entre las oraciones vocales las más importantes son: el Padrenuestro y el Ave María.

Padre nuestro

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén.

Ave María

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Señal de la Cruz

Antes de comenzar a rezar es conveniente hacer la señal de la cruz. Se hace sobre uno mismo llevando los dedos de la mano derecha a la frente diciendo: «En el nombre del Padre»; luego sobre el pecho diciendo «y del Hijo» (con lo que se traza el palo vertical de la cruz); luego llevando la misma mano al hombro izquierdo y al hombro derecho, diciendo «y del Espíritu Santo» (con lo que se traza el palo horizontal de la cruz); finalmente se dice «Amén» que quiere decir: Así es. El hacerse la señal de la cruz se llama *santiguarse*.

«El cristiano comienza su jornada, sus oraciones y sus acciones con la señal de la cruz, “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”. El bautizado consagra la jornada a la gloria de Dios e invoca la gracia del Señor que le permite actuar en el Espíritu como hijo del Padre. La señal de la cruz nos fortalece en las tentaciones y en las dificultades».⁵

«Los cristianos, porque han comprendido que la cruz domina la historia, han colocado el crucifijo en las iglesias y en los bordes de los caminos o lo llevan en sus corazones. Pues la cruz es un signo verdadero de la presencia del Hijo de Dios; por medio de este signo se revela el Redentor del mundo. “*In hoc signo vinces*” (“Con este signo vencerás”)).⁶

Sobre estos cuatro cimientos –la Fe, los Sacramentos, los Mandamientos y la Oración– se construye todo el edificio de la vida espiritual del cristiano. Nuestra vida espiritual irá creciendo en la medida en que mejor los conozcamos y vivamos.

«Deseo deciros que Jesucristo es muy importante para vosotros y que vosotros sois muy importantes para Él. Jesús es importante para vosotros porque es Hijo de Dios hecho hombre. Os enseña el sentido más profundo de la vida, quién sois y qué es

⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2157.

⁶ JUAN PABLO II, *Mensaje para la XII Jornada Mundial de la Juventud, agosto de 1997*.

LAS CUATRO PARTES DE LA DOCTRINA CATÓLICA

la vida toda ella. Si conocéis a Jesús y estudiáis sus enseñanzas en los Evangelios, llegaréis a entenderos más plenamente a vosotros mismos. Y vosotros sois importantes para Jesús porque Él os ama y murió por vosotros para que alcanzaráis una vida plena ahora en la tierra, y luego en el cielo. Sí, sois muy importantes para Jesús. Y sois muy importantes para mí y para toda la Iglesia».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes de Papúa Nueva Guinea,
20 de junio de 1984.*

PRIMERA PARTE

LO QUE DEBEMOS CREER

LA PROFESIÓN DE LA FE

«Creer en Jesús no es una mera cuestión de palabras. Va incluso más allá del simple sentirse atraído por Cristo (...) La fe exige una respuesta generosa. Os exige un compromiso de toda vuestra vida con la persona y el mensaje de Jesucristo. Pero este compromiso se debe realizar con libertad y con plena conciencia, de modo que seáis capaces de aceptar o de rechazar el don que Cristo os ofrece».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes de Islas Fiji,
30 de noviembre de 1986.*

**SECCIÓN 1
CREO -
CREEMOS**

Cap. 1: El hombre es capaz de Dios. (27-49) [p. 17] [p. 33]

CAP. 2: Dios viene al encuentro del hombre. (50-141) [p. 37]

ART. 1: La revelación de Dios [p. 37]

ART. 2: La transmisión de la revelación. [p. 38]

ART. 3: La Sagrada Escritura. [p. 39]

CAP. 3: La respuesta del hombre a Dios. (142-184) [p. 47]

ART. 1: Yo creo. [p. 47]

ART. 2: Nosotros creemos. [p. 48]

SECCIÓN 2

**LA
PROFESIÓN
DE LA FE
CRISTIANA**

CAP. 1: Creo en Dios Padre. (198-421) [p. 55]

ART. 1: Creo en Dios Padre Omnipotente, creador del cielo y de la tierra, [p. 55]

ART. 2: y en Jesucristo su único Hijo, nuestro señor, [p. 77]

ART. 3: Jesucristo que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen, [p. 83]

ART. 4: Jesucristo padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado,

muerto y sepultado, [p. 107]

ART. 5: Jesucristo descendió a los infiernos, al tercer día resucitó entre los muertos, [p. 118]

ART. 6: Jesucristo subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso, [p. 121]

ART. 7: Desde allí a de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, [p. 123]

CAP. 2: Creo en Jesucristo, el hijo unigénito de Dios. (422-682) [p. 77]

ART. 8: Creo en el Espíritu Santo, [p. 127]

ART. 9: La santa Iglesia católica, [p. 133]

ART. 10: El perdón de los pecados, [p. 151]

ART. 11: La resurrección de la carne, [p. 154]

ART. 12: La vida eterna. [p. 161]

CAP. 3: Creo en el Espíritu Santo. (683-1060) [p. 127]

AMÉN. (1061-1065)

PRIMERA SECCIÓN

«CREO» - «CREEMOS»

«Vosotros deseáis que vuestra vida no se convierta en algo sin sentido y sin importancia, sino que alcance la plenitud y la felicidad (...) la única respuesta que se puede dar es la siguiente: Creer. Pues “creer” significa precisamente esto: entregar en manos del Dios vivo hasta las fibras más íntimas de la propia existencia y vivir la vida diaria desde Él, con Él y orientados hacia Él».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes en Einsiedeln, Alemania.
8 de julio de 1984.*

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE ES «CAPAZ DE DIOS»

1. EL DESEO DE DIOS

«El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar». ⁷ Muy hermosamente lo decía San Agustín: «Señor, ... nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descanse en ti». ⁸

«El hombre es por naturaleza y por vocación un ser religioso. Viniendo de Dios y yendo hacia Dios, el hombre no vive una vida plenamente humana si no vive libremente su vínculo con Dios.

El hombre está hecho para vivir en comunión con Dios, en quien encuentra su dicha. “Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, no habrá ya para mí penas ni pruebas, y mi vida, toda llena de ti, será plena”, rezaba San Agustín. ⁹

Cuando el hombre escucha el mensaje de las criaturas y la voz de su conciencia, entonces puede alcanzar la certeza de la existencia de Dios, causa y fin de todo.

La Iglesia enseña que el Dios único y verdadero, nuestro Creador y Señor, puede ser conocido con certeza por sus obras, gracias a la luz natural de la razón humana.

⁷ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 27.

⁸ *Confesiones* 1, 1, 1.

⁹ *Confesiones*, 10, 28, 39.

Nosotros podemos realmente nombrar a Dios partiendo de las múltiples perfecciones de las criaturas, semejanzas del Dios infinitamente perfecto, aunque nuestro lenguaje limitado no agote su misterio.

“Sin el Creador la criatura se diluye”.¹⁰ He aquí por qué los creyentes saben que son impulsados por el amor de Cristo a llevar la luz del Dios vivo a los que no le conocen o le rechazan». ¹¹

2. LAS VÍAS DE ACCESO AL CONOCIMIENTO DE DIOS

¿Cómo conocemos a Dios?

Por dos caminos llegamos a conocer a Dios:

1. con la sola luz de nuestra inteligencia por medio de las cosas creadas;
2. con la misma inteligencia –pero iluminada por la fe– a través de la enseñanza de la Iglesia.

1. CONOCIMIENTO NATURAL DE DIOS

Así como con nuestra sola inteligencia al ver unas joyas pensamos que un joyero debió hacerlas; al ver un jardín lleno de flores pensamos en el jardinero que con tanto esmero lo cuida; al ver un reloj pensamos en el relojero que lo hizo andar con exactitud; con mucha mayor razón al ver el inmenso mecanismo de relojería que son las estrellas y planetas todos del universo que exactamente recorren sus órbitas; el hermoso jardín adornado con tantas flores, plantas y árboles, que adornan la tierra, y las preciosas joyas que son los niños, las

¹⁰ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 36.

¹¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 44-49.

madres, los hombres, pensamos necesariamente en el Hacedor de todo eso, en el Artesano Supremo, en la Inteligencia Máxima que dio vida y actividad a todo eso; en una palabra, pensamos en Dios.

Y pensamos necesariamente en Dios porque es imposible que las cosas se hayan hecho solas. ¿Quién le enseñó a las arañas a hacer sus nidos, a las abejas construir los panales, a los terneros a mamar y a estar cerca de la madre? ¿En qué escuela le enseñaron esas maravillas? No tienen inteligencia, no saben leer, ni escribir, ni contar y hacen cosas que parecen requerir inteligencia. ¿Por qué? Porque Dios, que es supremamente inteligente, puso en los animales el instinto para que –a pesar de no ser inteligentes– hiciesen cosas tan maravillosas que de hecho nos llevan a pensar en Él, que es la causa de esas maravillas, «pues por la grandeza y hermosura de las criaturas proporcionalmente se puede conocer a su Hacedor Original» (*Sb* 13,5). Por las obras se conoce a los artistas «porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante sus obras» (*Ro* 1, 20). De ahí que toda la naturaleza nos habla de Dios, las flores y los pájaros, los mares y las montañas, las estrellas y los hombres, el color y la nieve, el agua y el sol, la tierra, los ríos, la lluvia... todo, todo «canta la grandeza de Dios» (*Sal* 19, 2).

Hay una voz interior que nos dice «no hagas esto» y si lo hacemos nos ponemos tristes, o «haz esto» y si lo hacemos nos ponemos contentos; es la voz de la conciencia, que es la voz de Dios. Todos los hombres tienen escrito en sus corazones lo que Dios manda o prohíbe y de ello «es testigo la conciencia» (*Ro* 2, 15).

2. CONOCIMIENTO SOBRENATURAL DE DIOS

Podemos conocer a Dios, de una manera mucho más profunda, por medio de la fe. De una manera mucho más profunda, porque en este caso es el mismo Dios quien nos dice a nosotros lo que Él es, lo que Él ha hecho, lo que Él nos dio, lo que Él promete, lo que Él enseña, lo que a Él le agrada, lo que Él quiere de nosotros; en una palabra, nos enseña los secretos más íntimos de su corazón, las verdades más grandes acerca de Él, tan grandes que ningún hombre hubiera podido siquiera imaginar. Por la fe Dios se revela, se da a conocer, se manifiesta. Y eso lo hace porque Él quiere y porque Él nos quiere. Dios nos habla para decirnos cómo es y para decirnos cómo tenemos que ser nosotros y porque nos habla nos dice su Palabra, la Palabra de Dios.

«Tened vivo en el corazón y difundid a vuestro alrededor el sentido del ideal. No se ha apagado la llama de los altos ideales en el corazón de los jóvenes de hoy, porque ninguna fuerza exterior puede suprimir los anhelos profundos del alma.

No existe ningún mal que pueda frenar la fuerza del bien; no hay violencia capaz de apagar la fuerza del amor que abate el corazón del joven».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes en el estadio de Foggia, Italia,
24 de mayo de 1987.*

CAPÍTULO SEGUNDO

DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

1. LA REVELACIÓN DE DIOS

1. DIOS REVELA SU DESIGNIO AMOROSO

«Por amor, Dios se ha revelado y se ha entregado al hombre. De este modo da una respuesta definitiva y sobreabundante a las cuestiones que el hombre se plantea sobre el sentido y la finalidad de su vida.

Dios se ha revelado al hombre comunicándole gradualmente su propio Misterio mediante obras y palabras».¹²

2. LAS ETAPAS DE LA REVELACIÓN

«Más allá del testimonio que Dios da de sí mismo en las cosas creadas, se manifestó a nuestros primeros padres. Les habló y, después de la caída, les prometió la salvación, y les ofreció su alianza.

Dios selló con Noé una alianza eterna entre Él y todos los seres vivientes. Esta alianza durará tanto como dure el mundo.

Dios eligió a Abraham y selló una alianza con él y su descendencia. De él formó a su pueblo, al que reveló su ley por medio de Moisés. Lo preparó por los profetas para acoger la salvación destinada a toda la humanidad.

Dios se ha revelado plenamente enviando a su propio Hijo, en quien ha establecido su alianza para siempre. El Hijo es la

¹² CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 68-69

Palabra definitiva del Padre, de manera que no habrá ya otra Revelación después de Él». ¹³

2. LA TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN DIVINA

La fe católica se fundamenta como sobre un trípode, sobre tres columnas: la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia.

1. LA SAGRADA TRADICIÓN

Primera columna: la *Sagrada Tradición*, conocida también como la *Tradición apostólica*. Jesús no escribió ningún libro sino que enseñó con su palabra a un grupo de discípulos, llamados apóstoles, algunos de los cuales escribieron lo que Jesús enseñó aunque no todo, porque, como dice uno de ellos: «muchas otras cosas hay que hizo Jesús, que si se escribiesen una por una, me parece que no bastaría el mundo para contener los libros que se habrían de escribir» (Jn 21, 25).

Esas enseñanzas no escritas es lo que se conoce con el nombre de Tradición, porque se ha «transmitido» oralmente de unos a otros. Dios se ha revelado a través de esas enseñanzas orales y esta revelación terminó con la muerte del último Apóstol. Luego viene la época de los Padres y los Doctores de la Iglesia. Ellos son los eslabones que unen esa antigua Tradición con nosotros, son la viva voz de la Tradición. Por eso verás a menudo que los citaremos para que desde joven te vayas acostumbrando a conocerlos.

¹³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 70-73.

2. LA SAGRADA ESCRITURA

Segunda columna: *la Biblia*. Es el libro de los libros. «La Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo».¹⁴

Consta de dos grandes partes:

1. el Antiguo Testamento, que contiene 46 libros y que abarca desde la creación del mundo hasta la venida de Jesús; y son:

a) Libros históricos:

Génesis (Gn)
Éxodo (Ex)
Levítico (lev)
Números (Nm)
Deuteronomio (Dt)
Josué (Jos)
Jueces (Jue)
Rut (Rut)
1º Samuel o 1º Reyes (1 Sam)
2º Samuel o 2º Reyes (2 Sam)
1º Reyes o 3º Reyes (1 Re)
2º Reyes o 4º Reyes (2 Re)
1º Crónica o Paralipómenos (1 Cr)
2º Crónicas o Paralipómenos (2 Cr)
Esdra (Esd)
Nehemías (Ne)
Tobías (Tb)
Ester (Est)
1º Macabeos (1 Mac)
2º Macabeos (2 Mac)

b) Libros Sapienciales:

Job (Job)
Salmos (Sl)
Proverbios (Pr)
Eclesiastés o Qohelet (Qo)
El Cantar de los Cantares (Ct)
Sabiduría (Sb)
Eclesiástico o Sirácida (Sir)

c) Libros Proféticos:

Isaías (Is)
Jeremías (Jr)
Lamentaciones o Trenos (Lm)
Baruc (Ba)
Ezequiel (Ez)
Daniel (Dn)
Oseas (Os)
Joel (Jl)
Amós (Am)
Abdías (Ab)
Jonás (Jon)
Miqueas (Mi)

¹⁴ CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum* 9; CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 81.

Nabum (Na)

Habacuc (Ha)

Sofonías (So)

Ageo (Ag)

Zacarías (Za)

Malaquías (Ml)

2. el Nuevo Testamento, compuesto por 27 libros y que abarca desde el nacimiento de Jesús, hasta el fin del mundo, cuando Jesús volverá por segunda vez para dar término a la historia; y son:

a) Los cuatro Evangelios:

Evangelio según San Mateo (Mt)

Evangelio según San Marcos (Mc)

Evangelio según San Lucas (Lc)

Evangelio según San Juan (Jn)

b) Lo que hicieron los Apóstoles:

Hechos o Actas de los Apóstoles (He)

c) Las epístolas de San Pablo:

Son catorce cartas que el apóstol San Pablo mandó a distintas personas o comunidades; por ejemplo, envió dos cartas a los cristianos de Tesalónica.

Romanos (Ro)

1º Corintios (1 Co)

2º Corintios (2 Co)

Gálatas (Ga)

Efesios (Ef)

Filipenses (Flp)

Colosenses (Col)

1º Tesalonicenses (1 Te)

2º Tesalonicenses (2 Te)

1º Timoteo (1 Tim)

2º Timoteo (2 Tim)

Tito (Tit)

Filemón (Flm)

Hebreos (Heb)

d) Siete cartas de otros Apóstoles:

Santiago (Sant)

1º de San Pedro (1 Pe)

2º de San Pedro (2 Pe)

1º de San Juan (1 Jn)

2º de San Juan (2 Jn)

3º de San Juan (3 Jn)

San Judas Tadeo (Jds)

e) El último libro:

Se llama *Apocalipsis* (*Ap*), (= «Revelación») y lo escribió San Juan.

Se la llama Sagrada Escritura porque tiene por Autor principal a Dios y, por lo tanto, es verdadera palabra de Dios, siendo «propia para enseñar, para convencer, para corregir, para instruir en la justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, y esté preparado para toda obra buena» (2 *Tim* 3, 16-17).

«La Tradición apostólica hizo discernir a la Iglesia qué escritos constituyen la lista de los Libros Santos».¹⁵ Esta lista integral es llamada «Canon» de las Escrituras. Como en el Catecismo te encontrarás muchas veces con citas de la Sagrada Escritura, conviene que vayas familiarizándote con los nombres de los 73 libros inspirados por el Espíritu Santo para transmitirnos la Palabra de Dios.

Para que fuera más fácil encontrar un texto se dividieron estos libros en capítulos y cada capítulo en frases o versículos y se les puso numeración, así, por ejemplo, *Efesios* 3,18-19 quiere decir: carta del Apóstol San Pablo a los cristianos de Éfeso, capítulo tercero, versículos 18 al 19.

Es muy importante que conozcas la Sagrada Escritura, en especial el Nuevo Testamento.

Se cuenta que San Luis, Rey de Francia, antes de morir, llamó a su hijo, heredero del trono, y le dio como último

¹⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum* 8, 3.

consejo: «Escucha la Palabra de Dios y guárdala en tu corazón».¹⁶ Pon tú también en práctica este consejo.

3. EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Tercera columna, el *Magisterio de la Iglesia*, que es lo que enseña la Santa Iglesia Católica a través del Papa y los Obispos unidos al Papa.

Jesús mismo nos enseñó que el Papa sería *la Piedra sobre la que edificaría su Iglesia*¹⁷ y tan firme es esa «piedra», especialmente cuando se trata de la fe y la moral que, según la promesa misma del Señor, «las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18).

Ha habido en la Iglesia, desde San Pedro a Benedicto XVI, 265 Papas. De ellos, la mayoría han sido santos, algunos pocos han sido pecadores, pero absolutamente ninguno ha sido hereje; es decir, ninguno enseñó solemnemente la mentira o el error en materia de fe o de moral, o sea, en lo que debemos creer y en lo que debemos obrar. Por eso donde está el Papa está la Iglesia, donde está la Iglesia está Jesús; y donde está Nuestro Señor Jesucristo están los torrentes de Vida, Verdad y Amor infinito de Dios.

Jesús prometió que los Papas serían infalibles cuando dijo a San Pedro y en él a todos sus sucesores: «Yo he rogado por ti para que tu fe no muera..., confirma en la fe a tus hermanos» (Lc 22, 32).

En oportunidades extraordinarias el Papa llama a todos los Obispos del mundo para que traten bajo su dirección cosas relativas a la fe, a la moral y a la disciplina. Esas reuniones se

¹⁶ *Testamento espiritual a su Hijo*, Acta Sanctorum Augusti 5, 1868, p. 546.

¹⁷ Cf. Mt 16, 17.

llaman Concilios Ecuménicos y sus decisiones deben ser aprobadas por el Papa para que tengan valor.

Para resumir lo dicho hasta aquí, podemos decir que las verdades de la fe que debemos creer, las cosas que debemos hacer o no hacer, lo que debemos recibir y lo que debemos rezar, si es que queremos alcanzar la salvación eterna, todo eso se encuentra en la Sagrada Tradición, en la Sagrada Escritura, y en el Magisterio de la Iglesia, sea este último a través del Papa o de éste y el Concilio Ecuménico. De tal modo que si alguna persona no cree o se niega a aceptar lo que enseña el Papa como cosa de fe o de moral, esa persona, por muy buena que parezca, no tiene la fe católica.

Para conocer el tesoro de la verdadera doctrina de Cristo, no basta solamente con leer la Sagrada Escritura, o conocer la Tradición, o aceptar ambas cosas, sino que además es menester escuchar y acatar la interpretación que de ellas hace el Papa, con la autoridad suprema que ha recibido de Cristo. De lo contrario «habría tantos cismas (divisiones) en la Iglesia, cuantos sacerdotes hubiera», como dice San Jerónimo.¹⁸

Resumiendo:

«Lo que Cristo confió a los apóstoles, éstos lo transmitieron por su predicación y por escrito, bajo la inspiración del Espíritu Santo, a todas las generaciones hasta el retorno glorioso de Cristo.

“La Tradición y la Sagrada Escritura constituyen un único depósito sagrado de la palabra de Dios”,¹⁹ en el cual, como en un espejo, la Iglesia peregrinante contempla a Dios, fuente de todas sus riquezas.

¹⁸ *Diálogo contra Luciférianos*, PL: 23, 173.

¹⁹ CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 10, 1.

“La Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree”.²⁰

En virtud de su sentido sobrenatural de la fe, todo el Pueblo de Dios no cesa de acoger el don de la Revelación divina, de penetrarla más profundamente y de vivirla de modo más pleno.

El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios ha sido confiado únicamente al Magisterio de la Iglesia, al Papa y a los obispos en comunión con él.

“Toda la Escritura divina es un libro y este libro es Cristo, porque toda la Escritura divina habla de Cristo, y toda la Escritura divina se cumple en Cristo”.²¹

“La Sagrada Escritura contiene la Palabra de Dios y, en cuanto inspirada, es realmente Palabra de Dios”.²²

Dios es el Autor de la Sagrada Escritura porque inspira a sus autores humanos: actúa en ellos y por ellos. Da así la seguridad de que sus escritos enseñan sin error la verdad salvífica.²³

La interpretación de las Escrituras inspiradas debe estar sobre todo atenta a lo que Dios quiere revelar por medio de los autores sagrados para nuestra salvación. «Lo que viene del Espíritu sólo es plenamente percibido por la acción del Espíritu». ²⁴

La Iglesia recibe y venera como inspirados los cuarenta y seis libros del Antiguo Testamento y los veintisiete del Nuevo.

Los cuatro evangelios ocupan un lugar central, pues su centro es Cristo Jesús.

²⁰ CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 8.

²¹ HUGO DE SAN VÍCTOR, *De arca Noe* 2, 8: PL 176, 642C.

²² CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 24.

²³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 11.

²⁴ ORÍGENES, *Homiliae in Exodum*, 4, 5.

La unidad de los dos Testamentos se deriva de la unidad del plan de Dios y de su Revelación. El Antiguo Testamento prepara el Nuevo mientras que éste da cumplimiento al Antiguo; los dos se esclarecen mutuamente; los dos son verdadera Palabra de Dios.

“La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo”: aquélla y éste alimentan y rigen toda la vida cristiana. “Para mis pies antorcha es tu palabra, luz para mi sendero”(S/ 119,105)».²⁵

²⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 96-100; 134-141.

CAPÍTULO TERCERO

LA RESPUESTA DEL HOMBRE A DIOS

1. CREO

«La fe es una adhesión personal del hombre entero a Dios que se revela. Comprende una adhesión de la inteligencia y de la voluntad a la Revelación que Dios ha hecho de sí mismo mediante sus obras y sus palabras.

“Creer” entraña, pues, una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que la atestigua.

No debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La fe es un don sobrenatural de Dios. Para creer, el hombre necesita los auxilios interiores del Espíritu Santo.

“Creer” es un acto humano, consciente y libre, que corresponde a la dignidad de la persona humana.

“Creer” es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la madre de todos los creyentes. “Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre” (San Cipriano de Cartago).²⁶

²⁶ *De catholicae unitate Ecclesiae*. PL 4, 503A

2. CREEMOS

“Creemos todas aquellas cosas que se contienen en la Palabra de Dios escrita o transmitida y son propuestas por la Iglesia... para ser creídas como divinamente reveladas”.²⁷

La fe es necesaria para la salvación. El Señor mismo lo afirma: “El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará” (Mc 16,16).

“La fe es un gusto anticipado del conocimiento que nos hará bienaventurados en la vida futura”. (Santo Tomás de Aquino)²⁸». ²⁹

3. LOS JÓVENES Y LA FE

«Buscar la verdad, descubrirla y alegrarse de haberla encontrado es una de las alegrías más apasionantes de toda la vida», dijo a los jóvenes el Papa Juan Pablo II. Pero sucede que todo el que anda en búsqueda de la verdad camina en búsqueda de Dios, que es la Verdad Eterna y por eso, todo joven que busca a Dios se embarca en una apasionante aventura: «Descubrir a Dios, descubrir el Evangelio y encontrar al Salvador es ciertamente –os lo aseguro– una aventura maravillosa». ³⁰ ¡Es la gran aventura de conocer a Jesucristo!

Una aventura sin obstáculos no es aventura, y por eso ciertamente que los que se embarcan en esta aventura deberán afrontar dificultades. Una de ellas es la oposición que encontrará su fe por parte del ateísmo en todas sus variantes, que sin duda «es el fenómeno más grave de nuestro tiempo»³¹,

²⁷ PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 20.

²⁸ *Compendio de Teología*, 1, 2.

²⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 176-184.

³⁰ JUAN PABLO II, a los jóvenes en el estadio de Kampala, 1993.

³¹ PABLO VI, *Ecclesiam suam*, 25.

el drama más grave de nuestra época, ya que, como afirma el Concilio Vaticano II, «la creatura sin el Creador desaparece»³². De hecho, jamás en la historia de la humanidad se dio un ateísmo militante como en esta época. No sólo dominó la mente de muchos filósofos modernos sino que, además, se hizo ideología y alcanzó el poder en muchas naciones de la tierra. Cosa que nunca antes había pasado con esas dimensiones planetarias. Aunque se afirma que el ateísmo teórico, es decir, el de aquellas personas que niegan abiertamente la existencia de Dios y luchan en su contra, está disminuyendo en el mundo, no sucede así con el ateísmo práctico, que es el de aquellos que «viven como si Dios no existiese». El ateísmo con su negación de Dios, a Dios no le hace nada. Es como los que balearon imágenes de Jesucristo, a Él las balas no le hicieron nada. Todo el ateísmo actual, aún elevado a la enésima potencia, no le quita a Dios ni un gramo de su Gloria intrínseca. Más aún, todo el ateísmo feroz y militante, lejos de destruir a Dios, trabaja –sin que ellos lo quieran– para manifestación de la grandeza de Dios, de su sabiduría, de su omnipotencia, y sobre todo, de su bondad y misericordia. Ya decía el salmista: «¿Por qué... trazan los pueblos planes vanos? ... se confabulan los príncipes contra Dios y contra su Cristo... El que mora en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos» (*S/2*, 1-4). San Pablo nos recuerda: «No os engaños; de Dios nadie se burla» (*Ga* 6, 7); y a los cristianos de Corinto les escribía: «Escrito está: “cazará a los sabios en su astucia” (*Job* 5, 13)» (*2 Co* 3, 19). El ateísmo a Dios no le hace nada; el ateísmo a quien destruye es al hombre. El ateísmo, de hecho, es un atentado contra el hombre «creado a imagen de Dios» (*Gn* 1, 27). El ateísmo sabe que a Dios no puede afectarlo en su ser ni la blasfemia, ni el sacrilegio, ni el odio, ni la negación de su existencia (que es sólo una postulatoria, es

³² Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 19 a.

decir, se afirma sin ninguna prueba), pero sí puede destruir la imagen de Dios en el hombre; ese el gran y único logro del ateísmo: la destrucción del hombre. San Ireneo de Lyon, a finales del siglo II, escribía: «si Dios faltara completamente al hombre, el hombre dejaría de existir. La gloria de Dios es que el hombre viva, pero la verdad del hombre es ver a Dios».³³

³³ *Adversus haereses* IV, 20, 7.

SEGUNDA SECCIÓN

LA PROFESIÓN DE LA FE CRISTIANA: EL CREDO

«Hay cantos que son siempre hermosos, que no pasan de moda; hay cantos cuyos ecos no se apagan nunca; nuestro canto, el canto que resonará por encima de los ruidos ensordecedores de la historia del mundo, es el Credo, el canto de nuestra fe. En él profesamos nuestra fe en el Padre, que nos llama a la vida; en nuestro hermano y Salvador Jesucristo; en el Espíritu Santo, que crea continuamente la vida. Cantemos juntos este canto de nuestra fe».

*Juan Pablo II,
a los fieles de Münster, Alemania
1 de mayo de 1987.*

INTRODUCCIÓN

Para que no nos olvidásemos de las verdades fundamentales de la fe que tenemos que creer, para que nos sirva de oración diciéndole a Dios que creemos todo lo que Él nos ha enseñado, y para que profesemos nuestra fe católica delante de Dios y del hombre, la Iglesia hizo un resumen sencillo y breve de las principales verdades de la fe. Este resumen se llama Credo porque comienza con esa palabra latina que significa: Creo. Siempre se reza de pie, ya que es un canto de victoria por el hecho de ser el resumen de nuestra fe «que ha vencido al mundo» (1 Jn 5, 5). Los Santos mártires dieron su vida regando la tierra con su sangre, para defender y afirmar la fe católica porque sabían que «sin fe es imposible agradar a Dios» (Heb 11, 6) y ellos lo querían agradar. También por eso rezamos el Credo de pie: queremos mostrar nuestra disposición para defender y propagar la fe católica.

Además, Jesús dijo una vez: «a todo el que me reconozca delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos» (Mt 10, 32-33).

Un gran mártir, San Pedro de Verona, mojado sus dedos en la sangre de la herida mortal que le hicieron sus verdugos, escribió en el suelo la palabra Credo, dando a entender que moría por la fe católica sintetizada en el Credo, también llamado «símbolo».

El Credo –compendio de nuestra fe– tiene doce artículos. El Catecismo de la Iglesia Católica los analiza en tres capítulos:

- Capítulo primero: Creo en Dios Padre
- Capítulo segundo: Creo en Jesucristo, el Hijo Único de Dios

– Capítulo tercero: Creo en el Espíritu Santo.

Al profundizar en cada uno de los artículos del Credo, llegarás a darte cuenta de que «el símbolo es ..., con toda certeza, el tesoro de nuestra alma».³⁴

«La íntima relación que Cristo quiere establecer con nosotros es esa singular amistad que nunca puede defraudar. Jesús es fiel; Él mantiene lo que promete. Por eso, Cristo es vuestro verdadero amigo. No encontraréis un compañero de camino más fiel. No permitáis, por ello, que vuestra respuesta a Él sea mezquina. ¡No le alarguéis sólo vuestro dedo pequeño! ¡Abridle ampliamente las puertas de vuestra amistad! Las cosas grandes no se pagan con moneda pequeña. ¡Entregadle vuestro corazón, vuestro entendimiento, vuestras manos! Y si os llama personalmente a su más inmediato seguimiento, no le neguéis vuestra compañía. ¡Con Cristo no hay pérdidas! Él os da tan abundantemente que podéis enriquecer a otros aún y con Él transformar el mundo».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes en Gelsenkirchen (Alemania),
2 de mayo de 1987.*

³⁴ SAN AMBROSIO, *Explanatio Symboli*, 7: PL 17, 1196.

CAPÍTULO PRIMERO

CREO EN DIOS PADRE

ARTÍCULO 1

«CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA»

Vamos a explicar dentro de este primer artículo de nuestra fe, tres cosas fundamentales:

1. Dios es Uno y Trino;
2. Dios es el Creador, porque ha hecho el mundo, los ángeles y los hombres;
3. Los primeros hombres que hizo Dios, Adán y Eva, en el origen de la historia cometieron un pecado, que por eso se llama pecado original.

1. DIOS UNO Y TRINO

1. NATURALEZA DE DIOS

a) Grandeza y Majestad de Dios

¿Qué es Dios? ¿Cómo es Dios? Dios y sus misterios «superan todo conocimiento» (*Ef 3, 19*), y no hay inteligencia creada que pueda conocer totalmente a Dios porque Dios es demasiado grande para nosotros. Pongamos una comparación: supongamos que pudiéramos sumar todo lo que de Dios conocen los santos, los religiosos, las monjitas, los sacerdotes, los Obispos, el Papa, todos los hombres que creen en Dios, más aún, los que han existido en el pasado y los que vivirán en el futuro, y que todavía pudiésemos sumar lo que han pensado de

Dios los ángeles e inclusive la Santísima Virgen María, pues bien, todo eso, en comparación con la realidad de Dios, es menos que un granito de arena en comparación con todos los animales, las plantas, los océanos, el sol y la luna y todas las estrellas. ¿Por qué? Porque Dios es infinito, no está limitado por nada ni por nadie, es más grande que todos y que todo, ya que «está sobre todas las cosas» (*Ef* 4, 6). Es como un océano sin límites. Superior a todo lo que podemos decir y pensar, sin comparación, porque todo fuera de Dios es limitado, finito y Él es el solo ilimitado e infinito. Con nuestra inteligencia limitada no lo podemos conocer totalmente a Él que es infinito.

b) Trascendencia de Dios

San Juan de la Cruz –que fue un gran santo que no sólo conoció a Dios y lo amó, sino que, en cierto modo, lo experimentó– llegó a decir que «todas las criaturas en comparación con el infinito ser de Dios, son como nada. Por ejemplo: toda la hermosura de las criaturas (minerales, vegetales, animales, los hombres, los ángeles), comparados con la infinita hermosura de Dios, es suma fealdad, porque «engañosa es la belleza y vana la hermosura» (*Pr* 31, 30); toda la gracia y el donaire de las criaturas, comparada con la gracia de Dios, es suma desgracia y sumo desabrimiento; toda la bondad de las criaturas del mundo comparada con la infinita bondad de Dios se puede llamar malicia, porque «nada hay bueno sino sólo Dios» (*Lc* 18, 19); toda la sabiduría del mundo y habilidad humana, comparada con la sabiduría de Dios, es pura ignorancia según enseña San Pablo: «La sabiduría de este mundo delante de Dios es locura» (*1 Co* 3, 19); todo el señorío y la libertad del mundo, comparado con el señorío y libertad del espíritu de Dios, es suma servidumbre, angustia y cautiverio; todos los deleites del mundo y sabores de la voluntad en todas las cosas del mundo, comparados con todos los deleites que es Dios, son suma pena, tormento y amargura; todas las riquezas y

gloria de todo lo creado, comparado con la riqueza, que es Dios, es suma pobreza y miseria»³⁵. Por eso decía Santa Teresa de Jesús, que también tuvo experiencia de Dios: «quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta»³⁶. Y San Pablo, que en algunas ocasiones llegó a tener visiones admirables de las cosas de Dios nos enseña que Dios es «inefable» (2 Co 12, 4), es decir, es inexpresable en lenguaje humano y sólo supo agregar: «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Co 2, 9).

Y es Dios infinito «en toda perfección»³⁷. Por eso Jesús nos dice que su Padre Celestial es «perfecto» (Mt 5, 48), porque encierra en sí las perfecciones de todas las perfecciones de todas las criaturas: «Él lo es todo» (Sir 43, 29).

c) Unidad de Dios

Dios es uno solo porque si fuesen varios dioses tendrían que distinguirse entre sí por alguna imperfección y, por lo tanto, no serían Dios, que es absolutamente perfecto.

La Sagrada Escritura nos enseña: «No hay más que un solo Dios» (Ro 3, 30).

d) Verdad de Dios

¿La verdad es una perfección? –Sí. Por consiguiente, Dios es verdadero. Más aún, Cristo ha dicho: «Yo soy la Verdad» (Jn 14, 6). Dios es absolutamente verdadero: «ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero...» (Jn 17, 3); tiene una inteligencia infinita: «su inteligencia es inenarrable» (Sl 147, 5); por lo tanto, no puede equivocarse, no puede engañarse ni ser engañado, habla siempre la verdad, dice lo que piensa, no miente, no puede engañarnos, es absolutamente veraz, «es

³⁵ *Subida al Monte Carmelo*, I, 4.

³⁶ *Poesías*, 30.

³⁷ CONCILIO VATICANO I, *Constitución Dogmática sobre la fe católica*, Dz. 1782.

imposible que Dios mienta» (*Heb* 6, 18); por último, hace lo que dice y cumple lo que promete porque es fiel: «el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (*Mt* 24, 35); «Si le somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo» (*2 Tim* 2, 13), o sea, no puede defraudarnos.

e) Bondad de Dios

¿La bondad es una perfección? –Sí. Por consiguiente Dios es bueno y lo es infinitamente: «nadie es bueno sino sólo Dios» (*Lc* 18,19). Las criaturas son buenas porque participan de la bondad de Dios. Dios carece de pecado, por eso es tres veces santo: «Santo, Santo, Santo es el Señor» (*Is* 6, 3); es absolutamente benigno con nosotros, sus criaturas: «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito» (*Jn* 3, 16).

f) Inmutabilidad de Dios

El tener posibilidad de cambiar es signo de imperfección, por ejemplo, saber algo y luego olvidarlo, poder ir perdiendo fuerzas, decir primero una cosa y después negarla, etc.; por eso Dios no cambia: «en Él no se da mudanza ni sombra de alteración» (*Sant* 1, 17). No ignora nada que tenga que saber, no desgasta sus fuerzas de modo que tenga que repararlas, no se contradice en sus juicios ni cambia de decisión. No envejece porque es eterno, eternamente joven. No tiene que trasladarse porque es inmenso. No se olvida de nada porque para su inteligencia todo está presente al mismo tiempo. No puede ser mejor ni más bueno porque es absoluta e incomparablemente bueno, perfecto y santo.

g) Eternidad de Dios

Los ángeles tienen principio –Dios los creó– y no tienen fin porque no pueden morir. Los demás seres tienen principio y tienen fin, ya sea en parte, como el hombre, cuyo cuerpo se disuelve en la tierra aunque su alma no se corrompe, o

totalmente como los animales y las plantas, que no tienen un alma inmortal como el hombre. Sólo y únicamente Dios, no tiene principio ni fin, es decir, es eterno: «Antes de ser engendrados los montes y de ser formada la tierra y el orbe eras tú, oh Dios, desde la eternidad y para siempre» (Sl 90, 2). En Dios no hay antes ni después, pasado ni futuro; es un ahora permanente, es un presente sin amanecer y sin ocaso. Quiero decirte también que sólo Dios es Dios. Él es el único e inefable, por tanto, en Él se dan cosas únicas e inefables. Todo lo que no es Dios, ha sido hecho por otro; sólo Dios no ha sido hecho por nadie, porque Él es Dios. Todas las criaturas que conocemos tienen su fecha de nacimiento: hay un momento en que dejaron de ser nada y comenzaron a existir. Dios no es una criatura, es el Creador, jamás dejó de ser nada para comenzar a existir, porque siempre fue y existe desde toda la eternidad, sin principio ni fin, sin nacimiento, ni muerte. Dios es el Único que no tiene una parte de ser, porque es el SER, es el Único que no tiene una parte de bondad porque es la Bondad, es el único que no tiene una parte de verdad sino que es la Verdad, es el único que no existe por otro sino que es la misma Existencia, y así sucede respecto a todas las perfecciones, porque las tiene todas en grado infinito. Dios es el Creador porque posee en plenitud todo lo que luego participa a sus criaturas, a las cuales saca de la nada.

Tampoco se hace o se crea a sí mismo, lo cual sería un absurdo porque si alguna vez hubiese sido nada no podría darse el ser a sí mismo, porque nadie da lo que no tiene. En una palabra, Dios es Dios, mejor aún, Dios Es. Así como no tenemos ninguna dificultad en pensar que Dios nunca morirá justamente porque es Dios, debemos habituarnos a pensar que Dios nunca nació o fue creado, o se hizo a sí mismo, precisamente porque es Dios.

h) Inmensidad y Ubicuidad de Dios

Nosotros somos pequeños, Dios es grande, es inmenso: «Los cielos y los cielos de los cielos son incapaces de contenerte» (*1 Re* 8, 27). Por eso Dios se encuentra presente en el cielo, en la tierra, y en todo lugar. Exclamaba el Salmista: «¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? ¿A dónde huir de tu faz? Si subiera a los cielos, allí estás Tú; si bajase a los abismos, allí estás presente. Si tomara las alas de la aurora y quisiera habitar al extremo del mar, también allí me tomaría tu mano y me tendría tu diestra... tampoco las tinieblas son oscuras para ti...» (*S/* 139, 7-10.12).

i) Sabiduría de Dios

Dios conoce absolutamente todo: «Tú lo sabes todo» (*Est* 14, 15); conoce hasta el «número de granos de arena que tiene el mar y el número de gotas que tiene la lluvia» (Santo Tomás de Aquino);³⁸ conoce aun nuestros pensamientos: «escudriña los corazones de todos y penetra en todos los designios y todos los pensamientos» (*1 Cr* 28, 9), e incluso sabe «das cosas antes de que sucedan» (*Dn* 13, 42).

j) Libertad y Poder de Dios

Dios es el Señor de todo, por eso es muy libre de hacer lo que quiere, cómo lo quiere y cuándo quiere.

No está obligado por nada ni por nadie, ni puede subordinarse a nadie ni a nada: «hace cuanto quiere en los cielos y en la tierra, en el mar y en todos los abismos» (*S/* 135, 6).

Puede hacer todo lo que quiere, es omnipotente, todopoderoso: «Para Dios todo es posible» (*Mt* 19, 26). ¡Con decir que puede hacernos santos a nosotros!

³⁸ *Suma Teológica*, I, 23, 7.

k) Gobierno y Providencia de Dios

Dios todo lo gobierna, dirige la historia y las acciones de los hombres. Si lo que sucede es algo bueno es porque Dios lo quiere; si es malo, es tan sólo porque lo tolera. El mal no brota de Dios sino del mal uso que los hombres hacemos de nuestra libertad. ¿Y por qué Dios tolera el mal? Por dos razones:

1. para respetar nuestra libertad: «Dios hizo al hombre y los dejó en manos de su albedrío» (*Sir* 15, 14); nos quiere como hijos, no como robots;

2. porque es tan sabio y poderoso que sabe sacar bien del mal: «Vosotros creíais hacerme un mal pero Dios ha hecho de él un bien» (*Gn* 50, 20).

En su providencia tiene todo dispuesto «según número, peso y medida» (*Sb* 11, 21). Así da de comer a las aves del cielo y viste a los lirios del campo³⁹ y con razón cuida de nosotros. Por eso siempre tenemos que confiar en Él poniéndonos en sus manos, como lo han hecho los grandes amigos de Dios. Decía la Sierva de Dios Camila Rolón: «Ciegamente me embarco en la barca de la Divina Providencia y no temo a las borrascas que se levanten por el mar borrascoso de este valle de tantas miserias y espero con fe muy viva llegar al fin de la jornada»;⁴⁰ «el Señor es fiel a sus promesas y no abandonará jamás a los que en Él pusieron sus esperanzas».⁴¹

l) Justicia y Misericordia de Dios

Dios es infinitamente justo: «dará a cada cual según sus obras» (*Ro* 2, 6), premiando a los buenos y castigando a los malos, dando a los que «con perseverancia en el buen obrar buscan la gloria, el honor y la incorrupción: la vida eterna; pero

³⁹ Cf. *Mt* 6, 25 y ss.

⁴⁰ Carta del 31 de junio de 1908.

⁴¹ Carta del 7 de marzo de 1911.

a los contumaces, rebeldes a la verdad, que obedecen a la injusticia: ira e indignación» (Ro 2, 6-8). «De Dios nadie se burla» (Ga 6, 7).

Dios es infinitamente misericordioso porque «Dios es Amor» (1 Jn 4, 8). Por eso «hay más alegría en el Cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia» (Lc 15, 7).

m) Simplicidad de Dios

Así es Dios: es el ser más excelente y admirable que se puede decir o pensar; infinitamente perfecto, verdadero, bueno, inmutable, eterno, inmenso, presente en todo lugar, que sabe todo, libre, justo, misericordioso, que todo lo gobierna con su providencia.

Pero hay algo más todavía que debes saber acerca de cómo es Dios. Observa a un perrito; tiene un cuerpo como tú, pero no sabe sumar, ni restar, ni va a la escuela, no aprende catecismo, ni sabe rezar como tú.

¿Por qué esa diferencia? Porque tú tienes un alma espiritual que él no tiene. Esa alma espiritual no la podemos tocar con las manos, ni ver con los ojos, ni pesar en una balanza, como podemos hacer con los cuerpos; justamente porque es espiritual, es inmaterial, es incorpórea. ¿Alguna vez viste con tus ojos un pensamiento? ¿O viste el amor que le tienes a tu mamá? No. ¿Por qué? Porque el amor y el pensamiento son cosas espirituales. Pues bien, Dios es espíritu purísimo, no tiene cuerpo como nosotros (Jesús tiene cuerpo pero no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre), por eso no lo podemos ver con los ojos ni tocar con las manos, ni pesarlo; sin embargo, podemos conocerlo y amarlo con toda la fuerza de nuestra alma: «Dios es espíritu y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad» (Jn 4, 24).

«Nada es divino y adorable fuera de Dios. El hombre cae en la esclavitud cuando diviniza o absolutiza la riqueza, el poder, el Estado, el sexo, el placer o cualquier creación de Dios, incluso su propio ser o su razón humana. Dios mismo es la fuente de la liberación radical de todas las formas de idolatría, porque la adoración de lo no adorable y la absolutización de lo relativo, lleva a la violación de lo más íntimo de la persona humana: su relación con Dios y su realización como persona (...) La caída de los ídolos restituye al hombre su campo esencial de libertad».⁴²

2. LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Vimos lo que es Dios y cómo es Dios. ¿Pero quién es Dios? Cuando trazas la señal de la cruz sobre tu pecho estás expresando quién es Dios. Es éste el misterio central de nuestra fe. Vamos a ver. Cuando haces la señal de la Cruz, dices: «En el nombre», en singular, no «en los nombres» en plural. ¿Por qué? Porque hay un solo Dios vivo y verdadero; y sin embargo, luego de decir «en el nombre» mencionas a tres: «del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo». ¿Por qué? Porque en el único Dios vivo y verdadero hay tres Personas distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Dios es, pues, no sólo uno sino, además, trino. Hay en Él tres Personas. Es el misterio de la Santísima Trinidad.

La fe católica acerca de la Santísima Trinidad nos hace adorar a «tres Personas distintas de naturaleza única e iguales en su dignidad».⁴³

Confesamos por lo tanto:

⁴² III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documento de Puebla*, 491.

⁴³ MISAL ROMANO, *Prefacio de la Misa de la Santísima Trinidad*.

1. La propiedad o distinción de las Personas. El Padre es Padre, no es ni Hijo ni Espíritu Santo; el Hijo es Hijo, no es ni Padre ni Espíritu Santo; el Espíritu Santo es Espíritu Santo, no es ni Padre ni Hijo. O sea, que son tres Personas realmente distintas.

2. La unidad de naturaleza. Pero todos tienen la misma única naturaleza de Dios porque el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios y sin embargo no son tres dioses, sino uno solo, un Dios verdadero.

3. La igualdad en la dignidad. Tan Dios es el Padre como el Hijo y como el Espíritu Santo; tan Dios es el Hijo como el Padre y como el Espíritu Santo; y tan Dios es el Espíritu Santo como el Padre y el Hijo; «tan grande el Padre, como el Hijo y como el Espíritu Santo; tan eterno el Padre, como el Hijo y como el Espíritu Santo; tan poderoso el Padre como el Hijo y como el Espíritu Santo».⁴⁴

Dice San Atanasio: «El que separa al Hijo del Padre (pensando que no es tan Dios como el Padre) o reduce al Espíritu Santo al nivel de las criaturas, no tiene ni al Hijo ni al Padre, sino que está sin Dios, peor que un infiel y es cualquier cosa menos cristiano». Erraron en el misterio de la Trinidad los herejes que por afirmar la Unidad de la naturaleza de Dios negaron la Trinidad de Personas y, por otro lado, los que por afirmar la Trinidad de Personas negaron la unidad de la naturaleza: nosotros «veneramos lo mismo la Unidad en la Trinidad que la Trinidad en la Unidad».⁴⁵

Así como el color, la forma y el perfume de la rosa no hacen tres rosas sino una; así como uno multiplicado por uno no es igual a tres sino a uno ($1 \times 1 \times 1 = 1$); así como el sol tiene

⁴⁴ Cf. I CONCILIO DE NICEA, Dz. 54; I Y II DE CONSTANTINOPLA, Dz. 86, Dz 213.

⁴⁵ *Símbolo Atanasiano*, Dz 39.

figura, nos da luz y nos da calor, y sin embargo no son tres soles sino uno solo; así como si juntamos las llamas de tres fósforos prendidos forman una sola llama y no tres; de manera semejante, aunque en un nivel infinitamente superior, Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y sin embargo, no son tres dioses sino un solo Dios verdadero.

Dios Padre piensa, desde toda la eternidad, un pensamiento que es igual a Él en todo y por ser pensamiento de Dios es infinito como Él. El Pensamiento, o Verbo, o Palabra, por ser infinito, constituye una Persona, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad: el Hijo. Ahora bien, el Padre y el Hijo, que mutuamente se conocen, no pueden menos que amarse. Ese amor, por proceder de Dios, es infinito, y constituye, por lo tanto, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad: el Espíritu Santo.

Siempre que te hagas la señal de la Cruz, piensa en ese Dios todopoderoso y eterno, inmenso y bueno, justo y sabio, Padre, Hijo, Espíritu Santo, infinitamente feliz, hermoso, libre, trascendente, espíritu puro y providente, el cual, no por necesidad, sino por pura bondad, porque quiso participar a otros seres su vida, su verdad, su amor, y su felicidad, te creó para que fueses capaz de conocerlo, amarlo y servirlo y así ser muy feliz en esta vida y mucho más en la otra.

Un gran Santo, San Francisco de Asís, alababa a Dios de este modo:

«Tú eres Santo, Señor, Dios único, que haces maravillas.
Tú eres fuerte, Tú eres grande, Tú eres altísimo.
Tú eres Rey omnipotente, Tú eres Padre santo,
Rey del cielo y de la tierra.
Tú eres Trino y Uno, Señor Dios, todo bien.
Tú eres el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios,
vivo y verdadero.

Tú eres Caridad y Amor, Tú eres Sabiduría.
Tú eres humildad, Tú eres paciencia, Tú eres seguridad.
Tú eres quietud, Tú eres gozo y alegría.
Tú eres justicia y templanza.
Tú eres todas nuestras riquezas y satisfacciones.
Tú eres hermosura, Tú eres custodia y defensor.
Tú eres refrigerio, Tú eres fortaleza.
Tú eres esperanza nuestra, Tú eres fe nuestra.
Tú eres la gran dulzura nuestra.
Tú eres la vida eterna nuestra, grande y admirable Señor,
Dios Omnipotente, Misericordioso, Salvador».46

2. LA CREACIÓN

1. EL CIELO Y LA TIERRA

Dios existió siempre, desde toda la eternidad. Fuera de Él no existía absolutamente nada. Cuando Él quiso y cómo lo quiso creó todo lo que hay en el cielo y en la tierra: «Tú creaste todas las cosas y por tu voluntad existen y fueron creadas» (*Ap* 4, 11).

Sólo Dios puede crear, es decir, hacer algo de la nada. Por eso todas las cosas dependen de Él en su ser y en su obrar, porque no existen por sí mismas sino que existen porque Dios les da el ser y la capacidad de actuar, ya que «todo subsiste en Él» (*Co* 1, 17) y es Él quien da «el querer y el obrar» (*F/p* 2, 13). Lo hizo todo con su Palabra, es decir, con su voluntad omnipotente. Y lo hizo porque quiso.

Cierra los ojos, no ves nada. Ábrelos y ves todo. Así al principio no había nada fuera de Dios, y Dios hizo todo. Los

⁴⁶ *Alabanzas*, en: SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Escritos y biografías, Escritos líricos*, B.A.C., Madrid, 1976, p. 60.

seres más perfectos que Dios creó son los ángeles y los hombres.

2. LOS ÁNGELES

Los ángeles son una multitud, un ejército. De entre ellos, los más conocidos son San Miguel, jefe de todos ellos; San Rafael, protector de los caminantes, San Gabriel, que se le apareció a la Santísima Virgen; y los santos ángeles de la guarda o ángeles custodios que Dios nos da a cada uno de nosotros para que nos protejan en la tierra y nos lleven al Cielo. El mismo Jesús dijo refiriéndose a los niños: «Mirad, no despreciéis a uno de estos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo en el Cielo la faz de mi Padre que está en los Cielos» (Mt 18, 10).

Siempre debes rezarle:

Ángel de la guarda, / dulce compañía, / no me desampares / ni de noche ni de día.

O también:

Ángel de Dios, que eres mi custodio, ya que el Señor me ha encomendado a ti, ilumíname, guárdame, rígeme y gobiérname. Amén

Una parte de los ángeles desobedeció a Dios y se hicieron malos, por lo que fueron condenados al infierno: «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que fueron precipitados al Infierno» (2 Pe 2, 4 y Jds 6). Son los demonios o diablos, ellos tienen envidia de que nosotros no queramos ser como ellos; por eso nos tientan al mal, para apartarnos del camino que nos conduce al Cielo y llevarnos al Infierno.

Para no caer en la tentación hay que rezarle a Dios, como Jesús nos enseñó a decir en el Padre Nuestro: «no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal» (Mt 6, 13); hay que

amar a la Santísima Virgen María, que aplastó la cabeza de Satanás,⁴⁷ es decir, lo venció por el hecho de no haber conocido ni la sombra del pecado; hay que invocar a San Miguel que también lo derrotó, y al que puedes dirigirle esta hermosa oración:

San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla: sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes; y tú, Príncipe de la milicia celestial, arroja al Infierno, con el divino poder a Satanás y a los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Amén.

Los demonios no pueden hacer todo lo que quieren; no son todopoderosos; únicamente Dios es todopoderoso. Sólo pueden hacer lo que Dios les permite, y Dios, dice la Escritura, «no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirlo» (1 Co 10, 13). O sea, que si uno cae en la tentación cometiendo pecado es por culpa propia y por haber rechazado la ayuda de Dios. «El demonio teme al ayuno, la oración, la humildad, las buenas obras, y queda reducido a la impotencia ante la señal de la Cruz» (San Antonio Abad).⁴⁸

3. LOS HOMBRES

Dios creó también a los hombres, a Adán y Eva, nuestros primeros padres, dotados de un alma inmortal y elevados a la vida divina por la gracia.

Los hombres estamos hechos de materia y espíritu, de cuerpo y alma. Dios creó la criatura humana «compuesta de

⁴⁷ Cf. Gn 3, 15.

⁴⁸ SAN ATANASIO, *Vida de San Antonio Abad*.

espíritu y de cuerpo»,⁴⁹ de tal manera unidos, que «el alma es, por sí misma y esencialmente, forma del cuerpo humano».⁵⁰

Tan unidos están el cuerpo y el alma que se separan solamente con la muerte. El cuerpo, por estar compuesto de partes, se disgrega en cenizas; el alma, que es espiritual, no está compuesta de partes, por lo cual, no puede morir. Por eso el alma es más noble que el cuerpo: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla» (*Mt* 10, 28). San Juan Crisóstomo decía que «aún cuando seas dueño del mundo entero, aún cuando seas rey de toda la tierra y pagues en precio cuanto hay en la tierra, no serás capaz de comprar una sola alma... el alma es más preciosa que todo el mundo»⁵¹ y Santa María Eufrosia Pelletier: «un alma vale más que un mundo».⁵² De ahí que lo más importante que tenemos que hacer en el mundo, lo que constituye la meta de nuestra fe, «es la salvación de las almas» (*1 Pe* 1, 9).

Nuestras almas conocen por medio de la inteligencia, y aman y eligen por medio de la voluntad.

Debemos utilizar siempre nuestra inteligencia para conocer la verdad, porque sólo «la verdad os hará libres» (*Jn* 8, 22). Siempre debemos poner la voluntad al servicio del bien, haciendo el bien siempre y a todos, el mal nunca y a nadie, para que «ninguno vuelva a nadie mal por mal, sino que en todo tiempo os hagáis el bien unos a otros y a todos» (*1 Te* 5, 15).

Dios nos hace libres para que seamos capaces de amar. Porque si uno «pudo pecar y no pecó, hacer el mal y no lo hizo» (*Sir* 31, 10), gana muchos méritos para la Vida Eterna y el premio será más grande.

⁴⁹ IV CONCILIO DE LETRÁN: Dz. 428.

⁵⁰ CONCILIO DE VIENNE, Dz. 481.

⁵¹ *Homilias sobre el Evangelio de San Mateo*, Homilía 55, 3, B.A.C., Madrid 1966, p. 164.

⁵² Lema del escudo de la Congregación «Nuestra Señora del Buen Pasto» y de las «Hijas de la Cruz», tomado de San Juan Eudes.

Nuestra alma por ser espiritual es simple, y sin embargo vive, conoce y ama. Con todo, a pesar de tener distintas operaciones, es una sola. Por eso es imagen de Dios, Uno y Trino espíritu purísimo, que es Vida, Verdad y Amor, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo en un solo Dios verdadero. Pero nuestra alma es más que imagen, es semejanza de Dios cuando está en gracia.

La gracia es un regalo que Dios hace a los hombres porque Él quiere y los quiere, para que sean «hijos de Dios y, por ser hijos, también herederos» (Ro 8, 16-17). Los hombres son hijos de Dios ya que por la gracia son «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1, 4). Por la gracia participamos de la Vida, de la Verdad y del Amor de Dios.

3. EL PECADO ORIGINAL

1. NUESTROS PRIMEROS PADRES

Cometemos pecado cuando hacemos algo que Dios no quiere. Al no hacerle caso lo ofendemos. Si se trata de algo grave el pecado se llama mortal, porque da muerte a la vida del alma que es la gracia de Dios.⁵³

Dios le dio a Adán, no sólo el alma y el cuerpo, sino sobre todo la gracia, que lo hacía hijo de Dios y amigo de Él. Al caer en pecado mortal perdió la gracia para sí mismo, y por ser la cabeza de la humanidad, la perdió para todos sus descendientes: «Así, pues, por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres por cuanto todos habían pecado...», dice la Escritura (Ro 5, 12).

⁵³ Cf. CONCILIO DE TRENTO: DS, 1512.

Por eso todos nosotros nacemos en pecado, «siendo hijos de ira por naturaleza» (*Ef* 2, 3), o sea, nacemos siendo enemigos de Dios al estar privados de la gracia, somos criaturas caídas en el pecado. Por el hecho de que el pecado de Adán fue cometido en el origen se llama: pecado original. Y sólo se borra por el Bautismo.

Al perder la gracia de Dios, Adán y todos sus descendientes, se salieron del orden, se desordenaron, ante todo con respecto a Dios. Y como consecuencia de ello, el hombre quedó también desordenado en sí mismo, o sea, perdió el orden interior, perdió el dominio perfecto sobre sus pasiones. Quedó también desordenado con respecto a las criaturas inferiores que en adelante le causan daño y dolor; se desordenaron los hombres entre ellos apareciendo las rivalidades, las envidias, los celos; y, finalmente, se rompió la armonía íntima del alma y del cuerpo, introduciéndose la muerte en la historia, ya que «por el pecado entró la muerte en el mundo» (*Ro* 5, 12).

Todos esos desórdenes son consecuencias del pecado, castigos por el pecado, como también lo es cierto dominio que adquirió el Demonio sobre los hombres, por lo que es llamado «príncipe de este mundo» (*Jn* 12, 31).

Castigos terribles, sin duda, pero pequeños en comparación con el castigo final que esperaba a toda la humanidad: el Infierno. Todos los hombres, por la original desobediencia de Adán, estábamos condenados a esa terrible herencia. Nacer, sufrir, morir y caer en el Infierno.

¿Por qué el pecado de nuestros primeros padres fue tan grave y tuvo tan terribles consecuencias? Pongamos un ejemplo: si un soldado le pega a otro soldado, en castigo le darán algunos días de calabozo, si le pega a un sargento los días de calabozo serán más, si a un capitán muchos más y si le pega a un general serán muchísimos más. ¿Por qué a un mismo

soldado le dan más días de calabozo si la ofensa fue siempre la misma? Porque la importancia y dignidad de la persona ofendida es más grande. Todo pecado mortal es, en cierto modo, una ofensa infinita ya que la ofensa no se mide por la persona que ofende sino por la persona que ha sido ofendida, que en este caso es Dios, infinitamente perfecto. Por eso sólo Dios podía volver a poner en su lugar lo que el hombre por su pecado había desordenado; sólo Dios infinito podía saldar la ofensa en cierto modo infinita causada por el pecado; sólo Dios podía librarnos de la esclavitud del pecado de la muerte, del Demonio y del Infierno; sólo Dios podía levantarnos del estado caído en que nos encontrábamos devolviéndonos la gracia perdida. Así como no podemos levantarnos a nosotros mismos tomándonos de los cordones de los zapatos y haciendo fuerza hacia arriba, de la misma manera no podíamos, estando caídos en el pecado, levantarnos a nosotros mismos, con nuestras propias fuerzas, sino que Dios nos tuvo que dar una mano, desde arriba y desde afuera, para que pudiésemos levantarnos. Esa mano es la gracia de Dios.

2. LA HISTORIA POSTERIOR

Nuestros primeros padres, y tras ellos todos sus descendientes, todos nosotros, por culpa del pecado de origen, debíamos sufrir, morir e ir para siempre al Infierno. Sin embargo, Dios tuvo compasión de nosotros y enseguida prometió un Salvador,⁵⁴ que nos salvaría de nuestros pecados y nos devolvería la gracia perdida. Pero dicho Salvador no vendría enseguida. Dios debía preparar lentamente a los hombres para que lo supiesen reconocer.

Para ello eligió un Pueblo, e hizo con ese Pueblo una alianza, un pacto.

⁵⁴ Cf. *Gn* 3, 15.

Varios siglos después de Adán y Eva, Dios eligió a un hombre llamado Abraham, que vivió entre 1900 y 1800 años antes de Cristo, para hacerlo cabeza de su Pueblo, prometiéndole que de su descendencia nacería el Salvador del mundo: «Serán bendecidas en ti todas las familias de la tierra» (*Gn* 12, 3). Abraham creyó a Dios: por eso es llamado «nuestro padre en la fe».⁵⁵

Abraham tuvo un hijo que se llamó Isaac, a quien Dios renovó todas las promesas hechas a su padre.

Isaac tuvo dos hijos, Esaú y Jacob. Jacob tuvo doce hijos que luego formaron las doce tribus de Israel. El Pueblo elegido fue haciéndose numeroso y debido a una gran sequía tuvieron que refugiarse en Egipto. Los egipcios lo esclavizaron durante 400 años.

Entonces Dios eligió a Moisés para que liberara a su Pueblo y lo llevase hasta la Tierra Prometida. Esto sucedió alrededor del año 1200 antes de Cristo. Mientras iban en camino Dios hizo un pacto con ese pueblo junto al Monte Sinaí: allí le dio diez mandamientos⁵⁶.

Josué fue quien conquistó la Tierra Prometida, y los Jueces sucedieron en el gobierno a Moisés.

El pueblo de Dios ya tenía una Ley y una tierra. Le faltaba una organización política. Para ello Dios les dio un rey. Primero Saúl (1035-1015 a.c.), luego a David (1015-975 a.c.) y finalmente Salomón (975-935 a.c.). Luego ocurrió un cisma y se dividieron en dos reinos, el de Israel y el de Judá.

Entre los años 900 y 800 a.C. aparecieron los grandes profetas Elías y Eliseo; entre los años 800 y 700 a.C. los

⁵⁵ *Misal Romano*, Plegaria Eucarística I.

⁵⁶ ver página 22.

profetas Amós, Oseas, Isaías, y Miqueas; por el 600 a.C. Jeremías y Ezequiel.

En ese siglo los persas invadieron la tierra y se llevaron cautivo a Babilonia al pueblo elegido. Luego, en el 538 a.C. vuelven los judíos a Palestina, pero vivieron casi permanentemente dominados por extranjeros: por los persas hasta el 332 a.C.; por los griegos hasta el 143 a.C.; por los romanos desde el 63 a.C. en adelante –salvo entre el 143 al 63 en que fueron independientes–.

Cuando llegó, pues, la plenitud de los tiempos, de la stirpe de Abraham, de la tribu de Judá, de la familia de David, nació en Belén de Judá el Mesías Redentor del mundo, Jesucristo Nuestro Señor, Hijo de Dios y de la Purísima Virgen María, cumpliéndose en Él todo lo anunciado por los Profetas e inaugurándose con Él los últimos tiempos. Por eso, «el Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia».⁵⁷

«Cristo, Redentor del mundo, es Aquel que ha penetrado, de modo único e irrepetible, en el misterio del hombre y ha entrado en su “corazón”. Justamente enseña el Concilio Vaticano II: “En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”».⁵⁸

«¿Cómo atreverse a confiar en un mundo inestable y frágil, lleno de mentira? Solamente por la confianza en la bondad del ser creado por Dios, que es amor. ¿Cómo ir hasta el límite de la confianza? Caminando en seguimiento de Cristo, el que, en la hora suprema de la fidelidad, pudo decir: “Padre, en tus manos entrego mi espíritu” (Lc 23, 46). Con Cristo, confiad en el Padre.

⁵⁷ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominum*, I, 1.

⁵⁸ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominum*, II, 8.

CREO EN DIOS PADRE

En la fe, arrojaos en los brazos de Dios. Él no os decepcionará. Su fidelidad no falla nunca».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes en la abadía de Echternach, (Luxemburgo),
26 de mayo de 1985.*

CAPÍTULO SEGUNDO

CREO EN JESUCRISTO

ARTÍCULO 2

«CREO EN JESUCRISTO,

SU ÚNICO HIJO,

NUESTRO SEÑOR»

Cuando nos santiguamos trazamos sobre nosotros el signo de la cruz. ¿Qué significa este signo? Significa el segundo gran misterio de nuestra fe católica: que Jesucristo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad hecho hombre, padeció y murió en la Cruz para salvarnos de nuestros pecados y traernos la gracia de Dios que habíamos perdido. Él es el Salvador prometido y esperado.

1. DIVINIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

¿Cómo sabemos que Jesús es Dios?

1. ASÍ LO ENSEÑÓ EL MISMO CRISTO

«Nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo» (*Mt 11, 27*), es decir, sólo la inteligencia infinita de Dios Padre puede conocer el ser infinito de Dios Hijo y viceversa. En otra ocasión dijo: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí» (*Jn 14, 10*); y también: «que sean uno como tú Padre estás en Mí y yo en Tí» (*Jn 17, 21*).

Cuando Caifás preguntó a Jesús: «Te conjuro por Dios vivo que me digas si eres Tú el Mesías, el Hijo de Dios», el Señor respondió: «Tú lo has dicho» (*Mt* 26, 63-64; *Mt* 14, 61-62), etc.

2. ASÍ LO RECONOCIERON SUS PROPIOS ENEMIGOS

Ellos sabían que Jesús se presentaba como verdadero Hijo de Dios: «no sólo quebranta el sábado, sino que decía a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios» (*Jn* 5, 18); y cuando Jesús dijo: «Yo y el Padre somos una sola cosa» los judíos lo quisieron apedrear «por blasfemia, porque tú siendo hombre, te haces Dios» (*Jn* 10, 30-33); y cuando pidieron a Pilato que lo crucificara, lo hicieron en estos términos: «Debe morir porque se ha hecho Hijo de Dios» (*Jn* 19, 7).

3. ASÍ LO PREDICARON LOS APÓSTOLES

San Pablo lo llama: «El gran Dios y Salvador nuestro, Cristo Jesús» (*Ti* 2,13). Y enseña: «Cristo está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (*Ro* 9, 5), etc. San Pedro lo llama «Señor y Mesías» (*He* 2, 36), etc. Y San Juan, luego de afirmar que «el Verbo era Dios» (el Verbo, la Palabra, es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad), agrega: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Jn* 1, 14), afirmando que «Jesucristo... es el verdadero Dios» (*I Jn* 5, 20), etc.

4. ASÍ LO DEMOSTRÓ EL MISMO JESÚS

1. Con su propia vida, verdadero milagro de sabiduría y santidad sobrenaturales: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (*Jn* 8, 46).

De ahí lo que se dice en la Liturgia: «Tú solo eres el Santo, Tú solo Señor, Tú solo altísimo Jesucristo»⁵⁹.

⁵⁹ *Misal Romano*, Gloria.

2. Con numerosos milagros. En 18 pasajes se relatan hechos milagrosos de Jesús sin especificar en detalle⁶⁰ y en otros pasajes se particularizan de manera detallada 39 milagros.

En la página 358 puedes encontrar una lista completa de los milagros de Jesús: así te entretienes buscándolos y de paso te instruyes.

3. Con múltiples profecías que son milagros intelectuales. (ver página 360).

4. Por haber resucitado de entre los muertos por su propio poder. Él mismo afirmó: «Yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla» (*Jn* 10, 17-18).

5. Por el milagro moral de la perennidad de la Iglesia: Cristo fundó su Iglesia, la cual tiene en su haber casi 2000 años de historia cargada de vicisitudes, y a pesar de haber pasado tanto tiempo muestra todavía su rostro original y no cesa de comunicar su mensaje salvador a todo aquel que quiera verla y escucharla. La permanencia de la Iglesia es absolutamente inexplicable por razones humanas y naturales.

2. HUMANIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Nuestro Señor Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre: «el que es verdadero Dios es también verdadero hombre».⁶¹ Posee un cuerpo y un alma como nosotros: «es semejante en todo a nosotros, menos en el pecado» (*Heb* 4, 15). Nace en Belén,⁶² tiene una genealogía o árbol familiar,⁶³ se somete a la

⁶⁰ Cf. *Mt* 4, 23; 8, 16; 9, 35; etc.

⁶¹ SAN LEÓN MAGNO, *Tractatus septem et nonaginta*. PL 1657.

⁶² Cf. *Mt* 2, 1.

circuncisión,⁶⁴ tiene una infancia y juventud semejantes a la de sus contemporáneos,⁶⁵ habla, tiene hambre,⁶⁶ tiene sed,⁶⁷ come y bebe,⁶⁸ duerme,⁶⁹ suda sangre,⁷⁰ es flagelado, crucificado, muerto y sepultado.⁷¹ Tiene un alma humana, siente tristeza,⁷² temor,⁷³ cólera,⁷⁴ amor,⁷⁵ alegría,⁷⁶ compasión,⁷⁷ llora.⁷⁸ Tiene una voluntad y un querer humano como vemos cuando obedece, en cuanto hombre⁷⁹ y como se ve por lo que dijo en el Huerto a su Padre: «no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú» (*Mt* 14, 36).

Que Dios se haya hecho hombre es uno de los grandes misterios de nuestra fe. Así como cuando una uña se mete en la carne decimos que se trata de una uña «encarnada», de manera semejante el misterio por el cual Dios «se hizo carne» (*Jn* 1, 14) se llama «Encarnación».

No hay comparación o ejemplo posible que nos haga comprender del todo este portento; supera las fuerzas de nuestra inteligencia y es superior a todo el universo creado. Sin embargo para atisbar aunque más no sea algo de ese misterio podemos imaginar lo que sería si nosotros, ofendidos por una hormiga que nos picase nos hiciéramos hormiga, sin dejar de ser hombres. ¡Cuán grande sería nuestra humildad asumiendo

⁶³ Cf. *Mt* 1, 1-17 y *Lc* 3, 23-38.

⁶⁴ Cf. *Lc* 2, 21-22.

⁶⁵ Cf. *Lc* 4, 22.

⁶⁶ Cf. *Mt* 4, 2.

⁶⁷ Cf. *Jn* 19, 28.

⁶⁸ Cf. *Mt* 11, 19; *Lc* 6, 34.

⁶⁹ Cf. *Jn* 4, 6.

⁷⁰ Cf. *Lc* 22, 44.

⁷¹ Cf. *Mt* cap. 26 y 27; *Mt* cap. 14 y 15; *Lc* cap. 22 y 23; *Lc* cap. 18 y 19.

⁷² Cf. *Mt* 26, 37.

⁷³ Cf. *Mt* 14, 33.

⁷⁴ Cf. *Mt* 3, 5; *Jn* 3, 15.

⁷⁵ Cf. *Mt* 10, 21; *Jn* 19, 26.

⁷⁶ Cf. *Jn* 11, 15; *Lc* 10, 21.

⁷⁷ Cf. *Hb* 2, 17; 4, 15; 5, 2.

⁷⁸ Cf. *Lc* 19, 41; *Jn* 11, 35; *Hb* 5, 7.

⁷⁹ Cf. *Jn* 8, 29; 5,30.

una naturaleza tan inferior a la nuestra!, ¡cuán grande el amor que manifestaríamos por las hormigas!, ¡cuántos peligros por los que deberíamos pasar!, ¡cuántos sufrimientos! Sin embargo, nuestro gesto de generosidad no implicaría un salto de lo ilimitado a lo limitado sino que quedaría siempre en el plano de lo limitado: nosotros, que ya somos limitados, nos haríamos más limitados aún. En cambio Dios, que es infinito e ilimitado, sin dejar de ser Dios, «se anonadó» (*Fhp* 2, 7) haciéndose hombre, es decir, finito y limitado.

¡No hay comparación posible! ¡Qué humildad, qué amor, que un Dios se haga hombre, que el Señor de todo se anonade hasta hacerse casi nada; qué generosidad para disponerse a soportar tantos sufrimientos como los que el Hijo de Dios pasó al hacerse hombre «para que los hombres pudiésemos ser hijos de Dios!».⁸⁰

3. UN SÓLO SEÑOR JESUCRISTO, VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE

No basta, sin embargo, confesar que Jesucristo tiene naturaleza divina y naturaleza humana, que es Dios y hombre al mismo tiempo, sino que, además, hay que afirmar que lo que une a ambas naturalezas es la Única Persona de Cristo, que es la Persona del Verbo, la Segunda Persona de la Trinidad, de tal manera que en Cristo no hay dos personas, una divina y otra humana, sino una sola Persona y ésta divina.

Por eso, hablando de Cristo, nos enseña San Pablo: «el mismo que bajó es el que subió...» (*Ef* 4, 10). «En lo cual se indica la unidad de la Persona de Jesucristo: “bajó”, es decir que el Hijo de Dios asumió una naturaleza humana, pero “subió”, es decir, que el Hijo del Hombre según la naturaleza

⁸⁰ SAN AGUSTÍN, *Sermón 185*: PL 38, 997-999.

humana fue elevado a la sublimidad de la vida inmortal. Y así es el mismo Hijo de Dios que baja y el Hijo del Hombre que sube». ⁸¹

Son pues verdaderas las siguientes expresiones: «El Verbo se hizo carne» (*Jn* 1, 14); la Virgen María es «Madre de Dios»⁸²; «han crucificado al Señor de la Gloria», o sea, a Dios: (*1 Co* 2, 8), porque las acciones son de la Persona. No digo: «mi mano escribe» sino yo (mi persona); si choco con el auto la culpa no la tiene el pie por no frenar a tiempo, sino yo, etc.

De esa manera todo lo que hizo Jesucristo gracias a su naturaleza humana: nacer, hablar, trabajar, hacer milagros, padecer, morir, son acciones que deben referirse al Hijo de Dios, a la Persona divina, por tanto, cada una de esas acciones, por ser acciones del Verbo de Dios tienen un valor infinito, son acciones de Dios. Si de hecho hubiese dos personas en Cristo, no se podría decir que el Verbo se hizo carne, y habría que afirmar que la Virgen es la Madre del hombre-Cristo, no la Madre de Dios, y no se podría escribir que fue crucificado el Señor de la Gloria, con lo cual todavía estaríamos en nuestros pecados, porque sólo Dios puede salvarnos de ellos.

Algunos herejes, por querer afirmar tanto la unidad en Cristo, negaron la dualidad de las naturalezas. Otros en cambio, por afirmar tanto esta dualidad en Cristo acabaron por destruir la unidad de la Persona. Todos estos «no son de Dios». ⁸³

La fe confiesa «que se ha de reconocer a un solo y el mismo Cristo Hijo, Señor Unigénito, en dos naturalezas unidas a una sola persona... no partido o dividido en dos personas, sino uno

⁸¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra Gentiles*, II, 28.

⁸² CONCILIO DE ÉFESO: DS, 251.

⁸³ Cf. *1 Jn* 4, 3.

solo y el mismo Hijo Unigénito, Dios Verbo, Señor Jesucristo».⁸⁴

Por ser una unión de persona o de hipóstasis, se llama «unión hipostática».

ARTÍCULO 3
«CREO QUE FUE CONCEBIDO
POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO.
NACIÓ DE SANTA MARÍA VIRGEN.»

Nuestro Señor Jesucristo, como Dios que es, fue engendrado desde toda la eternidad por Dios Padre, sin necesidad de madre; como hombre que es, nació en el tiempo de una Madre, sin necesidad de padre.

1. LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

1. SU INCOMPARABLE GRANDEZA

«Dios Padre reunió en un lugar todas las aguas y las llamó mar; reunió todas las gracias y las llamó María».⁸⁵ Por eso el ángel Gabriel saludó a María diciéndole «llena de gracia» (*Lc* 1, 28). María es la criatura más excelsa que ha existido y existirá, incomparablemente superior a todos los ángeles y a todos los santos juntos. ¿Por qué? Porque fue la criatura que Dios eligió para ser Madre de su Hijo Unigénito, la única criatura que amorosamente dio su carne y dio su sangre para que la Segunda Persona de la Santísima Trinidad pudiese hacerse hombre en su

⁸⁴ CONCILIO DE CALCEDONIA, Dz. 148.

⁸⁵ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, 23.

seno. «Cuando la Iglesia entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación, piensa en la Madre de Cristo con profunda veneración y piedad. María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y pertenece además al misterio de la Iglesia desde el comienzo, desde el día de su nacimiento».⁸⁶

Por esa razón Dios la colmó de insignes privilegios, como el de ser Inmaculada desde el mismo instante de su Concepción en el seno de su madre Santa Ana; virgen perfecta y a la vez Madre; Madre de Dios y Madre espiritual de todos los hombres; Corredentora, Mediadora y Dispensadora de todas las gracias; Asunta al cielo en cuerpo y alma; Reina y Señora de los cielos y tierra; Madre de la Iglesia; etc.

2. NECESIDAD DE ALABARLA

San Agustín, ese gran admirador de las glorias de María, dice que «no bastarían para alabarla dignamente todas las lenguas de los hombres ni aun cuando todos sus miembros se convirtiesen en lenguas».⁸⁷

Frecuentemente debemos alabarla y suplicarle con estas palabras:

*«Mientras mi vida alentare,
todo mi amor para ti.
¡Madre mía, Madre mía!
aunque mi amor te olvidare
¡Tú no te olvides de mí!»*

Nadie piense que se disminuye el honor que le debemos a Dios por el hecho de que honramos a su Madre:

– «La gloria de sus hijos son sus padres» (*Pr 17, 6*),

⁸⁶ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris Mater*, 22.

⁸⁷ *De Assumptione*, PL: 40, 1145.

– «¿Quién ignora que el honor que se tributa a las madres redundará en gloria de sus hijos?» (San Alfonso María de Ligorio).⁸⁸

– «No piense eclipsar la gloria del Hijo, quien ensalza mucho a la Madre» (San Bernardo).⁸⁹

– «El amor a la Virgen me condujo sin que yo me diese cuenta, a conocer y amar a Jesús» (Siervo de Dios Ceferino Namuncurá).⁹⁰

3. MADRE DE DIOS

Cuando la Virgen fue a visitar a su prima Santa Isabel, ésta la recibió con el saludo de «Madre de mi Señor» (*Lc* 1, 43). Es, por consiguiente, verdadera Madre de Dios, porque dio a luz a Dios.

San Cirilo de Alejandría, el principal defensor de la maternidad divina de María decía: «Si alguno no reconociere a María como Madre de Dios, es que se halla separado de Dios». ⁹¹ Por eso el Concilio de Éfeso declaró solemnemente: «la Santísima Virgen es Madre de Dios (“Theotokos”)». ⁹² ¿Por qué? Porque la Santísima Virgen concibió y dio a luz a la segunda Persona de la Santísima Trinidad en cuanto a la naturaleza humana que el Verbo asumió en sus entrañas purísimas. «En efecto, Aquel que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda Persona de la Santísima Trinidad». ⁹³

⁸⁸ *Las Glorias de María*, 5, 1.

⁸⁹ *Sermones in Assumptione Beatae Mariae Virginis, Sermo 1*, vol. 5, p. 231.

⁹⁰ RAÚL ENTRAIGAS, *El Mancebo de la Tierra*, ed. Inst. Salesiano de Artes Gráficas, Buenos Aires, 1970, p. 175.

⁹¹ *Epístola* 101, 4.

⁹² Dz. 111 a.

⁹³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 495.

4. SU VIRGINIDAD INMACULADA

María Santísima fue pues, verdadera Madre de Dios.

Sin embargo permaneció «siempre virgen»,⁹⁴ a saber, «antes del parto, en el parto y perpetuamente después del parto».⁹⁵

Ya decía San Basilio: «Los que son amigos de Cristo no soportan oír que la madre de Dios dejó alguna vez de ser Virgen».⁹⁶

Es cierto que los Evangelios hablan varias veces de los «hermanos de Jesús», pero en el lenguaje de los judíos «hermano» quiere decir «pariente cercano»; por eso jamás estos «hermanos» son llamados hijos de María, porque no son más que parientes cercanos a Jesús. También San Pedro llama «hermanos» (*He* 2, 29) a unas tres mil personas; ¡y no fue, evidentemente, porque la madre de San Pedro tuviera tres mil hijos!

Pío IX, Papa, definió que la «bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano».⁹⁷

5. MADRE DE TODOS LOS HOMBRES

Jesucristo es el que trae a los hombres la gracia de Dios: «he venido para que tengan vida» (*Jn* 10, 10). La Virgen, por traernos a Jesucristo, nos ofrece la vida sobrenatural de la gracia. Por ello es la Madre espiritual, sobrenatural, de todos los hombres.

⁹⁴ *Misal Romano*, Plegaria Eucarística 1.

⁹⁵ PABLO IV, 7 de agosto del 1555, Dz. 993.

⁹⁶ *Homilia in sanctam Christi generationem*, n. 5, PG: 31,1468.

⁹⁷ *Bula «Ineffabilis Deus»*, del 8 de diciembre de 1854: DS 2803.

«En el casto seno de la Virgen, donde Jesús tomó carne mortal adquirió también un cuerpo espiritual formado por todos aquellos que debían creer en Él. Y se puede decir que, teniendo a Jesús en su seno, María llevaba también en él a todos aquellos para quienes la vida del Salvador encerraba la vida». ⁹⁸

Al pie de la Cruz la Virgen recibió el encargo de ser Madre de todos nosotros cuando Jesús le dijo, señalándole a San Juan: «He ahí tu hijo» (*Jn* 19, 26). San Juan representaba allí a todos los hombres. «Ella continúa ahora desde el cielo cumpliendo su función maternal de cooperadora en el nacimiento y en el desarrollo de la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos». ⁹⁹

María «es nuestra Madre en el orden de la gracia». ¹⁰⁰ Mucho debemos amarla, que «quien ama a María, dichoso será» (Santa María Mazzarello). ¹⁰¹

Por ser Madre, y Madre buena, hemos de consagrarnos a ella todos los días para que siempre nos aliente, nos eduque y nos proteja, rezando esta hermosa y antigua oración:

*Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea,
en tan graciosa belleza.
A Ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María
yo te ofrezco en este día,
alma, vida y corazón;*

⁹⁸ SAN PÍO X, Carta encíclica «*Ad diem illum*»: ASS 453.

⁹⁹ PABLO VI, exhortación apostólica «*Signum magnum*», 13-mayo-1967, AAS 59.

¹⁰⁰ CONCILIO VATICANO II, «*Lumen Gentium*», VIII, 61.

¹⁰¹ Citado en: ALBAN BUTLER, *Vida de los Santos*, t. II, 3ª ed. en español, México 1969, p. 298.

*mírame con compasión;
no me dejes, Madre mía. Amén.*

También te puedes consagrar a Ella con esta oración:

*¡Ob Señora mía! ¡Ob Madre mía...!
Yo me ofrezco todo a vos; y en prueba de mi filial afecto
os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua,
mi corazón, en una palabra, todo mi ser.
Ya que soy todo vuestro, ¡oh Madre de bondad!, guardadme
y defendedme como cosa y posesión vuestra. Amén.*

El lema episcopal de Juan Pablo II, «Totus tuus» (Todo tuyo) fue tomado de San Luis María Grignon de Montfort.¹⁰²

6. CORREDENTORA

«La Virgen dolorosa participó con Jesucristo en la obra de la redención ofreciéndolo junto a la cruz como Víctima... como corredentora nuestra asociada a sus dolores».¹⁰³

«Al pie de la cruz, a cada instante, no hacía más que ofrecer con sumo dolor suyo y sumo amor a nosotros, el sacrificio de la vida de Jesús».¹⁰⁴

¡Cuánto nos amó la Virgen! ¡Cuánto debemos amarla nosotros! ¡Amor con amor se paga!

7. ASUNTA AL CIELO

«La Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, terminando el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial».¹⁰⁵

¹⁰² *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, 233.

¹⁰³ Pío XI, epístola «*Apostólica Explorata res*», 2-febrero-1923.

¹⁰⁴ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Las Glorias de María*.

¹⁰⁵ Pío XII, Constitución Apostólica «*Munificentissimus Deus*», 1-noviembre-1950: Dz. 2333.

Por haber estado adornada de todas las virtudes, al ser «llena de gracia» (Lc 1,28), es ejemplo de todas las virtudes para todos los hombres.

8. OMNIPOTENCIA SUPLICANTE

Ya en las bodas de Caná (Jn 2, 1-11), por pedido de la Virgen Santa, Jesús adelantó su hora e hizo su primer milagro. A partir de entonces la Santísima Virgen sigue siempre intercediendo por nosotros ante su Hijo. Por eso los Santos Padres y los Papas la llaman «Omnipotencia Suplicante»¹⁰⁶ ya que es capaz de obtener de Dios todo lo que le pide en la oración. Los católicos nos dirigimos suplicantes a Ella «no porque desconfiamos de la misericordia de Dios, sino más bien porque nada confiamos en nuestra propia dignidad; y nos encomendamos a María para que su dignidad supla nuestra miseria».¹⁰⁷

Debemos dirigirnos todos los días a la Santísima Virgen rezando sobre todo el Santo Rosario.¹⁰⁸ La misma Virgen en Lourdes y en Fátima pidió insistentemente que recemos el Rosario todos los días.

Grande es la devoción que todo católico debe tener a la Virgen la cual siempre está rogando delante de Dios por nuestra salvación. «No podrá perecer ante el eterno Juez el que se haya asegurado la ayuda de su Madre».¹⁰⁹ «Es imposible que se pierda quien se dirige con confianza a María y es por ella acogido».¹¹⁰ Por eso como enseña Juan XXIII, Papa, «quien

¹⁰⁶ Cf. GREGORIO ALASTRUEY, *Tratado de la Virgen Santísima*, BAC, Madrid 1945, p. 771.

¹⁰⁷ SAN ANSELMO.

¹⁰⁸ Cf. el modo práctico de rezarlo en la página 220.

¹⁰⁹ SAN PEDRO DAMIÁN.

¹¹⁰ Cf. SAN ANSELMO: PL 158, 956.

rehusa asirse a la mano auxiliadora de María, pone en peligro su salvación». ¹¹¹ Digámosle siempre con San Bernardo:

*Acordaos, oh piadosísima Virgen María,
que jamás se ha oído decir que ninguno
de los que han acudido a vuestra protección,
implorando vuestra asistencia
y reclamando vuestro socorro,
haya sido abandonado de Vos.
Animado con esta confianza,
a Vos también acudo,
¡oh Madre, Virgen de las vírgenes!,
y gimiendo bajo el peso de mis pecados,
me atrevo a comparecer ante vuestra presencia soberana.
Oh Madre de Dios no despreciéis mis súplicas,
antes bien escuchadlas y acogedlas benignamente. Así sea.* ¹¹²

9. MADRE DE LA IGLESIA

La Santísima Virgen ha sido llamada Madre de la Iglesia. Por ser Madre de la Cabeza de la Iglesia, Jesucristo, es también Madre de los miembros de esa Cabeza, es decir, de nosotros, los cristianos. «Jesucristo, la Cabeza de los hombres, ha nacido de Ella; los predestinados, que son los miembros de esa Cabeza, deben nacer de Ella...; una misma Madre no da a luz la cabeza sin los miembros, ni a los miembros sin la cabeza...; asimismo en el orden de la gracia, la Cabeza y los miembros nacen de una misma Madre». ¹¹³ «En el Calvario comenzó María de modo particular a ser Madre de toda la Iglesia». ¹¹⁴

Es normal que un hijo honre a su Madre. Por eso la Iglesia –hija de María– venera a su Madre bajo muchos títulos y

¹¹¹ Epístola «*Aetate hac nostræ*», 27-abril-1959.

¹¹² *Obra Mariana de San Bernardo*, preparada por Edmundo Banini, ed. Theotócos, Buenos Aires, 1947, p. 201.

¹¹³ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *Tratado de la Verdadera Devoción a María*, 32.

¹¹⁴ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO.

advocaciones. Unos se refieren a los principales misterios o virtudes de su vida: la Inmaculada Concepción, la Natividad, el Santísimo Nombre, la Presentación en el templo, la Purificación, la Anunciación, la Visitación, Madre de Dios, Corazón Inmaculado, Nuestra Señora de los Dolores, María Auxiliadora, María Reina, la Asunción, Nuestra Señora de la Merced, del Rosario, de la Consolación, de la Divina Providencia, de la Misericordia, de la Paz, de la Piedad, de la Salud, de las Gracias, del Socorro, etc. Otras advocaciones toman el nombre del lugar donde se apareció o donde se le rinde culto, por ejemplo: Nuestra Señora de Lourdes, de Fátima, de Luján, de Itatí, del Valle, de Montserrat, de Pompeya, del Carmelo, del Pilar, de las Nieves, de Guadalupe, del Huerto, etc. Todos son títulos o advocaciones de la misma y única Virgen María, Madre de Dios y madre nuestra. Llamémosla con el nombre que queramos: Ella siempre vendrá presurosa en nuestra ayuda como buena Madre que siempre ansía lo mejor para sus hijos.

Y que siempre nos saludemos entre nosotros:

¡Ave María Purísima! ¡Sin pecado concebida!

2. LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO

1. TODA LA VIDA DE CRISTO ES MISTERIO

Ya sabemos que su eterno Padre es Dios Padre, que Él es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, verdadero Dios y verdadero hombre en unidad de Persona, que su Madre es la Santísima Virgen María, según anunció el ángel Gabriel.¹¹⁵

«Muchas de las cosas respecto a Jesús que interesan a la curiosidad humana no figuran en el Evangelio. Casi nada se

¹¹⁵ Cf. *Lc* 1, 26-38.

dice sobre su vida en Nazaret, e incluso una gran parte de la vida pública no se narra. Lo que se ha escrito en los evangelios lo ha sido “para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn 20, 31).

Los evangelios fueron escritos por hombres inspirados por Dios, que pertenecieron al grupo de los primeros que tuvieron fe y quisieron compartirla con otros. Habiendo conocido por la fe quién es Jesús, pudieron ver y hacer ver los rasgos de su Misterio durante toda su vida terrena. Desde los pañales de su natividad hasta el vinagre de su Pasión y el sudario de su Resurrección, todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio. A través de sus gestos, sus milagros y sus palabras, se ha revelado que “en él reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente” (Col 2, 9).¹¹⁶

Ubicación geográfica del país de Jesús

La Anunciación tuvo lugar en Nazaret, pueblo de Galilea, en la región norteña de Palestina con los pueblos de Caná, Naím, y –alrededor del Lago Genesaret, llamado también de Tiberíades o de Galilea– Cafarnaúm, Betsaida, Magdala, Tiberíades, etc. La Palestina tenía otras dos regiones: la central, llamada Samaría, con el pueblo de Sicar o Siquem; y, al sur, la Judea, con la ciudad de Jerusalén y los pueblos de Belén, Betania, Jericó, etc. Palestina queda en Asia Menor, recostada sobre la orilla oriental del Mar Mediterráneo (actualmente el territorio es ocupado en su mayor parte por el Estado de Israel).

¹¹⁶ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 514-515.

2. LOS MISTERIOS DE LA INFANCIA Y DE LA VIDA OCULTA

a) El Misterio de Navidad

Con motivo de un censo que ordenó el Emperador Romano (ya que por aquel entonces Palestina pertenecía políticamente al Imperio Romano), debió ir la Virgen María con San José, su esposo, al pueblo de Belén, que queda a unos 9 km. al sur de Jerusalén. Allí, en un pobre y humilde pesebre, nació Nuestro Señor Jesucristo, el Salvador del mundo.¹¹⁷

El relato del nacimiento de Nuestro Señor lo encontramos en el Evangelio de San Lucas:

Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento. Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace».

¹¹⁷ Cf. *Lc* 2, 1-20.

Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado». Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.

Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.

(Lc 2, 1-20)

«La Iglesia celebra cada año (el día 25 de diciembre) el misterio de este amor tan grande hacia nosotros».¹¹⁸

b) Los Misterios de la infancia de Jesús

La Circuncisión: Jesús fue circuncidado al octavo día, según lo mandaba la ley. El Evangelio nos narra:

Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno.

(Lc 2,21)

La Epifanía: Jesús fue adorado por unos magos de Oriente y a ellos se manifestó como Mesías, como Hijo de Dios y Salvador del mundo. Este misterio se conoce con el nombre de Epifanía (=manifestación), porque es la primera manifestación del Señor a los paganos o gentiles.

El relato lo trae el Evangelio según San Mateo:

¹¹⁸ SAN CARLOS BORROMEIO, *Cartas Pastorales, Acta Ecclesiae Mediolanensis*, t. II, Lyon 1683, 916-917.

Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle». En oyéndolo, el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén. Convocó a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos se estuvo informando del lugar donde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: «En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel». Entonces Herodes llamó aparte a los magos y por sus datos precisó el tiempo de la aparición de la estrella. Después, enviándolos a Belén, les dijo: «Id e indagad cuidadosamente sobre ese niño; y cuando le encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a adorarle». Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa; vieron al niño con María su Madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra.

(Mt 2, 1-23)

La Presentación de Jesús en el Templo: «Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, “luz de las naciones” y “gloria de Israel”, pero también “signo de contradicción”. La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado “ante todos los pueblos”».¹¹⁹

Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la Ley del Señor:

¹¹⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 529.

Todo varón primogénito será consagrado al Señor y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor.

Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movidó por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel».

Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones».

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada; después de casarse había vivido siete años con su marido, y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

(Lc 2, 22- 38)

«La *huída a Egipto* y la matanza de los inocentes manifiestan la oposición de las tinieblas a la luz: “Vino a su Casa, y los suyos no lo recibieron” (Jn 1, 11). Toda la vida de Cristo estará bajo el signo de la persecución. Los suyos la comparten con él.

Su vuelta de Egipto recuerda el éxodo y presenta a Jesús como el liberador definitivo». ¹²⁰

Así relata el suceso el apóstol y evangelista San Mateo:

Los magos, avisados en sueños que no volvieran donde Herodes, se retiraron a su país por otro camino.

Después que ellos se retiraron, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y quédate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle».

Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: *«De Egipto llamé a mi hijo»*.

Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había precisado por los magos.

Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: *«Un clamor se ha oído en Ramá, mucho llanto y lamento: es Raquel que llora a sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen»*.

Muerto Herodes, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino de la tierra de Israel; pues ya han muerto los que buscaban la vida del niño.» El se levantó, tomó consigo al niño y a su madre, y entró en tierra de Israel. Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí; y avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea, y fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret; para que se cumpliera el oráculo de los profetas: *«Será llamado Nazareno»*.

(Mt 2, 12-23)

¹²⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 530.

c) Los Misterios de la vida oculta de Jesús

Luego de ser presentado en el templo y adorado por los magos, Jesús huyó a Egipto, y después de dos años volvió a Nazaret donde San José, su padre adoptivo, trabajaba de carpintero; a los doce años Jesús fue al Templo y allí conversó con los Doctores judíos; hasta los treinta años permaneció en Nazaret, obedeciendo, trabajando como el común de los hombres, rezando, creciendo «en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres» (*Lc 2, 52*).

El hallazgo de Jesús en el Templo es el único suceso que rompe el silencio de los Evangelios sobre los años ocultos de Jesús. El episodio lo cuenta San Lucas, quien muy probablemente lo escuchara de labios de la Santísima Virgen:

El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él. Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo su padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca.

Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». Él les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.

Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.

Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

(Lc 2, 40-52)

«Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios, vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba “sometido” a sus padres y que “progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres”.

Con la sumisión a su madre, y a su padre legal, Jesús cumple con perfección el cuarto mandamiento. Es la imagen temporal de su obediencia filial a su Padre celestial. La sumisión cotidiana de Jesús a José y a María anunciaba y anticipaba la sumisión del Jueves Santo: “No se haga mi voluntad...” (Lc 22, 42). La obediencia de Cristo en lo cotidiano de la vida oculta inauguraba ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido».¹²¹

3. LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

a) El bautismo de Jesús

Alrededor de los treinta años comenzó a manifestarse públicamente y se hizo bautizar por San Juan Bautista:

Por aquellos días aparece Juan el Bautista, proclamando en el desierto de Judea: «Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos».

Este es aquél de quien habla el profeta Isaías cuando dice: *«Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas».*

¹²¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 531-532.

Tenía Juan su vestido hecho de pelos de camello, con un cinturón de cuero a sus lomos, y su comida eran langostas y miel silvestre.

Acudía entonces a él Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.

Pero viendo él venir muchos fariseos y saduceos al bautismo, les dijo: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, fruto digno de conversión, y no creáis que basta con decir en vuestro interior: “Tenemos por padre a Abraham”; porque os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham. Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego. Yo os bautizo en agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias. El os bautizará en Espíritu Santo y fuego. En su mano tiene el biello y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga».

Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan trataba de impedirselo diciendo: «Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?» Jesús le respondió: «Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia». Entonces le dejó.

Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco».

(Mt 3, 1-17)

«Desde el comienzo de su vida pública, en su bautismo, Jesús es el “Siervo” enteramente consagrado a la obra redentora que llevará a cabo en su “bautismo” de su pasión».¹²²

b) Las tentaciones de Jesús

«La tentación en el desierto muestra a Jesús, humilde Mesías, que triunfa de Satanás mediante su total adhesión al designio de salvación querido por el Padre».¹²³

Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Después de hacer un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre. Acercándose el tentador, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.» Mas él respondió: «Está escrito: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”*». Entonces el diablo le lleva consigo a la Ciudad Santa, le pone sobre el alero del Templo, y le dice: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: *“A sus ángeles te encomendará, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna”*». Jesús le dijo: «También está escrito: *“No tentarás al Señor tu Dios”*». Todavía le lleva consigo el diablo a un monte muy alto, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: «Todo esto te daré si postrándote me adoras» Jesús entonces le dijo Jesús: «Apártate, Satanás, porque está escrito: *“Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a Él darás culto”*». Entonces el diablo le dejó. Y he aquí que se acercaron unos ángeles y le servían.

(Mt 4, 1-11)

El ejemplo del Señor al sufrir los embates del demonio en el desierto debe alentarnos en el combate contra el pecado. Porque quiso darnos fuerza contra las tentaciones, venció «nuestras tentaciones con las suyas»;¹²⁴

¹²² CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 565.

¹²³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 565.

¹²⁴ SAN GREGORIO MAGNO, *Homilias sobre los Evangelios*, XVI, 1.

– para que nadie, por muy santo que sea, se tenga por libre de ser tentado: «Hijo mío, si te das al servicio de Dios, prepara tu ánimo a la tentación» (*Qo* 2,1);

– para enseñarnos con qué prontitud y firmeza, y con qué justicia, hay que vencer las tentaciones del demonio: «el Diablo no ha de ser vencido con la fuerza, sino con la justicia»; ¹²⁵

– para que confiemos más en su misericordia: «No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado» (*Heb* 4,15).

No debes asustarte de tener grandes tentaciones, porque como enseña San Agustín, «nuestro progreso se realiza por medio de la tentación y nadie puede conocerse a sí mismo si no es tentado, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni puede vencer si no ha luchado, ni puede luchar si carece de enemigo y de tentaciones». ¹²⁶

c) El anuncio del Reino de Dios y la triple misión de Jesús como Mesías

«Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (*Mc* 1, 14-15). Desde entonces se lanzó de lleno a realizar la triple tarea de su misión mesiánica:

- enseñar como Maestro;
- legislar como Rey;
- santificar como Sacerdote.

¹²⁵ SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, L. XIII, 14, 18.

¹²⁶ *Enarraciones sobre los Salmos*, LX, 3.

1. Como Maestro enseñó la verdad

Cristo pudo decir de sí mismo «Yo soy la Verdad» (*Jn* 14, 4). Él es la «luz del mundo» (*Jn* 8, 12) y los que lo escuchaban «se maravillaban de su doctrina porque les enseñaba como quien tiene autoridad» (*Mc* 1, 22).

¿Qué enseñó?

Nos enseñó ante todo lo que hay que creer: quién es Dios, cómo es Dios –Santísima Trinidad–,¹²⁷ que Él es el Hijo único de Dios¹²⁸, que vino a salvar a todos los hombres,¹²⁹ que la salvación nos llega por los sacramentos,¹³⁰ que a todos juzgará,¹³¹ que vino a fundar un reino que «no es de este mundo» (*Jn* 18, 36), etc.

Nos enseñó también lo que hay que hacer: cumplir los mandamientos,¹³² en especial, el mandamiento «nuevo» del amor a Dios y al prójimo,¹³³ vivir en pureza,¹³⁴ cuáles son las leyes del Reino de Dios, etc. Asimismo lo que hay que recibir: el Bautismo¹³⁵, el perdón de los pecados,¹³⁶ la Eucaristía,¹³⁷ etc.

También lo que hay que rezar: el Padrenuestro.¹³⁸

¿Cómo enseñó?

Jesús enseñaba de distintas maneras:

¹²⁷ Cf. *Mt* 28, 19.

¹²⁸ Cf. *Mc* 9, 7.

¹²⁹ Cf. *Mt* 20, 28.

¹³⁰ Cf. *Jn* 3, 5.

¹³¹ Cf. *Mt* 20, 31-46.

¹³² Cf. *Mt* 7, 21.

¹³³ Cf. *Mt* 22, 37 y *Jn* 13, 34.

¹³⁴ Cf. *Mt* 5, 28.

¹³⁵ Cf. *Mc* 16, 16.

¹³⁶ Cf. *Jn* 20, 22.

¹³⁷ Cf. *Jn* 6, 51.

¹³⁸ Cf. *Mt* 6, 9-13.

– por medio de parábolas, que son como comparaciones y semejanzas. Hay unas 120 en los Evangelios.¹³⁹

– por medio de grandes sermones: el Sermón de la Montaña;¹⁴⁰ el del Pan de Vida o Eucaristía;¹⁴¹ el de la Última Cena;¹⁴² contra los judíos fariseos;¹⁴³ sobre la vocación de los Apóstoles;¹⁴⁴ sobre la indisolubilidad del matrimonio;¹⁴⁵ sobre el fin de Jerusalén y del mundo;¹⁴⁶ sobre el Padre y el Hijo;¹⁴⁷ en la fiesta de los Tabernáculos;¹⁴⁸ en la fiesta de la Dedicación.¹⁴⁹

– por medio de conversaciones: con los Apóstoles, con Nicodemo,¹⁵⁰ con la Samaritana,¹⁵¹ con los judíos, etc.

– por medio de lo que hacía: milagros, oración, ayunos, sufrimientos, dándonos ejemplo de todas las virtudes, etc.

2. Como Rey dio leyes

Jesús se llamó a sí mismo «Buen Pastor» (*Jn* 10, 11), sobre todo porque nos enseñó el camino que nos lleva al Cielo. Entre los judíos los Reyes eran llamados «Pastores de su pueblo». Por eso Jesús, Buen Pastor, es Rey: «Tú lo has dicho, yo soy Rey» (*Jn* 18, 37), le dijo a Pilato. Como Rey tiene poderío sobre todas las cosas: «me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra» (*Mt* 28, 18). Es, en verdad, «Rey de Reyes y Señor de los Señores» (*Ap* 19, 16).

¹³⁹ Cf. pág. 362.

¹⁴⁰ Cf. *Mt* 5-7.

¹⁴¹ Cf. *Jn* 6, 25-71.

¹⁴² Cf. *Jn* 13, 31; 17, 26.

¹⁴³ Cf. *Mt* 23.

¹⁴⁴ Cf. *Mt* 9, 36; 10, 42.

¹⁴⁵ Cf. *Mt* 19, 3-12.

¹⁴⁶ Cf. *Mt* 24.

¹⁴⁷ *Jn*, 17-47.

¹⁴⁸ Cf. *Jn* 7, 14; 10, 21.

¹⁴⁹ Cf. *Jn* 10, 22-42.

¹⁵⁰ Cf. *Jn* 3, 1-21.

¹⁵¹ Cf. *Jn* 4, 4-26.

La ley fundamental de su Reino fue por Él proclamada en el Sermón de la Montaña. También organizó su Reino en la tierra, o sea, la Iglesia, reclutando discípulos, enseñándoles, instituyendo los sacramentos, nombrando al Jefe de todos, etc. Además, tiene como Rey «todo el poder de juzgar» (*Jn* 5, 22) a todos los hombres y su sentencia es inapelable: los condenados «irán al fuego eterno y los justos a la vida eterna» (*Mt* 25, 46).

3. Como sacerdote santificó a los hombres

Nuestro Señor Jesucristo no se limitó tan sólo a traer nuevas verdades y nuevas leyes sino que nos trajo una vida nueva, o sea la gracia de Dios. «Es el gran sacerdote que penetró en los cielos» (*Heb* 4, 14), «que vino a ser para todos los que lo obedecen causa de salvación eterna» (*Heb* 5, 9), que se ofreció a sí mismo en la Cruz «para quitar los pecados de todos» (*Heb* 9, 28), «llevando los pecados de todos» (*Is* 53, 6), haciéndose «pecado» por nosotros (*2 Co* 5, 21), haciéndose maldito por nosotros, pues escrito está: «Maldito todo el que es colgado del madero» (*Ga* 3, 13). Jesús es «el sumo y eterno Sacerdote» (San Policarpo).¹⁵² En la Cruz no sólo es la Víctima ofrecida —«Cristo ha sido inmolado» (*1 Co* 5, 7)— sino también el Sacerdote que ofrece. Nos salvó por el sacrificio de su muerte en Cruz: «se entregó a sí mismo para la salvación de todos» (*1 Tim* 2, 6) liberándonos de una quántuple esclavitud:

1) **la del pecado:** «en Él tenemos el perdón de los pecados» (*Ef* 1, 7), «se entregó por nosotros para sacarnos de toda iniquidad» (*Tít* 2, 14);

2) **la del mundo malo:** «en el mundo tendréis tribulaciones pero confiad: Yo he vencido al mundo» (*Jn* 16, 33);

¹⁵² *Martirio*, XIV, 3.

3) **la del demonio:** «nos libró del poder de las tinieblas» (*Col 1, 13*), «despojando reinos, principados y potestades, los exhibió públicamente, triunfando de ellos en la cruz» (*Col 2, 1*), «para esto apareció el Hijo de Dios, para destruir las obras del Diablo» (*1Jn 3, 8*);

4) **la de la muerte:** «Él aniquiló la muerte» (*2 Tm 1, 10*);

5) **la del infierno:** al salvarnos de los pecados nos salvó del castigo eterno por ellos merecidos, preparándonos un lugar en el cielo «para que donde Yo estoy estéis también vosotros» (*Jn 14, 3*).

Él fue «levantado» (*Jn 3, 14*) verticalmente entre el cielo y la tierra porque vino a unir a Dios con los hombres y a los hombres con Dios, y murió con los brazos horizontalmente extendidos para abrazar en su caridad a los hombres de todos los siglos uniéndolos así con Dios y entre ellos.

Es, pues, Rey, Profeta y Sacerdote;

– Rey que promulga leyes y gobierna: «Yo soy el Camino».

– Profeta que enseña la auténtica doctrina: «Yo soy la Verdad».

– Sacerdote que comunica la santificación: «Yo soy la Vida».

ARTÍCULO 4

«PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO»

1. PRELUDIOS DE LA PASIÓN

La Palestina, en la época de Cristo, era una provincia del Imperio Romano, cuyo gobernador era Poncio Pilato.¹⁵³ Jesús ya llevaba más de tres años de vida pública realizando milagros, iluminando al mundo con su doctrina, «haciendo el bien» (*He* 10, 38), pero «los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas» (*Jn* 3, 19), y lo llamaron «loco» (*Jn* 10, 20), «endemoniado» (*Mc* 3, 22), «glotón y borracho» (*Mt* 11, 19), «impostor» (*Mt* 27, 63), «pecador» (*Jn* 9, 24), «embaucador» (*Jn* 7, 12), «blasfemo» (*Mt* 9, 2), etc., y lo odiaron, persiguieron y tramaron su muerte porque las obras de ellos eran malas mientras que las de Él eran buenas ya que «todo lo hizo bien» (*Mc* 7, 37).

Cristo predicaba simplemente la verdad; llamaba a cada uno por su nombre, sin temor alguno. Así, a los judíos fariseos: «Escribas y fariseos, ¡Hipócritas!... ¡insensatos y ciegos!... Serpientes, raza de víboras...» (*Mt* 23), «si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais a mí..., vosotros tenéis por padre al Diablo» (*Jn* 8, 42-44), pero éstos, en vez de arrepentirse y convertirse al ver «las obras que ninguno otro hizo» (*Jn* 15, 22-25) odiaron a Cristo y a su Padre cumpliéndose así la profecía que decía de Él: «Me odiaron sin motivo» (*Jl* 69, 5). Se reunieron, pues, los judíos fariseos y dijeron: «¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros; si le dejamos así todos creerán en Él...

¹⁵³ Cf. *1 Tm* 6, 13.

Entonces tomaron la resolución de matarle» (Jn 11, 45-53). De entre ellos, algunos que no eran tan malos, no se atrevían a confesarlo como Dios y Señor «temiendo ser excluidos de la Sinagoga, porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios» (Jn 12, 42-43).

2. PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

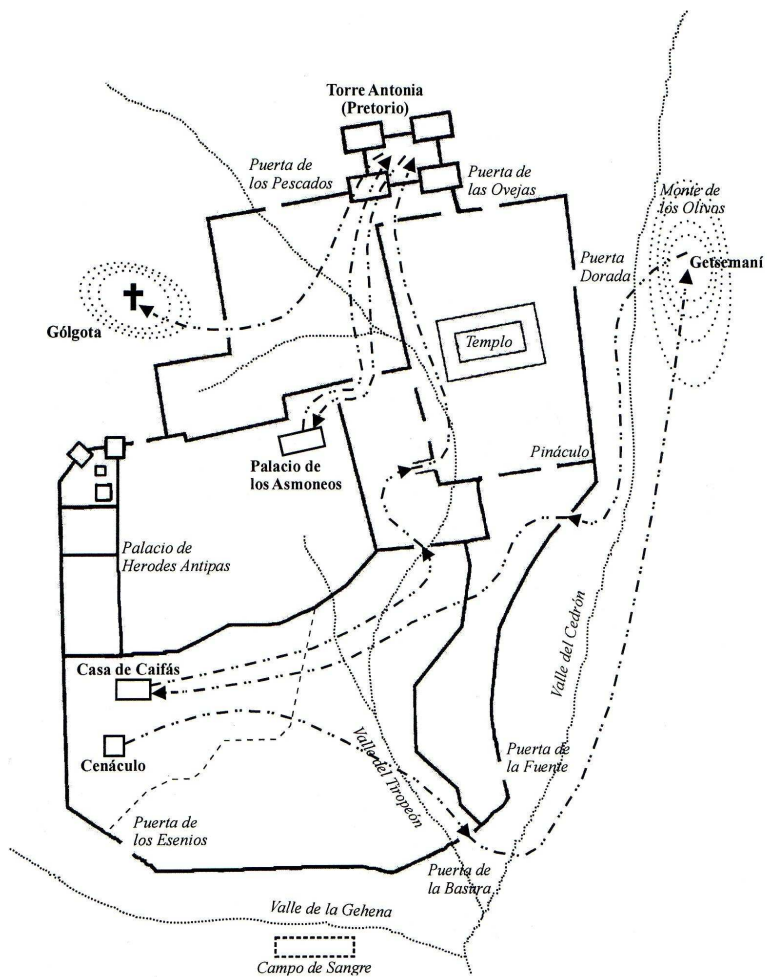
«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin», dice el Evangelio (Jn 13, 1), mostrándonos así su amor incomparablemente grande, lo extremoso de su caridad insuperablemente grande. La pasión de Jesús «por cualquier parte que la miremos, ya sea de la persona que padece, ya de las cosas que padece o del fin porque las padece, es la cosa más alta y más divina y secreta que ha sucedido en el mundo después que Dios lo creó, ni sucederá hasta el fin de él». ¹⁵⁴

La Cruz fue para Jesucristo «la cátedra donde enseñó, el altar sobre el que se inmoló, la arena donde combatió y como la fragua de donde salieron tantas maravillas». ¹⁵⁵

¹⁵⁴ LA PALMA, *Historia de la Pasión*, Preámbulo, BAC, Madrid 1967, p. 110.

¹⁵⁵ SAN ROBERTO BELARMINO, *Libro de las siete palabras*, Preámbulo.

CREO EN JESUCRISTO



Jueves Santo

Entre las 6 y 11 pm, Nuestro señor Jesucristo cenó por última vez con los Apóstoles en el Cenáculo, lavó sus pies,¹⁵⁶ descubrió al discípulo traidor,¹⁵⁷ instituyó la Sagrada Eucaristía y el Sacerdocio Católico,¹⁵⁸ pronunció el último sermón,¹⁵⁹ predijo las negaciones de Pedro,¹⁶⁰ rezó por sí mismo, por sus discípulos, por todos los creyentes.¹⁶¹

Luego se dirigió al Huerto de los Olivos, distante a unos 2 km. del Cenáculo, allí sudó sangre, y estuvo desde las 11 pm a la 1 am, aproximadamente.

Viernes Santo

Luego de ser apresado, es llevado a la casa de Anás y Caifás y desde la 1 hasta las 6 de la mañana Jesús fue juzgado y condenado por el Sanhedrín.¹⁶² Luego, entre las 6 y las 7, fue llevado a la Torre Antonia para comparecer ante Pilato¹⁶³ el cual, entre las 7 y las 8, lo envió a Herodes que estaba en el palacio de los Asmoneos.¹⁶⁴ Éste, luego de burlarse de Jesús y de vestirlo como a un loco, lo devolvió a Pilato, quien entre las 8 y 10, después de flagelarlo y coronarlo de espinas, trató de liberarlo, pero por fin se doblegó cobardemente ante la presión de los judíos; luego cargaron a Cristo con la cruz y comenzó a recorrer el «Vía Crucis» (camino de la Cruz), desde la Torre Antonia hasta el Calvario (son unas 7 u 8 cuadras, cuyo recorrido lo habrá efectuado entre las 10 y media y las 11 y media). Al llegar al Calvario o Gólgota lo crucificaron al

¹⁵⁶ Cf. *Jn* 13, 2-20.

¹⁵⁷ Cf. *Jn* 13, 21-30.

¹⁵⁸ Cf. *Lc* 22, 19-10.

¹⁵⁹ Cf. *Jn* 13, 31 al 16, 4.

¹⁶⁰ Cf. *Jn* 16, 5-33.

¹⁶¹ Cf. *Jn* 17, 1-26.

¹⁶² Cf. *Mt* 26, 50-66.

¹⁶³ Cf. *Jn* 18, 23-28.

¹⁶⁴ Cf. *Lc* 23, 6-12.

mediodía. Colgado de la Cruz predicó su último sermón que consta sólo de siete palabras, siete frases que son un compendio del Evangelio. Siete truenos que aún retumban en el mundo. A eso de las 3 pm murió el Señor. Entre las 4 y las 6 pm lo sepultaron.

Sábado Santo

El cuerpo de Jesús estuvo en el santo sepulcro custodiado por los guardias.

3. LA OBRA DE NUESTRA SALVACIÓN

Jesús con su muerte en Cruz reparó las ofensas que contra Dios cometieron y cometen los hombres al pecar. «Tomó sobre sí los pecados de todos nosotros» (*Is* 53, 6) porque vino para entregar su vida «como precio por el rescate (salvación) de muchos» (*Mt* 20, 28); «quien no conoció pecado se hizo pecado» (*2 Co* 5, 21), es decir, se hizo «sacrificio por nuestros pecados»,¹⁶⁵ muriendo por todos los hombres sin excepción: «por todos murió (Cristo)» (*2 Co* 5, 13) y mereció para todos las gracias necesarias para la salvación ya que «en ningún otro hay salvación» (*He* 4, 12).

La Iglesia celebra solemnemente en su Liturgia los misterios de la Pasión, Crucifixión, Muerte y Sepultura de Jesús los días Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa. Asimismo, esos Sagrados Misterios se conmemoran y renuevan en cada Misa.

Cuantas veces miremos el Crucifijo no dejemos de recordar la obra tan grande que hizo Jesús por nosotros, «que me amó y se entregó por mí» (*Ga* 2, 20), y pongámonos a veces de rodillas ante él y oremos así:

¹⁶⁵ XI CONCILIO DE TOLEDO, *Símbolo de la fe*, Dz. 286.

«Miradme, ¡oh mi amado y buen Jesús!, postrado en vuestra santísima presencia, os ruego con el mayor fervor imprimáis en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor de mis pecados y propósito firmísimo de enmendarme, mientras que yo, con todo el amor y con toda la compasión de mi alma, voy considerando vuestras cinco llagas teniendo presente aquello que dijo de Vos, ¡oh buen Jesús! el Santo Profeta David: Han taladrado mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mis huesos. Amén».

«En la cruz está el Redentor del hombre, el Varón de dolores, que ha asumido en sí mismo los sufrimientos físicos y morales de los hombres de todos los tiempos, para que en el amor puedan encontrar el sentido salvífico de su dolor y las respuestas válidas a todas sus preguntas».¹⁶⁶

4. AMOR A LA CRUZ

Los Santos, que tanto amaron a nuestro Señor Jesucristo, amaron mucho la Cruz porque sabían que si el Maestro había pasado por ella también debían pasar por ella sus discípulos, ya que «el discípulo no es mayor que el Maestro» (*Mt* 10, 24).

San Pablo decía:

– «No quiero saber otra cosa que Jesucristo y Jesucristo crucificado» (*1 Co* 2, 2).

– «Si sufrimos con Él, reinaremos con Él» (*2 Tim* 2, 12).

– «Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (*Ro* 8, 18);

– «Nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores... que la esperanza no quedará confundida» (*Ro* 5, 3 ss).

¹⁶⁶ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Salvifici Doloris*, 31

– «Por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable» (2 Co 4, 17).

1. EL DESEO DE LOS SANTOS

La cruz es el deseo de los santos:

– «Las horas que paso sin padecer me parecen horas perdidas, sólo el dolor hace más soportable mi vida» (Santa Margarita María de Alacoque).¹⁶⁷

– «Los que están poseídos de la Pasión de la honra de Cristo y tienen hambre de la salvación de las almas se apresuran a sentarse a la mesa de la Santa Cruz» (Santa Catalina de Siena).¹⁶⁸

– «Padecer o morir» (Santa Teresa de Jesús).¹⁶⁹

– «No morir, sino padecer» (Santa María Magdalena de Pazzi).¹⁷⁰

– «Padecer y ser despreciado por Vos» (San Juan de la Cruz).¹⁷¹

– «Por la misericordia de nuestro amado Dios, no deseo saber otra cosa ni gustar ninguna consolación fuera de ser crucificado con Jesús» (San Pablo de la Cruz).¹⁷²

– «Los que gustan de la Cruz de Cristo nuestro Señor, descansan viniendo en estos trabajos (cruces, dificultades, etc.) y mueren cuando de ellos huyen o se hallan fuera de ellos» (San Francisco Javier, patrono universal de las Misiones Católicas).¹⁷³

¹⁶⁷ Carta 62 (marzo de 1687, a la Madre de Saumaise).

¹⁶⁸ *Diálogo*, 100.

¹⁶⁹ *Libro de la vida*, XI, 20

¹⁷⁰ Citada en: FR. PÉREZ DE URBEI, *Año Cristiano*, t. II, ed. Poblet, Buenos Aires 1944, p. 408.

¹⁷¹ *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1950, p. 404 y 432 y 433.

¹⁷² *Diario Espiritual*, 49 (23 de noviembre de 1720).

¹⁷³ *Carta del 20 de septiembre de 1542*.

– «Ni Jesús sin la cruz, ni la Cruz sin Jesús» (San Luis María Grignión de Montfort).¹⁷⁴

– «Quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y deseo más ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo» (San Ignacio de Loyola).¹⁷⁵

– «No está bien que la Cabeza esté coronada de espinas y los miembros regalados» (San Bernardo).¹⁷⁶

– «No está bien que el Amor esté crucificado»¹⁷⁷ y «que el amado no se crucifique con el amor» (San Ignacio de Loyola).¹⁷⁸

– «No puede haber redención sin Calvario» (Padre Ángel Buodo).¹⁷⁹

– «Fuera de la cruz no hay otra escala para subir al cielo» (Santa Rosa de Lima).¹⁸⁰

– «¿Qué sabe quien no sabe padecer por Cristo?» (San Juan de la Cruz).¹⁸¹

2. EL AMOR Y LA ALEGRÍA DE LA CRUZ

Los Santos aman los sufrimientos porque es una manera más exquisita de seguir a Jesús y de mostrarle cuánto lo aman:

– «Señor, aumentame los sufrimientos, pero aumentame en la misma medida tu amor» (Santa Rosa de Lima).¹⁸²

¹⁷⁴ *El Amor a la Sabiduría Eterna*, cap. XIV, 172.

¹⁷⁵ *Ejercicios Espirituales*, 167.

¹⁷⁶ SAN BERNARDO, *Sermón II*, Obras Completas, ed. Cisterciences 5, p. 364-368

¹⁷⁷ «Mí amor está crucificado», decía San Ignacio de Antioquia: *Carta a los Romanos*, 7, 2.

¹⁷⁸ San Ignacio de Loyola

¹⁷⁹ RAÚL A. ENTRAIGAS, *El bornero de Dios*, ed. Don Bosco, Buenos Aires 1961, p. 400.

¹⁸⁰ P. HANSEN, *Vida admirable de la hermana Rosa de Santa María de Lima*, Roma 1664, p. 137.

¹⁸¹ *Ariscos*, 17.

– «El verdadero paraíso terrenal consiste en padecer algo por Cristo» (San Luis María Grignión de Montfort).¹⁸³

– «A Cristo se lo ama en la cruz y crucificado con Él. No de otra manera» (Beato Luis Orione).¹⁸⁴

– «Aceptemos una gotita de su cáliz por amor de Aquél que un cáliz amargo por nuestro amor bebió» (Sierva de Dios Camila Rolón).¹⁸⁵

La cruz de Cristo es alegría, y si no se vive en la alegría podrá ser cruz, pero no será nunca de Cristo. Esa ha sido la enseñanza constante de los Apóstoles, de los mártires, de los doctores y de los santos de todos los tiempos:

– «Estoy lleno de consuelo, rebozo de gozo en todas las tribulaciones» (2 Co 7, 4).

– «Tened por sumo gozo el veros rodeados de diversas tribulaciones» (Sant 1, 2).

– «Habéis de alegraros en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo. Bienaventurados vosotros si por el nombre de Cristo sois ultrajados, porque el espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa en vosotros» (1 Pe 4, 13-14).

– «Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros» (Mt 5, 11-12).

¹⁸² Citada en: ALBAN BUTLER, *Vida de Santos*, t. III, *op. cit.*, p. 445.

¹⁸³ *Carta circular a los amigos de la Cruz*, 34.

¹⁸⁴ Carta del 24 de junio de 1937.

¹⁸⁵ Carta del 16 de abril de 1911.

– «Debemos sufrir con gusto cuantas tribulaciones se nos presenten en este mundo» (Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa).¹⁸⁶

– «Cuando llegues al punto de que la aflicción te es dulce, y te complaces en saborearla por Cristo, bien puedes entonces considerarte dichoso, porque has hallado en verdad el paraíso en la tierra» (Tomás de Kempis).¹⁸⁷

– «Por la misericordia de mi amado Dios, no deseo saber otra cosa, ni gustar ninguna consolación fuera de ser crucificado con Jesús» (San Pablo de la Cruz).

– «El sufrimiento me es desconocido. En él encuentro mi alegría, pues en la cruz se encuentra a Jesús. ¿Y qué importa sufrir cuando se ama? ... ¿Qué es el sacrificio, qué es la cruz sino el cielo cuando en ella está Jesucristo» (Santa Teresa de los Andes, carmelita chilena).¹⁸⁸

– «He llegado a no poder sufrir, porque me es dulce todo padecimiento» (Santa Teresita del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia y Patrona Universal de las Misiones Católicas).¹⁸⁹

– «La cruz es el regalo que Dios hace a sus amigos... Soporté muchas cruces más de las que parecía podía soportar. Me dispuse a pedir el amor a la cruz y entonces fui feliz. Verdaderamente no se encuentra la felicidad sino allí» (San Juan María Vianney).¹⁹⁰

– «¡Tanto es el bien que espero que toda pena me da consuelo!» (San Juan de la Cruz).

¹⁸⁶ Carta del 8 de julio de 1782.

¹⁸⁷ *Imitación de Cristo*, II, 12, 11.

¹⁸⁸ *Carta 14*: a la Madre Angélica Teresa (5 de septiembre de 1917).

¹⁸⁹ *Historia de un alma*, XII, 21.

¹⁹⁰ Citado en: ABBÉ MONNIN, *Esprit du Curé d'Ars*, ed. P. Téqui, 1975, p. 141.

– «¡Cristo amado, crucificado por amor! ... Quisiera amaros hasta morir de amor» (Beata Isabel de la Trinidad).¹⁹¹

Mira a menudo a Cristo Crucificado y dile junto con San Ignacio de Loyola:

*«Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confortame.
¡Oh mi buen Jesús!, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a Ti, para que con tus Santos te alabe,
por los siglos de los siglos. Amén».*¹⁹²

Es el único camino que lleva a la gloria:

– «Por medio de las penas se va a la gloria, yo quiero ir por este camino» (Santa Vicenta María López y Vicuña).¹⁹³

¹⁹¹ Citada en: *Doctrina Espiritual de Sor Isabel*, ed. Desclée de Brower, Buenos Aires, 1948.

¹⁹² Prescripta por San Ignacio, *Libro de los Ejercicios Espirituales*, 251.

¹⁹³ De sus cartas.

ARTÍCULO 5

«DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS, AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS»

1. CRISTO DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS¹⁹⁴

Al morir en la Cruz, el alma de Jesús se separó de su cuerpo, pero ni del alma ni del cuerpo se separó la divinidad. El cuerpo fue llevado al sepulcro donde permaneció todo el Sábado. El alma fue a la morada donde estaban los justos del Antiguo Testamento. Se encaminó justamente a ese lugar para buscarlos, para anunciarles la Redención, para consolarnos. Por eso pudo decir al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (*Lc* 23, 43). Decimos, pues, que descendió a los infiernos.

Aquí «infierno» se entiende del lugar llamado también «seno de Abraham» o «limbo de los justos», de ninguna manera del infierno de los condenados. «La Escritura llama infiernos, sheol o hades¹⁹⁵ a la morada de los muertos donde bajó Cristo después de muerto, porque los que se encontraban allí estaban privados de la visión de Dios.¹⁹⁶ Tal era, en efecto, a la espera del Redentor, el estado de todos los muertos, malos o justos,¹⁹⁷ lo que no quiere decir que su suerte sea idéntica (como se expresa en la parábola del pobre Lázaro en el “seno de Abraham”).¹⁹⁸ “Son precisamente estas almas santas, que esperaban a su Libertador en el seno de Abraham, a las que Jesucristo liberó cuando descendió a los infiernos”.¹⁹⁹ Jesús no

¹⁹⁴ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA, 632-637.

¹⁹⁵ Cf. *Fpl* 2, 10; *Hcb* 2, 24; *Ap* 1, 18; *Ef* 4, 9.

¹⁹⁶ Cf. *Sal* 6, 6; 88, 11-13.

¹⁹⁷ Cf. *Sal* 89, 49; *1 S* 28, 19; *Ez* 32, 17-32.

¹⁹⁸ Cf. *Lc* 16, 22-26.

¹⁹⁹ CATECISMO ROMANO 1, 6, 3.

bajó a los infiernos para liberar allí a los condenados ni para destruir el infierno de la condenación sino para liberar a los justos que le habían precedido».²⁰⁰

Cristo manifestó allí su eterno poder y su gloria como antes lo había hecho en el Cielo y en la tierra «para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en las regiones subterráneas» (*Fhp* 2, 10).

2. AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS²⁰¹

Luego «resucitó al tercer día según las Escrituras» (*1 Co* 15, 4), es decir el Domingo de Pascua, cuando volvió a unir su alma a su cuerpo haciéndolo a éste glorioso para nunca más morir. Como Dios que era, resucitó por su propio poder, según lo había profetizado a los judíos: «Destruid este Templo y en tres días lo levantaré. Él hablaba del templo de su cuerpo» (*Jn* 2, 19).

Como es uno y el mismo el poder del Padre y del Hijo, en algunos pasajes la Sagrada Escritura se afirma también que fue resucitado por Dios Padre.

«Lo resucitó por cuanto no era posible que fuera dominado por la muerte» (*He* 2, 24).

1. EL SEPULCRO VACÍO

«¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado» (*Lc* 24, 5-6). En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento que se encuentra es el sepulcro vacío. No es en sí una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Cristo en el sepulcro podría

²⁰⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 633.

²⁰¹ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 639-667.

explicarse de otro modo.²⁰² A pesar de eso, el sepulcro vacío ha constituido para todos un signo esencial. Su descubrimiento por los discípulos fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Es el caso, en primer lugar, de las santas mujeres (*Lc* 24, 3. 22-23), después de Pedro (*Lc* 24, 12). “El discípulo que Jesús amaba (*Jn* 20, 2) afirma que, al entrar en el sepulcro vacío y al descubrir “las vendas en el suelo” (*Jn* 20, 6) “vio y creyó” (*Jn* 20, 8). Eso supone que constató en el estado del sepulcro vacío que la ausencia del cuerpo de Jesús no había podido ser obra humana y que Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal como había sido el caso de Lázaro (*Jn* 11, 44)».²⁰³

2. LAS APARICIONES DEL RESUCITADO

Una vez resucitado, se mostró en numerosas ocasiones, «se presentó vivo con muchas pruebas evidentes apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios» (*He* 1, 3). Y para demostrar que había resucitado verdaderamente comió y bebió,²⁰⁴ caminó,²⁰⁵ se dejó tocar: «se asieron a sus pies» (*Mt* 28, 9). Para mostrar que era el mismo que habían crucificado mostró sus manos, sus pies y su costado;²⁰⁶ para enseñarles que había resucitado a una vida gloriosa e inmortal entraba y salía del Cenáculo estando las puertas cerradas, apareciendo y desapareciendo cuando quería, tomando distinta figura, etc.

«La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y, para la mayoría, viviendo entre ellos todavía. Estos “testigos de la Resurrección de Cristo” (*He* 1, 22) son ante todo Pedro y

²⁰² Cf. *Jn* 20, 13; *Mt* 28, 11-15.

²⁰³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 640.

²⁰⁴ Citada en: BUTLER, «Vida de Santos», t. III, *op. cit.*, p. 445.

²⁰⁵ Cf. *Lc* 24, 15.

²⁰⁶ Cf. *Jn* 20, 19-27 y *Lc* 24, 40.

los Doce, pero no solamente ellos: San Pablo habla claramente de más de quinientas personas a las que se apareció Jesús en una sola vez, además de Santiago y de todos los Apóstoles²⁰⁷». ²⁰⁸

«Fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación» (Ro 4, 25), para darnos la vida de la gracia santificante que habíamos perdido por nuestros pecados.

El conjunto de los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús se llama «Misterio Pascual» y se conmemora con toda solemnidad en el Triduo Pascual, aunque cada vez que se celebra la Santa Misa se lo conmemora en su totalidad, según aquello que dice el sacerdote después de la consagración: «Por eso, Señor, en memoria de la bienaventurada Pasión de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, de su Resurrección de entre los muertos, y de su gloriosa Ascensión al Cielo... te ofrecemos... esta Víctima santa e inmaculada...». ²⁰⁹

ARTÍCULO 6 «SUBIÓ A LOS CIELOS, ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE»

«El Señor Jesús, después de haber hablado con ellos, fue levantado a los Cielos y está sentado a la diestra de Dios» (Mc 16, 19); «al día cuadragésimo de su resurrección subió a los Cielos con la carne en que resucitó y con el alma». ²¹⁰ Ascendió «por su propio poder», poder que tenía como Dios y también

²⁰⁷ Cf. 1 Co 15, 4-8.

²⁰⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 642.

²⁰⁹ *Misal Romano*, Plegaria Eucarística I.

²¹⁰ II CONCILIO DE LYON, Dz. 462.

poder de su alma glorificada sobre su Cuerpo glorioso. «El que lo creó todo, subió por encima de todo y por su propio poder».²¹¹

«Estar sentado» es una manera de decir que ha llegado al reposo que merece como guerrero vencedor. Es la postura del Rey y del Juez, lleno de poder y majestad.

La Ascensión de Cristo al Cielo, entre otras cosas, nos mueve a buscar siempre las cosas esenciales, que son invisibles a los ojos del cuerpo, y que son aquellas cosas que no pasan y que no mueren: «Aspirad a las cosas de arriba donde está Cristo... gustad las cosas de arriba, no las de la tierra», decía el apóstol San Pablo a los primeros cristianos (*Col 3, 1-2*).

Asimismo, la Ascensión del Señor debe llenarnos de inmovible esperanza, ya que nos aseguró: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas... Voy a prepararos el lugar... De nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros» (*Jn 14, 2-3*). ¡Somos ciudadanos del Cielo! (*Fp 3, 20*). Y como los apóstoles, que tras la Ascensión quedaron «mirando al cielo», debemos tener «fija la vista en Él...» (*He 1,10*).

A LA DIESTRA DEL PADRE

«Se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (*Heb 1, 3*), según San Juan Damasceno se refiere a “la gloria y el honor de la divinidad”, o sea, significa que Cristo reina junto con el Padre y, además, tiene el poder judicial sobre vivos y muertos. El saber que el Señor está junto al Padre debe hacernos crecer, de manera inconmensurable, nuestra confianza en Él: «Todo lo puedo en aquél que me conforta» (*Fp 4,13*), debe decir un

²¹¹ SAN GREGORIO MAGNO, citado por SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Catena Aurea*, San Marcos, cap. 16, vers. 19-20.

joven junto con San Pablo y con él también aquella otra magnífica expresión de confianza total: «¡Sé a quién me he confiado!» (2 *Tim* 1,12).

ARTÍCULO 7
«DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR
A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS»

San Pedro dijo de Cristo: «Éste es el que ha sido constituido Juez de vivos y muertos» (He 10, 42).

1. JUICIO FINAL Y JUICIO PARTICULAR

Cristo ha de venir por segunda vez al mundo, pero no ya como la primera, en Belén, pobre, humilde e ignorado, sino con poder y majestad. Todos deberán reconocerlo como Juez ya que vendrá para pronunciar el Juicio postrero.

Con su Segunda Venida todos los enemigos de Cristo quedarán completamente derrotados. Entonces Cristo hará que reinen junto con Él todos los que hayan sido sus fieles discípulos. Sin embargo, aún antes del fin de los tiempos, en el momento de nuestra muerte, cada uno de nosotros será juzgado: «cada cual dará a Dios cuenta de sí» (*Ro* 14, 12); «a los hombres les está establecido morir una vez y después de esto el juicio» (*Heb* 9, 27). Es lo que se llama «juicio particular».

Se cuenta que un día San Luis Gonzaga estaba junto con unos amigos durante un recreo. Un sacerdote, para ver lo que pensaban, les preguntó qué harían si supiesen que dentro de pocas horas iban a morir. Uno respondió que se iría a confesar, otro que se iría a rezar, etc. El Santo respondió con sencillez:

«seguiría jugando».²¹² No tenía ningún temor ante la muerte porque vivía permanentemente en gracia de Dios. Para él, como para San Pablo, «la vida es Cristo y la muerte es una ganancia» (*Fhp* 1, 21) ya que sabía que «el juicio de Dios es conforme a verdad» (*Ro* 2, 2). Decía Santa Rita de Casia que «la muerte, para el que procura servir a Dios de corazón, no es más que un dulce sueño».²¹³

Dios juzgará nuestros corazones para ver si hemos creído en sus enseñanzas transmitidas por la Iglesia, si hemos cumplido sus mandamientos, si hemos recibido los sacramentos, y si hemos rezado como corresponde.

A los buenos, a los que hayan muerto en gracia de Dios, les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (*Mt* 25, 34) y a los malos, que mueran en pecado mortal sin haberse arrepentido, les dirá: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles» (*Mt* 25, 41).

En el Cielo se goza de la visión de Dios, en el Infierno se sufre la ausencia de Dios. En el primero, las criaturas serán un motivo más de gozo, en el segundo, un motivo más de tormento, en el Cielo reina una alegría sin fin, en el Infierno una tristeza sin remedio, una fulgurante felicidad contra una opaca desdicha, un amor esplendoroso contra un odio ruin.

El fin del hombre será tal cual haya sido su vida. Por eso es conveniente que «pienses a menudo en lo que pasará al fin de tu vida y así no pecarás más» (*Sir* 7, 40).

²¹² Cf. SAN JUAN BOSCO, *La juventud instruida*, II, 1.

²¹³ De su vida.

2. LA PURIFICACIÓN FINAL O PURGATORIO

Jesús dijo: «Quien hablare contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero» (*Mt* 12, 32) y San Gregorio Magno, Papa, comenta que con ello «se nos da a entender que algunas culpas se pueden perdonar en este mundo y algunas también en el futuro».²¹⁴

Es decir que hay un lugar intermedio entre el Cielo y el Infierno que es el Purgatorio, donde van las almas que aunque no hayan muerto en estado de pecado mortal tienen, sin embargo, que ser purificadas de sus culpas. Todas las almas que están en el Purgatorio pueden ser ayudadas con nuestras oraciones.²¹⁵

La indulgencia es, justamente, la remisión parcial o total de la pena temporal debida por los pecados ya perdonados, y que debemos pagar en esta vida por las buenas obras o en el Purgatorio por un tiempo de pena determinado.

«No hay desilusión, disipación, pecado, que no puedan ser superados en Cristo; como no hay anhelo, necesidad, esperanza que, inmersos en la órbita de Cristo, Señor y Redentor, no reciban los beneficios esperados. (...) Cristo es exigente. Pide todo. Llama a una generosidad incondicionada. Pero precisamente por esta totalidad el cristianismo sigue siendo una religión siempre actual y está destinado a encontrar plena sintonía con la conciencia juvenil, que es propensa a la totalidad de la donación, ajena a medias medidas, hostil a los formalismos y a la superficialidad. Cristo abre un horizonte inmenso al joven. Le desvela las relaciones que hay entre la eternidad y el tiempo, entre la vida futura y la presente. Le muestra que existe un nexo profundo entre la verdad y el bien, y que, por lo tanto, el nivel moral de una existencia depende esencialmente de la propia

²¹⁴ *Diálogos* 4, 39.

²¹⁵ Cf. *2 M* 12, 43-46.

CARLOS MIGUEL BUELA

capacidad de coherencia, que tiene raíces en la esfera íntima del pensamiento y del corazón».

*Juan Pablo II,
Discurso a los jóvenes de Bari (Italia), 11 de marzo de 1984.*

CAPITULO TERCERO

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

ARTÍCULO 8

«CREO EN EL ESPÍRITU SANTO»

1. ¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO?

El Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, que «procede del Padre y del Hijo» (Credo Niceno-Constantinopolitano).

Ese es el Espíritu que fecundó el seno de María obrando la Encarnación,²¹⁶ que en forma de paloma bajó sobre Jesús en el Bautismo,²¹⁷ y en forma de lenguas de fuego descendió sobre la Virgen María y los Apóstoles reunidos en el Cenáculo el día de Pentecostés, es decir cincuenta días después de la Resurrección de Jesús.²¹⁸ El Espíritu Santo es la «Imagen Perfecta de la Perfecta Vida, Causa de los vivientes, Manantial Sagrado, Santidad que comunica la santificación».²¹⁹

Jesús, cuando anuncia y promete la venida del Espíritu Santo, lo llama el «Paráclito» (*Jn* 14, 16) que habitualmente se traduce por «Consolador», y también lo llamó el «Espíritu de Verdad» (*Jn* 16, 13). Hablando con Nicodemo, Jesús usó la imagen del viento, «la palabra “espíritu” en su acepción primera significa “soplo, aire, viento”», para darnos a entender que el

²¹⁶ Cf. *Lc* 1, 35.

²¹⁷ Cf. *Mt* 1, 10.

²¹⁸ Cf. *He* 2, 3.

²¹⁹ SAN GREGORIO TAUMATURGO, *Ex. de la Fe*, E.P. 611.

Espíritu divino es el Soplo de Dios: «El viento sopla donde quiere; tú oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene, ni dónde va. Así acontece con todo aquel que ha nacido del Espíritu» (*Jn 3, 8*).

Otros hermosos símbolos del Espíritu Santo son el agua, la unción, la nube y la luz, el sello, la mano, el dedo, la paloma y el fuego.²²⁰

«Fuego he venido a traer sobre la tierra, y ¡cuánto desearía que ya ardiese!», dijo Jesús (*Lc 12, 49*).

2. PENTECOSTÉS

«El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina».²²¹

El episodio de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo «junto con María, la Madre de Jesús» (*He 1, 14*), lo narra San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*:

Al cumplirse el día de Pentecostés, se hallaban todos juntos en el mismo lugar, cuando de repente sobrevino del cielo un ruido como de viento que soplaba con ímpetu, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas divididas, como de fuego, posándose sobre cada uno de ellos. Todos quedaron entonces llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, tal como el Espíritu les daba que hablasen

(*He 2, 1-4*).

²²⁰ Puedes profundizar su significado en el CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 694-701.

²²¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 731.

Este acontecimiento, que dio origen a la Iglesia, era el cumplimiento a la promesa del envío del Espíritu Santo, que en repetidas oportunidades había hecho Nuestro Señor. En una ocasión, en el día más solemne de la fiesta de Pascua, Cristo «gritó: “Si alguno tiene sed, venga a Mí, y beba el que crea en Mí”. Como ha dicho la Escritura: “De su seno manarán torrentes de agua viva”. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él» (Jn 7, 37-39).

Por eso hay que tener grandes deseos de poseer al Espíritu Santo y hay que encontrarlo en Jesucristo, creyendo en Él. Si buscas verdaderamente a Cristo, Él te dará a beber de su Espíritu, quedarás tan colmado y tan contento que en tu interior «correrán ríos de agua viva», como dice Jesús. De tal manera que no sólo tendrás agua en abundancia para ti, sino que también la tendrás para muchos otros.

3. EL ESPÍRITU SANTO, EL DON DE DIOS

«Dios es amor» (1 Jn 4, 8. 16) y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor, «el amor de Dios, se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Ro 5, 5). Él es la ley nueva, la ley de caridad «que es vínculo de perfección» (Col 3, 14), es la «ley de la fe» (Ro 3, 27), es la «ley del Espíritu» (Ro 8, 2), es el «Evangelio de la gracia de Dios» (He 20, 24), es «la ley de la libertad» (Sant 2, 12), porque «donde está el Espíritu Santo está la libertad» (2 Co 3, 17), «es la fe que obra por el amor» (Ga 5, 6).

4. LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

Los que son fieles a la inspiración del Espíritu Santo dan frutos de «caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, contra esto no hay ley» (Ga 5, 22)

porque «la ley no es para los justos» (1 *Tim* 1, 9). Es decir que los que son fieles al Espíritu no se contentan con cumplir la ley sino que van más allá, viviendo aquello que decía San Agustín: «Ama y haz lo que quieras».²²² Ya que el que verdaderamente ama, hará tan sólo lo que Dios quiera.

Tal vez no hay palabra más dura en la Sagrada Escritura que esta de San Pablo: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ese no es de Cristo» (*Ro* 8, 9). No basta rezar, dar comida a los pobres, servir al prójimo, sacrificarse, estudiar, etc., si no lo hacemos en espíritu. Si dentro del alma no hay espíritu de oración, espíritu de amor a los pobres, espíritu de estudio, de servicio, de sacrificio... de nada vale la obra meramente externa.

También es el Espíritu Santo quien hace que nunca la Santa Misa sea algo mecánico, rutinario y aburrido, sino algo «único». Toda Misa celebrada válidamente es una manifestación imperceptible, pero realísima del Espíritu Santo ya que el Espíritu Santo obra para manifestar a Cristo. La presencia de Jesucristo va unida a la acción del Espíritu Santo: donde está Cristo está el Espíritu Santo. «No me favorecería el hecho de que Cristo haya muerto por mí, si no me vivificara con su Espíritu», decía San Bernardo.²²³ Por eso debes pedirle frecuentemente al Espíritu Santo que te enseñe a participar de manera activa, consciente y fructuosa de la Santa Misa.

5. EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA

El Espíritu Santo es el «alma de la Iglesia»: «Lo que el alma es al cuerpo del hombre, eso es el Espíritu Santo al cuerpo de Jesucristo».²²⁴ Y nos congrega a todos en la unidad.

²²² *In Epístola Ioannis ad Partos*, VII, 8.

²²³ *Epíst.* 107, 9: PL 182, 247 A.

²²⁴ LEÓN XIII, Carta encíclica *Divinum illud munus* 13: ASS, 650.

«La Iglesia, comunión viviente en la fe de los Apóstoles que ella transmite, es el lugar de nuestro conocimiento del Espíritu Santo:

- a) en las Escrituras que Él ha inspirado;
- b) en la Tradición, de la cual los Padres de la Iglesia son testigos siempre actuales;
- c) en el Magisterio de la Iglesia, al que Él asiste;
- d) en la Liturgia sacramental, a través de sus palabras y de sus símbolos, en donde el Espíritu Santo nos pone en comunicación con Cristo;
- e) en la oración, en la cual Él intercede por nosotros;
- f) en los carismas y ministerios, mediante los que se edifica la Iglesia;
- g) en los signos de vida apostólica y misionera;
- h) en el testimonio de los santos, donde Él manifiesta su santidad y continúa la obra de la Salvación».²²⁵

Además, «el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (R^o 8, 26). Pero el Espíritu Santo, artífice de las obras de Dios, no sólo es el Maestro de la oración sino también el regalo que se nos da por la oración. El principal regalo que Dios hace al hombre y a la mujer es Dios mismo. No puede haber un regalo más grande que el mismo Ser infinito. El principal don es el Espíritu Santo y lo que se nos da a través de Él. De una manera especialísima recibimos el don del Espíritu Santo en el Sacramento de la Confirmación. Pero siempre, estemos ya confirmados o todavía no, debemos pedir a Dios

²²⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 688.

Padre el don del Espíritu Santo, y que nos ayude a estar atentos a sus inspiraciones, a discernir las distintas mociones y a ejecutar con prontitud la voluntad de Dios. Nuestro Señor nos enseñó a hacer esta petición con mucha confianza: «¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ... Si vosotros que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?» (Lc 11, 13).

Digámosle a menudo:

*Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos el fuego de tu amor.*

*V: Envía Señor, tu Espíritu,
para darnos nueva vida.*

R: Y renovarás la faz de la tierra. Amén»

También podemos dirigirnos al Espíritu Santo con esta hermosa oración atribuida a San Fernando, Rey de Castilla:

*Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo,
inspírame siempre lo que debo pensar,
lo que debo decir, y cómo lo debo decir,
lo que debo callar,
lo que debo escribir,
cómo debo obrar,
lo que debo hacer para procurar Vuestra Gloria,
el bien de las almas y mi propia santificación. Amén.*

Juan Pablo II propuso a los jóvenes que rezaran a la Virgen pidiendo recibir el Espíritu Santo esta oración de San Idelfonso:²²⁶

*Te suplico encarecidamente, oh Virgen santa,
que yo reciba a Jesús por aquel Espíritu*

²²⁶ De virginitate perpetua sanctae Mariae, XII: PL 96, 106.

*por obra del cual tú misma engendraste a Jesús.
Que mi alma reciba a Jesús por aquel Espíritu,
por obra del cual tu carne concibió al mismo Jesús.
Que yo ame a Jesús en aquel mismo Espíritu,
en el que tú lo adoras como Señor
y lo contemplas como Hijo.²²⁷*

ARTÍCULO 9
**«CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA,
EN LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS»**

INTRODUCCIÓN

La Santa Cruz es la señal del católico porque con ella significamos los tres principalísimos misterios de nuestra Santa Religión:

1. El de la Santísima Trinidad: tres Personas en una sola naturaleza;
2. El de Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Dios y verdadero hombre que, muere en la Cruz para salvarnos;
3. El de la Santa Iglesia Católica, que es el Reino de salvación que viene de la Trinidad y desemboca en la Trinidad, que Jesucristo ha continuado, difundido y comunicado a través del tiempo y del espacio; el arca sobrenatural de salvación por medio de la gracia santificante que comunica a través de los sacramentos.

Cuatro cosas expresan lo que es la Iglesia:

1. su naturaleza;

²²⁷ JUAN PABLO II, *Mensaje para la XIII Jornada Mundial de la Juventud*, 9.

2. sus propiedades o notas;
3. sus miembros;
4. sus estados.

1. NATURALEZA DE LA IGLESIA

La Iglesia se refiere esencialmente a la Santísima Trinidad: «es un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (San Cipriano).²²⁸ La Iglesia es el Pueblo de Dios²²⁹, el Cuerpo de Cristo²³⁰ y el Templo del Espíritu Santo.²³¹

1. SOMOS EL PUEBLO COMPRADO POR LA SANGRE DE CRISTO

«Cristo murió por todos» (2 Co 5,15), quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad (1 Tim 2,4). Para eso fundó la Iglesia. Preparó su fundación al poner sus cimientos durante su vida pública, al enseñar la doctrina que había de ser predicada, al instituir los sacramentos que son los canales por los cuales llega la gracia de Dios a los hombres, al dejar la Santa Misa como sacrificio perpetuo de expiación por los pecados, al promulgar las leyes que regirán la vida de los fieles, al establecer el sacerdocio católico, al elegir las autoridades de su pueblo, el Papa y los Obispos, al confesar San Pedro la fe en la divinidad y mesianidad de Jesucristo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16). Esta larga preparación culminó con el Sacrificio de la Cruz ya que del costado herido del Señor brotó la Iglesia, como antes había salido Eva del costado de Adán. Cristo es el nuevo Adán, la Iglesia es la nueva Eva, «la única inmaculada y virgen, Santa

²²⁸ *De orat. Dom.* 23; SAN AGUSTÍN, *Serm.* 73, 20, 33; SAN JUAN DAMASCENO, *Adv. Iconoc.* 12; cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 4.

²²⁹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 9-17.

²³⁰ *Idem*, 7.

²³¹ *Idem*, 4; para estos temas puede verse con provecho *Christifideles laici*, Juan Pablo II, 8, 11-13.

Madre Iglesia».²³² Esta Iglesia, así nacida, la presentó «públicamente el día de Pentecostés».²³³ De tal manera, que hubo tres etapas en la fundación de la Iglesia por parte de Cristo: su preparación, su culminación y su presentación.

2. EL BAUTISMO NOS INCORPORA AL IGLESIA.

Por el Bautismo hemos sido incorporados a la Iglesia Católica, hemos sido hechos miembros vivos de Jesucristo, en el nombre de la Santísima Trinidad. Constituyen la Iglesia todos los hombres que han sido salvados por Jesucristo. Llamamos «iglesias» a los templos en los que se reúnen los miembros de la Iglesia para adorar a Dios y darle culto. Jesucristo muere por todos y cada uno de nosotros, muere por la Iglesia, es decir por los hombres que la constituyen, no por los ladrillos, el revoque, las chapas, las baldosas, los bancos, etc. de nuestros templos.

3. LOS SÍMBOLOS O FIGURAS DE LA IGLESIA²³⁴

La Sagrada Escritura nos presenta a la Iglesia valiéndose de muchas imágenes.

- a) Es como un *redil* (*Jn* 10, 1-10) cuya puerta es Cristo.
- b) Es como un *rebaño* (*Jn* 10, 1-5) de ovejitas cuyo pastor es Cristo.
- c) Es como un *campo de Dios* (*1 Co* 3, 9) donde el Señor plantó la viña elegida²³⁵ (*Mt* 21,33-43); la vid verdadera es Cristo y nosotros somos las ramas que vivimos por estar unidos a Él que nos transmite la savia, es decir, la gracia (*Jn* 15, 1-5).

²³² CONCILIO DE VIENNE, Constitución *De Summa Trinitate et fide catholica*, Dz. 480.

²³³ LEÓN XIII, Carta encíclica *Divinum illud munus* 11: ASS 649.

²³⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 6.

²³⁵ Cf. *Is* 5-1-7.

- d) Es el edificio de Dios, la construcción de Dios (1 Co 3, 9) en el cual Jesucristo es la piedra fundamental (Mt 21, 42).
- e) Es la casa de Dios (*1 Tim 3, 15*) porque en ella habitan todos sus verdaderos hijos.
- f) Es *la familia de Dios* (*Ef 2, 19-22*) en la cual todos somos hijos de un mismo Padre y, por tanto, hermanos entre nosotros.
- g) Es *el templo santo* (*Ef 2, 21*), en el que nosotros somos *piedras vivas* (*1Pe 2, 5*).
- h) Es *la nueva Jerusalén* (*Ap 3,12*), o *Jerusalén Celestial* (*Heb 12, 22*) porque es el lugar del encuentro de Dios y del hombre y donde se manifiesta la gloria de Dios.
- i) Es *la Esposa de Cristo* (*Ef 5, 22-32*) porque Él amó a la Iglesia y se entregó por ella, purificándonos por el Bautismo y la Palabra.
- j) Es *el Reino de Dios* (*Mc 1, 15*) o *Reino de los Cielos* (*Mt 3,2*) porque en ella Dios es el Rey y nosotros somos los súbditos.
- k) Es *el Cuerpo de Cristo* (*1 Co 12, 12-27*). Todos los bautizados estamos unidos a Cristo, como los miembros de un cuerpo a la cabeza; somos hermanos entre nosotros y así formamos una familia: la Iglesia.
- l) Es *la plenitud de Cristo* (*Ef 1, 23*) porque no sólo está formada por la Cabeza, Cristo, sino también por los miembros de la Cabeza, otros «Cristos».²³⁶
- m) Es *nuestra Madre* (*Ga 4,26*), ya que la Iglesia nos engendra mediante los sacramentos al darnos la Vida sobrenatural que Cristo vino a traer.

²³⁶ «Y en Él somos cristos y Cristo, porque en cierta manera la cabeza y el cuerpo forman el Cristo en su integridad». SAN AGUSTÍN, *Enarr. in Ps.*, XXVI, II, 2: CCL 38, 154 s.; cf. *Christifideles laici*, 14.

- n) Es el *Pueblo de Dios* (*Heb 4, 9*) que continúa la obra de Jesucristo.

4. PROPIEDADES O NOTAS DE LA IGLESIA DE CRISTO

Son las cualidades o atributos de la Iglesia de Jesucristo. El Credo Niceno-constantinopolitano nos señala cuatro atributos: la Iglesia que fundó Jesús es una, santa, católica y apostólica.

1 LA IGLESIA ES UNA

Es Una porque «uno sólo es el Señor, una sola la fe y uno solo el Bautismo» (*Ef 4, 5*), porque una sola es la Cabeza visible, el Papa, «principio perpetuo... fundamento visible de la Unidad»,²³⁷ porque «uno e idéntico es el Espíritu que infunde la gracia a los fieles» (*1 Co 12,11*) porque «sólo hay un cuerpo y un solo Espíritu» (*Ef 4, 3-4*); porque en cada Diócesis hay un solo Obispo, el cual «unido al Papa» es «principio y fundamento visible de unidad en su Iglesia particular».²³⁸

«Sólo existe una Iglesia, y sólo esa llegará al puerto; cualquiera otra va a naufragio...».²³⁹ Las demás «iglesias» no son verdaderas, porque no han sido fundadas por Jesucristo, y el «destello de aquella verdad que ilumina a todos los hombres»²⁴⁰ que hay en ellas, son obra del Espíritu Santo, y son una preparación para el Evangelio.²⁴¹

²³⁷ CONCILIO VATICANO I, Dz 1821.

²³⁸ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 23.

²³⁹ SAN FRANCISCO DE SALES, *Meditaciones sobre la Iglesia*, BAC, Madrid 1985, p. 46.

²⁴⁰ CONCILIO VATICANO II, *Nostrae aetate*, 2.

²⁴¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 16, cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Preparación Evangélica*, 1,1.

La unidad de los cristianos: El ecumenismo.

Por razón de la promesa-profecía de Cristo «habrá un sólo rebaño y un sólo pastor» (Jn 10, 10) y de su oración sacerdotal «que todos sean uno» (Jn 17, 21) la Iglesia católica está empeñada en lograr la unión de todos los cristianos, o sea, de los «que invocan al Dios Trino y confiesan a Jesús Señor y Salvador»²⁴² Esta tarea se llama ecumenismo. Esto lo hace por medio de una *renovación* permanente de la Iglesia en una fidelidad mayor a su vocación, de la *conversión del corazón* para llevar una vida más de acuerdo al Evangelio, de la *oración en común*, del *fraterno conocimiento recíproco*, del *diálogo* y de la colaboración.²⁴³

2. LA IGLESIA ES SANTA

La Iglesia es Santa porque está «consagrada y dedicada a Dios»;²⁴⁴ porque «santa es su Cabeza invisible, Cristo» (Ef 4,15-16); porque los sacramentos que distribuye producen la santidad, porque santo es su fin: la gloria de Dios y la salvación de los hombres; porque sus miembros deben ser santos, es decir, vivir en gracia de Dios (si hay miembros de la Iglesia que son pecadores no es por culpa de la Iglesia sino por culpa de ellos, en cuanto que no quieren ser miembros obedientes de la Iglesia).

3. LA IGLESIA ES CATÓLICA

La Iglesia es Católica, o sea, «universal» en el sentido de «según la totalidad» o «según la integridad», porque no se deja encerrar en los límites de una nación, de una época, de una raza, de una civilización, de una clase social, de una cultura o de un idioma: «no hay griego ni judío... bárbaro o escita, siervo o

²⁴² CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, 1.

²⁴³ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 821.

²⁴⁴ CATECISMO ROMANO, I, X, 15.

libre, porque Cristo lo es todo en todos» (*Col 3, 11*); porque todos cuantos se salvan, se salvan en cuanto se adhieran a Ella, algunos visiblemente a su Cuerpo e invisiblemente a su «alma», y otros que, ignorando sin culpa el Evangelio y cumpliendo la voluntad de Dios, se salvan porque pertenecen al «alma» de la Iglesia, ya que obran bajo el influjo de la gracia²⁴⁵ del Espíritu Santo y «el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia».²⁴⁶

a) La misión.

Toda la Iglesia tiene por misión buscar la mayor gloria de Dios y la salvación de todos los hombres. Por eso «la Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera».²⁴⁷ No puede nunca jamás dejar de oír el mandato de su Señor: «Id por el mundo entero, predicad el Evangelio a toda la creación» (*Mt 16, 15*).²⁴⁸

El trabajo misionero, luego de 2000 años, podemos decir que está en sus comienzos, ya que hay dos terceras partes de la humanidad que no conocen a Jesucristo. «No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios. Para el creyente, en singular, lo mismo que para toda la Iglesia, la causa misionera debe ser la primera, porque concierne al destino eterno de los hombres y responde al designio misterioso y misericordioso de Dios».²⁴⁹

²⁴⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 16.

²⁴⁶ LEÓN XIII, Carta encíclica *Divinum illud munus* 13: ASS, 650.

²⁴⁷ CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes*, 2.

²⁴⁸ Cf. JUAN PABLO II, carta encíclica *Redemptoris missio*, sobre la permanente validez del mandato misionero, 2a: «la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales».

²⁴⁹ JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 86d.

Siempre debemos rezar por los misioneros y misioneras esparcidos por los cinco continentes, que muchas veces coronan con el martirio su fidelidad a Jesucristo y a su Iglesia.

Además, debemos pedir que surjan muchas vocaciones misioneras en las familias cristianas: «Cuando los padres están dispuestos a consentir que uno de sus hijos marche para la misión, cuando han pedido al Señor esta gracia, Él los recompensará, con gozo, el día en que un hijo suyo o hija escuche su llamada».²⁵⁰

Tampoco debes olvidar que siempre te corresponde ser misionero en los ambientes en que te toca vivir, tal vez en tu propia casa: «Hay necesidad de jóvenes en misión en sus ambientes; jóvenes alegres y fuertes, humildes y valientes, tenaces y emprendedores; que sepan presentar con convicción a Cristo, testigos suyos con palabras y obras, con su vida cotidiana» (Juan Pablo II).²⁵¹

b) Los no-cristianos: El diálogo interreligioso.

«La tarea misionera implica un *diálogo respetuoso* con los que todavía no aceptan el Evangelio. Los creyentes pueden sacar provecho para sí mismos de este diálogo aprendiendo a conocer mejor “cuanto de verdad y de gracia se encontraba ya entre las naciones, como por una casi secreta presencia de Dios”.²⁵² Si ellos anuncian la Buena Nueva a los que la desconocen, es para consolidar, completar y elevar la verdad y el bien que Dios ha repartido entre los hombres y los pueblos, y para purificarlos del error y del mal “para gloria de Dios, confusión del diablo y felicidad del hombre”²⁵³».²⁵⁴ Es el llamado Diálogo interreligioso.

²⁵⁰ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 80.

²⁵¹ JUAN PABLO II, a los jóvenes de la diócesis de Treviso (Bélgica), 14 de julio de 1985.

²⁵² CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes* 9.

²⁵³ CONCILIO VATICANO II, *Ad gentes* 9.

4. LA IGLESIA ES APOSTÓLICA

La Iglesia es Apostólica, es decir, firme, porque tiene su fundamento en los mismos Apóstoles; porque ellos la propagaron por el mundo; porque de ellos a los obispos actuales hay una serie ininterrumpida de pastores, porque su doctrina es idéntica a la de los Apóstoles: sigue siempre repitiendo el mismo Credo; porque es jerárquica. Y sólo la Santa Iglesia Católica, «Madre y Maestra de todos los fieles»,²⁵⁵ «columna y fundamento de la verdad» (1 *Tim* 3,15), posee esas características. Porque la Iglesia fundada por Cristo «permanece en la Iglesia Católica gobernada por el sucesor de Pedro y los obispos en comunión con él».²⁵⁶

a) y «Romana»

La Iglesia Católica es también llamada «Romana» porque el Papa tiene su cátedra en Roma, fundada sobre la tumba del Apóstol San Pedro, primer Papa. «La fe genuina se conserva segura e inviolable en la Iglesia de Roma».²⁵⁷ San Vicente Ferrer enseña: «Si los ángeles de Dios hablaran contra la determinación de la Iglesia Romana no habría que creer, según dice San Pablo: “Si un ángel de Dios os anunciara un Evangelio distinto del que hemos predicado, sea anatema” (Ga 1,8)».²⁵⁸

Esto quiere decir que, según la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo, su Iglesia tiene una osatura determinada, es vertebrada, no es como un molusco o un flan, no es puramente espiritual, interior, invisible, sino que también es humana, social, exterior y visible: jerarquía.

²⁵⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 856.

²⁵⁵ II CONCILIO DE LYON, Dz. 460.

²⁵⁶ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, I, 8.

²⁵⁷ Pío XI, encíclica *Læx Veritatis*, 3: AAS 495.

²⁵⁸ *Tratado del Cisma Moderno*, cap. 5, 2ª parte; *Biografías y escritos*, BAC, Madrid, 1956, p. 447.

b) Las vocaciones

Las vocaciones a la vida consagrada, a saber, sacerdotal, diaconal, misionera, religiosa y a la secularidad consagrada, «afecta a la Iglesia en una de sus notas fundamentales, que es la de su apostolicidad».²⁵⁹ Las vocaciones «son la comprobación de la vitalidad de la Iglesia. La vida engendra la vida...».²⁶⁰ Son la señal de la vitalidad y madurez cristiana de toda comunidad. Todo cristiano tiene el deber de rezar pidiendo a Dios el aumento, perseverancia y santificación de las vocaciones, como nos enseñó el Señor: «Rogad al dueño de la mies que mande obreros a su mies» (*Mt* 9, 37).

c) Las sectas

La falta de pastores verdaderos lleva a mucha gente a buscarse pastores falsos. La carencia de vocaciones sacerdotales y religiosas es uno de los factores que nos lleva a presenciar lo que los obispos latinoamericanos llaman «invasión de sectas».²⁶¹

«El problema de las sectas ha adquirido proporciones dramáticas y ha llegado a ser verdaderamente preocupante sobre todo por el creciente proselitismo», señalan los Obispos de nuestro continente.²⁶²

Hay que advertir que no son sectas las denominaciones protestantes que creen en la Trinidad y en la divinidad de Jesús, como las llamadas Iglesias nacionales, a saber: la Iglesia luterana, la Iglesia reformada o calvinista y la Iglesia anglicana; no son sectas «propiamente» las llamadas Iglesias libres, como ser: la presbiterana, la congregacionalista, la baptista, la metodista, etc.

²⁵⁹ Cf. JUAN PABLO II, Meditación domical, 16 de abril de 1989.

²⁶⁰ JUAN PABLO II, Homilía en el Seminario Mayor Regional de Seúl, 3 de mayo de 1984.

²⁶¹ III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, DOCUMENTO DE PUEBLA, 419.

²⁶² IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (12-28 de Octubre de 1992), *Documento de Santo Domingo*, 132.

El joven debe estar prevenido de lo que se denominan «sectas fundamentalistas» y «nuevos movimientos religiosos o movimientos religiosos libres», como los Testigos de Jehová, los Mormones, pentecostales, etc.

«Muchos movimientos pseudo-religiosos de carácter orientalista y aquéllos de ocultismo, adivinación y espiritismo minan la fe y causan desconcierto en las mentes, dando soluciones falsas a los grandes interrogantes del hombre, su destino, su libertad y el sentido de la vida».²⁶³

De manera particular los jóvenes de nuestro tiempo deberán estar prevenidos contra el movimiento gnóstico denominado «New Age» (Nueva Era o Era de Acuario), que pregona el final de la era cristiana, llamada por ellos «era de Piscis».

Los jóvenes deben ser apóstoles de los jóvenes. Hay muchos que andan a la deriva y, tal vez, por culpa nuestra de no dar claro testimonio de Jesucristo, terminan anclando en las sectas. El remedio está en dar una respuesta entusiasta a sus interrogantes, en tres campos bien específicos:

1. Debemos saber presentar una liturgia viva: «Promover una liturgia viva en la que los fieles se introduzcan al misterio». Eso significa que, primeramente, tienes que aprender a «vivir la Misa» e introducirte en su misterio;

2. Debemos vivir en nuestra comunidad una fraternidad sentida, auténtica, donde nos tratemos como verdaderos hermanos;

3. Nuestra comunidad debe caracterizarse por una activa participación misionera:

En resumen, la solución está en:

²⁶³ Documento de Santo Domingo, 140-153.

«una Liturgia viva, una fraternidad sentida y una activa participación misionera».²⁶⁴

«A los mismos jóvenes ruego que escuchen la palabra de Cristo que les dice, igual que a Simón Pedro y Andrés en la orilla del lago: “Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres” (Mt 4, 19). Que los jóvenes tengan la valentía de responder, igual que Isaías: “Heme aquí, Señor, estoy dispuesto, envíame” (cf. Is 6, 8). Ellos tendrán ante sí una vida atrayente y experimentarán la verdadera satisfacción de anunciar la “Buena Nueva” a los hermanos y hermanas, a quienes guiarán por el camino de la salvación».

Juan Pablo II,
Carta encíclica Redemptoris missio, 80.

3. LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA

1. EL PAPA

El jefe visible de la Iglesia es el Papa, Vicario de Jesucristo y Sucesor de San Pedro, «el dulce Cristo de la tierra» (Santa Catalina de Siena)²⁶⁵ el que, como ya dijimos, es infalible en la enseñanza de las verdades de fe y moral, al cual deben subordinarse todos en la Iglesia, aún «los mismos concilios»,²⁶⁶ tiene autoridad para promulgar leyes para toda la Iglesia,²⁶⁷ es juez supremo en la tierra y no puede ser «juizado por nadie» en este mundo,²⁶⁸ por lo tanto, obedecerle es «de toda necesidad de salvación para toda humana criatura»,²⁶⁹ es la piedra sobre la que se edifica la Iglesia.²⁷⁰ Por eso allí «donde está Pedro, allí

²⁶⁴ *Documento de Puebla*, 1122.

²⁶⁵ *Carta 196*.

²⁶⁶ V CONCILIO DE LETRÁN, Dz. 740.

²⁶⁷ CONCILIO DE COSTANZA, Dz. 588 y 589.

²⁶⁸ CONCILIO ROMANO, Dz. 330.

²⁶⁹ BONIFACIO VIII, *Bula «Unam Sanctam»*, Dz. 469.

²⁷⁰ Cf. Mt 16, 16-19.

está la Iglesia»²⁷¹ y «nadie puede poner otro fundamento» (1 Co 3, 11).

2. LOS OBISPOS

Son los Sucesores de los Apóstoles.²⁷² Ellos son los que manifiestan y conservan la tradición apostólica en todo el mundo.²⁷³ De ellos dijo Jesús: «El que a vosotros oye, a Mí me oye, y el que a vosotros desecha, a Mí me desecha» (Lc 10, 16). Por eso enseñaba San Ignacio de Antioquía: «Permaneced sometidos a vuestro Obispo como Jesús estaba sometido a su Padre... No hagáis nada contra su voluntad. Unidos al Obispo, como la Iglesia lo está a Cristo, y Cristo al Padre, para que en todo reine la armonía de la unidad»²⁷⁴ y San Cipriano: «Si alguien no está con el obispo, ese no está con la Iglesia».²⁷⁵

Junto con el Papa como Cabeza, forman «una especie de Colegio o grupo estable».²⁷⁶ Este Colegio o cuerpo episcopal «no tiene ninguna autoridad si no se le considera junto con el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, como Cabeza del mismo».²⁷⁷ La potestad que tiene este Colegio se expresa de modo solemne en los Concilios Ecuménicos. Además, este Colegio, en cuanto compuesto de muchos, expresa la variedad y universalidad del Pueblo de Dios; y en cuanto agrupado bajo una sola Cabeza, expresa la unidad del único rebaño de Cristo.²⁷⁸

²⁷¹ SAN AMBROSIO, *Enarraciones in psalmos*, XI, 30.

²⁷² Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 20-27; Decreto *Christus Dominus*, 2 y passim.

²⁷³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 20.

²⁷⁴ *Carta a los Efesios*, V, 1; II, 2; *Carta a los Esmirniotas* VIII, 1.

²⁷⁵ *Carta 66*, VIII, 1.

²⁷⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 19.

²⁷⁷ Cf. *Idem*, 22.

²⁷⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 22.

3. LOS SACERDOTES²⁷⁹

Los sacerdotes son los padres y maestros del Pueblo de Dios, sirven a Cristo Sacerdote, Maestro y Rey de cuyo ministerio participan, son instrumentos de Dios para llevar la salvación a los hombres. Representan en nuestras comunidades a Cristo, Cabeza y Pastor. Tienen poder para convertir el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, para perdonar nuestros pecados, para predicar la Palabra de Dios.

4. LOS LAICOS²⁸⁰

Los laicos son la inmensa mayoría del Pueblo de Dios, son los padres y las madres de familia, los obreros, los estudiantes, los profesionales, los empleados, los gobernantes, los empresarios, etc. Tienen por vocación específica la de hacerse santos viviendo en el mundo, o sea, haciendo la voluntad de Dios en la familia, en el trabajo, en las diversiones, en el deporte, etc. Al cumplir con los mandamientos de la ley de Dios en sus lugares de trabajo y de descanso, hacen que Dios reine en la familia, en las fábricas, en los sindicatos, en los hospitales, en los juzgados, en las fuerzas armadas, en las escuelas, en las universidades, en los clubes deportivos, en toda la sociedad. El laico debe tratar que Dios sea «todo en todos» (1 Co 12,6) porque no hay nada verdaderamente humano que no deba ser puesto bajo la Realeza de Cristo. Los que rechazan, se oponen, o luchan para que Cristo no reine en la sociedad o les da lo mismo que reine o no reine, de hecho trabajan para el Diablo, porque los individuos y los pueblos a alguien tienen que servir.

²⁷⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, exhortación apostólica postsinodal sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual, n. 15.

²⁸⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, exhortación apostólica postsinodal sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, nn. 1, 8, 11-14.

Servirán a Dios o servirán al Diablo. No cabe aquí ningún tipo de neutralidad. Pero, «sólo servir a Dios es reinar».²⁸¹

5. LOS RELIGIOSOS O CONSAGRADOS²⁸²

Nos recuerdan a todos la importancia de los bienes del Cielo y siguen a Jesús desde muy cerca en el cumplimiento de los consejos evangélicos, de castidad, pobreza y obediencia tratando de vivir las «bienaventuranzas».

Este estado de vida pertenece, «indiscutiblemente» a la vida y a la santidad de la Iglesia.²⁸³

Los religiosos «en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo un puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas».²⁸⁴

4. LOS TRES ESTADOS DE LA IGLESIA

La Iglesia tiene tres estados: peregrinante, paciente y celestial.

La Iglesia no sólo está constituida por los que aún vivimos aquí en la tierra y vamos camino al Cielo, es decir, peregrinamos (por eso se llama Iglesia Peregrinante) y militamos luchando por Cristo (por eso se llama también Iglesia Militante), y que incluye el trigo (los buenos, «*los hijos del Reino*») y la cizaña (los malos, «*los hijos del Maligno*»), según la parábola de Mt 13, 38, sino que también está constituida por aquellos que habiendo ya muerto en gracia de Dios tienen sin embargo que purificarse todavía de las penas temporales

²⁸¹ *Misal Romano*, Misa «por la paz».

²⁸² Cf. JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, exhortación apostólica postsinodal sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo, nn. 21, 33, 35.

²⁸³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 44.

²⁸⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 31.

merecidas por sus pecados y se encuentran actualmente en el Purgatorio (es lo que se llama la Iglesia Paciente o Purgante), y por último o, mejor dicho, principalmente, está integrada por aquellos hermanos nuestros que ya están gozando de Dios, Uno y Trino, en el Cielo (por eso es llamada Iglesia Celestial), junto con la Virgen, los ángeles buenos y todos los santos que han triunfado sobre sus enemigos (de donde también recibe el nombre de Iglesia Triunfante).

Entre estos tres estados se forma lo que se llama: «la Comunión de los Santos». Por adorar «la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad»,²⁸⁵ por confesar la fe en Jesús, «Tú eres el Cristo el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16, 16), «Dios verdadero de Dios verdadero, que por nosotros... y por nuestra salvación... se hizo hombre»,²⁸⁶ por injertarnos en Él mediante el Bautismo participando de la vida divina que nos vino a traer, o sea, de la gracia santificante, por todo esto tanto los que ya reinan triunfantes en el cielo, como los que pacientemente están pagando sus pecados en el Purgatorio, como los peregrinos que militamos por Cristo en la tierra, todos formamos una sola y única Iglesia de Cristo. Es esto lo que se llama «la Comunión de los Santos». Dicha comunión, «común unión», es fruto de la misma vida divina, de la misma gracia de Dios que, al modo de la savia, recorre la totalidad de esa Vid que es la Iglesia, uniendo a todos sus miembros en Dios, que es tres veces Santo.

El Cuerpo Místico de Cristo, formado por los fieles del Cielo, del Purgatorio y de la tierra, tiene por así decirlo, como un sistema circulatorio por el cual se distribuyen los bienes celestiales. Por eso podemos pedir unos por otros, por eso pedimos unos a otros para que sean intercesores nuestros, por

²⁸⁵ Del *Credo* llamado de San Atanasio, Dz. 39.

²⁸⁶ I CONCILIO DE NICEA, Dz. 54.

eso un católico que vive en los Estados Unidos está unido por la gracia con todos los católicos de cualquier parte del mundo, y esta unión es más fuerte, más sólida, y más profunda que la que existe entre mi mano y mi cerebro ya que la unión sobrenatural obrada por la gracia es superior, sin comparación, a cualquier unión de orden natural. De ahí el intenso amor que debemos a todos los Santos: son hermanos nuestros muy queridos que, como nosotros, han tenido que luchar y sufrir para finalmente vencer con la ayuda de la gracia de Dios. De ahí también el deber que tenemos de rezar por todos los difuntos para aliviarlos en lo que todavía les toque sufrir. Ellos nos han de devolver con creces todo lo que por ellos hagamos.

CONCLUSIÓN

En la Iglesia siempre se entrelazan el misterio, la comunión y la misión. Nunca hay que oscurecer algunos de estos aspectos de la única realidad fundada por Jesucristo. Sabiendo que a esta Iglesia le son esenciales tres dimensiones: la dimensión eucarística, ya que «la Eucaristía hace a la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía»,²⁸⁷ la dimensión mariana, ya que Jesús nos encomendó a María: «He ahí a tu Madre» (Jn 19, 27); y la dimensión petrina, porque Él dijo: «sobre ésta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18).

Amemos a la Santa Madre Iglesia que ha engendrado, engendra y engendrará hijos de «quienes no era digno el mundo» (Heb 11, 38), colosos de santidad, titanes de virtud, campeones de la fe, gigantes de la caridad. Que a ejemplo de ellos perseveremos hasta el fin: «Por la gracia de Dios siempre

²⁸⁷ Cf. SAN AGUSTÍN, *Contra Faustum* 12, 20: PL 432, 265.

he profesado la religión católica romana y con su gracia espero morir en Ella» (Santo Tomás Moro, mártir).²⁸⁸

Digamos una y otra vez:

*Señor, amo entrañablemente a Tu Iglesia,
Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana,
porque su Cabeza invisible es Jesucristo, nuestro Señor,
porque la Santísima Virgen María es su fruto más espléndido,
porque los Santos de todos los tiempos la embellecen,
porque brilla refulgente a través de los siglos;
por el valor de los Patriarcas,
por la fidelidad de los Profetas,
por la fe de los Apóstoles,
por los sufrimientos de los Mártires,
por la firmeza de los Pontífices,
por la prudencia de los Obispos,
por la sabiduría de los Doctores,
por la fortaleza de los Confesores,
por la entrega total de los Sacerdotes,
por la pureza de las Vírgenes,
por la templanza de los Penitentes,
por la audacia de los Fundadores,
por el testimonio de los laicos santos,
por la dulzura de los monjes contemplativos,
por el silencio de los eremitas,
por el esplendor de los Reyes Santos,
por la vehemencia de los predicadores,
por el celo apostólico de los misioneros,
por el sacrificio de los hospitalarios,
por la nobleza de los mendicantes,
por la lucidez de los educadores y catequistas,*

²⁸⁸ Camino al martirio pidió a los presentes que «rogaran por él y atestiguaran con él que ahora sufría muerte allí, en fe y por fe de la Santa Iglesia Católica» (Testimonio de Margaret Roper en: CHAMBERS, *Tomás Moro*, Ed. Juventud Argentina, Buenos Aires 1964, p. 352.

*por la paciencia de los perseguidos,
por la humildad de los que obedecen,
por el fervor de los convertidos,
por la abnegación de los militantes,
por la inocencia de los que viven sin pecado grave,
por el arrepentimiento de los pecadores,
por la sencillez de los que viven como niños,
por la confianza de los que se abandonan en Tus manos,
por la constancia de los que perseveran hasta el fin,
por la generosidad de los que dan,
por la alegría y el amor de los santos de todos los tiempos.
Por todo eso y mucho más, amo, Señor, a tu Iglesia,
Una, Santa Católica, Apostólica y Romana. Amén.*

«La Iglesia tiene tantas cosas que decir a los jóvenes, y los jóvenes tienen tantas cosas que decir a la Iglesia. Este recíproco diálogo “que se ha de llevar a cabo con gran cordialidad, claridad y valentía” favorecerá el encuentro y el intercambio de las generaciones, y será la fuente de riqueza y de juventud para la Iglesia y para la sociedad civil. Dice el Concilio en su mensaje a los jóvenes: “La Iglesia os mira con confianza y con amor (...). Ella es la verdadera juventud del mundo (...) miradla y encontraréis en ella el rostro de Cristo”»

*Juan Pablo II,
Christi fideles laici, 46.*

ARTÍCULO 10

«CREO EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS»

Tan misericordioso es nuestro Salvador que quiso que especialmente «se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones» (Lc 24, 27).

Por ser el pecado una ofensa a Dios, en cierto modo infinita, únicamente Dios lo puede perdonar: «¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?» (*Mt* 2, 7). Dice el Señor: «Soy yo quien, por amor de mí, borro tus pecados y no me acuerdo más de tus rebeldías» (*Is* 43, 25). Nosotros siempre le pedimos «Perdónanos nuestras ofensas» (es decir, nuestros pecados) (*Mt* 6, 12).

Por el Bautismo se nos perdona el pecado original (y si el que se bautiza es una persona que ya tiene uso de razón, se perdona también cualquier otro pecado con tal que tenga el debido arrepentimiento) con el que todos nacemos y se nos da la gracia santificante merced a la cual vivimos «una vida nueva» (*Ro* 6, 4).

El mismo Cristo, que «tiene sobre la tierra poder de perdonar pecados» (*Mt* 2, 9) fue quien antes de dejar este mundo trasmitió ese poder tremendo a los Apóstoles y a los sacerdotes: «a quien perdonéis los pecados les serán perdonados y a quienes se los retuviereis les serán retenidos» (*Jn* 20, 23).

«En la remisión de los pecados, los sacerdotes y los sacramentos son meros instrumentos de los que quiere servirse nuestro Señor Jesucristo, único autor y dispensador de nuestra salvación, para borrar nuestras iniquidades y darnos la gracia de la justificación».²⁸⁹

Los sacerdotes tienen autoridad para perdonar todos los pecados, en nombre y con el poder de Cristo, siempre que el penitente esté arrepentido de los mismos. Si éste no está arrepentido, ni Dios mismo puede perdonar, porque Dios nunca actúa contra la libertad del hombre. Enseña San Agustín:

²⁸⁹ CATECISMO ROMANO, 1, 11, 6; citado por el CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 987.

«Quien te creó sin ti, no te salvará sin ti».²⁹⁰ Para crearnos Dios no necesitó de nuestra colaboración, en cambio para salvarnos ha querido necesitar de nuestra colaboración, no poniendo nosotros obstáculos a su gracia salvadora.

Por muy graves que sean nuestros pecados, si estamos seriamente arrepentidos al recibir la absolución del sacerdote, Dios nos perdona de verdad: «aunque tus pecados sean rojos como la grana, Yo los volveré blancos como la nieve» (*Is* 1, 18). «Y hay más alegría en el Cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse» (*Lc* 15, 7).

«No hay ninguna falta, por grave que sea, que la Iglesia no pueda perdonar: “No hay nadie, tan perverso y tan culpable, que no deba esperar con confianza su perdón, siempre que su arrepentimiento sea sincero”.²⁹¹ Cristo, que ha muerto por todos los hombres, quiere que, en su Iglesia, estén siempre abiertas las puertas del perdón a cualquiera que vuelva del pecado (*Mt* 18, 21-22)».²⁹²

Siempre es bueno que medites en «la grandeza incomparable del don que Cristo resucitado ha hecho a su Iglesia: la misión y el poder de perdonar verdaderamente los pecados, por medio del ministerio de los Apóstoles y de sus sucesores: “El Señor quiere que sus discípulos tengan un poder inmenso: quiere que sus pobres servidores cumplan en su nombre todo lo que había hecho cuando estaba en la tierra” (San Ambrosio).²⁹³ “Los sacerdotes han recibido un poder que Dios no ha dado ni a los ángeles ni a las arcángeles... Dios sanciona allá arriba todo lo que los sacerdotes hagan aquí

²⁹⁰ *Sermón* 169, XI,13, PL:38,923.

²⁹¹ CATECISMO ROMANO, 1, 11, 5.

²⁹² CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 982.

²⁹³ *De poenit.* 1, 34.

abajo” (San Juan Crisóstomo).²⁹⁴ “Si en la Iglesia no hubiera remisión de los pecados, no habría ninguna esperanza, ninguna expectativa de una vida eterna y de una liberación eterna. Demos gracias a Dios que ha dado a la Iglesia semejante don” (San Agustín²⁹⁵)).²⁹⁶

ARTÍCULO 11

«CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE»

Existe una «resurrección espiritual», que es el paso de la muerte del pecado a la vida de la gracia, pero habrá también una resurrección corporal, gracias a la cual las «almas se unirán con sus cuerpos»²⁹⁷ y en esta última consiste propiamente la verdad de fe expresada en el Credo. Por eso, para evitar equívocos, se dice resurrección «de la carne» para dar a entender que lo que resucitará será un cuerpo de naturaleza humana, el mismo cuerpo que murió, no otro.

Dios «dará vida a nuestros cuerpos mortales» (Ro 8, 11) y ese cuerpo resucitado será «de la misma naturaleza pero de distinta gloria».²⁹⁸ De distinta gloria porque ese cuerpo resucitado «ya no puede morir» (Lc 20, 36), ni padecer ni sufrir; porque será completamente obediente al espíritu: «se levanta un cuerpo espiritual» (1 Co 15, 44); porque en nada se opondrá a cualquier moción del alma.

El mismo mundo material se transformará ya que «habrá cielos nuevos y tierra nueva» (2 Pe 3, 13).

²⁹⁴ *De sacerdotibus*, 3, 5.

²⁹⁵ *Sermón* 213, 8.

²⁹⁶ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 983.

²⁹⁷ PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 28.

²⁹⁸ SAN GREGORIO MAGNO, *Los Morales*, 1, 14.

«Creer en la resurrección de la carne ha sido desde sus comienzos un elemento esencial de la fe cristiana. “La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella”²⁹⁹».³⁰⁰

«¿Cómo andan diciendo algunos que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es también nuestra fe... ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que durmieron» (San Pablo, *1 Co* 15, 12-14.20).

1. LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y LA NUESTRA³⁰¹

La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su Pueblo. En el Antiguo Testamento, tenemos un ejemplo de fe en la resurrección en el episodio de los mártires macabeos: cuando el rey Antíoco estaba a punto de martirizar al cuarto de los siete hermanos, éste le dijo: «Es gran ventaja para nosotros perder la vida a manos de los hombres; por la firme esperanza que tenemos en Dios de que nos la devolverá, haciéndonos resucitar; pero tu resurrección no será para la vida» (*2 Mac* 7, 14). También en el libro del profeta Daniel: «También muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para la ignominia y vergüenza eterna. Entonces los sabios brillarán como el resplandor del firmamento, y los que condujeron a muchos a la justicia, como las estrellas por toda la eternidad» (*Dn* 12, 3-4).

²⁹⁹ TERTULIANO, *De resurrectione carnis*, 1,1.

³⁰⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 991.

³⁰¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 997-1001.

«Los fariseos³⁰² y muchos contemporáneos del Señor³⁰³ esperaban la resurrección. Jesús la enseña firmemente. A los saduceos que la niegan responde: «Vosotros no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios, vosotros estáis en el error» (*Mt* 12, 24). La fe en la resurrección descansa en la fe en Dios, que «no es un Dios de muertos sino de vivos» (*Mt* 12, 27).

«Pero hay más: Jesús une la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: “Yo soy la resurrección y la vida” (*Jn* 11, 25). Y es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en Él y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre»³⁰⁴ «Esta es la voluntad del Padre: que todo aquel que contempla al Hijo y crea en Él tenga Vida Eterna y yo le resucite en el último día» (*Jn* 6, 40); «el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la Vida Eterna y yo lo resucitaré en el último día» (*Jn* 6, 54).

En su vida pública Nuestro Señor ofrece ya un signo y una prenda de la resurrección, devolviendo la vida a algunos muertos, por ejemplo, a su amigo Lázaro, que llevaba cuatro días de muerto. «Tú hermano resucitará», dijo Jesús a Marta, a lo que respondió: «Sé que resucitará en la resurrección, en el último día». Entonces Jesús anunció la gran promesa: «Yo soy la Resurrección y la Vida, quien crea en Mí, aunque muera, vivirá» (*Jn* 11, 23-26).

«Ser testigo de Cristo es ser “testigo de su resurrección” (*He* 1, 22), “haber comido y bebido con Él después de su resurrección de entre los muertos” (*He* 10, 4). La esperanza cristiana en la resurrección está totalmente marcada por los encuentros con Cristo resucitado. Nosotros resucitaremos como Él, con Él, por Él.

³⁰² Cf. *Hech* 23, 6.

³⁰³ Cf. *Jn* 11, 24.

³⁰⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 992-994.

Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprendimientos y oposiciones³⁰⁵. “En ningún punto la fe cristiana encuentra más contradicción que en la resurrección de la carne”³⁰⁶. Se acepta comúnmente que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero, ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?»³⁰⁷

CÓMO RESUCITAN LOS MUERTOS

¿Qué es resucitar? En la muerte, separación del alma y del cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios, en su omnipotencia, dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible, uniéndoles a nuestras almas por la virtud de la resurrección de Jesús.

¿Quién resucitará? Todos los hombres que han muerto: «Los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida; y los que hayan hecho el mal, para la condenación» (*Jn* 5, 29; cf. *Dn* 12, 2).

¿Cómo? Cristo resucitó con su propio cuerpo: «Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo» (*Lc* 24, 39); pero Él no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo, en Él «todos resucitarán con su propio cuerpo, que tienen ahora»,³⁰⁸ pero este cuerpo será «transfigurado en cuerpo de gloria» (*Fhp* 3, 21), en «cuerpo espiritual» (*1 Co* 15, 44).

Este «cómo» sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento; no es accesible más que por la fe. Pero nuestra

³⁰⁵ Cf. *Hech* 17, 32; *1 Co*, 12-13.

³⁰⁶ SAN AGUSTÍN, *Enarr. in Ps.*, LXXXVIII, II, 5.

³⁰⁷ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 995-996.

³⁰⁸ CONCILIO DE LETRÁN IV: DS 801.

participación en la Eucaristía nos da ya un anticipo de la transfiguración de nuestro cuerpo por Cristo: «...nuestros cuerpos que participan de la Eucaristía ya no son corruptibles, ya que tienen la esperanza de la resurrección» (San Ireneo).³⁰⁹

¿Cuándo? Sin duda en el «último día» (Jn 6, 39-40. 44. 54; 11, 24); «al final del mundo». En efecto, la resurrección de los muertos está íntimamente asociada a la Parusía de Cristo: «El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar» (1 Te 4, 16).

2. MORIR EN CRISTO JESÚS

«Para resucitar con Cristo, es necesario morir con Cristo, es necesario dejar este cuerpo para ir a morar cerca del Señor» (2 Co 5, 8). En esta “partida” (Flp 1, 23) que es la muerte, el alma se separa del cuerpo. Se reunirá con su cuerpo el día de la resurrección de los muertos».

«La muerte es el final de la vida terrena. Nuestras vidas están medidas por el tiempo, en el curso del cual cambiamos, envejecemos y, como en todos los seres vivos de la tierra, al final aparece la muerte como terminación normal de la vida. Este aspecto de la muerte da urgencia a nuestras vidas: el recuerdo de nuestra mortalidad sirve también para hacernos pensar que no contamos más que con un tiempo limitado para llevar a término nuestra vida: “Acuérdate de tu Creador en tus días mozos..., mientras no vuelva el polvo a la tierra, a la que era, y el espíritu vuelva a Dios que es quien lo dio” (Qo 12, 1.7)».³¹⁰

³⁰⁹ *Adversus haereses*, 4, 18, 4-5.

³¹⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1005-1007.

EL SENTIDO DE LA MUERTE CRISTIANA

«Gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo. Así lo han vivido y enseñado con sus palabras y ejemplos todos los santos:

“Para mí la vida es Cristo y morir una ganancia” (*Flp* 1, 21).
“Para mí es mejor morir en Cristo Jesús que reinar de un extremo a otro de la tierra. Lo busco a Él, que ha muerto por nosotros; lo quiero a Él, que ha resucitado por nosotros. Mi parto se aproxima.. Dejadme recibir la luz pura; cuando yo llegue allí, seré un hombre”.³¹¹

En la muerte, Dios llama al hombre hacia sí. Por eso, el cristiano puede experimentar hacia la muerte un deseo semejante al de San Pablo: “Deseo partir y estar con Cristo” (*Flp* 1, 23); y puede transformar su propia muerte en un acto de obediencia y de amor hacia el Padre, a ejemplo de Cristo (*Lc* 23, 46) y de los santos:

– “Mi deseo terreno ha desaparecido..., hay en mí un agua viva que murmura y que dice desde dentro de mí: ‘ven al Padre’” (San Ignacio de Antioquía).³¹²

– “Yo quiero ver a Dios y para verlo es necesario morir” (Santa Teresa de Jesús).³¹³

– “Yo no muero, entro en la vida” (Santa Teresa del Niño Jesús).³¹⁴

La visión cristiana de la muerte se expresa de modo privilegiado en la Liturgia de la Iglesia: “La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, sino que se transforma; y, al

³¹¹ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, Carta a los Romanos, 6, 1-2.

³¹² *Idem* 7, 2.

³¹³ *Libro de la Vida*, 1; cf. *Poesía*, 7: Biblioteca Mística Carmelitana, v. 6. Burgos, 1919, p. 86.

³¹⁴ *Carta del 9 de junio de 1897*.

deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo”.³¹⁵

La muerte es el fin de la peregrinación terrenal del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrenal según el designio divino y para decidir su último destino. Cuando ha tenido fin “el único curso de nuestra vida terrenal”, ya no volveremos a otras vidas. “Está establecido que los hombres mueran una sola vez” (*Heb 9, 27*). No hay “reencarnación” después de la muerte.

La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de la muerte (“De la muerte repentina e imprevista, líbranos, Señor”, dicen las Letanías de los Santos), a pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros “en la hora de nuestra muerte”, (en el Ave María), a confiarnos a San José, patrono de la buena muerte:

“Habráis de ordenarte en toda cosa como si luego hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia, no temerías mucho la muerte. Mejor sería huir de los pecados que de la muerte. Si hoy no estás preparado, ¿cómo lo estarás mañana?”³¹⁶,³¹⁷

San Juan Bosco, patrono de la juventud, aconsejaba a sus jóvenes que meditasen frecuentemente sobre la muerte: «Ahora el demonio para inducirte a pecar, se esfuerza en distraerte de este pensamiento, en cubrir y excusar la culpa, diciéndote que no hay gran mal en aquel placer, en aquella desobediencia, en faltar a Misa los días festivos, pero en el momento de la muerte te hará conocer la gravedad de las faltas y te las representará todas vivamente. ¿Qué le responderás tú en aquel terrible instante? ¡Ay de aquel que entonces se encuentre en desgracia de Dios! ... Todo esto lo verás en el momento en que se abrirá

³¹⁵ MISAL ROMANO, *Prefacio de la Misa de difuntos*.

³¹⁶ *Imitación de Cristo*, 1, 23, 1.

³¹⁷ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1010-1014.

delante de ti el camino de la eternidad. Sí, de aquel instante depende una eternidad de gloria o de tormento ¿Comprendes lo que te digo?». ³¹⁸

Los santos nos dan ejemplo de cómo debemos vivir preparados para partir en el momento menos pensado. San Francisco de Asís, poco antes de su muerte, cantaba:

*«Y por la hermana muerte, ¡loado mi Señor!
Ningún viviente escapa a su persecución,
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!»* ³¹⁹

«Consideramos los problemas esenciales: la vida y la muerte, la mortalidad y la inmortalidad. En la historia de la humanidad Jesús ha invertido el sentido de la vida humana. Si la experiencia cotidiana nos muestra la existencia como un pasaje hacia la muerte, el misterio pascual nos abre la perspectiva de una vida nueva más allá de la muerte. Por ello, la Iglesia, que profesa en su *Credo* la muerte y la resurrección de Jesús, tiene todas las razones para pronunciar también estas palabras: “Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna”».

Juan Pablo II, a los jóvenes durante el encuentro celebrado en la sala Pablo VI, el 20 de marzo de 1997, 5.

ARTÍCULO 12

«CREO EN LA VIDA PERDURABLE»

Perdurable quiere decir que perdura, que no pasa, que no cesa nunca. Es lo mismo que decir la «vida eterna», o la gloria.

³¹⁸ *La juventud instruida*, IV, III.

³¹⁹ *Cántico de las Creaturas*, en *Opuscula sancti Patris Francisci Assisiensis*, ed. C. ESSER (Grottaferrata 1978), p. 85-86.

La gracia de Dios es como un agua viva que Cristo nos trajo y que se hace en nosotros como una «fuente que salta hasta la vida eterna» (*Jn* 4, 14); esa gracia que es como la savia que da vida a las ramas uniéndolas al tronco; esa gracia que es la vida eterna comenzada, que nos une a Jesús y a los hermanos, y que es preludio y anticipo del cielo, es «la única cosa necesaria» (*Lc* 10, 41), es la «semilla de Dios» (*1 Jn* 3, 9) que brotando en la tierra, crece, se desarrolla y fructificará esplendorosamente en la gloria.

Por la gracia de Dios tenemos en nosotros el don de la fe, en virtud de la cual creemos en Dios y en nuestro Redentor. Pues bien, por esa fe comenzamos a tener la vida eterna. «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo» (*Jn* 17, 3). La vida eterna aquí comenzada se alimenta con la Eucaristía: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna» (*Jn* 6, 54). Para que se desarrolle plenamente hay que cumplir los mandamientos de Dios, como enseñó Jesús al doctor de la ley que le preguntó: «Maestro ¿qué haré para alcanzar la vida eterna?» (*Lc* 10, 25). Por eso si uno peca gravemente, pierde la gracia de Dios, se separa de Él, sucediéndole algo similar a lo que les acontece a las ramas cuando se separan del tronco, pierden la vida, no dan fruto, y sólo sirven para ser juntadas y arrojadas «al fuego para que ardan» (*Jn* 15, 6).

En cambio el que permanece unido a Cristo por la gracia, ese tal «da mucho fruto» (*Jn* 15, 5), y gozará de Dios por toda la eternidad.

La esperanza de que Dios nos ha de dar la vida eterna del Cielo da aliento a toda nuestra vida en la tierra considerando que «los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria de Dios que ha de manifestarse en nosotros» (*Ro* 8, 18). Ni siquiera la perspectiva de la muerte nos

aflijirá en exceso ya que «tenemos de Dios una sólida casa, no hecha por mano de hombre, eterna, en los cielos» (2 Co 5, 1).

La vida eterna del Cielo es la suma felicidad sin mezcla del mal alguno y ello sin término. Esta felicidad es tan grande que se nos hace inexpresable.

Pongamos con todo una comparación para hacernos de ella alguna idea. Sabemos que una lupa puesta al influjo del sol concentra de tal manera en un punto todos sus rayos que a través de ella puede producirse fuego. Imaginemos tres lupas grandes como el diámetro de la tierra. Sobre una de ellas concentremos en un punto toda la vida que ha existido, que existe y que existirá, la vida de las plantas, de las flores, de los animales, de los hombres, de los ángeles, de los santos, la vida esforzada de los héroes, la vida que se expresa en las grandes gestas de la humanidad, la vida de los sabios, de los grandes artistas, lo que han vivido los Reyes y Emperadores, los aldeanos y campesinos, la vida expresada en las fiestas, en las reuniones, en las conversaciones, toda la vida del pensamiento y de la acción, toda esa vida purificada de todo mal y pecado, concentrada en un punto. En la segunda lupa hagamos coincidir la verdad de todas las ciencias, de todos los técnicos, todas las verdades naturales y sobrenaturales que han conocido todos los hombres de todos los tiempos, todos los santos, todos los ángeles, concentremos toda esa verdad en un punto. Y en la otra lupa hagamos desembocar todo el amor que los hombres y los ángeles han tenido, tienen y tendrán, el amor de las madres por sus hijos, de los esposos entre sí, de los novios, de los santos por Dios, el de todos los próceres por sus Patrias, el de todos los caballeros por sus damas, el de los misioneros por los paganos, el de los hospitalarios por sus enfermos, el de las maestras por sus alumnos, el de la Virgen Santa por su Hijo, etc., concentramos todo ese amor en un punto. Hagamos luego coincidir esos tres puntos de las tres lupas en uno y pongamos

su resultante dentro de nuestro corazón y de nuestra mente. ¡Qué felicidad, qué alegría, qué paz, qué satisfacción, qué dicha!

Pues bien la felicidad, la alegría, la paz, la dicha del Cielo es sin comparación infinitamente más grande, porque consistirá en gozar no sólo de la suma de la vida, de la verdad y del amor finitos, sino de la Vida, de la Verdad, y del Amor infinitos de Dios, de Dios mismo. En el Cielo es Dios para sus Santos «luz verdadera, satisfacción cumplida alegría perdurable, dicha completa y felicidad perfecta».³²⁰ Allí «seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2), «entonces veremos cara a cara» (1 Co 13, 12), «en tu luz, veremos la luz» (Sl 36, 10). «Mi alma tiene sed de Dios, ¿cuándo llegaré a ver su rostro?» (Sl 42, 3); tal es la exclamación de todo aquel que atisba un poquito «aunque más no sea» lo que es el Cielo prometido y que esperamos.

«Al contacto con Jesús despunta la vida. Lejos de él sólo hay oscuridad y muerte. Vosotros tenéis sed de vida. ¡De vida eterna! ¡De vida eterna! Buscadla y halladla en quien no sólo da la vida sino en quien es la vida misma!».

*Juan Pablo II,
Santiago de Chile,
2 de abril de 1987.*

³²⁰ SAN AGUSTÍN, *Pies Prezis*, Sermo 3.

SEGUNDA PARTE LO QUE DEBEMOS RECIBIR

LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO

«Por el bautismo, la confirmación, el sacramento de la reconciliación, la Eucaristía, y también por otros gestos comunitarios de la Iglesia, Cristo ha venido ya a nosotros, sin mérito de nuestra parte, y muchas veces sin que nosotros lo hayamos reconocido enseguida. Que María nos ayude a acoger con sencillez de corazón el anuncio del amor de Dios, a creer en Él a pesar de las dudas que la sociedad y nuestro mismo espíritu siembran en nuestro corazón».

*Juan Pablo II,
Meditación del Papa con los jóvenes,
15 de agosto de 1983.*

SECCIÓN 1
LA
ECONOMIASA
CRAMENTAL

CAP. 1: El misterio Pascual en el tiempo de la Iglesia. (1077-1134) [p. 171]

ART. 1: La liturgia, obra de la Santísima Trinidad. [p. 171]

ART. 2: El misterio Pascual en los sacramentos de la Iglesia. [p. 172]

CAP. 2: La celebración sacramental del misterio Pascual. (1135-1209) [p. 179]

ART. 1: Celebrar la liturgia de la Iglesia. [p. 179]

ART. 2: Diversidad litúrgica y unidad del misterio. [p. 181]

CAP. 1: Los sacramentos de la iniciación cristiana. (1212-1419) [p. 187]

ART. 1: El sacramento del bautismo. [p. 188]

ART. 2: El sacramento de la confirmación. [p. 189]

ART. 3: El sacramento de la Eucaristía. [p. 189]

SECCIÓN 2:
LOS SIETE
SACRAMEN-
TOS
DE LA
IGLESIA

CAP. 2: Los sacramentos de curación. (1420-1532) [p. 201]

ART. 4: El sacramento de la penitencia y de la reconciliación. [p. 201]

ART. 5: El sacramento de la unción de los enfermos. [p. 205]

CAP. 3: Los sacramentos al servicio de la comunidad. (1533-1666) [p. 207]

ART. 6: El sacramento del orden. [p. 207]

ART. 7: El sacramento del matrimonio. [p. 209]

CAP. 4: Otras celebraciones litúrgicas. (1667-1690)

ART. 1: Los sacramentales.

ART. 2: Las exequias cristianas.

PRIMERA SECCIÓN

LA ECONOMÍA SACRAMENTAL

«Cristo vive y actúa en su Iglesia... Actúa por los sacramentos; esto es lo que la Tradición común de Oriente y Occidente llama la “Economía sacramental”; ésta consiste en la comunicación (o “dispensación”) de los frutos del misterio pascual de Cristo en la celebración de la liturgia “sacramental” de la Iglesia»

Catecismo de la Iglesia Católica, 1076

CAPÍTULO PRIMERO

EL MISTERIO PASCUAL

EN EL TIEMPO DE LA IGLESIA

1. LA LITURGIA, OBRA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

«En la liturgia de la Iglesia, Dios Padre es bendecido y adorado como la fuente de todas las bendiciones de la creación y de la salvación, con las que nos ha bendecido en su Hijo para darnos el Espíritu de adopción filial.

La obra de Cristo en la liturgia es sacramental porque su Misterio de salvación se hace presente en ella por el poder de su Espíritu Santo; porque su Cuerpo, que es la Iglesia, es como el sacramento (signo e instrumento) en el cual el Espíritu Santo dispensa el Misterio de la salvación; porque a través de sus acciones litúrgicas, la Iglesia peregrina participa ya, como en primicias, en la liturgia celestial.

La misión del Espíritu Santo en la liturgia de la Iglesia es la de preparar la asamblea para el encuentro con Cristo; recordar y manifestar a Cristo a la fe de la asamblea de creyentes; hacer presente y actualizar la obra salvífica de Cristo por su poder transformador y hacer fructificar el don de la comunión en la Iglesia».³²¹

³²¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1110-1112

2. EL MISTERIO PASCUAL EN LOS SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

Enseña Juan Pablo II: «a todos me dirijo y a todos os digo: Dejaos abrazar por el misterio del Hijo del Hombre, por el misterio de Cristo muerto y resucitado. ¡Dejaos abrazar por el misterio pascual!

Dejad que ese misterio penetre hasta el fondo, en vuestras vidas, en vuestra conciencia, en vuestra sensibilidad, en vuestros corazones, de modo que dé el verdadero sentido a toda vuestra conducta».³²²

1. LA VIDA SOBRENATURAL

La gracia

Nuestro Señor Jesucristo vino a la tierra para traernos «vida y vida en abundancia» (*Jn* 10, 10); «el Hijo de Dios se hizo hombre para hacer a los hombres hijos de Dios».³²³ Ya desde su Encarnación, pero sobre todo en la Cruz, mereció para nosotros esa «vida» que nos hace hijos de Dios. Esa vida es la gracia de Dios, que nos trae la salvación. La gracia nos llega a través de los siete sacramentos. Del Monte Calvario, donde murió Nuestro Señor sobre la Cruz, descienden como siete ríos que riegan la tierra; las plantas que crecen a su vera se desarrollan fuertes, lozanas y fecundas. Los sacramentos son esos ríos que nos traen el «agua Viva» (*Jn* 4, 10) de la gracia de Dios, haciendo que la salvación que Jesús obró «de una vez para siempre» (*Heb* 7, 17) en el ara de la cruz llegue hasta nosotros. Si frecuentamos los santos sacramentos creceremos espiritualmente fuertes, lozanos y fecundos.

³²² Homilía durante la II Jornada Mundial de la Juventud, Buenos Aires, 12 de abril de 1987.

³²³ SAN AGUSTÍN, *Sermón* 194, III, 4.

La gracia de Dios, que es la vida sobrenatural que Cristo comunica, nos hace «hombres nuevos» (*Ef* 4, 24), «nuevas criaturas» (*2 Co* 5, 17; *Ga* 6, 15), «pueblo santo» (*1 Pe* 2, 9), «amigos» (*Lc* 12, 4; *Jn* 15, 14) de Dios, «hijos de Dios, coherederos de Cristo...» (*Ro* 8, 17), «linaje de Dios» (*He* 17, 29), «participantes de la naturaleza divina» (*2 Pe* 1, 4). Esta gracia crea en nosotros un «corazón nuevo, un espíritu nuevo» (*Ez* 36,26), un «espíritu de adopción» (*Ro* 8,15), y recibe diversos nombres: «sello de Dios» (*2 Co* 1, 22), «unción» (*2 Co* 1, 21), «semilla de Dios» (*1 Jn* 3, 9), «semilla incorruptible» (*1 Pe* 1, 23), «fuente que brota hasta la vida eterna» (*Jn* 15, 1), «luz» (*Ef*5, 8), «vestido» (*1 Te* 5, 8), etc.

Las Virtudes Infusas.

La gracia de Dios o gracia santificante, va acompañada de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo.

Virtud infusa es una firme disposición del alma, dada por Dios, para que ésta pueda realizar actos sobrenaturales meritorios.

Tales virtudes son como los motores de la nave de nuestra alma en su marcha a la vida eterna. Si estos actos sobrenaturales tienden directamente a Dios, conociéndolo, esperándolo o amándolo, tenemos las virtudes infusas teologales, que son tres: «fe, esperanza y caridad» (*1 Co* 13, 13). Si estos actos sobrenaturales tratan sobre los medios para llegar a Dios, nuestro último fin, tenemos las virtudes morales infusas las cuales son numerosas. Las cuatro principales son llamadas cardinales (de la palabra latina «cardo» que significa quicio o gozne de la puerta, porque sobre estas virtudes gira y se sostiene toda la vida moral), a saber: «prudencia, justicia, fortaleza y templanza» (*Sb* 8, 7). Los dones del Espíritu Santo son regalos de Dios que dan alas a nuestro deseo de santidad, son como las velas desplegadas de la nave del alma la cual se

hace pronta y dócil al impulso del Espíritu Santo que «sopla donde quiere» (*Jn* 3, 8). Estos dones son siete: «sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios» (*Cf. Is* 11, 2).

La gracia, que es don gratuito de Dios, constituye como la raíz de las virtudes y de los dones.

a) Las virtudes teologales

1- La fe

Es la primera virtud teologal, sin la cual «es imposible agradar a Dios» (*Heb* 11, 6). Sin ella nadie puede tener esperanza ni caridad. «Es la garantía de lo que se espera, la prueba de las cosas que no se ven» (*Heb* 11, 1).

Por la fe creemos en Dios y en todo lo que Dios ha revelado y por medio de la Iglesia nos propone para que lo creamos.

2- La esperanza

Es la segunda virtud teologal. Por ella esperamos alcanzar el premio del Cielo. «En esperanza estamos salvos..., en paciencia esperamos» (*Ro* 8, 24), que si sólo «esperásemos para esta vida, seríamos los más miserables de los hombres» (*1 Co* 15, 19).

Por la esperanza confiamos llegar a la gloria del Cielo mediante la gracia y nuestras buenas obras.

3- La caridad

Es la tercera virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios. Es la única virtud teologal que permanecerá en el Cielo. Allí no hará falta la fe porque veremos lo que aquí creemos, no hará falta la esperanza porque poseeremos lo que aquí esperamos. En cambio la caridad no desfallecerá porque el

amor a Dios no tiene fin. La caridad es la reina de todas las virtudes, ya que sin ella ninguna otra virtud es perfecta. Si falta la caridad de nada sirve para la vida eterna ni la fe, ni la generosidad, ni las profecías, ni siquiera la capacidad de hacer milagros.³²⁴

b) Las virtudes morales

Estas virtudes se ocupan de los medios que nos llevan a Dios. No tienen por objeto inmediato al mismo Dios –como las teologales– sino a los bienes creados en cuanto que éstos se ordenan últimamente al fin sobrenatural.

1-La prudencia

Es la virtud que nos posibilita el recto gobierno de nuestras acciones en cuanto se ordenan al fin sobrenatural.

2- La justicia

Es la virtud gracias a la cual damos a cada uno lo que pertenece, sea a Dios, sea al prójimo.

3- La fortaleza

Es la virtud que nos da fuerzas para no renunciar al bien, por dificultoso que sea, e inclusive a costa de la vida.

4-La templanza

Es la virtud que regula los placeres sensibles dentro de los justos límites.

Cada una de estas cuatro virtudes morales –llamadas cardinales– lleva consigo, además todo un cortejo de virtudes subordinadas que giran en su torno. Son más de cincuenta en total (por ejemplo, la magnanimidad, la humildad, la gratitud, etc).

³²⁴ Cf. 1 Co 13, 1 y ss.

Los dones del Espíritu Santo

Estos dones disponen la inteligencia y la voluntad para recibir el impulso del Espíritu Santo. Gracias a ellos todas las virtudes llegan a obrar de un modo divino, o sea, con crecida perfección. Son siete:

b) a) Sabiduría: por este don nos hacemos capaces de juzgar correcta y sabrosamente de Dios y de sus cosas.

b) Entendimiento: este don da a nuestra inteligencia, por así decirlo, una mirada de águila, permitiéndonos penetrar en las verdades de fe y en las de orden natural que dicen relación con el fin sobrenatural.

c) Consejo: este don nos permite un juicio recto en lo que respecta a los casos particulares sugiriéndonos lo que conviene hacer en orden al fin sobrenatural.

d) Fortaleza: por este don se nos da fuerza para practicar toda clase de virtudes heroicas con invencible confianza y gran seguridad de vencer los mayores obstáculos o peligros que puedan surgir.

e) Ciencia: gracias a este don juzgamos rectamente de las cosas creadas en relación a Dios.

f) Piedad: por este don amamos filialmente a Dios y fraternalmente al prójimo por ser éste hijo del mismo Padre.

g) Temor de Dios: este don nos comunica una docilidad especial para hacer totalmente la voluntad de Dios.

2. LOS SACRAMENTOS DE LA SALVACIÓN

Todos nosotros hemos nacido privados de la gracia de Dios, de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo. Somos hijos de ira por naturaleza (Cf. *Ef* 2, 3) y todos podemos

decir: «nací en culpa y en pecado me concibió mi madre» (S/51, 7). Todos nacemos con el pecado original.

Pues bien, para sacarnos del pecado y llevarnos a la santidad, instituyó Nuestro Señor los siete Sacramentos. Llamamos «sacramentos» a algo que es sagrado y que santifica, que nos dan, devuelven o aumentan la gracia santificante.

«Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina. Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento. Dan fruto en quienes los reciben con las disposiciones requeridas.

La Iglesia celebra los sacramentos como comunidad sacerdotal estructurada por el sacerdocio bautismal y el de los ministros ordenados.

El Espíritu Santo dispone a la recepción de los sacramentos por la Palabra de Dios y por la fe que acoge la Palabra en los corazones bien dispuestos. Así los sacramentos fortalecen y expresan la fe.

El fruto de la vida sacramental es a la vez personal y eclesial. Por una parte, este fruto es para todo fiel la vida para Dios en Cristo Jesús: por otra parte, es para la Iglesia crecimiento en la caridad y en su misión de testimonio».³²⁵

«En el misterio pascual es superado el límite del mal múltiple, del que se hace partícipe el hombre en su existencia terrena: la cruz de Cristo, en efecto, nos hace comprender las raíces más

³²⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1131-1134

CARLOS MIGUEL BUELA

profundas del mal que ahondan en el pecado y en la muerte; y así la cruz se convierte en un signo escatológico».

*Juan Pablo II,
Carta encíclica Dives in Misericordia, V, 8.*

CAPÍTULO SEGUNDO

LA CELEBRACIÓN SACRAMENTAL DEL MISTERIO PASCUAL

1. CELEBRAR LA LITURGIA DE LA IGLESIA

«La Liturgia es la obra de Cristo total, Cabeza y Cuerpo. Nuestro Sumo Sacerdote la celebra sin cesar en la Liturgia celestial, con la santa Madre de Dios, los apóstoles, todos los santos y la muchedumbre de seres humanos que han entrado ya en el Reino.

En una celebración litúrgica, toda la asamblea es “liturgo”, cada cual según su función. El sacerdocio bautismal es el sacerdocio de todo el Cuerpo de Cristo. Pero algunos fieles son ordenados por el sacramento del Orden sacerdotal para representar a Cristo como Cabeza del Cuerpo.

La celebración litúrgica comprende signos y símbolos que se refieren a la creación (luz, agua, fuego), a la vida humana (lavar, unguir, partir el pan) y a la historia de la salvación (los ritos de la Pascua). Insertos en el mundo de la fe y asumidos por la fuerza del Espíritu Santo, estos elementos cósmicos, estos ritos humanos, estos gestos del recuerdo de Dios se hacen portadores de la acción salvífica y santificadora de Cristo.

La Liturgia de la Palabra es una parte integrante de la celebración. El sentido de la celebración es expresado por la Palabra de Dios que es anunciada y por el compromiso de la fe que responde a ella.

El canto y la música están en estrecha conexión con la acción litúrgica. Criterios para un uso adecuado de ellos son: la

belleza expresiva de la oración, la participación unánime de la asamblea, y el carácter sagrado de la celebración.

Las imágenes sagradas, presentes en nuestras iglesias y en nuestras casas, están destinadas a despertar y alimentar nuestra fe en el Misterio de Cristo. A través del icono de Cristo y de sus obras de salvación, es a El a quien adoramos. A través de las sagradas imágenes de la Santísima Madre de Dios, de los ángeles y de los santos, veneramos a quienes en ellas son representados.

El domingo, “día del Señor”, es el día principal de la celebración de la Eucaristía porque es el día de la Resurrección. Es el día de la asamblea litúrgica por excelencia, el día de la familia cristiana, el día del gozo y de descanso del trabajo. El es “fundamento y núcleo de todo el año litúrgico”.

La Iglesia, “en el círculo del año desarrolla todo el Misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor”.

Haciendo memoria de los santos, en primer lugar de la santa Madre de Dios, luego de los apóstoles, los mártires y los otros santos, en días fijos del año litúrgico, la Iglesia de la tierra manifiesta que está unida a la liturgia del cielo; glorifica a Cristo por haber realizado su salvación en sus miembros glorificados; su ejemplo la estimula en el camino hacia el Padre.

Los fieles que celebran la Liturgia de las Horas se unen a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, por la oración de los salmos, la meditación de la Palabra de Dios, de los cánticos y de las bendiciones, a fin de ser asociados a su oración incesante y universal que da gloria al Padre e implora el don del Espíritu Santo sobre el mundo entero.

Cristo es el verdadero Templo de Dios, “el lugar donde reside su gloria”; por la gracia de Dios los cristianos son también templos del Espíritu Santo, piedras vivas con las que se construye la Iglesia.

En su condición terrena, la Iglesia tiene necesidad de lugares donde la comunidad pueda reunirse: nuestras iglesias visibles, lugares santos, imágenes de la Ciudad Santa, la Jerusalén celestial hacia la cual caminamos como peregrinos.

En estos templos, la Iglesia celebra el culto público para gloria de la Santísima Trinidad; en ellos escucha la Palabra de Dios y canta sus alabanzas, eleva su oración y ofrece el Sacrificio de Cristo, sacramentalmente presente en medio de la asamblea. Estas iglesias son también lugares de recogimiento y de oración personal». ³²⁶

2. DIVERSIDAD LITÚRGICA Y UNIDAD DEL MISTERIO

«Conviene que la celebración de la liturgia tienda a expresarse en la cultura del pueblo en que se encuentra la Iglesia, sin someterse a ella. Por otra parte, la liturgia misma es generadora y formadora de culturas.

Las diversas tradiciones litúrgicas, o ritos, legítimamente reconocidas, por significar y comunicar el mismo Misterio de Cristo, manifiestan la catolicidad de la Iglesia.

El criterio que asegura la unidad en la pluriformidad de las tradiciones litúrgicas es la fidelidad a la Tradición apostólica, es decir: la comunión en la fe y los sacramentos recibidos de los

³²⁶ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1187-1199

apóstoles, comunión que está significada y garantizada por la sucesión apostólica». ³²⁷

En la Iglesia católica hay dos grandes grupos de tradiciones litúrgicas, ambas plenamente católicas y ninguna es superior a la otra, son las de rito oriental y las de rito occidental. Las de rito oriental están constituidas por seis familias:

1. La bizantina;
2. La alejandrina o copta;
3. La siríaca;
4. La armenia;
5. La maronita;
6. La caldea.

Las de rito occidental o de rito latino están formadas por:

1. El rito romano (el nuestro);
2. El ambrosiano;
3. El mozárabe o hispánico-visigótico;
4. Y los de diversas órdenes religiosas;

La Iglesia Católica respira con dos pulmones: «no se puede respirar como cristiano, diría más, como católico, con un solo pulmón; hay que tener dos pulmones, es decir, el oriental y el occidental». ³²⁸

«Todos estos días, entre el domingo de Pascua y el segundo domingo después de Pascua, *in albis*, constituyen en cierto sentido el único día. La liturgia se concentra sobre un acontecimiento, sobre el único misterio. “Ha resucitado, no esta aquí” (*Mc* 16, 6). Cumplió la Pascua. Reveló el significado del paso. Confirmo la verdad de sus palabras. Dijo la última palabra de su mensaje: mensaje de la Buena Nueva, del Evangelio. Dios mismo que es Padre, esto es, Dador de la Vida, Dios mismo no quiere la muerte (Cf. *Ez* 18, 23-32), y “creó todas las cosas para la existencia” (*Sab* 1, 14), ha manifestado hasta el fondo, en El y por El, su amor. El

³²⁷ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1207-1209

³²⁸ JUAN PABLO II, *Discurso a los representantes de las comunidades cristianas no católicas*, París, 13/05/1980.

LA CELEBRACIÓN SACRAMENTAL DEL MISTERIO PASCUAL

amor quiere decir vida. La resurrección es el testimonio definitivo de la Vida, esto es, del Amor.»

*Juan Pablo II,
Catequesis de los miércoles,
18 de abril de 1979.*

SEGUNDA SECCIÓN

LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

«Jesús ha colmado también vuestras necesidades a través de los sacramentos de la Iglesia, en particular la Eucaristía y el sacramento de la Penitencia. La conversión de vuestros corazones se produce por la acción de Cristo, y Cristo llega a vosotros en sus sacramentos, que serán siempre para vosotros una expresión y una celebración de vuestra fe y de vuestra vida en Cristo».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes de Terranova (Canadá),
19 de septiembre de 1984.*

CAPÍTULO PRIMERO

LOS SACRAMENTOS DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

Los Sacramentos son signos sensibles y eficaces de la gracia –producen lo que significan– instituidos por Jesucristo para santificarnos. Junto con la gracia nos dan los dones y virtudes que la acompañan siempre.

«Los sacramentos de la Nueva Ley fueron instituidos por Cristo, y son siete, a saber, Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden sacerdotal y Matrimonio. Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos. Hay aquí una cierta semejanza entre las etapas de la vida natural y las etapas de la vida espiritual».³²⁹

De los siete sacramentos, cuatro se pueden recibir muchas veces: la Comunión, la Confesión, la Unción de los Enfermos, el Matrimonio (en caso de muerte de un cónyuge); tres sólo se pueden recibir una sola vez: el Bautismo, la Confirmación, y el Orden Sagrado.

Estos últimos se reciben una sola vez porque imprimen carácter, es decir, un sello imborrable que nada ni nadie puede quitar, y que en el Cielo será un motivo más de gloria, y en el Infierno un motivo más de confusión porque nos recordará que pudiendo haber sido fieles traicionamos a Cristo por el pecado, y en cambio de una eternidad de gloria tenemos que sufrir, por culpa nuestra, una eternidad de condenación.

³²⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1210; cf. SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* III, 65, 1.

1. EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

Es el primero y más necesario de los sacramentos, que nos hace hijos de Dios, templos vivos del Espíritu Santo y herederos del Cielo. El Bautismo borra el pecado original y, si el bautizado es un adulto, todos los pecados mortales y veniales que haya cometido con tal de que esté arrepentido de ellos; e infunde en nuestra alma la gracia de Dios con las virtudes y los dones.

El Bautismo es un nacimiento a la vida sobrenatural. Por eso enseña Jesús: «quien no naciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los Cielos» (*Jn* 3,5). El agua toca nuestro cuerpo, el Espíritu Santo transforma nuestra alma.

Por el Bautismo somos injertados en Cristo, como las ramas en el tronco de la vid, y participamos así en su misma Vida Divina.

Es tan importante y necesario el Bautismo que sin él no hay normalmente salvación. Por eso, en caso de peligro de muerte cualquiera puede y debe bautizar. Se hace derramando agua natural sobre la cabeza del que se bautiza, al mismo tiempo que se dice. «N.N., yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», con intención de hacer lo que hace la Iglesia.

Por el Bautismo nos comprometemos a vivir de un modo digno de Cristo ya que, en cierto modo, somos «otros cristos» por la gracia, por ser miembros de su Cuerpo, debiendo mostrar a todos con nuestro modo de vivir que Cristo vive en nosotros.

2. EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

En la Confirmación se da el Espíritu Santo para el testimonio intrépido, «como les fue dado a los apóstoles el día de Pentecostés, de modo que el cristiano confiese verdaderamente el nombre de Cristo».³³⁰

Los Apóstoles no se contentaron con recibir el Espíritu Santo. Por indicación de Cristo lo comunicaron a los demás mediante la imposición de las manos. Leemos, por ejemplo en los Hechos, que cuando los apóstoles se enteraron de que unos discípulos habían sido tan sólo bautizados «oraron sobre ellos para que recibieran el Espíritu Santo... Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo» (*He* 8, 15-17) o sea, los confirmaron.

El día de Pentecostés los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo y enseguida se lanzaron a predicar el Evangelio con todo valor.

Antes de recibirlo eran, en cambio, cobardes ya que se ocultaban por temor a los judíos.

Gracias al Espíritu Santo que recibimos en el sacramento de la Confirmación también nosotros nos hacemos valientes soldados de Jesucristo.

3. EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

1. INTRODUCCIÓN

Conociendo nuestra debilidad quiso Nuestro Señor Jesucristo instituir un sacramento, a modo de alimento espiritual, que nos diese fuerza y vigor; rebozando su corazón

³³⁰ CONCILIO DE FLORENCIA, Dz. 697.

de amor, «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin» (*Jn* 13, 1). Quiso quedarse Él mismo presente en este Sacramento para estar con nosotros «hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20); más aún, quiso dejárnoslo como sacrificio perpetuo ofrecido a Dios para reparar por nuestros pecados.

En el Santo Sacrificio de la Misa se realiza la Eucaristía. La fórmula de la Consagración, que es el momento más importante y solemne de la Misa, expresa las tres verdades fundamentales de la fe católica acerca de la Eucaristía. Porque la Eucaristía es: Sacramento, Presencia real y Sacrificio. Analicemos esta fórmula:

– «Tomad y comed»..., «Tomad y bebed»... La Eucaristía es Sacramento, alimento espiritual, renovación de la última Cena, Banquete Celestial para nuestra santificación: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (*Jn* 6, 55).

– «porque esto es mi cuerpo», «porque esta es mi sangre»: La Eucaristía es Presencia real de Cristo. Él mismo, con su cuerpo y su sangre, con su alma y su divinidad, está presente en este Sacramento que no sólo nos da la Gracia sino también al Autor de la Gracia: «el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna» (*Jn* 6, 54).

– «que será entregado», «que será derramada»...: Las expresiones «cuerpo entregado, sangre derramada» expresan el carácter de Sacrificio que tiene la Eucaristía. En ella Cristo se inmola para expiar nuestros pecados así como para aplacar la justa ira de Dios, volviéndolo propicio y clemente, satisfaciendo (inclusive) por las almas del Purgatorio. «El pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo» (*Jn* 6, 51). La Eucaristía es la renovación del Sacrificio de la Cruz y tiene por fin, como la Cruz misma, la glorificación de Dios y santificación de los hombres.

Podemos agregar que las palabras: «Haced esto en conmemoración mía», nos recuerda que sólo puede celebrar la Eucaristía quien recibió los poderes apostólicos por la ordenación sacerdotal.

2. INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Jesús fue preparando durante su vida pública a los Apóstoles para que pudieran entender lo que es este Sacramento, corazón y centro de la Iglesia Católica. Lo fue preparando por medio de los milagros de la conversión del agua en vino³³¹ y de la multiplicación de los panes³³² como para que entendiesen que también tenía poder para convertir el vino en su Sangre y hacer presente su Cuerpo bajo la apariencia de pan en los miles y miles de lugares del mundo donde se celebra la Santa Misa; lo preparó también por medio de su palabra especialmente en el Sermón de la Eucaristía.³³³ Luego de esta larga preparación, instituyó solemnemente la Eucaristía en la Última Cena, la consumió en el sacrificio en la Cruz y mandó se perpetuase sobre nuestros altares «hasta que Él vuelva» (1 Co 11, 26).

3. EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

a) Partes de la Misa

La Santa Misa es un sólo acto de culto que consta de dos partes: la primera, en torno a la Palabra de Dios, porque en ella se leen y explican diversos textos de la Sagrada Escritura. La segunda es la principal, en torno a la Eucaristía y al Sacrificio, y consta de tres momentos importantes:

³³¹ Cf. *Jn* 2,1-11.

³³² Cf. *Mt* 14, 13-21;15, 32-39.

³³³ Cf. *Jn* 6,25-71.

1. la presentación de los dones u Ofertorio: en que se ofrece a Dios el pan y el vino que luego se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Jesús;

2. la Consagración: donde por las palabras del sacerdote, Cristo renueva su inmolación, y el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Aquí Cristo baja al altar.

3. la Comunión: donde recibimos el Cuerpo y Sangre de Jesús realmente presente bajo la apariencia de pan y vino. En ese momento Cristo baja a nuestro corazón.

b) El mismo Sacrificio de la Cruz

El Santo Sacrificio de la Misa es el mismo Sacrificio de la Cruz, aunque sin derramamiento de sangre. Una y la misma es la Víctima sacrificada y ofrecida, y uno y el mismo es el Sacerdote que se ofrece; uno y el mismo el acto oblativo. En la Cruz la Víctima es Cristo y en la Misa es también Cristo la víctima inmolada. En la Cruz es Cristo el Sumo y Eterno Sacerdote que se ofrece a Sí mismo, y también en la Misa es Cristo el Sacerdote principal. El mismo acto por el que se ofrece en la Cruz, se perpetúa en la Misa.

¿Cuál es entonces el papel del sacerdote que celebra la Misa? El de representar a Cristo. Por eso cuando consagra el pan no dice: «esto es el cuerpo de Cristo» sino «esto es mi Cuerpo», no evidentemente porque el pan se convierta en su cuerpo sino porque el sacerdote está actuando en persona de Cristo, haciendo sus veces, ocupando su lugar, representándolo, actuando en su nombre y con su poder. De tal manera es Cristo el Sacerdote principal, que en lo esencial el efecto de la Misa no depende de la mayor o menor virtud del sacerdote visible: «Ni el buen sacerdote hace más ni el malo menos»³³⁴ ya que el Sacrificio de la Misa no depende de los méritos o santidad de

³³⁴ INOCENCIO III, *Carta «Eius Exemplus»*, Dz. 424.

los sacerdotes secundarios sino de la virtud, méritos, santidad y poder de Cristo nuestro Señor, Sumo y Eterno Sacerdote.

De ahí el valor supremo e infinito de la Santa Misa, porque es el Sacrificio de Dios hecho hombre. Si sumásemos todos los sacrificios de los hombres, por grandes que sean, nada son en comparación con la Misa. «¡Oh, si supieseis el valor de una Santa Misa!» (Beato Luis Guanella).³³⁵ Cuando vamos a la Santa Misa debemos llevar y ofrecer nuestros propios sacrificios para que puestos en contacto con el Sacrificio de Cristo, adquieran valor para la vida eterna completando así en nosotros «lo que falta a la Pasión de Cristo» (*Col 1, 24*).

c) Diferencias entre la Misa y la Cruz

Las diferencias que hay entre el Sacrificio de la Cruz y el Sacrificio de la Misa son secundarias:

1. En la Cruz, Cristo padece, muere y derrama sangre: es un sacrificio cruento; en la Misa, Cristo resucitado «ya no muere» (*Ro 6, 9*), no padece ni derrama sangre: es un sacrificio incruento.

2. En la Cruz, Cristo se ofreció solo; no necesitó de nadie para cumplir su acto sacerdotal; en la Misa, ha querido necesitar del corazón, de la voz y de las manos de un ministro visible.

3. Cristo en la Cruz, suspendido entre el cielo y la tierra, une a Dios con los hombres y a los hombres con Dios, al adquirir para todos las gracias necesarias para su salvación; Cristo en la Misa, nuevamente suspendido entre el cielo y la tierra, aunque esta vez por las manos del sacerdote, continúa obrando la salvación de los hombres uniéndolos a Dios, aplicándoles y distribuyéndoles en cada Misa esas gracias que Él ganó de «una vez para siempre» (*Heb 7, 17*) en el ara de la Cruz.

³³⁵ *El siervo de la Caridad*, ed. Tamborini, Madrid 1980, p. 201.

d) Esencia del Sacrificio de la Misa

La acción sacrificial se realiza en el momento de la Consagración donde se representa místicamente la separación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo que se efectuó realmente en el Sacrificio de la Cruz. Esto se representa por el hecho de que el sacerdote consagra separadamente el pan y el vino: al consagrar el pan se hace directamente presente el Cuerpo de Cristo por razón de las mismas palabras de la Consagración, y al consagrar el vino se hace directamente presente la Sangre de Cristo por razón de las mismas palabras. Cuerpo por un lado y la Sangre por otro en todos los idiomas del mundo significa derramamiento de sangre, sacrificio. El sacerdote, al consagrar las especies de pan y vino, separa «con tajo incruento el Cuerpo y la Sangre del Señor, usando de su voz como de una espada».³³⁶

Decimos «tajo incruento» y que se «representa místicamente» porque, por razón de las palabras, bajo la especie de pan está presente el Cuerpo de Cristo y bajo la especie de vino está presente la Sangre de Cristo, pero en razón de una ineludible concomitancia y por ser Cuerpo de Cristo un cuerpo vivo,³³⁷ bajo la especie de pan también está presente la Sangre de Cristo, su Alma y su Divinidad, y bajo la especie de vino está también presente el Cuerpo y su Alma y su Divinidad. De tal manera que Cristo íntegro está presente bajo cada una de las dos especies.

No todos los panes ni cualquier pan es el Cuerpo de Cristo. No todo vino ni cualquier vino es la Sangre de Cristo. Sólo y únicamente por la Consagración en la Santa Misa se convierten el pan y el vino en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

³³⁶ SAN GREGORIO NACIANCENO, *Enchiridium Patristicum* 171.

³³⁷ Cf. Ro 6,9.

e) Presencia de Cristo en la Eucaristía

Jesús está presente bajo los accidentes de pan y de vino, pero no de cualquier manera: «está presente verdadera, real y sustancialmente».³³⁸

1- Presencia verdadera

Besamos nosotros la foto de algún familiar ausente o difunto porque de alguna manera con su figura está presente. Así saludamos a nuestra bandera porque ella simboliza a la Patria que, de algún modo, está presente en sus colores.

De esta manera no está presente Jesucristo en el sacramento del altar, sino que lo está de manera verdadera. Cuando volvéis del colegio y entrás a tu casa no besás el cuadro con la foto de tu mamá, sino que la besás a ella. ¿Por qué? Porque en la foto está meramente su figura, en cambio ella está verdaderamente presente tan sólo en el lugar donde se encuentra. Por eso cuando entrás en una Iglesia lo primero que hacés es adorar a Jesús verdaderamente presente en el Sagrario. En las imágenes está sólo su figura, por ejemplo, en el crucifijo. Por eso al entrar en una Iglesia, luego de santiguarte, lo primero que debés hacer es buscar el Sagrario. Junto a él hay una lámpara que está permanentemente encendida, llamada lámpara del Santísimo, porque tiene por finalidad indicarnos: «Aquí está el Santísimo Sacramento, aquí está Nuestro Señor Jesucristo», y ya que no podemos estar todo el día junto a Jesús –tenemos que dormir, comer, trabajar, etc.– esa lámpara nos representa a nosotros y expresa nuestro deseo de no separarnos jamás del buen Jesús. Luego de encontrar el Sagrario debés hacer una genuflexión, que consiste en doblar la rodilla derecha hasta tocar el suelo, reconociendo tu bajeza y adorando su grandeza. Es el saludo que siempre hay que hacer a Jesús presente verdaderamente en

³³⁸ CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre la Eucaristía*, Dz. 874.

el Sagrario y hay que hacerlo al entrar, al salir y cuantas veces se pase delante de Él.

2- Presencia real

Cristo está, pues, verdaderamente presente. Pero hay algo más. Decimos con la Iglesia que está realmente presente. ¿Qué quiere decir «realmente»? Pongamos un ejemplo. Puedo ahora imaginarme que ha entrado un ladrón en casa; ese ladrón de alguna manera está presente en casa, a lo menos en mi imaginación, ya que de hecho empiezo a tener miedo, a transpirar, me tiemblan las piernas, se aceleran los latidos del corazón, pero esto sólo sucede en mi imaginación; en realidad no hay ningún ladrón en casa. No está así Cristo presente en la Eucaristía, en la pura imaginación. Está presente, no porque yo así lo piense o me lo imagine, sino porque realmente lo está. Prescindiendo de mi fe o de lo que considere mi entendimiento, al margen de mi espíritu y de toda sugestión, Cristo se encuentra realmente presente bajo la apariencia de pan y vino, porque Él así lo ha dicho y la Iglesia Católica así lo enseña.

3- Presencia sustancial

Cristo está, pues, verdadera y realmente presente. Pero esto no es todo. Está también presente de manera sustancial. Para entender esto pongamos otro ejemplo. Por el hecho de que una usina eléctrica produce electricidad que consume la lámpara que me ilumina, de alguna manera esa usina está presente aquí en mi habitación. Está presente en sus efectos, pues gracias a ella tengo luz. Algunos herejes dijeron que Cristo estaba presente tan sólo de esa manera en el Sacramento Eucarístico, por los efectos buenos que el alma recibe: cuando uno comulga se hace más bueno, más amable, se fortifica el alma, como si sólo recibiésemos una fuerza o poder que procede del cuerpo glorificado de Cristo (que está en el Cielo) y no recibiésemos la

misma sustancia del cuerpo glorificado de Cristo presente en la Eucaristía. Ahora bien, nuestra fe nos enseña que Cristo está presente no sólo por los efectos buenos que produce en nuestra alma «como la usina en la lámpara» sino que está presente sustancialmente. No sólo iluminando sino como fuente de toda luz: «Yo soy la luz del Mundo» (Jn 8, 12).

4- Modo en que se hace presente

Nuestro Señor Jesucristo está presente verdadera, real y sustancialmente, bajo el aspecto de pan y vino, por convertirse la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo y su Sangre. Este tránsito o paso de la sustancia del pan y del vino que desaparece totalmente para convertirse en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo se llama: Transubstanciación (tránsito o paso de una sustancia a otra).

Permanecen las apariencias, también llamadas especies o accidentes, a saber: el olor, el color, el sabor, el gusto, el tamaño, el peso, la medida, la figura. Lo único que se convierte es la sustancia. De tal manera que con nuestros sentidos, la vista, el olfato, el tacto, el gusto, seguimos viendo, oliendo, tocando, gustando lo mismo después de la Consagración que antes de ella, porque las especies no cambian. Lo que cambia es la sustancia.

f) La Eucaristía como Sacramento

Cuando recibimos a Jesucristo bajo la apariencia de pan y vino decimos que recibimos la Comunión, porque al recibir a Jesús nos unimos a El muy íntimamente y también nos unimos más que antes con todos los hombres y mujeres católicos que están en gracia de Dios. Comunión quiere decir «común unión»: de nosotros con Cristo y con nuestros hermanos.

1- Disposiciones para recibir la Eucaristía

Para recibir a Jesús en la Comunión nuestra alma debe estar limpia de todo pecado grave. Si hemos cometido pecado grave o mortal antes de comulgar debemos confesarnos. No basta con estar arrepentidos. Quien teniendo pecado mortal se acerca a comulgar comete un horrible sacrilegio, por eso «el que coma el pan o beba la copa del Señor indignamente tendrá que dar cuenta del Cuerpo y la Sangre del Señor. Que cada uno se examine a sí mismo antes de comer este pan y beber de esta copa; porque si come y bebe sin discernir el Cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación. Por eso, entre vosotros hay muchos enfermos y débiles y son muchos los que han muerto» (1 Co 11, 27-30).

No es necesario confesarse siempre antes de comulgar. Sólo hay obligación de hacerlo cuando hay pecado grave. Los pecados leves o veniales se perdonan también con sólo arrepentirse, con las buenas obras, con el uso del agua bendita, con las mismas oraciones de la Santa Misa, etc.

No debemos comer ni tomar nada –excepto agua– desde una hora antes de la Comunión. Así hacemos para mostrar nuestro respeto por el Señor. Hay que saber a quién se va a recibir y acercarse a comulgar con devoción.

2- La comunión frecuente

Es conveniente que recibamos frecuentemente la Sagrada Comunión porque necesitamos el alimento espiritual para vencer las tentaciones, para no desfallecer en el camino al Cielo, para practicar todas las virtudes y acrecentar la gracia en nuestra alma. Pensemos que aun el mínimo aumento de la gracia de uno solo «es mayor que el bien natural de todo el universo».³³⁹ Gracias a la Eucaristía nos unimos a Cristo y vivimos por Él:

³³⁹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* I-II, 113, 9, ad 2.

«quien me coma vivirá por mí» (*Jn* 6, 57). Imitemos lo que han hecho los Santos: «recibir frecuentemente la Comunión». ³⁴⁰ San Cayetano decía: «No estaré satisfecho sino hasta que vea a los cristianos acercarse al Banquete Celestial con sencillez de niños hambrientos y gozosos, y no llenos de miedos y falsa vergüenza». ³⁴¹ Y por ello San Juan Bosco, el apóstol de los jóvenes, insistía: «Dicen algunos que para comulgar a menudo es menester ser santo. ¡No es verdad! Esto es un engaño. La Comunión es para aquel que quiere hacerse santo, no para los santos; los remedios se dan a los enfermos, el alimento se da los débiles. ¡Cuán feliz sería si pudiese ver encendido en vosotros aquel fuego que el Señor vino a traer a la tierra!». ³⁴²

«La Comunión nos es necesaria como la respiración a los pulmones» (San Pedro Julián Eymard). ³⁴³

¡Cada vez que uno tome parte en el Santo Sacrificio de la Misa debería comulgar! Y si no es posible comulgar sacramentalmente por carecer de las debidas disposiciones del alma, se debe hacer por lo menos, una comunión espiritual diciendo:

«Creo, Jesús mío, que estás realmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Te amo sobre todas las cosas y deseo recibirte en mi alma. Pero como ahora no puedo recibirte sacramentado, ven a lo menos espiritualmente a mi corazón... Y como si ya te hubiese recibido, te abrazo y me uno todo a Vos. No permitas, Señor, que jamás me separe de Ti. Amén». ³⁴⁴

Con ésta u otra fórmula uno puede hacer la comunión espiritual varias veces al día, al pasar delante de una iglesia

³⁴⁰ SAN JUAN BOSCO, *Reglamento* 98.

³⁴¹ Citado en: ALBAN BUTLER, *Vidas de los Santos*, vol. III, op. cit., p. 277.

³⁴² LEMOYNE, *Memorias Biográficas de Don Bosco*, VII, 678-679.

³⁴³ *Obras Eucarísticas*, ed. Eucaristía, Madrid, 1963, p. 567.

³⁴⁴ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Visitas al Santísimo Sacramento y a María Santísima*. Acto para la comunión espiritual, ed. Rialp, Madrid, 1965, p. 41.

católica, en los momentos de tentaciones, al levantarse, al acostarse, o sea, en cualquier momento y lugar.

3- Visitas al Santísimo Sacramento

Así como visitamos a nuestros familiares y amigos debemos visitar a Jesús que nos espera en el Sagrario, y hablarle de nuestras cosas, pedirle lo que necesitamos, y adorarlo como hicieron en el pesebre de Belén la Santísima Virgen y San José, los pastorcitos y los Reyes Magos, los ángeles y los hombres.

San Juan Bosco aconsejaba a los jóvenes: «La visita a Jesús Sacramentado es un medio demasiado necesario para vencer al demonio. Id a menudo a visitar a Jesús y el demonio no os pondrá vencer».³⁴⁵

En la medida en que amemos a Jesús será el número de «visitas» que le haremos. Aunque duren un minuto tienen sabor a eternidad. Desde joven debes acostumbrarte a hacerle a Jesús sacramentado muchas «visitas» y así te irás preparando para que puedas tener la dicha inmensa y la enorme alegría de adorar a Jesús durante una noche entera, en lo que se llama la «Adoración nocturna».

³⁴⁵ *Memorias Biográficas*, VIII, 49.

CAPÍTULO SEGUNDO

LOS SACRAMENTOS DE CURACIÓN

4. EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA O CONFESIÓN

Jesús hubiese podido determinar que el ángel fuese sacerdote en lugar del hombre. Sin embargo, eligió a este último para que pudiese compadecerse de los ignorantes y extraviados, por cuanto él «está también rodeado de flaqueza» (*Heb 5, 2*), y de entre los hombres «eligió a los más miserables y despreciados para confusión de los fuertes, para que tanto más luzca el poder de la divina mano, cuanto más vil es el instrumento de que se sirve»³⁴⁶ de modo que «nadie pueda gloriarse ante Dios» (*1 Co 1, 29*). Y les dio poderes tremendos: no sólo el poder de convertir el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Jesús, como ya vimos, sino también el poder de perdonar los pecados: «a quien perdonéis los pecados, les serán perdonados, a quienes se los retengáis, les serán retenidos» (*Jn 20, 22-23*).

Jesús sabía que muchos de sus hijos, por causa de la debilidad de la naturaleza humana, herida por el pecado original, luego del Bautismo iban a perder la gracia santificante pecando mortalmente, y que muchos de ellos, arrepentidos como el hijo pródigo, querían volver a ser amigos de Dios, a vivir unidos a Él por la Gracia.

Para hacer posible esto instituyó el sacramento de la Penitencia llamado también Confesión o Reconciliación, que

³⁴⁶ NICOLÁS MASCARDI, S.I., *Carta y Relación* (1670) en: GUILLERMO FURLONG, *Nicolás Mascardi, S.I. y su Carta -Relación* (1670), Ed. Teoría, Buenos Aires, 1995, pp. 130-131

nos devuelve la gracia santificante perdida por el pecado mortal, cuando arrepentidos confesamos los pecados al sacerdote.

Así como solamente los sacerdotes pueden celebrar la Santa Misa, así solamente ellos pueden perdonar los pecados graves y mortales.

En la Confesión hay que decir todos los pecados mortales, con su cantidad o número, contra qué mandamiento o virtud se pecó, y las cosas que agravan el pecado, al punto de cambiar su especie. Si uno se calla a sabiendas algún pecado grave comete un horrible sacrilegio y no sólo no le quedan perdonados ninguno de los que confesó sino que sale con uno más: el de sacrilegio. En ese caso en la próxima Confesión deberá acusarse de todos los pecados anteriores, del que no confesó y del pecado de haberlo callado en la Confesión anterior.

La Misericordia de Dios es infinita, no tiene límites por muy grandes que sean nuestros pecados; si verdaderamente estamos arrepentidos de ellos Dios nos perdona de corazón. «Aunque tus pecados sean rojos como la grana, yo los volveré blancos como la nieve» (*Is* 1, 18). Dios no quiere «la muerte del pecador sino que se convierta y viva» (*Ez* 33, 11). Para eso vino Jesús, para salvar a los pecadores, que «no son los sanos los que tienen necesidad de médico sino los enfermos» (*Mt* 9, 12); por eso «hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia» (*Lc* 15, 7). «Sólo uno podría desconfiar de obtener el perdón, y sería aquel que se sintiese más malo que bueno es el Señor».³⁴⁷ Es decir, quien creyere que la bondad del Señor no alcanza a cubrir su maldad, tendría en muy poco e imperfecto a Dios.

³⁴⁷ FRIGEL GRAZIOLI, *Modelo de Confesores*, Ed. Ibérica, Madrid, 1944, p. 85.

Este sacramento de la Reconciliación es como la tabla a la que se prende el náufrago para no morir ahogado; «es la última tabla de salvación en medio de las tempestades de este mundo pervertido».³⁴⁸ «La confesión es la puerta del Cielo».³⁴⁹

¿Y si uno no tiene pecados mortales no debe confesarse? De ninguna manera, pues aunque no sea obligatorio es muy conveniente confesar también los pecados veniales o leves, arrepintiéndose nuevamente de todos los pecados de la vida pasada. No hay que olvidarse nunca que la confesión es un Sacramento que nos da la gracia de Dios, devolviéndola si la perdimos por el pecado mortal, aumentándola si solo pecamos venialmente. Por eso debemos confesarnos a menudo aunque no tengamos pecados graves.

«El que quiere ser delicado y estar limpio de cuerpo en sus vestidos, ¿acaso espera lavarse solamente cuando se encuentra recubierto de barro? Apenas le cae encima un poco de polvo o cualquier suciedad, se lava, y aunque no esté sucio hace de tanto en tanto limpieza general, porque así lo exige el decoro».³⁵⁰

El primer método para que uno vaya siendo cada vez más bueno «es hacer buenas confesiones y buenas comuniones», decía San Juan Bosco. Porque recibiendo bien estos sacramentos uno se va haciendo santo. No por nada es Don Bosco el primer santo del siglo XX que tuvo la gloria de ver a un discípulo suyo, el joven Santo Domingo Savio, sobre los altares; éste último así nos alienta: «empéñate en confesarte bien, y verás de cuánta alegría se inundará tu alma».³⁵¹

³⁴⁸ SAN PEDRO JULIÁN EYMARD, *op. cit.*, p. 1093.

³⁴⁹ SAN ANTONIO DE PADUA, *Sermón acerca del alma penitente*, II, 19; en *Los Sermones*, t. I, ed. El Mensajero de San Antonio, Buenos Aires, 1995, p. 97.

³⁵⁰ FRIGEL GRAZIOLI, *Modelo de Confesores*, Ed. Ibérica, Madrid, 1944, p. 98.

³⁵¹ SAN JUAN BOSCO, *Vida de Domingo Savio*, cap. XII.

Una de las últimas recomendaciones que San Luis, Rey de Francia, le hizo a su hijo Felipe, fue: «confiéstate a menudo». ³⁵² «Es el medio más eficaz de todos y verdaderamente indispensable para conservar pura y limpia nuestra conciencia». ³⁵³

Para confesarse bien hay que hacer previamente un examen de conciencia ³⁵⁴ en orden a recordar los pecados cometidos, que «en pieza donde entra mucho sol no hay telaraña escondida», ³⁵⁵ decía Santa Teresa de Jesús; luego, dolerse de haber ofendido al Señor haciendo el propósito de no volverlos a cometer con la ayuda de Dios; y, finalmente, decirlos al sacerdote, cumpliendo luego la penitencia recibida.

Con toda confianza acudamos a los sacerdotes en la Confesión. Es a ellos a quienes dijo Jesucristo: «lo que lo que atareis en la tierra será atado en el Cielo y lo que desatareis en la tierra quedará desatado en el Cielo» (*Mt* 18, 18). El sacerdote es juez, y para «atar y desatar» hay que conocer la soga y el nudo, es decir, los pecados, y si hay o no arrepentimiento de los mismos.

Pero en la Confesión, además de juez, el sacerdote es médico, ¿cómo curaría el alma si no se conoce su enfermedad? También es maestro porque enseña, aconseja y corrige, ¿cómo hacerlo si ignora lo que el penitente no sabe, lo que necesita o en lo que falta? Y por último, es padre misericordioso, que busca el aprovechamiento espiritual de sus hijos penitentes a quienes da el pan de la Palabra de Dios, ¿cómo hacerlo si desconoce qué es lo que puede asimilar?

³⁵² *Testamento espiritual a su Hijo.*

³⁵³ FRIGEL GRAZIOLI, *Modelo de Confesores*, Ed. Ibérica, Madrid, 1944, p. 96.

³⁵⁴ Puede guiarte del examen de conciencia de la página 218.

³⁵⁵ *Libro de la Vida*, c. 19, 2.

Con toda confianza, pues, hay que decirle los pecados al sacerdote en la Confesión. Él no solamente no se los puede decir absolutamente a nadie, ni a otro sacerdote, ni al Obispo, ni al Papa, ni a un ángel del Cielo, sino que, incluso, no puede usar, ni siquiera para el bien de la Iglesia, lo que sabe de las personas a través del sacramento de la Confesión.

5. EL SACRAMENTO DE LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Jesús pensó también en los enfermos. Ellos se sienten muy solos, deprimidos, sin ganas de luchar y tienen muchas tentaciones. Para ellos instituyó el sacramento de la Unción de los Enfermos, que les da el perdón de los pecados, el aumento de la gracia, alivio en el dolor, compañía en la soledad, fuerza en la tentación, y la salud del cuerpo si así conviene a la salvación del alma.

«¿Alguno entre vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y recen sobre él, ungiéndolo con óleo en el nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor le hará levantarse y los pecados que hubiera cometido le serán perdonados» (*Sant* 5, 14).

La familia no debe esperar el último momento, cuando el enfermo ya está moribundo, para llamar al sacerdote. Por eso ahora no se prefiere llamar a este sacramento como se lo llamaba antes, con el nombre de «Extremaunción», para que no pensemos que se trata de un sacramento reservado a los que ya no tienen más esperanza de vivir. De ninguna manera: es para los enfermos de cierta gravedad.

El demonio, que sabe los beneficios inmensos que aporta al enfermo este sacramento, sugiere falsas razones para que los familiares no llamen a tiempo al sacerdote.

Una de esas falsas razones es: «el enfermo se va a asustar». Es una gran mentira, invento del «padre de la mentira» (*Jn* 8, 44); muy por el contrario, el enfermo encuentra paz y alivio. ¡Cuántos sufren mucho en atroz agonía y sólo se pacifican cuando llega el sacerdote! ¡Señal de que lo estaban esperando! Y si llegasen a asustarse –cosa que no ocurre– es preferible ir al Cielo, un poco asustado, y no condenarse en el Infierno, por toda la eternidad, sin susto.

Este sacramento es «grande a la verdad y muy apetecible misterio, por el que, si se pide con fe, se perdonan los pecados, y consiguientemente se restituye la salud corporal...».³⁵⁶

«La vida cristiana no está completa sin esta conversión constante, y la conversión no es plenamente auténtica sin el sacramento de la penitencia. Queridos jóvenes: Cristo quiere ir a encontrarse con vosotros personalmente con regularidad y frecuencia en un encuentro personal de misericordia amorosa, perdón y curación. Quiere sosteneros en vuestra debilidad y manteneros en alto levantándoos y acercándoos a su corazón. Como he dicho en mi encíclica *Redemptor hominis*, el encuentro en este sacramento es un derecho que pertenece a Cristo y a cada uno de vosotros (cfr. núm. 20). Por eso el Papa habla muy en serio cuando os dice ahora: No privéis a Cristo de su derecho en este sacramento y no renunciéis nunca a este derecho vuestro».

Juan Pablo II,
A los jóvenes peregrinos de Dublín, Irlanda,
21 de septiembre de 1980.

³⁵⁶ CONCILIO DE PAVÍA, *Del Sacramento de la Extremaunción*, Dz. 315.

CAPÍTULO TERCERO

LOS SACRAMENTOS AL SERVICIO DE LA COMUNIDAD

6. EL SACRAMENTO DEL ORDEN SAGRADO

¿Quiénes son los que administran, generalmente, los sacramentos? ¿Quiénes bautizan, confiesan, celebran la Santa Misa, ungen a los enfermos, presiden los matrimonios, predicán la palabra de Dios? Los obispos y los sacerdotes. Y ¿cómo hace llegar Jesús hasta ellos los poderes necesarios para que actúen en su nombre y obren con su autoridad? Por medio del sacramento del Orden. Además, este sacramento les da la gracia de estado, es decir, que los habilita para que desempeñen santamente las pesadas tareas del ministerio sacerdotal, venzan todos los peligros y tentaciones, y sean fieles a las promesas hechas a Dios.

La materia de este sacramento es la imposición de manos: «los constituyeron presbíteros (sacerdotes) en cada iglesia por la imposición de manos» (*He 14, 23*). Desde los Apóstoles hasta los actuales obispos y sacerdotes una cadena ininterrumpida de Pastores, por medio de la imposición de manos, ha hecho llegar hasta nuestros días los poderes mismos de Cristo. De tal manera que si se apareciera Nuestro Señor Jesucristo resucitado y se pusiese a confesar juntamente con otros sacerdotes, tanto perdonarían los pecados estos últimos como el mismo Señor en persona, porque los sacerdotes perdonan en persona de Cristo, o sea, en su nombre y con su poder.

Y si celebrase la Santa Misa el mismo Cristo rodeado de todos los obispos y cardenales, con gran pompa y ornato, con todo el esplendor del canto y de la música sagrada, y por otro

lado en un campo de concentración, sólo y abandonado, ignorado de todos, un sacerdote celebrase a su vez la Santa Misa, con unas migas de pan y un poco de vino puesto en un recipiente cualquiera sin ornamentos y a escondidas para que no lo vean sus verdugos, tanto valor tendría, en lo esencial, una Misa como otra, porque ambas son perpetuación del único Sacrificio de Cristo y ambas tendrían, por lo tanto, un valor infinito. En una celebraría Cristo en persona; en la otra un sacerdote en «persona de Cristo» (2 Co 2, 10), o sea, con su poder y en su nombre, porque por la imposición de las manos había recibido el sacramento del Orden Sagrado; y esto aun en el supuesto caso de que el sacerdote estuviese en pecado mortal porque él no tendría los poderes de perdonar y de consagrar por el mérito de sus virtudes, o por su capacidad intelectual, o por su apellido; los tendría porque los recibió de Jesucristo. Si los ejerciera estando en pecado mortal cometería, sin duda, un horrible sacrilegio pero igual perdonaría e igual consagraría porque lo haría en la persona de Cristo. El agua pasa tanto por un caño de plata como por uno de plomo. El «agua viva» de la gracia de Dios pasa tanto a través de un sacerdote santo como a través de uno pecador.

Excusarse de ir a la iglesia para cumplir con Dios porque tal o cual sacerdote es malo es una insensatez, ya que «cada uno dará cuenta a Dios de sí mismo» (Ro 14, 12). Dios nos va a pedir cuentas del mal que nosotros hagamos y del bien que dejemos de hacer, no del mal que hagan o del bien que dejen de hacer otros, aunque sean sacerdotes. Cuando los hombres se presenten delante del «tribunal de Cristo para que reciba cada cual según lo que hubiese hecho» (2 Co 5,10), no va a valerles de nada la excusa de que «no hice bien porque otros hacían mal». Dios «dará a cada uno según sus obras» (Ro 2, 6) y no según las obras de los demás.

Siempre hay que pedir a Dios por los sacerdotes, para que sean santos, cumpliendo con fidelidad su misión, y para que los jóvenes no sean sordos si Dios los llama al sacerdocio, ya que «el sembrado es mucho y los cosechadores pocos» (*Lc* 10, 2). No hay que dejar de orar a Dios para que los sacerdotes sean «más limpios y resplandecientes que los rayos del sol»,³⁵⁷ para que no olviden que son «los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar los males todos que vienen al cuerpo» (San Juan de Ávila),³⁵⁸ para que sean siempre guías seguros que nos lleven por el camino que va al Cielo, pastores que nos conduzcan a los buenos pastos de la doctrina de Cristo y estén dispuestos a dar «su vida por las ovejas» (*Jn* 10, 11), si fuere necesario, para apartarlas de los pastos venenosos del error y de las herejías.

7. EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

1. EL MATRIMONIO EN EL PLAN DE DIOS

Dios creó al hombre, varón y mujer, para que viviendo unidos tuviesen hijos y los educasen, manifestándose el mutuo amor.

Formar una familia es una tarea muy importante y que involucra muchas dificultades: problemas económicos, diversidades en los caracteres, de puntos de vista, sacrificios, etc.

Nuestro Señor Jesucristo, «por el gran amor con que nos amó» (*Ef* 2, 4), instituyó este sacramento por el cual no sólo da la gracia de Dios a los esposos sino también una gracia especial que los capacita para afrontar todas las dificultades del hogar y

³⁵⁷ SAN JUAN CRISÓSTOMO citado por San Juan de Ávila en *Escritos Sacerdotales*, Pláticas sacerdotales n.1, B.A.C., Madrid 1969, p. 193; cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De Sacerdotio* 1. 6, 4 (MG 48, 681).

³⁵⁸ *Escritos sacerdotales*, Pláticas sacerdotales (Segunda plática para clérigos), B.A.C., Madrid, 1969, p. 209.

para triunfar «por Aquel que nos ha amado» (*Ro* 8, 37). Cristo amó a la Iglesia como a su esposa. «El marido debe amar a su mujer como Cristo amó a su Iglesia y dio su vida por ella» (*Ef* 5, 25). La mujer debe amar a su marido como la Iglesia ama a Cristo, desde la Cruz hasta el fin de los siglos. Por eso el divorcio no es lícito.

El matrimonio católico es aquel en el que un hombre y una mujer se unen para siempre, hasta que la muerte los separe, siendo mutuamente fieles y generosos en la transmisión de la vida.

Pensemos que Jesús hizo su primer milagro en Caná de Galilea, precisamente en el marco de una fiesta de bodas. A pedido de la Santísima Virgen María allí convirtió el agua en vino, si no se les aguaba la fiesta a los recién casados. Desde entonces y para siempre toda familia debe ver en Jesús y María a sus mejores amigos.

2. LA PREPARACIÓN AL MATRIMONIO: EL NOVIAZGO CATÓLICO

«Para que el “Sí” de los esposos sea un acto libre y responsable, y para que la alianza matrimonial tenga fundamentos humanos y cristianos, sólidos y estables, la preparación para el matrimonio es de primera importancia: el ejemplo y la enseñanza dados por los padres y por las familias son el camino privilegiado de esta preparación, con mayor razón en nuestra época en la que muchos jóvenes conocen la experiencia de hogares rotos que ya no aseguran suficientemente esta iniciación:

“Los jóvenes deben ser instruidos adecuada y oportunamente sobre la dignidad, tareas y ejercicio del amor conyugal, sobre todo en el seno de la misma familia, para que, educados en el cultivo de la castidad, puedan pasar, a la edad

conveniente, de un noviazgo vivido honestamente, al matrimonio³⁵⁹»,³⁶⁰

Esto es muy importante porque en la mayoría de los casos, el fracaso matrimonial comienza en el noviazgo. Los jóvenes que creen amarse y piensan formalizar su relación a través del casamiento, deben tener presente que toda la razón de ser del noviazgo católico consiste en su ordenación al futuro matrimonio.

CONCLUSIÓN

Acerquémonos siempre a estos ríos que bajan del Calvario trayéndonos el «agua viva» de la gracia de Dios. Sólo entonces nuestra vida merecerá ser vivida porque cada día nos aproximaremos más a Dios.

³⁵⁹ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 49, 3.

³⁶⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1632

TERCERA PARTE

LO QUE HAY QUE HACER

LA VIDA EN CRISTO

«¿Qué significa Cristo en tu vida? Más de una vez os habréis puesto este interrogante y otros os lo habrán puesto también. Quiero ayudaros en la respuesta que tantos de vosotros os habréis dado ya. Para un joven y una joven idealista, generosos, valientes, Cristo puede y debe ser la raíz del propio vivir, el eje central y punto de constante referencia en los propios pensamientos, en las decisiones, en el generoso compromiso por el bien. Buscad pues a Cristo y acogedlo. Él es exigente, no se contenta con la mediocridad, no admite la indecisión. Él es el único camino hacia el Padre (cf. *Jn* 14, 6) y el que lo sigue no camina en las tinieblas (cf. *Jn* 8, 12)».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes de Caracas, Venezuela,
28 de enero de 1985.*

SECCIÓN 1:
**LA VOCACIÓN
DEL HOMBRE: LA
VIDA
DEL ESPÍRITU**

CAP. 1: La dignidad de la persona humana. (1700-1876) [p. 219]

ART. 1: El hombre, imagen de Dios. [p. 219]
ART. 2: Nuestra vocación a la bienaventuranza.
ART. 3: La libertad del hombre. [p. 220]
ART. 4: La moralidad de los actos humanos. [p. 220]
ART. 5: La moralidad de las pasiones. [p. 221]
ART. 6: La conciencia moral. [p. 222]
ART. 7: La virtud.
ART. 8: El pecado.

CAP. 2: La comunidad humana. (1877-1948) [p. 225]

ART. 1: La persona y la sociedad. [p. 225]
ART. 2: La participación en la vida social. [p. 226]
ART. 3: La justicia social. [p. 227]

CAP. 3: La salvación de Dios: la ley y la gracia. (1949-2051) [p. 229]

ART. 1: La ley moral.
ART. 2: Gracia y justificación.
ART. 3: La Iglesia, madre y educadora.

SECCIÓN 2:
**LOS DIEZ
MANDAMIENTOS
LA PROFESIÓN
DE LA FE
CRISTIANA**

CAP. 1: «Amaras al señor Tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». (2083-2195) [p. 259]

ART. 1: El primer mandamiento. [p. 259]
ART. 2: El segundo mandamiento. [p. 270]
ART. 3: El tercer mandamiento. [p. 272]

CAP. 2: «Amaras a tu prójimo como a ti mismo». (2196-2557) [p. 279]

ART. 4: El cuarto mandamiento. [p. 288]
ART. 5: El quinto mandamiento. [p. 291]
ART. 6: El sexto mandamiento. [p. 293]
ART. 7: El séptimo mandamiento. [p. 295]
ART. 8: El octavo mandamiento. [p. 297]
ART. 9: El noveno mandamiento. [p. 300]
ART. 10: El décimo mandamiento. [p. 302]

PRIMERA SECCIÓN

LA VOCACIÓN DEL HOMBRE:

LA VIDA EN EL ESPÍRITU

«El Evangelio es vida. Vuestra tarea consiste en dar testimonio de esta vida: la vida de los hijos e hijas adoptivos de Dios. El hombre moderno, sea o no sea consciente de ello, tiene una urgente necesidad de esta vida, como hace dos mil años la humanidad tenía necesidad de la venida de Cristo; la gente seguirá teniendo siempre necesidad de Jesucristo hasta el final de los tiempos.»

*Juan Pablo II,
A los jóvenes en la X Jornada Mundial de la Juventud,
14 de enero de 1995.*

CAPÍTULO PRIMERO

DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

1. EL HOMBRE, IMAGEN DE DIOS

«Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación».³⁶¹

Dotada de alma espiritual, de entendimiento y de voluntad, la persona humana está desde su concepción ordenada a Dios y destinada a la bienaventuranza eterna. Camina hacia su perfección en la búsqueda y el amor de la verdad y del bien.³⁶²

La verdadera libertad es en el hombre el “signo eminente de la imagen divina”.³⁶³

El hombre debe seguir la ley moral que le impulsa “a hacer el bien y a evitar el mal”.³⁶⁴ Esta ley resuena en su conciencia.

El hombre, herido en su naturaleza por el pecado original, está sujeto al error e inclinado al mal en el ejercicio de su libertad.

El que cree en Cristo tiene la vida nueva en el Espíritu Santo. La vida moral, desarrollada y madurada en la gracia, alcanza su plenitud en la gloria del cielo».³⁶⁵

³⁶¹ *Gaudium et Spes*, 22, 1.

³⁶² cf. *Gaudium et Spes*, 15, 2.

³⁶³ *Gaudium et Spes*, 17.

³⁶⁴ *Gaudium et Spes*, 16.

³⁶⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1710-1715.

2. LA LIBERTAD DEL HOMBRE

«Dios ha querido “dejar al hombre en manos de su propia decisión” (*Sir* 15, 14). Para que pueda adherirse libremente a su Creador y llegar así a la bienaventurada perfección.³⁶⁶

La libertad es el poder de obrar o de no obrar y de ejecutar así, por sí mismo, acciones deliberadas. La libertad alcanza su perfección, cuando está ordenada a Dios, el supremo Bien.

La libertad caracteriza los actos propiamente humanos. Hace al ser humano responsable de los actos de que es autor voluntario. Es propio del hombre actuar deliberadamente.

La imputabilidad o la responsabilidad de una acción puede quedar disminuida o incluso anulada por la ignorancia, la violencia, el temor y otros factores psíquicos o sociales.

El derecho al ejercicio de la libertad, especialmente en materia religiosa y moral, es una exigencia inseparable de la dignidad del hombre. Pero el ejercicio de la libertad no implica el pretendido derecho de decir o de hacer cualquier cosa.

“Para ser libres nos libertó Cristo” (*Ga* 5, 1).³⁶⁷

3. LA MORALIDAD DE LOS ACTOS HUMANOS

«El objeto, la intención y las circunstancias constituyen las tres “fuentes” de la moralidad de los actos humanos.

El objeto elegido especifica moralmente el acto de la voluntad según que la razón lo reconozca y lo juzgue bueno o malo.

³⁶⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes* 17, 1.

³⁶⁷ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1743-1748.

“No se puede justificar una acción mala por el hecho de que la intención sea buena”.³⁶⁸ El fin no justifica los medios.

El acto moralmente bueno supone a la vez la bondad del objeto, del fin y de las circunstancias.

Hay comportamientos concretos cuya elección es siempre errada porque ésta comporta un desorden de la voluntad, es decir, un mal moral. No está permitido hacer un mal para obtener un bien».³⁶⁹

4. LA MORALIDAD DE LAS PASIONES

«El término “pasiones” designa los afectos y los sentimientos. Por medio de sus emociones, el hombre intuye lo bueno y lo malo.

Ejemplos eminentes de pasiones son el amor y el odio, el deseo y el temor, la alegría, la tristeza y la ira.

En las pasiones, en cuanto impulsos de la sensibilidad, no hay ni bien ni mal moral. Pero según dependan o no de la razón y de la voluntad, hay en ellas bien o mal moral.

Las emociones y los sentimientos pueden ser asumidos por las virtudes, o pervertidos en los vicios.

La perfección del bien moral consiste en que el hombre no sea movido al bien sólo por su voluntad, sino también por su “corazón”». ³⁷⁰

³⁶⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Collationes in decem Praeceptis*, 6

³⁶⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1757-1761.

³⁷⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1771-1775.

5. LA CONCIENCIA MORAL

«La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella».³⁷¹

La conciencia moral es un juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la calidad moral de un acto concreto.

Para el hombre que ha cometido el mal, el veredicto de su conciencia constituye una garantía de conversión y de esperanza.

Una conciencia bien formada es recta y veraz. Formula sus juicios según la razón, conforme al bien verdadero querido por la sabiduría del Creador. Cada cual debe poner los medios para formar su conciencia.

Ante una decisión moral, la conciencia puede formar un juicio recto de acuerdo con la razón y la ley divina o, al contrario, un juicio erróneo que se aleja de ellas.

El ser humano debe obedecer siempre el juicio cierto de su conciencia.

La conciencia moral puede permanecer en la ignorancia o formar juicios erróneos. Estas ignorancias y estos errores no están siempre exentos de culpabilidad.

La Palabra de Dios es una luz para nuestros pasos. Es preciso que la asimilemos en la fe y en la oración, y la pongamos en práctica. Así se forma la conciencia moral».³⁷²

«La conciencia da testimonio de la rectitud o maldad del hombre al hombre mismo, pero a la vez y antes aún, es

³⁷¹ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 16.

³⁷² CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1795-1802.

DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

testimonio de Dios mismo, cuya voz y cuyo juicio penetran la intimidad del hombre hasta las raíces de su alma». ³⁷³

³⁷³ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Veritatis Splendor*, II, 8.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA COMUNIDAD HUMANA

1. LA PERSONA Y LA SOCIEDAD

«Existe una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la fraternidad que los hombres deben instaurar entre sí.

Para desarrollarse en conformidad con su naturaleza, la persona humana necesita la vida social. Ciertas sociedades como la familia y la ciudad, corresponden más inmediatamente a la naturaleza del hombre.

“El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana”.³⁷⁴

Es preciso promover una amplia participación en asociaciones e instituciones de libre iniciativa.

Según el principio de subsidiaridad, ni el Estado ni ninguna sociedad más amplia deben suplantar la iniciativa y la responsabilidad de las personas y de las corporaciones intermedias.

La sociedad debe favorecer el ejercicio de las virtudes, no ser obstáculo para ellas. Debe inspirarse en una justa jerarquía de valores.

Donde el pecado pervierte el clima social es preciso apelar a la conversión de los corazones y a la gracia de Dios. La caridad

³⁷⁴ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 25, 1)

empuja a reformas justas. No hay solución a la cuestión social fuera del Evangelio». ³⁷⁵

2. LA PARTICIPACIÓN EN LA VIDA SOCIAL

«No hay autoridad que no provenga de Dios, y las que existen, por Dios han sido constituidas” (Ro 13, 1).

Toda comunidad humana necesita una autoridad para mantenerse y desarrollarse.

“La comunidad política y la autoridad pública se fundan en la naturaleza humana y por ello pertenecen al orden querido por Dios”. ³⁷⁶

La autoridad se ejerce de manera legítima si se aplica a la prosecución del bien común de la sociedad. Para alcanzarlo debe emplear medios moralmente aceptables.

La diversidad de regímenes políticos es legítima, con tal que promuevan el bien de la comunidad.

La autoridad política debe actuar dentro de los límites del orden moral y debe garantizar las condiciones del ejercicio de la libertad.

El bien común comprende “el conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección”. ³⁷⁷

El bien común comporta tres elementos esenciales: el respeto y la promoción de los derechos fundamentales de la persona; la prosperidad o el desarrollo de los bienes espirituales

³⁷⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1890-1896.

³⁷⁶ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes* 74, 3.

³⁷⁷ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes* 26, 1.

y temporales de la sociedad; la paz y la seguridad del grupo y de sus miembros.

La dignidad de la persona humana implica la búsqueda del bien común. Cada cual debe preocuparse por suscitar y sostener instituciones que mejoren las condiciones de la vida humana.

Corresponde al Estado defender y promover el bien común de la sociedad civil. El bien común de toda la familia humana requiere una organización de la sociedad internacional». ³⁷⁸

3. LA JUSTICIA SOCIAL

«La sociedad asegura la justicia social procurando las condiciones que permitan a las asociaciones y a los individuos obtener lo que les es debido.

El respeto de la persona humana considera al prójimo como “otro yo”. Supone el respeto de los derechos fundamentales que se derivan de la dignidad intrínseca de la persona.

La igualdad entre los hombres se vincula a la dignidad de la persona y a los derechos que de ésta se derivan.

Las diferencias entre las personas obedecen al plan de Dios que quiere que nos necesitemos los unos a los otros. Esas diferencias deben alentar la caridad.

La igual dignidad de las personas humanas exige el esfuerzo para reducir las excesivas desigualdades sociales y económicas. Impulsa a la desaparición de las desigualdades inicuas.

La solidaridad es una virtud eminentemente cristiana. Es ejercicio de comunicación de los bienes espirituales aún más que comunicación de bienes materiales». ³⁷⁹

³⁷⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1918-1927.

CARLOS MIGUEL BUELA

«El marxismo había prometido desraizar del corazón humano la necesidad de Dios; pero los resultados han demostrado que no es posible lograrlo sin trastocar ese mismo corazón».

*Juan Pablo II,
Carta encíclica Centesimus Annus, III, 22.*

³⁷⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1943-1948.

CAPÍTULO TERCERO

LA SALVACIÓN DE DIOS: LA LEY Y LA GRACIA

1. LEY NATURAL

«Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (*Mt* 19, 17) Sólo Dios puede responder a la pregunta sobre el bien porque Él es el Bien. Pero Dios ya respondió esta pregunta: lo hizo creando al hombre y ordenándolo a su fin con sabiduría y amor, mediante la ley inscrita en su corazón (cf. *Ro* 2, 15), la “ley natural”. Esta “no es más que la luz de la inteligencia infundida en nosotros por Dios. Gracias a ella conocemos lo que se debe hacer y lo que se debe evitar. Dios dio esta luz y esta ley en la creación”.³⁸⁰ Después lo hizo en la historia de Israel, particularmente con las “diez palabras”, o sea, con los mandamientos del Sinaí, mediante los cuales Él fundó el pueblo de la Alianza (cf. *Ex* 24) y lo llamó a ser su “propiedad personal entre todos los pueblos”, “una nación santa” (*Ex* 19, 5-6), que hiciera resplandecer su santidad entre todas las naciones (cf. *Sb* 18, 4; *Ez* 20, 41). La entrega del Decálogo es promesa y signo de la Alianza Nueva, cuando la ley será escrita nuevamente y de modo definitivo en el corazón del hombre (cf. *Jer* 31, 31-34), para sustituir la ley del pecado, que había desfigurado aquel corazón (cf. *Jer* 17, 1). Entonces será dado “un corazón nuevo” porque en él habitará “un espíritu nuevo”, el Espíritu de Dios (cf. *Ez* 36, 24-28)³⁸¹»,³⁸²

³⁸⁰ SANTO TOMAS DE AQUINO, *Collationes in decem proceptis*, 1; Cf. CATECISMO DE IGLESIA CATÓLICA, 1955.

³⁸¹ Cf. SAN MÁXIMO EL CONFESOR, *Quaestiones ad Thalassium*, Q. 64: PG 90, 723-728.

³⁸² JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 1, 12.

2. LA LEY NUEVA O LEY EVANGÉLICA

Como el fin último del hombre es gozar de Dios y ese fin supera su capacidad natural, fue necesario que Dios mismo le diese una norma o ley para que el hombre supiera lo que debe hacer y lo que debe evitar, si quiere dirigir sus acciones de tal manera que pueda alcanzar ese fin último sobrenatural, en el que consiste la salvación. Junto con ese conocimiento, Dios da la gracia para cumplir sus mandatos.

Pero como la salvación de los hombres sólo puede realizarse por Cristo ya que «en ningún otro hay salvación (*He* 4, 12), sólo Cristo es el que promulgó una ley que conduce absolutamente a todos por el camino de la salvación: la ley nueva. Nuestro Señor es el autor de esta ley, por eso también se la llama «Ley de Cristo» (*Ga* 6, 2).

Además de ser el autor de la ley nueva, Nuestro Señor es modelo de cumplimiento de esa ley. Por eso en Él tenemos no sólo un maestro de quien aprender sino también un ejemplo que imitar: «Cristo padeció por vosotros y os dejó un ejemplo para que sigáis sus pasos» (*1 Pe* 2, 21); Él mismo lo afirmó: «Aprended de mí...» (*Mt* 11, 29). San Pablo escribía: «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (*Fhp* 2, 5). Los santos llegaron a ser tales precisamente porque lograron «reproducir la imagen del Hijo de Dios» (*Ro* 8, 29). Por eso a menudo nos debemos preguntar: ¿qué haría Jesús en mi lugar? Y obrar en consecuencia.

1. PRINCIPALMENTE ES INFUSA, INTERIOR

¿En qué consiste principalmente la ley nueva, o ley de Cristo, o ley del Evangelio, o ley del Nuevo Testamento? Consiste principalmente en «la fe que actúa por la caridad» (*Ga* 5, 6); es «el amor de Dios que se ha derramado en nuestros

corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Ro 5, 5). Y en esto reside todo su poder.

«La ley nueva principalmente es la gracia del Espíritu Santo, que se da a los fieles de Cristo por la fe en Él».³⁸³ Por eso también se la llama «ley de la fe» (Ro 3, 27), «ley de la justicia» (Ro 9, 31), «ley del Espíritu de vida... (que nos) libró del pecado y de la muerte» (Ro 8, 2); es una ley que «nos hace libres» (Ga 5, 1), porque «donde está el Espíritu Santo del Señor está la libertad» (2 Co 3, 17), «es la ley perfecta, de la libertad» (Sant 1, 25), ya que nos impulsa, libre e interiormente, a hacer todo lo que es necesario para la salvación eterna y a evitar todo lo contrario a la misma.

Los santos, al no poner obstáculo a la acción de la gracia en ellos, fueron inmensamente libres; de ahí aquella frase de San Agustín: «ama y haz lo que quieras»,³⁸⁴ que quien ame de verdad sólo hará lo que quiera el Amor. Así obraron aquellos que, a lo largo de los siglos, han seguido el «estrecho camino que lleva a la vida» (Mt 7, 14) practicando la enseñanza de Jesús: «el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24); y una vez llegados a la cumbre de la perfección, dice de ellos San Juan de la Cruz: «Ya por aquí no hay camino que para el justo no hay ley»,³⁸⁵ porque «la ley no es para los justos» (1 Tim 1, 9). Los que actúan según el Espíritu de Dios que nos fue dado, dan así frutos de «caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza», o sea, no actúan contra la ley, y, por lo tanto, «contra estos no hay ley» (Ga 5, 22-23), «porque son para sí mismos ley» (Ro 2, 14) ya que siempre hacen lo que Dios quiere.

³⁸³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* I-II, 106, 1.

³⁸⁴ *In Epistola Ioannis ad Parthos*, VII, 8.

³⁸⁵ En su gráfico del Monte Carmelo: *Monte de Perfección*, en: *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1982, p. 71.

Se cumplen así las profecías del Antiguo Testamento que anunciaban: «Yo pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón» (*Jr* 31, 33);³⁸⁶ «os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré uno de carne» (*Ez* 36, 26). Ley escrita en los corazones, espíritu y corazón nuevo, «es la misma presencia del Espíritu Santo».³⁸⁷

2. SECUNDARIAMENTE ES ESCRITA, EXTERIOR

Secundariamente, la ley nueva consta de preceptos externos al hombre, que lo disponen a recibir la gracia del Espíritu Santo, que le enseñan a recibirla y a acrecentarla y a usarla espiritualmente, o sea, a practicar todas las virtudes y dones que se nos dan juntamente con la gracia.

Así, por ejemplo, se nos enseña en el Santo Evangelio lo que hemos de creer, lo que hemos de recibir, lo que hemos de obrar, lo que hemos de orar. Además, en el Evangelio se nos enseña lo que se refiere al menosprecio del mundo, menosprecio por el cual se hace el hombre capaz de la gracia del Espíritu Santo. Pues los que aman el mundo «no pueden recibir el Espíritu Santo» (*Jn* 14, 17); «¿no sabéis que el amor del mundo es enemigo de Dios?» (*Sant* 4, 4).

Pero hay más. La ley nueva no sólo indica lo que se debe hacer, sino que ayuda para poder hacerlo. No sólo es como un cartel indicador que señala el camino, sino que es como un combustible que interiormente mueve el vehículo para que pueda llegar a la meta. Esa ayuda, ese auxilio, es la vida nueva que Cristo vino a traer: «Yo he venido para que tengan vida y vida en abundancia» (*Jn* 10, 10), es la gracia de Dios, que es la vida de Dios en nosotros.

³⁸⁶ Cf. *Hb* 8,8 y ss.

³⁸⁷ SAN AGUSTÍN, *De spiritu et littera*, c. 21: ML 44, 222.

La ley nueva, en lo que atañe a las cosas exteriores, manda lo que nos lleva a la gracia y lo que necesariamente conduce al buen uso de la gracia. Como no podemos conseguir la gracia por nuestras propias fuerzas, sino solamente por Cristo, el mismo Señor instituyó los siete sacramentos por los que recibimos la gracia. Por eso se nos manda recibir los Sacramentos.

El buen uso de la gracia consiste en realizar las obras de caridad que son necesarias a toda virtud, según se nos manda en los diez Mandamientos, prohibiéndonos todo aquello que implica falta de caridad y que, por lo tanto, nos priva de la gracia, como veremos al tratar los mandamientos.³⁸⁸

3. EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

En el Sermón de la Montaña,³⁸⁹ Nuestro Señor Jesucristo traza un perfecto programa de vida cristiana. Es, por así decirlo, como el corazón del Evangelio. Hay muchos que creen que el Sermón de la Montaña consta solamente de las ocho bienaventuranzas,³⁹⁰ pero éstas son sólo como el pórtico y prólogo del Sermón que abarca los tres capítulos enteros del Evangelio de San Mateo.³⁹¹

a) Las Bienaventuranzas

Este prólogo es conocido con el nombre de las Bienaventuranzas porque cada una de las ocho frases de Jesús comienza con la palabra «bienaventurados». En ellas se nos enseña:

—cuál es el fin de nuestra vida, a saber, Dios y su Reino;

³⁸⁸ Cf. págs. 147 a 176.

³⁸⁹ Cf. *Mt* capítulos 5, 6 y 7.

³⁹⁰ Cf. *Mt* 5,1-12.

³⁹¹ Cf. *Mt* 5,6.7.

—cuáles son los medios interiores para alcanzar más fácilmente ese fin, cuáles las disposiciones heroicas de renunciamiento más convenientes para entrar en el Reino, ya comenzado aquí en la tierra por la gracia.

En rigor, Nuestro Señor pone solamente ocho ejemplos, ya que dignas de «bienaventuranza» son todas las obras heroicas de los santos, que son actos de las virtudes infusas perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo; lo que sucede es que, en una u otra forma, todas esas obras pueden reducirse a las que indica el Señor. Bienaventurado quiere decir feliz, dichoso, pero en grado sumo; Jesús nos enseña aquí la manera de ser muy, pero muy feliz, ya que vivir de la manera que nos indica es gustar anticipadamente de la felicidad eterna, y por consiguiente quien así vive ha llegado a la cumbre más alta de la perfección y santidad cristianas que se pueda alcanzar en esta vida: «cual flores nacidas en primavera, son indicio y presagio de la eterna bienaventuranza».³⁹²

1. «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos» (*Mt* 5, 3). Pobres de espíritu son aquellos que menosprecian las riquezas no apegándose a ellas y tienen en menos los honores porque cultivan la humildad según aquello que escribe San Pablo «¿qué tienes que no hayas recibido?» (*1 Co* 4, 7).

2. «Bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra» (*Mt* 5, 4). Los mansos son los que soportan con paciencia todas las dificultades sin dejarse llevar por la ira, o el temor o la desesperación.

3. «Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados» (*Mt* 5, 5). Los que lloran son los que se mortifican en lo deleitable, los que sufren sin quejarse, los que se privan de

³⁹² LEÓN XIII, encíclica *Divinum illud munus*, 20: A.S.S. 654.

los placeres mundanos; la experiencia de esta bienaventuranza llevó a exclamar a San Pedro de Alcántara: «¡Feliz penitencia que me obtuvo tanta gloria!».³⁹³

4. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos» (*Mt* 5, 6). Los que tienen hambre y sed de justicia son los que tienen deseo ferviente de dar al prójimo lo que en justicia le corresponde y a Dios todo lo que se le debe. «Tener hambre y sed de justicia es amar a Dios», decía San Francisco Solano. «Dios está con los que sufren y padecen por su causa; les llama bienaventurados a los que padecen por la justicia», escribía la Sierva de Dios Camila Rolón.³⁹⁴

5. «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia» (*Mt* 5, 7). Los misericordiosos son los que practican las obras de misericordia.³⁹⁵

6. «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios» (*Mt* 5, 8). Los limpios de corazón son los puros de pensamientos, deseos, palabras y obras.

7. «Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios» (*Mt* 5, 9). Los pacíficos son los que siembran la paz, que es la tranquilidad en el orden, a su alrededor, y también aquellos que reciben todas las cosas, por muy dolorosas o inesperadas que sean, como venidas de la mano de Dios, ya que «todo sucede para bien de los que aman a Dios», como dice San Pablo (cf. *Ro* 8, 28).

8. «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia porque de ellos es el Reino de los Cielos» (*Mt* 5, 10). Los que padecen persecución por la justicia son aquellos que

³⁹³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, c. 36, 20; c. 28, 19.

³⁹⁴ Carta del 21 de octubre de 1911.

³⁹⁵ Cf. págs. 162 y ss.

no se apartan de los bienes que pertenecen a las anteriores bienaventuranzas por causa de algún ataque exterior, es decir, que prefieren seguir siendo pobres, humildes, mansos, mortificados, justos, misericordiosos, puros, pacíficos, a pesar de cualquier persecución. Al fin y al cabo, como dice San Pablo, «todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones» (2 *Tim* 3, 12), por lo cual, cuando sobrevengan, escribe San Pedro, «no os sorprendáis como si fuera un suceso extraordinario» (1 *Pe* 4, 12). Para que la persecución sea bienaventurada debemos «ser injuriados por causa de Cristo y debe ser falso lo que se dice contra nosotros».³⁹⁶

El Señor exalta finalmente la dignidad de los apóstoles mediante los cuales se anuncia el Evangelio.³⁹⁷ «Vosotros sois la luz del mundo...» (Mt 5, 14), enseñándoles a dar buen ejemplo a todos. Las palabras de Jesús se dirigen primordialmente a sus discípulos, pero también a nosotros; nos encomienda a todos, aunque en distinta medida, el grave deber del apostolado, o sea, el deber de llevar almas a Dios por medio de nuestro ejemplo, de nuestra palabra, de nuestro sacrificio, de nuestra oración, de nuestra vida. Debemos ser como un cáliz rebosante de Nuestro Señor Jesucristo, que derrama sobre los demás su superabundancia.

«Que los hombres al ver nuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo» (Mt 5, 16).

b) Hacer perfectamente la voluntad de Dios

Luego de ese prólogo, en que el Señor nos incita a realizar las obras más perfectas de las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo y a reconquistar por el apostolado el mundo para Dios, Jesús nos enseña aquel deber fundamental que fue

³⁹⁶ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matt. Hom.*, XV, 5.

³⁹⁷ Cf. *Mt* 5,13-16.

esencial en su vida y debe serlo en la vida de cualquiera de sus discípulos: el cumplimiento de la voluntad de Dios. «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (*Jn* 4, 34), «he bajado del Cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (*Jn* 6, 38). Más aún: solamente «entrará en el Reino de los cielos... el que hace la voluntad de mi Padre» (*Mt* 7, 21).

Esta voluntad de Dios se expresa especialmente en los diez Mandamientos,³⁹⁸ en los preceptos de la Iglesia³⁹⁹ y en las obras de misericordia.⁴⁰⁰ Nos enseña Jesús que debemos cumplir todos los Mandamientos de la Ley de Dios, subordinando nuestra voluntad a la de Él: «No penséis que he venido a abolir la ley... no he venido a abolirla sino a llevarla a su plenitud» (*Mt* 5, 17-20). Y nos advierte que no sólo están prohibidas las obras exteriores malas sino también las obras interiores malas, como son los pecados de pensamiento o de deseo, porque el pecado exterior es consecuencia del pecado interior, sale del corazón del hombre y el interior sucio es lo que «hace impuro al hombre» (*Mt* 15, 18-19):

– «Todo el que se irrita con su hermano será reo de juicio...» (*Mt* 5,21-26) enseña Jesús, por lo que nos prohíbe las faltas de caridad contra el prójimo, incluso internas.

– «Todo el que mira a una mujer deseándola ya adulteró con ella en su corazón» (*Mt* 5, 27-32), afirma el Señor condenando los pecados de impureza. El que quiera ser puro debe tener cerradas al mal las ventanas de sus ojos y de su mente; si no, tarde o temprano caerá en graves pecados, incluso externos.

– «Sea vuestra palabra sí, sí; no, no»; así nos enseña Jesús cuál es el lenguaje de la verdad. Debemos «ahogar en los

³⁹⁸ Cf. págs. 22.

³⁹⁹ Cf. pág. 22.

⁴⁰⁰ Cf. pág. 22.

remolinos de la verdad toda manifestación del error (y la mentira)... para devolver al mundo la alegría de vivir» (San Maximiliano Kolbe). Igualmente hay que abstenerse de los juramentos innecesarios y vanos: «no juréis de ninguna manera» (*Mt 5,33-37*).

– «No resistáis al que os hace mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra» (*Mt 5, 38-39*). Con estas palabras el Señor nos enseña a no actuar por venganza sino a tener un espíritu tal que estemos preparados, en caso de necesidad, a sufrir aun las mayores injurias. «No devolváis mal por mal» (*1 Pe 3, 9*), «no te dejes vencer por el mal, antes vence al mal con el bien» (*Ro 12, 21*).

– «Al que quiere litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto» (*Mt 5, 40-42*). Así nos enseña a no exigir nuestros bienes y derechos por codicia, sino a estar dispuestos aun a dar más de lo obligatorio, si fuese necesario.

– «Amad a vuestros enemigos y orad por quienes os persiguen» (*Mt 5, 43-48*). Jesús nos exhorta a amar a nuestros adversarios y a estar dispuestos a hacerles bien. «No aborrezcamos a las personas, sino al pecado», dice Santo Tomás de Aquino.

En su infinita misericordia Jesús nos previene acerca de todo aquello que nos lleva al pecado y que se llama: ocasión de pecado. Para evitar el pecado interno y externo hay que huir de las ocasiones graves de pecado, como pueden ser las películas inmorales, los malos compañeros o malos familiares, las malas revistas, las conversaciones deshonestas, los lugares indecentes, etc. Llega Jesús a decir: «Si tu ojo derecho es ocasión de pecado... si tu mano es ocasión de pecado, córtala y arrójala lejos de ti» (*Mt 5, 29-30*), enseñándonos que debemos estar dispuestos a los mayores sacrificios con tal de huir de las ocasiones de pecado. «La ocasión hace al ladrón». La ocasión

de pecado es como el fuego: no puede jugarse con él, que «quien juega con fuego no tarda en quemarse». Buscar la ocasión es buscar el peligro próximo de pecado y «quien ama el peligro perecerá en él» (*Sir* 3, 27).

c) Hacer todo con recta intención

No sólo nos manda Jesús evitar el mal sino también hacer el bien. Ni es suficiente hacer el bien, siempre, en todas partes y a todos, sino que, además, hay que hacerlo con buena intención. Hacer algo con buena intención, es hacerlo por amor a Dios, «para su mayor gloria». ⁴⁰¹ Si uno hace algo bueno, como rezar, dar limosna, etc., por otro motivo, por ejemplo, para que los demás lo vean y crean que es piadoso, generoso, bueno, para que hablen bien de él, eso no es tener buena intención: no lo hace por Dios, sino por egoísmo. Jesús nos enseña que no debemos practicar las virtudes para que los hombres nos aplaudan, hablen bien de nosotros, o sea, buscando meramente la gloria humana, que es totalmente opuesto al Evangelio de Jesús. Por eso San Pablo dice: «Si aún buscarse agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo» (*Ga* 1, 10).

Pone el Señor tres casos en los que se suele buscar la gloria de los hombres.

El primero, cuando se hace bien al prójimo: «Cuando des limosna no vayas tocando la trompeta... para ser alabado de los hombres. Cuando des limosnas, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha» (*Mt* 6, 1-4). Decía José Gabriel Brochero, el «Cura Gaucho»: «sintámonos nosotros dichosos que nos permita Jesucristo trabajar junto a Él y dejemos que lleve otro el aplauso».

El segundo, en ocasión de dar culto a Dios: «Cuando recéis no hagáis como los hipócritas... (que lo hacen) para ser vistos»

⁴⁰¹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 46.

(Mt 6, 5-15). El modelo de oración nos lo dio el mismo Jesús al enseñarnos el Padre Nuestro.⁴⁰²

El tercero, en relación con el dominio sobre uno mismo: «cuando ayunéis no aparezcáis tristes, como los hipócritas, que demudan su rostro para que los hombres vean que ayunan» (Mt 6, 16-18).

Asimismo, el Señor nos enseña que no debemos poner nuestro fin último en las riquezas: «no alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban» (Mt 6, 19). «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» (Mt 16, 26). Cuando el avaro muera no logrará llevar nada consigo, que el ataúd no tiene bolsillos.

También nos enseña que no busquemos de tal modo las cosas temporales –comida, bebidas, vestido, vivienda, etc.– que nos olvidemos de Dios. Por el contrario, primero debemos buscarlo a Él y lo demás se nos dará por añadidura: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6, 33). El Padre Francisco Castañeda traducía con acierto que lo primero que hay que buscar es el Reino de Dios y la santidad: «ante todo sed santos y ansiad el Reino de Dios, seguros de que todo lo demás os lo dará de yapa»,⁴⁰³ ya que el justo es el santo, el que busca la justicia es el que busca la santidad. San Pablo enseña: «Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis alguna cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Co 10, 31).

El empeño en conseguir las cosas temporales puede ser desmedido, desordenado y, por lo tanto, pecaminoso, según cinco maneras:

⁴⁰² Cf. págs. 12.

⁴⁰³ Homilía en la Catedral de Buenos Aires, 1818; cit. GUILLERMO FURLONG, SJ, *Fray Francisco de Paula Castañeda. Un testigo de la naciente Patria Argentina*, Ed. Castañeda, Buenos Aires, 1994, p. 721.

1. Si ponemos en esas cosas el fin de nuestra vida: «Nadie puede servir a dos señores... no podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mt 6, 24), o si servimos a Dios sólo por las cosas necesarias para comer y vestir: «No os preocupéis por lo que habéis de comer... o de vestir» (Mt 6, 25).

2. Si vivimos tan preocupados por las cosas temporales y las buscamos con tanto interés que nos apartamos de lo espiritual a lo cual debemos atender preferentemente. Dios nunca se olvida de nosotros: «Bien sabe vuestro Padre Celestial que de todo eso tenéis necesidad» (Mt 6, 32).

3. Si creemos presuntuosamente que con nuestras solas fuerzas podemos proveernos de lo necesario para la vida sin el auxilio de Dios: «¿Quién de vosotros por mucho que se inquiete puede añadir un instante al tiempo de su vida?» (Mt 6, 27).

4. Si tenemos un temor exagerado de que, a pesar de hacer lo que debemos, nos falte lo necesario. Esto lo reprueba el Señor sobre la base de una triple consideración:

– Por los grandes beneficios que Dios da al hombre gratuitamente, como son el cuerpo y el alma: «¿No es el alma más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?» (Mt 6, 25).

– Por la protección que Dios ejerce sobre los animales y las plantas sin el concurso del hombre: «Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?» (Mt 6, 26)... «¿Y del vestido por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pues ya os digo: ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?» (Mt 6, 28-30). Protección que

experimentaron nuestros próceres en la gesta emancipadora: «Salimos bien porque Dios es quien protege nuestra causa» (General Manuel Belgrano, prócer argentino).⁴⁰⁴

– Por la providencia divina, cuyo desconocimiento llevó a los gentiles a buscar, ante todo, los bienes temporales: «No os preocupéis diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se preocupan de todo eso...» (*Mt* 6, 31-32). Esto tiene particular importancia en las tareas apostólicas: «Perderíamos el tiempo, si esperásemos el éxito en nuestras empresas de nuestros propios esfuerzos, talento o industria, o de la ayuda de los hombres, porque sólo Dios es quien lo puede dar». ⁴⁰⁵

5) Si en vez de «ocuparnos» nos «preocupamos» desmedidamente por el porvenir: «No os inquietéis por el mañana..., bástele a cada día su aflicción» (*Mt* 6, 34). «Cada cosa tiene su tiempo» (*Qo* 8, 6). «Por eso nuestro empeño debe dirigirse principalmente a conseguir los bienes espirituales, en la esperanza de que también se nos darán los temporales conforme a nuestra necesidad, si hacemos lo que es nuestro deber». ⁴⁰⁶

Debemos poner nuestra vida en manos de Dios: «nuestro deber es acomodarnos a los planes de la Divina Providencia y representar el papel que nos ha destinado». ⁴⁰⁷

No podemos poner nuestra vida en mejores manos. El Señor ordena, por último, los actos internos con respecto al prójimo, mandando que no lo juzguemos temeraria, injusta o presuntuosamente. «No juzguéis y no seréis juzgados» (*Mt* 7,

⁴⁰⁴ Carta del 12 de octubre de 1812 a Francisco Martínez Villarino a raíz de la victoria de Tucumán, citado por Guillermo Furlong S.I. en : *Belgrano, el santo de la espada y de la pluma*, Asociación Cultural Noel y Club de Lectores, Buenos Aires 1974, 32.

⁴⁰⁵ BEATO MARCELINO CHAMPAGNAT.

⁴⁰⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO.

⁴⁰⁷ SAN JOSÉ BENITO COTTOLENGO.

1-5). De ninguna manera se nos prohíbe todo juicio, muy por el contrario: «¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?» (*Lc* 12,57). «No juzguéis según las apariencias; juzgad según la justicia» (*Jn* 7, 24), «el espiritual juzga de todo» (*1 Co* 2, 15). «Nos prohíbe el Señor el juicio temerario que se refiere a la intención que el prójimo tiene en su corazón o a otras cosas inciertas, como dice San Agustín,⁴⁰⁸ nos prohíbe el juicio injusto que se hace no por benevolencia sino por rencor, como enseña San Juan Crisóstomo,⁴⁰⁹ nos prohíbe, finalmente, el juicio presuntuoso que versa sobre las cosas divinas a las que, por ser superiores a nosotros, no debemos juzgar, sino que hemos de crearlas sencillamente, como dice San Hilario⁴¹⁰»,⁴¹¹

Pero tampoco debemos ser tan irrespetuosos con Dios que demos al prójimo las cosas santas y divinas si es éste indigno de ellas: «No deis las cosas santas a los perros...» (*Mt* 7, 6).

d) ¿Cómo hacer para vivir de acuerdo a esas enseñanzas?

El Señor nos enseña, finalmente, la manera como podemos llevar a cabo esta doctrina tan sublime: «Pedid y os dará; buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá» (*Mt* 7, 7-11). Debes, pues, implorar la ayuda de Dios, recibir frecuentemente los santos Sacramentos que sin la gracia «nada podéis hacer» (*Jn* 15, 6).

– «Cuanto quisieréis que os hagan a vosotros los hombres, hacédselo vosotros a ellos» (*Mt* 7, 12). Hay que practicar la caridad con todos.

– «Entrad por la puerta estrecha... El camino de la santidad es arduo. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida y cuán pocos los que dan con ella!» (*Mt* 7, 13-14).

⁴⁰⁸ De *Sermo Domini in monte*, L. 2, c. 18: ML 34, 1297.

⁴⁰⁹ *Op. imperf. in Mt.*, homil 17, super 7, 1: MG 56, 725.

⁴¹⁰ *Super Math.*, c. 5: ML 9, 950.

⁴¹¹ Citados por SANTO TOMÁS DE AQUINO en: *Suma Teológica*, II-II, 60, 2, ad I.

– «Guardaos de los falsos profetas... por sus frutos los conoceréis» (*Mt 7, 15-20*). Hay que poner sumo cuidado en no ser contagiado y pervertido por tales impostores. Si Cristo habló de ellos es porque los hay, y si nos previene es porque podemos encontrarnos con ellos.

– Nos recuerda, una vez más, que cumplir los Mandamientos es absolutamente necesario para conservar la gracia de Dios y entrar en el Reino de los cielos, ya que allí sólo entrará «el que hace la Voluntad de mi Padre». No basta tener y manifestar la fe diciendo «Señor, Señor», ni profetizar («¿no profetizamos en tu nombre?»), o expulsar los demonios («en nombre tuyo arrojamos demonios»), ni siquiera hacer milagros («en tu nombre hicimos milagros»). Los que no vivieren de acuerdo a los Mandamientos de Dios aunque hagan maravillas irán al Infierno.

Jesucristo les dirá el día del Juicio: «Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad» (*Mt 7, 21-23*).

e) Parábola final

«Aquel que escucha estas palabras y las pone por obra, será como el varón prudente, que edifica su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, pero no cayó, porque estaba fundada sobre roca. Pero el que escucha estas palabras y no las pone por obra, será semejante al necio que edificó sobre arena. Cayó la lluvia y vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, que se derrumbó estrepitosamente» (*Mt 7, 24-27*). ¡Admirable esta doctrina de Jesús! Nos lo hace notar el mismo Evangelio: «se maravillaban las muchedumbres de su doctrina» (*Mt 7, 28*).

3. EL PECADO

Nuestra vida tiene, por así decirlo, diversos estratos. Hay en nosotros una vida vegetativa, que nos es común con los vegetales, y se manifiesta en el crecimiento de las uñas y cabellos, en la asimilación de los alimentos, etc.; también tenemos una vida animal que nos es común con los animales, y se manifiesta en nuestra capacidad de ver, de oír, de tocar, de oler, de movernos, de comer, de dormir, etc. Además, gozamos de una vida racional que tenemos en común con los ángeles y que se manifiesta en nuestra capacidad de conocer, de querer, de amar, y por último, en un grado muy superior a todos los niveles anteriores, hemos recibido una Vida Divina que nos es común con Dios: la gracia santificante por la que participamos de la misma vida intratrinitaria de Dios.

1. EL PECADO MORTAL

Cuando cometemos un pecado grave expulsamos a Dios de nosotros y perdemos la gracia santificante. Por eso el pecado es la desgracia más grande que hay en el mundo. Pecar gravemente es lo más ruin y tonto, lo más terrible y criminal, lo más absurdo y abyecto: es actuar contra la voluntad de Dios, es atentar contra su gloria, es ofender al que es infinitamente bueno, es privarse de la gracia de Dios, es someterse a la esclavitud del Diablo, es convertirse en candidato al Infierno.

«Si, llenos de fe, viésemos el fondo de un alma manchada con un pecado mortal, moriríamos sacudidos de terror». ⁴¹² Justamente, pues, exclamaba Santo Domingo Savio: «¡Morir antes que pecar!», ⁴¹³ y Fray Mamerto Esquiú: «Dios me conceda aborrecer este mal con todo mi corazón y me envíe la muerte antes de cometerlo». José de San Martín así lo expresaba: «Que

⁴¹² SAN JUAN MARÍA VIANNEY, el Santo Cura de Ars,

⁴¹³ SAN JUAN BOSCO, *Vida de Santo Domingo Savio*, cap. III.

Dios lo libre de vivir y morir en pecado mortal, son los votos de su viejo amigo». ⁴¹⁴

Pecado mortal es pensar, desear, decir, hacer, u omitir algo contra la ley de Dios en materia grave, sabiéndolo y queriéndolo.

Así como por la gracia tenemos un anticipo del Cielo en el alma, por el pecado mortal tenemos un anticipo del Infierno, y si llegamos a morir, así sea con un solo pecado mortal, nos vamos al Infierno, «¿Qué mundo podría acoger a un desertor de Dios?» ⁴¹⁵. Quien vive en pecado mortal, se está condenando a sí mismo.

«Todo el que comete pecado es esclavo del pecado» (*Jn* 8, 34). «Cada cual es esclavo de quien le vence» (*2 Pe* 2, 19): como es el Diabolo quien vence al hombre induciéndolo a pecar, quien comete pecado mortal queda sometido a la servidumbre del Diabolo, «el que comete pecado, ése es del Diabolo» (*I Jn* 3, 8), y por eso los pecadores están enredados por «los lazos del Demonio, que los tiene presos a su arbitrio» (*2 Tim* 2, 26).

Al pecado grave se lo llama mortal, porque al privar al alma de la gracia la priva de la vida sobrenatural siendo así un anticipo de la muerte eterna. Por eso nos enseña Dios: «El alma que pecare, ésa morirá» (*Ez* 18, 20). «El pecado conduce a la muerte» (*Ro* 6, 16).

Así como hay que huir de una víbora venenosa porque si nos muerde nos mata, así hay que huir del pecado: «Huye del pecado como de la serpiente» (*Sir* 21, 2).

Cuando un cristiano peca mortalmente, sólo puede ser perdonado si se confiesa ante el sacerdote. «Verdad es que

⁴¹⁴ CAYETANO BRUNO, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, T. VIII, p. 395.

⁴¹⁵ SAN CLEMENTE ROMANO, *Carta a los Corintios*, cap. 27,1 – 29,1. L.H. T. IV p. 442.

existe el acto perfecto de contrición que justifica, pero aun él debe contener el deseo de la confesión». ⁴¹⁶ Hay que confesarse diciendo el número de pecados cometidos, contra cuáles mandamientos, y las circunstancias que agravan aún más el pecado mortal, hasta el punto de hacerlo cambiar de especie. A modo de ejemplo, son pecado mortal los siguientes actos cometidos con plena advertencia y deliberada voluntad; ⁴¹⁷

- No creer algo enseñado por Dios y la Iglesia;
- Blasfemar el Santo nombre de Dios, de la Virgen o de los Santos;
- Faltar a Misa los Domingos y Fiestas de guardar, sin grave motivo;
- Matar injustamente, quitarse la vida, abortar: «crimen abominable». ⁴¹⁸
- Consentir en malos pensamientos, deseos, miradas, conversaciones, acciones contra la pureza, contra la fidelidad, contra la transmisión de la vida;
- Robar una suma importante;
- Calumniar o difamar a una persona en algo grave, etc.

Pecados capitales. Algunos pecados se llaman capitales porque son el origen de otros pecados y de otros vicios. Son la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la pereza. ⁴¹⁹

Pecados contra el Espíritu Santo. «El que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón nunca, antes bien será reo de

⁴¹⁶ SAN PEDRO JULIÁN EYMARD, *op. cit.*, p. 1093.

⁴¹⁷ Cfr. FRAY LUIS DE GRANADA, *Obra Selecta. Una Suma de la vida cristiana*, II, VI; B.A.C., Madrid 1947, pp. 248-251.

⁴¹⁸ CONCILIO VATICANO II, «*Gaudium et Spes*», 51.

⁴¹⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1866.

pecado eterno» (*Mt* 3, 29; cf. *Mt* 12, 32; *Lc* 12, 10). Dios siempre está dispuesto a perdonarnos, pero si nosotros no queremos respeta nuestra libertad y no nos obliga a que aceptemos su perdón. Se dice que nunca se perdonan por la falta de disposiciones en nosotros para recibir el perdón.⁴²⁰ Se suele enumerar seis tipos de pecados contra el Espíritu Santo: desesperar de alcanzar el perdón de los pecados, presumir de que sin hacer lo mandado Dios nos va a salvar, impugnar la verdad conocida, tener envidia de la gracia ajena, obstinarse en el mal e impenitencia final.⁴²¹

*Pecados que claman al cielo.*⁴²² El homicidio voluntario;⁴²³ el pecado de los sodomitas;⁴²⁴ la opresión del pobre;⁴²⁵ el lamento del extranjero, de la viuda y el huérfano⁴²⁶ y la injusticia para con el asalariado.⁴²⁷

2. EL PECADO VENIAL

Hay otro tipo de pecado. Es el pecado venial o leve. Este pecado no priva al alma de la gracia de Dios ni la condena al Infierno, sino que constituye más bien como un rodeo o desviación del recto camino.

Pecado venial es pensar, desear, decir, hacer u omitir algo contra la ley de Dios en materia leve.

Es un tipo de pecado esencialmente distinto del pecado mortal. Este tiene como castigo el Infierno eterno; aquel no

⁴²⁰ *id.*, 1864.

⁴²¹ FRAY LUIS DE GRANADA, *op. cit.*, II, VII, p. 255-257.

⁴²² FRAY LUIS DE GRANADA, *op. cit.*, II, VII, pp. 257-258; Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1867.

⁴²³ Cf. *Gn* 4, 10.

⁴²⁴ Cf. *Gn* 18, 20; 19, 13.

⁴²⁵ Cf. *Éx* 3, 7-10.

⁴²⁶ Cf. *Éx* 22, 20-22.

⁴²⁷ Cf. *Dt* 24, 14-15; *Sr* 5, 4.

impide la entrada al Cielo sino que tiene como pena el Purgatorio y tan sólo durante algún tiempo.

El pecado mortal sólo se perdona con la confesión (o con un acto de contrición perfecta que implica el propósito de confesarse cuanto antes); el venial, en cambio, de muchas maneras: mediante una buena obra, una oración, una limosna, el agua bendita, la señal de la cruz, y también mediante la confesión (en este último caso no es necesario decir el número de pecados veniales).

Pero aunque el pecado venial no sea algo tan grave no por eso hay que dejar de luchar también contra él, siguiendo el consejo de Nuestro Señor Jesucristo: «Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre Celestial» (*Mt* 5, 48). Ni nos debe desanimar el hecho de que caigamos muchas veces en pecado leve ya que el justo «siete veces cae», pero «se levanta» (*Pr* 24, 16). Y hay que luchar contra él no sólo porque cada vez debemos amar más a Dios sino también porque los pecados veniales nos pueden ir llevando insensiblemente a cometer pecados más graves, pues «el que desprecia lo poco, poco a poco se precipitará» (*Sir* 19,1), y «una mosca muerta corrompe el unguento del perfumista, y un poco de locura puede pesar más que la sabiduría y la honra» (*Qo* 10, 1).

La tentación, aunque nos incita al pecado, no es todavía pecado; Jesús fue tentado y sin embargo «no hay pecado en Él» (*1 Jn* 3, 5). ¿Cuándo una tentación se convierte en pecado? Cuando uno no rechaza la tentación, por ejemplo un mal pensamiento, sino que, a sabiendas de que es malo se entretiene en él; entonces comete pecado mortal o venial, según sea la gravedad del mismo. Cuando uno rechaza la tentación, no sólo no cae en pecado, sino que hace un acto de virtud ya que «pudo pecar y no pecó; hacer el mal y no lo hizo» (*Sir* 31, 10).

3. LA LUCHA DEL CRISTIANO

La vida cristiana es lucha. Es lucha contra la carne; contra el mundo, enemigo de Dios; es lucha contra el Diablo, que busca perdernos.

Para perseverar en el bien, hay que luchar contra el mal, obrando «con temor y temblor» nuestra salvación (*Fhp* 2, 12).

El Concilio de Trento nos enseña que debemos «temer por razón de la lucha que aún (nos) aguarda con la carne, con el mundo y con el Diablo de la que no podemos salir victoriosos si no colaboramos con la gracia de Dios»⁴²⁸ para vencer a esos enemigos.

«¿No es milicia la vida del hombre sobre la tierra?» (*Job* 7, 1) ¿Acaso no dijo Jesús que vino a traer la espada?⁴²⁹ San Pablo decía de sí mismo: «he combatido el buen combate..., he guardado la fe» (*2 Tim* 4, 7) y San Pedro: «vuestro adversario, el Diablo, como león rugiente, anda rondando, y busca a quién devorar. Resístidle, fuertes en la fe» (*1 Pe* 5, 8). «Al Paraíso debemos llegar cansados. Por haber trabajado aquí exhaustivamente, allá se vivirá de rentas. Es por ello que debemos acumular un fuerte capital de virtudes».⁴³⁰

Para combatir, dice San Pablo, hay que revestirse con «la armadura de Dios» (*Ef* 6, 10-17). Detallemos este hermoso texto:

– «Ceñidos con el cinturón de la verdad». El amor a la verdad es una virtud fundamental para el cristiano. Por eso hay que «abrazarse a la verdad» (*Ef* 4, 15), hay que «amar la verdad»,⁴³¹ hay que luchar por ella; «lucha por la verdad hasta la

⁴²⁸ *Decreto sobre la Justificación*, Dz. 806.

⁴²⁹ Cf. *Mt* 10, 34.

⁴³⁰ BEATO VICENTE GROSSI,

⁴³¹ Cf. *2 Ts* 2, 10.

muerte, y el Señor Dios combatirá por tí» (*Sir* 4, 33). Al fin y al cabo esa verdad es Cristo mismo: «Yo soy la Verdad» (*Jn* 10, 6).

– «Vistiendo la justicia como coraza». La justicia nos hace dar a Dios todo lo que se le debe y al prójimo todo lo que le corresponde. Esa justicia se identifica con la santidad, y permite que nuestra «caridad sea sincera, aborreciendo el mal y adhiriéndonos al bien» (*Ro* 12, 9). Porque no sólo hay que hacer el bien sino que también hay que luchar contra el mal: «aborreced el mal los que amáis a Dios» (*Sl* 97, 10). Sólo el malvado «no rechaza el mal» (*Sl* 36, 5), y el que no rechaza el mal se hace cómplice del mismo. Debemos abstenernos «hasta de la apariencia de mal» (*1 Ts* 5, 22).

– «Calzados los pies con el celo para propagar el Evangelio de la paz». Muchas veces la mejor defensa es un buen ataque. Debemos tener alma de apóstoles, celo por la casa de Dios, compasión de tantas almas que están a oscuras.

– «Siempre en la mano el escudo de la fe». La fe «vence al mundo» (*1 Jn* 5, 4), vence al Diablo: «resistidle fuertes en la fe» (*1 Pe* 5, 9); vence la carne: «la fe limpia el corazón».⁴³²

– «Tomad el casco de la salvación». Cristo es el único que «tiene palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 68), es el único que nos salva. Esa salvación llega a nosotros a través de los Santos Sacramentos.

– «Y la espada del Espíritu...» Que es la palabra de Dios, dada por el Espíritu Santo. Y es «espada tajante» (*Heb* 4,12), de la que hay que aprender a ser un buen esgrimista.

⁴³² SAN AGUSTÍN, *De Trinitate* 7, 8.

CARLOS MIGUEL BUELA

«A los hombres corresponde luchar y a Dios dar la victoria»
(Santa Juana de Arco).⁴³³

⁴³³ Citada en: JEAN OUSSET, *Para que Él reine*, Ed. del Cruzamante, Buenos Aires 1980, p. 284.

SEGUNDA SECCIÓN

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

«Jesús responde al joven: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mt 19, 17). De este modo, se enuncia una estrecha relación entre la vida eterna y la obediencia a los mandamientos de Dios: los mandamientos indican al hombre el camino de la vida eterna y a ella conducen. Por boca del mismo Jesús, nuevo Moisés, los mandamientos del Decálogo son nuevamente dados a los hombres; él mismo los confirma definitivamente y nos los propone como camino y condición de salvación»

*Juan Pablo II,
carta encíclica Veritatis Splendor, 12.*

INTRODUCCIÓN

Ya dijimos que Jesús vino a perfeccionar los mandamientos, no a abolirlos. Dios no borra con una mano lo que escribe con la otra, y Él mismo fue quien entregó a Moisés, en el Monte Sinaí, dos tablas de piedra en las que estaban escritos los Diez Mandamientos.⁴³⁴

En una estaban los tres primeros Mandamientos que se refieren a Dios, y en la otra los siete restantes que se refieren al prójimo y a uno mismo. Jesús dirá que toda la ley de Dios se resume en este doble mandamiento: «Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo; de esos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas» (*Mt* 22, 40), ya que la caridad es «la plenitud de la ley» (*Ro* 13, 10).

El cumplimiento de los preceptos del Decálogo obliga a todos los hombres con necesidad imprescindible para alcanzar la salvación: «Si quieres entrar en la vida eterna guarda los mandamientos» (*Mt* 19, 17). Dios que «quiere que todos los hombres se salven» (*1 Tm* 2, 4), no nos exige cosas que no podamos cumplir: «sus mandamientos no son pesados» (*1 Jn* 5, 3), «mi yugo es blando y mi carga ligera» (*Mt* 11, 30). «Dios no manda cosas imposibles, sino que al mandar te dice que hagas lo que puedas, que reces pidiendo lo que no puedas, y te ayudará para que puedas», pues los mandamientos «no son pesados para el que ama, pero sí para el que no ama».⁴³⁵

⁴³⁴ Cf. *Ex* 20, 1 y ss.

⁴³⁵ SAN AGUSTÍN, *De natura et gratia* c. 69: ML 44, 289.

«No seáis irresponsables, sino tratad de saber cuál es la Voluntad de Dios» (*Ef* 5, 17). Eso lo vamos a saber estudiando, uno por uno, los mandamientos de la ley de Dios.

Exodo 20, 2-17	Deuteronomio 5, 6-21	
Yo soy el Señor tu Dios que te ha sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre.	Yo soy el Señor, tu Dios, que te ha sacado de Egipto, de la servidumbre.	
No habrá para ti otro dioses delante de mí. No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque Yo el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y tengo misericordia por millares con los que me aman y guardan mis mandamientos.	No habrá para ti otros dioses delante de mi...	Amarás a Dios sobre todas las cosas.
No tomarás en falso el nombre del Señor, tu Dios, porque el Señor no dejará sin castigo a quien toma su nombre en falso.	No tomarás en falso el nombre del Señor tu Dios...	No tomarás el nombre de Dios en vano.

INTRODUCCIÓN

<p>Recuerda el día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de descanso para el Señor, tu Dios. No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el forastero que habita en tu ciudad. Pues en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo el Señor el día del sábado.</p>	<p>Guardarás el día del sábado para santificarlo.</p>	<p>Santificarás las fiestas.</p>
<p>Honra a tu padre y a tu madre para que se prolonguen tus días sobre la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar.</p>	<p>Honra a tu padre y a tu madre.</p>	<p>Honrarás a tu padre y a tu madre.</p>
<p>No matarás.</p>	<p>No matarás.</p>	<p>No matarás.</p>
<p>No cometerás adulterio.</p>	<p>No cometerás adulterio.</p>	<p>No cometerás actos impuros.</p>
<p>No robarás.</p>	<p>No robarás.</p>	<p>No robarás.</p>
<p>No darás falso testimonio contra tu prójimo.</p>	<p>No darás testimonio falso contra tu Próximo.</p>	<p>No dirás falso testimonio ni mentirás.</p>

No codiciarás la casa de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo.

No desearás la mujer de tu prójimo.

No codiciarás... nada que sea de tu Próximo.

No consentirás pensamientos ni deseos impuros.

No codiciarás los bienes ajenos.

CAPÍTULO PRIMERO
«AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS
CON TODO TU CORAZÓN,
CON TODA TU ALMA
Y CON TODAS TUS FUERZAS»

EL PRIMER MANDAMIENTO:
AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS

«Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (*Mc* 12, 29). «Este es el más grande y el primer mandamiento» (*Mt* 22, 37-38), porque el fin de toda la vida cristiana es la unión con Dios, y eso es lo que hace la caridad, que «es como un sol que da brillo a todas las leyes santas... Todo está hecho para un amor tan celestial y todo se refiere a él». ⁴³⁶

1. MEDIDA DEL AMOR A DIOS

Amar a Dios con todo el corazón quiere decir que todas nuestras acciones, sin excluir una sola, deben referirse a Él, que es nuestro último fin. «Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis alguna cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (*1 Co* 10, 31). Es cierto que nuestro corazón estará del todo transformado en Dios sólo cuando estemos en el Cielo, pero ya desde aquí puede y debe estar cerrado a todo lo que sea contrario al amor de Dios.

⁴³⁶ SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor a Dios*, l. 10, cap. I.

Amar a Dios con toda el alma quiere decir que nuestra voluntad se sujete totalmente a la de Él.

Amar a Dios con toda la mente quiere decir que nuestro entendimiento debe someterse del todo a Dios.

Amar a Dios con todas las fuerzas quiere decir que en todo lo que hacemos exteriormente le obedecemos siempre.

¿Cuál es la medida del amor a Dios? «Es amarlo sin medida».⁴³⁷

2. MOTIVOS

Y ¿por qué motivo hemos de amarlo sin medida?

– Por su propia e infinita Bondad, en sí misma considerada; por todo lo que Él es sin medida, prescindiendo, incluso, de todo cuanto ha hecho por nosotros. Amarlo por lo que Él es.

– Por el amor eterno con que Dios nos ama: «Él nos amó primero» (1 Jn 4, 19), a pesar de nuestros pecados «Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo aún pecadores, murió Cristo por nosotros» (Ro 5, 8), amándonos Jesús «hasta el fin» (Jn 13, 1), hasta el extremo, sin límites.

– Por los bienes naturales que nos ha dado: nos creó porque quiso, nos conserva en el ser ya que «todo subsiste en Él» (Col 1, 17), ordena toda nuestra vida con su Providencia y ejecuta sus decisiones.

– Por los bienes sobrenaturales que nos ha otorgado sin medida: nos ha llamado para que gocemos de Él en el Cielo; para ello envió a su Hijo Único a salvarnos, a traernos la gracia santificante junto con las virtudes y los dones, a fundar la Iglesia Católica para que Ella por medio de los Sacramentos

⁴³⁷ SAN BERNARDO, *Del amor de Dios* I, 1: PL 182, 974.

nos distribuyese la vida divina; nos hizo nacer en un país católico, en un hogar cristiano, etc.

3. MODOS DE AMAR A DIOS

Por hermoso que sea considerar el amor de Dios no podemos quedarnos contemplando su caridad para con nosotros. Amor con amor se paga. ¿Cómo hemos de llevar a la práctica nuestro amor a Dios? De dos maneras: amando afectivamente a Dios con nuestra voluntad elevada por la caridad, y amando efectivamente a Dios en el cumplimiento perfecto de todos los mandamientos. Será ésta la mejor prueba de nuestro amor interior.

1. AMOR AFECTIVO DE DIOS

Amar a Dios desde lo más profundo de nuestro corazón: tal es la esencia misma del Evangelio. Es ese el fin de nuestra vida. Tal amor no es necesariamente sensible, aunque puede serlo y mucho.

Dos formas puede revestir el amor afectivo de Dios. La primera es la del amor puro y desinteresado, llamado de complacencia, en que el alma no ama a Dios por los beneficios recibidos sino simple y únicamente por agradarle a Él, a quien contempla lleno de todas las perfecciones y excelencias imaginables. Este tipo de amor produce en el alma un gran gozo, una inmensa paz, ya que «el alma está allí donde ama, más que allí donde vive».⁴³⁸

Es el amor que ha inspirado este soneto atribuido a Santa Teresa:

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el Cielo que me tienes prometido,*

⁴³⁸ SAN ALBERTO MAGNO.

*ni me mueve el Infierno, tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido
muéveme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
que aunque no hubiera Cielo, yo te amara
y aunque no hubiera Infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
porque aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero, te quisiera.*

Las órdenes religiosas contemplativas –los trapenses, benedictinos, clarisas, salesas, carmelitas, cartujos, etc.– nos recuerdan con su mudo y elocuente testimonio, la primacía y excelencia del puro amor a Dios. «No tengo grandes deseos, fuera del de amar a Dios hasta morir de amor». ⁴³⁹ «¿Quieres saber de nuestra vida? Pues amar a Dios y darle gloria en todo momento», escribía a su hermana Sor Gertrudis de Nuestra Señora de Luján, primera benedictina argentina. ⁴⁴⁰ Es el mismo amor que llevó a San Francisco de Asís a exclamar: «que muera por amor de tu amor, ya que por amor de mi amor te dignaste morir». ⁴⁴¹

La otra forma de amor afectivo a Dios es la que nos lleva a alabar a Dios y a desear que todos lo alaben: es el llamado amor de benevolencia. Como a Dios en sí no le falta ningún bien, por la «incomprensible inmensidad de su abundancia», ⁴⁴² nadie

⁴³⁹ SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, Obras Completas, ed. El Monte Carmelo, Burgos, 1960, p. 377.

⁴⁴⁰ Carta del 5 de julio de 1927; cf. *La primera benedictina argentina*, Abadía de Santa Escolástica, 1959, p. 78.

⁴⁴¹ *Oración Absorbent*; en: SAN FRANCISCO DE ASÍS, *Escritos y biografías, Escritos líricos*, B.A.C., Madrid, 1976, p. 61.

⁴⁴² SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del Amor de Dios*, V, 6.

puede desearle ningún bien intrínseco, aunque sí el bien extrínseco, que consiste en la gloria que le deben los hombres. Y quienes aman a Dios con amor de benevolencia, experimentan tal deseo con gran ardor. Nuestro Señor tuvo esta forma de amar en grado sumo. Nadie como Él pudo pronunciar con tanta verdad esta frase de la Escritura: «El celo de tu casa me consume» (*Jn 2, 17*).

2. AMOR EFECTIVO DE DIOS

Es la gran señal de la autenticidad de nuestro amor interior o afectivo. «El amor no está nunca ocioso. Cuando existe, obra siempre grandes cosas; pero si no quiere obrar, no hay tal amor».⁴⁴³ Jesús mismo lo enseñó: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (*Jn 14, 15*), «El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama» (*Jn 14, 21*). Decía San Juan: «El que dice que lo conoce (a Cristo) y no guarda sus mandamientos, miente» (*1 Jn 2, 4*). «La acción buena y perfecta es la verdadera característica del amor a Dios» (San Vicente de Paúl).⁴⁴⁴

Debemos cumplir perfectamente por amor a Dios todos sus mandamientos, obedeciéndolos ciegamente, esforzándonos por hacer su voluntad, evitando lo que nos prohíbe, siguiendo el espíritu de los consejos evangélicos, aceptando con resignación los sucesos queridos o permitidos por Dios. En lo que se refiere a aquello que aún no ha sucedido, el porvenir todavía incierto para nosotros, alegrías y pruebas cortas o largas, hora de nuestra muerte, etc., debemos abandonarnos totalmente en las manos del Señor, seguros de que «todo sucede para bien de los que aman a Dios» (*Ro 8, 28*).

⁴⁴³ SAN GREGORIO MAGNO.

⁴⁴⁴ *Saint. Vincent de Paul et le sacerdoce*, p. 45; citado por MAHIEU, *Probatio Charitatis*, n° 69.

4. DEBERES QUE NOS IMPONE EL PRIMER MANDAMIENTO

1. LA FE

Es la fuente de toda la vida moral del hombre. El desconocimiento de Dios es el principio y explicación de todas las desviaciones morales.⁴⁴⁵ Debemos alimentar y cuidar con prudencia nuestra fe, rechazando todo lo que se opone a ella. No hay bien más grande para el hombre que el tesoro de su fe cristiana. Por conservarla hay que estar dispuesto a cualquier sacrificio.

2. LA ESPERANZA

Es la seguridad de que Dios nos dará fuerzas para poder cumplir sus mandamientos y así alcanzar el cielo.

3. LA CARIDAD

Por ella amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como nosotros mismos.

4. LA DEVOCIÓN

Es la prontitud de la voluntad para entregarse a Dios y a sus cosas. Tal virtud se dirige exclusivamente a Dios. La devoción a los Santos no termina en ellos sino en Dios, los veneramos por su relación a Dios.

5. LA ORACIÓN

«La oración es la elevación de la mente y el corazón a Dios para alabarle y pedirle lo que conviene a nuestra eterna

⁴⁴⁵ Cf. R^o 1, 18-32; CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2087.

salvación».⁴⁴⁶ «El cristiano sin la oración es como el pájaro privado de aire y un pez fuera del agua» (Santa María Josefa Rosello).⁴⁴⁷ La oración es tan importante que la estudiaremos aparte.⁴⁴⁸

6. LA ADORACIÓN

Por ella reconocemos la grandeza de Dios y nuestra pequeñez, someténdole nuestra voluntad. La adoración debe expresarse externamente mediante actos específicos: el sacrificio, la genuflexión, la inclinación, la elevación de manos, etc. El culto de adoración sólo se ofrece a Dios y se llama también, culto de «latría». Con este culto adoramos la Sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo por estar unida en unidad de persona a Dios y adoramos la Eucaristía en donde está presente el mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero. A los santos y a los ángeles se ofrece sólo un culto de veneración llamado de «dulía». A la Santísima Virgen María se le rinde un culto especial de sobreveneración o de «hiperdulía», ya que Ella excede en santidad y poder a todos los ángeles y santos juntos.

7. LA VENERACIÓN DE LAS IMÁGENES SAGRADAS

El mandamiento divino implicaba la prohibición de toda representación de Dios por mano del hombre: «No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra» (*Ex* 20, 4).

«Sin embargo, ya en el Antiguo Testamento, Dios ordenó o permitió la institución de imágenes que conducirían

⁴⁴⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In lib. 3 Sent.* d. 7 a. 2 q. 3.

⁴⁴⁷ MONS. LUIS TRAVERSO, *Vida y Virtudes de Santa María Josefa Rosello, Fundadora de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia en Savona*, Buenos Aires 1959, p. 205.

⁴⁴⁸ Cf. págs. 177 y ss.

simbólicamente a la salvación por el Verbo encarnado: la serpiente de bronce,⁴⁴⁹ el arca de la Alianza y los querubines.⁴⁵⁰

El culto cristiano de las imágenes no es contrario al primer mandamiento que proscribe los ídolos. En efecto, “el que venera una imagen, venera en ella la persona que en ella está representada”. El honor tributado a las imágenes es una “veneración respetuosa”, no una adoración, que sólo corresponde a Dios». ⁴⁵¹

Por eso, también a las sagradas reliquias e imágenes se le debe culto y veneración, ya que «el honor tributado a la imagen se dirige al modelo original». ⁴⁵² Cuando veneramos una imagen no rendimos culto a la materia de la imagen –yeso, madera, cemento, mármol, tela, papel, cartón– sino a quien ésta representa, así como cuando una madre besa la foto de su hijo ausente no hace un acto de amor al papel sino al hijo. Son enemigos del culto de las imágenes: los judíos, los musulmanes, los protestantes, los que niegan la humanidad de Jesús, etc. La Iglesia Católica siempre lo ha defendido contra sus adversarios porque sabe que el culto externo es signo del culto interno y cuando desaparece el primero fácilmente se diluye el segundo. Además el culto de la imagen es un medio muy idóneo para que la gente sencilla eleve su mente y su corazón a Dios. Así fue a lo largo de la Historia. En la Edad Media, aunque muchos no sabían leer, al mirar los retablos y las puertas de las iglesias, los nichos y las hornacinas adornadas con grupos escultóricos que representaban escenas de la Historia Sagrada, recordaban su Catecismo. Era como una Biblia de piedra para la gente sencilla.

⁴⁴⁹ Cf. *Nm* 21, 4-9; *Sb* 16, 5-14; *Jn* 3, 14-15.

⁴⁵⁰ Cf. *Éx* 25, 10-12; *1 R* 6, 23-28; 7, 23-26.

⁴⁵¹ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2129-2132.

⁴⁵² SAN BASILIO MAGNO, *Liber de Spiritu Santo*, 18, 45 (PG 32, 149).

8. EL SACRIFICIO

Es el acto más excelente con que se puede honrar a Dios. El Sacrificio perfecto es el Sacrificio de la Cruz y su renovación en la Santa Misa, por cuanto ésta prolonga a través de los siglos el Sacrificio de Cristo.

9. PROMESAS Y VOTOS

Muchas veces el cristiano debe prometer algo a Dios. El bautismo y la confirmación, el matrimonio y la ordenación lo exigen siempre. La fidelidad a las mismas es señal de respeto a Dios y de amor a Él. Los votos de practicar los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia son muy alabados por la Iglesia.⁴⁵³

10. EL DEBER SOCIAL DE LA RELIGIÓN Y EL DERECHO A LA LIBERTAD RELIGIOSA⁴⁵⁴

«Todos los hombres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo que se refiere a Dios y a su Iglesia y, una vez conocida, a abrazarla y practicarla».⁴⁵⁵ Pero, «en materia religiosa, ni se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella, pública o privadamente, solo o asociado con otros».⁴⁵⁶

5. LO QUE ESTÁ PROHIBIDO POR EL PRIMER MANDAMIENTO

– La duda voluntaria respecto a la fe.

⁴⁵³ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2101-2103.

⁴⁵⁴ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2104-2109.

⁴⁵⁵ CONCILIO VATICANO II, *Dignitatis humanae*, 1.

⁴⁵⁶ *Idem*, 2.

– La incredulidad que es menosprecio de la fe en la verdad revelada.

– La desesperación cuando uno no espera en la ayuda de Dios, oponiéndose a su Bondad y Misericordia.

– La presunción cuando alguien cree que se va a salvar con sus solas fuerzas o que Dios lo hará sin colaborar uno con obras.

– El odio a Dios: es un pecado típicamente satánico. Consiste en tener aversión a Dios. De él toman su origen muchas persecuciones a la Iglesia Católica, blasfemias, sacrilegios, etc. Es el mayor pecado que se puede cometer.

– La acidia: es el tedio, fastidio o pereza de las cosas espirituales por razón del trabajo y molestia que ocasionan. Se enumera entre los pecados capitales, es decir, aquellos pecados que originan otros numerosos pecados.

– El amor desordenado de las criaturas: es la inclinación que nos lleva a preferir a las criaturas en lugar del Creador o del cumplimiento de su divina Voluntad.

– El culto indebido: consiste en rendir culto, pero no como lo manda la Iglesia.

– La idolatría: es un pecado muy grave por el cual se tributa a una criatura la adoración que sólo corresponde a Dios.

– La adivinación: es la pretensión de averiguar el futuro por medios indebidos.

– La superstición: es tributar un culto indebido a Dios, o un culto divino a persona o cosa no divina. Por ejemplo, la magia negra y roja, el espiritismo, etc.

– El sacrilegio: es la profanación de algo sagrado. Por ejemplo, callar a sabiendas en la confesión un pecado grave;

comulgar estando en pecado mortal, o sea, sin haber confesado la falta grave al sacerdote, etc.

– La simonía: es el intento de comprar algo espiritual. Se llama «simonía» porque es el pecado que cometió Simón, el mago, quien quiso dar dinero a los Apóstoles para que ellos le comunicaran el poder de dar el Espíritu Santo a otras personas, a lo que San Pedro contestó: «Perezca tu dinero contigo, pues has juzgado que se alcanza con dinero el don de Dios» (*He* 8, 20).

Cuando damos un estipendio o limosna por un bautismo, casamiento, Misa, o responso, no lo damos como precio de lo espiritual sino que, con ocasión de la ayuda espiritual que nos ofrece el sacerdote, nosotros cooperamos a su sustento material como es justo. Jesús mandó a los sacerdotes «dar gratis lo que se ha recibido gratis» (*Mt* 10, 8); por eso cuando una persona no puede dar ningún estipendio, no por eso el sacerdote deja de ayudarla espiritualmente. Pero también el mismo Jesús autorizó a sus ministros a recibir donativos «porque el obrero es digno de su salario» (*Lc* 10, 7), y «así lo ha ordenado el Señor a los que anuncian el Evangelio: que vivan del Evangelio» (*1 Co* 9, 14).

– El ateísmo: que rechaza o niega la existencia de Dios.

– El agnosticismo: equivale con mucha frecuencia a un ateísmo práctico.⁴⁵⁷

⁴⁵⁷ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2128.

EL SEGUNDO MANDAMIENTO

NO TOMAR EL SANTO NOMBRE DE DIOS EN VANO

El hombre debe someterse a Dios y rendirle singular reverencia, no sólo con el corazón, amándolo sobre todas las cosas, sino también, con la boca, no pronunciando su nombre irreverentemente sino por el contrario, proclamando las maravillas de Dios. Como dice la Escritura: «de la abundancia del corazón habla la boca» (*Mt* 12, 34).

1. LO QUE SE MANDA

Este mandamiento prescribe, en su parte positiva:

– La alabanza de Dios: es la expresión externa de nuestro amor interior a Dios: «Su alabanza estará siempre en mi boca» (*S/34*, 2).

– El voto: es la promesa hecha a Dios de un bien mejor, por ejemplo de ayunar, de hacer oraciones, una peregrinación, una limosna, de guardar virginidad, etc. Tales votos, si se hacen con prudencia, son buenos y recomendables: «Haced votos a Dios y cumplidlos» (*S/76*, 12).

Los religiosos y religiosas se comprometen delante de Dios con tres votos públicos: por el voto de castidad «se han entregado a Dios en cuerpo y alma»⁴⁵⁸ «por amor al Reino de los cielos» (*Mt* 19, 12); por el voto de pobreza, «abandonan la posesión de todos los bienes exteriores, por el deseo de los interiores, más excelentes»⁴⁵⁹, según aquello del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres» (*Mt* 19, 21); y por el voto de la obediencia anhelan imitar a

⁴⁵⁸ SAN CIPRIANO.

⁴⁵⁹ SAN GREGORIO MAGNO.

Jesús «hecho obediente hasta la muerte» (*Fhp* 2, 8). San Roque González S.J., mártir rioplatense, escribía a su Superior desde su aislamiento en la selva paraguaya: «Mi voluntad es hacer la de Vuestra Reverencia porque haciéndola hago la de Dios..., vivo muriendo aquí... pero estoy resuelto a quedarme aquí, aunque muera mil muertes... que no serán para mí pérdidas sino ganancias». ⁴⁶⁰

– El juramento: es la invocación a Dios en testimonio de verdad.

2. LO QUE SE PROHIBE.

Este mandamiento excluye, en su parte negativa:

– El uso del nombre de Dios en vano: o sea, pronunciar sin motivo o sin el debido respeto el santo nombre de Dios, de la Virgen o de los Santos.

– La blasfemia: consiste en injuriar a Dios, a la Virgen o a los Santos. Es un pecado gravísimo. El General José de San Martín, cuando era Jefe del glorioso Ejército de los Andes, mandó castigar severamente a «todo el que blasfemare del Santo Nombre de Dios o de su adorable Madre, o insultare a la religión». ⁴⁶¹

– El perjurio: es jurar en falso poniendo a Dios por testigo, con lo que se da a entender que Dios no conoce la verdad o se presta para testificar la mentira. Es de suyo pecado grave.

⁴⁶⁰ Carta del mártir, sobre el Paraná, año 1614.

⁴⁶¹ P. CAYETANO BRUNO, *La religiosidad de San Martín*, ed. Don Bosco, p. 9.

EL TERCER MANDAMIENTO SANTIFICAR LAS FIESTAS

Este mandamiento de la ley de Dios nos recuerda la grave obligación que tenemos de rendir culto a Dios. Santificar una cosa, en el lenguaje de la Escritura, significa destinarla al culto divino. Este mandamiento nos manda dedicar al Señor el día Domingo y las Fiestas de guardar, alimentando nuestro espíritu en la oración y fortificándolo en la Santa Misa. Para poder dedicarnos más a Dios nos manda descansar de los demás trabajos corporales.

El párroco puede dispensar de la ley común de guardar las Fiestas sólo en cuanto al trabajo, no en cuanto a la obligación grave de oír la Santa Misa, ya sea porque lo reclama la piedad para con Dios (adornar los altares, preparar todo para una procesión, etc.), o la caridad para con el prójimo (aliviar a los enfermos, arreglar ropa para los pobres, etc.), o la necesidad propia o ajena (trabajos de panadería, de cocina, de transporte, trabajo de turno, etc.), o una gran utilidad pública o privada (obtención de algún lucro legítimo y extraordinario que no pueda obtenerse otro día, etcétera).

PRECEPTOS O MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA⁴⁶²

Como los preceptos de la Iglesia completan nuestros deberes para con Dios vamos a estudiarlos aquí. Los preceptos o mandamientos de la Iglesia más generales son cinco:

1º *El primer mandamiento* («Oír misa entera los domingos y fiestas de precepto y no realizar trabajos serviles»)⁴⁶³ exige a los

⁴⁶² Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2041-2043.

⁴⁶³ En los Estados Unidos (Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, *Decreto general* promulgado el 28 de Febrero de 2002), las Fiestas de guardar o días de precepto son:

1- Todos los Domingos del año.

fieles participar en la celebración eucarística, en la que se reúne la comunidad cristiana, el día en que conmemora la Resurrección del Señor, y en aquellas principales fiestas litúrgicas que conmemoran los misterios del Señor, la Virgen María y los santos.⁴⁶⁴

Por eso desde el comienzo la Iglesia tuvo la costumbre de reunirse en asamblea, precisamente el día Domingo (Domingo viene de «dominus» = Señor, y significa «día del Señor»),⁴⁶⁵ para conmemorar el Misterio Pascual y hacer presente siempre de nuevo a Cristo en la Eucaristía.

Por ser la Santa Misa el acto principal del culto católico para honrar a Dios, por ser el Sacrificio de los sacrificios, ya que es el Sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo que tiene un valor infinito; por dárseos a través de él las gracias necesarias para la salvación; por ser «la cumbre a la que tiende toda la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza»;⁴⁶⁶ y esta fuerza, por ser la mejor manera de dar gracias a Dios, por ser el medio insustituible para lograr la verdadera unión de los fieles... La Iglesia Católica, con la autoridad que Cristo mismo le otorga, manda bajo pecado grave a todos los cristianos que participen de la Santa Misa estando presente corporalmente y prestando atención a la misma. «La obra grande para santificarnos es la Santa Misa» (Siervo de Dios Mons. José Orzali).⁴⁶⁷

2- 1º de Enero: Solemnidad de Santa María Madre de Dios.

3- 15 de Agosto: Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María.

4- 1º de Noviembre: Solemnidad de todos los Santos.

5- 8 de Diciembre: Inmaculada Concepción de María.

6- 25 de Diciembre: Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

También son días de precepto las Solemnidades de la Ascensión del Señor y del *Corpus Christi*.

⁴⁶⁴ CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, 1246-1248.

⁴⁶⁵ Se puede leer la hermosa encíclica de JUAN PABLO II sobre el domingo, *Dies Dominis*,

⁴⁶⁶ CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 10.

⁴⁶⁷ Auto del 14 de septiembre de 1914, citado por: RAÚL ENTRAIGAS, *El Buen Pastor de Cuyo*, 2ª ed., Difusión, Buenos Aires 1963, p. 313.

Es claro que no se trata de una ley absoluta. Si hay algún motivo medianamente grave que pueda causar alguna notable incomodidad o perjuicio en los bienes del alma o del cuerpo, propios o ajenos, tal motivo excusa de la obligación de oír Misa. Por ejemplo, en caso de enfermedad, o distancia considerable del templo, o por la obligación que retiene en su puesto a las madres, sirvientas, soldados o policías, etc.

Hay quienes dicen: «Yo sólo voy a Misa cuando siento ganas de hacerlo». Tal afirmación es señal de gran necesidad y no excusa en absoluto:

–Porque los actos de las virtudes radican en el espíritu y lo espiritual no siempre «se siente».

–Porque de suyo el amor no es sensible. Creer que uno ama sólo cuando siente, es confundir amor con pasión. Aunque no «sintamos» la Misa, sin embargo debemos participar en la Misa porque es el mayor acto de amor que podemos ofrecer a Dios.

–El padre de familia va a trabajar aunque no lo «sienta», porque cumple con su deber, y el deber no se fundamenta en la sensibilidad, como quieren los superficiales, sino en la voluntad. Y ¿si no cumplimos nuestros deberes para con Dios cumpliremos nuestros deberes para con el prójimo?

–Es cierto que hay momentos o épocas de la vida en que nuestra sensibilidad puede experimentar cierto tedio e incluso aversión por lo religioso, o sequedad, o aridez. Los Santos hablan de «noche oscura» o de «desolación espiritual». En este caso hay que perseverar con mayor razón en la participación de la Santa Misa. Son épocas en que el alma se purifica y generalmente resultan ser el umbral de un estadio superior de la

vida espiritual, porque en ellas el alma aprende a buscar al «Dios que da consuelos y no los consuelos de Dios».⁴⁶⁸

2º *El segundo mandamiento* («Confesar los pecados al menos una vez al año») asegura la preparación para la Eucaristía mediante la recepción del sacramento de la Reconciliación, que continúa la obra de conversión y de perdón del Bautismo.⁴⁶⁹

3º *El tercer mandamiento* («Recibir el sacramento de la Eucaristía al menos por Pascua») garantiza un mínimo en la recepción del Cuerpo y la Sangre del Señor en relación con el tiempo de Pascua, origen y centro de la liturgia cristiana.⁴⁷⁰

Todo católico llegado al uso de razón, está obligado a comulgar al menos una vez al año, previa confesión si está en pecado mortal.

Según el Código de Derecho Canónico, «este precepto debe cumplirse dentro del tiempo pascual»⁴⁷¹, o sea, dentro de los cincuenta días a partir del domingo de la Resurrección hasta el de Pentecostés. Además, se cumple durante la Novena y Fiesta Patronal, Ejercicios Espirituales, Misiones Populares, y para los soldados, inmigrantes y peregrinos durante todo el año.

4º *El cuarto mandamiento* («Abstenerse de comer carne y ayunar los días establecidos por Iglesia») asegura los tiempos de ascesis y de penitencia que nos preparan para las fiestas litúrgicas; contribuyen a hacernos adquirir el dominio sobre nuestros instintos y la libertad del corazón.⁴⁷²

Ayunar es privarse de alimentos. Se hace ayuno por tres motivos:

⁴⁶⁸ SANTA TERESA DE JESÚS.

⁴⁶⁹ Cf. CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, c. 989.

⁴⁷⁰ *Ibid.* c. 920.

⁴⁷¹ *Ibid.* c. 920, 2.

⁴⁷² CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, cc. 1249-1251.

1. Para amortiguar la fuerza de las pasiones carnales (decía San Jerónimo: «Sin Ceres ni Baco se amansa Venus»,⁴⁷³ es decir, «por la abstinencia de comida y bebida se calma la lujuria», comenta Santo Tomás de Aquino);⁴⁷⁴

2. para que nuestro espíritu se eleve más fácilmente a Dios;

3. para satisfacer por los pecados: «convertíos en mí de todo corazón en ayuno...» (Jl 2, 12).

«Ahora hay tres clases de días penitenciales, o sea, días en los que los fieles deben dedicarse de manera especial a la oración, realizar obras de piedad y de caridad, y negarse a sí mismos, cumpliendo con mayor fidelidad sus propias obligaciones». ⁴⁷⁵ Ellos son:

1. Todos los días del tiempo de Cuaresma, en los que hay obligación genérica de hacer algún acto de penitencia.

2. Los viernes del tiempo de Cuaresma. En los Estados Unidos, todavía se mantiene la tradición de la abstinencia de Carne.

3. Todos los viernes del año, salvo que coincidan con una solemnidad, en los que la obligación de hacer penitencia, puede concretarse guardando la abstinencia de carne.⁴⁷⁶

4. Los miércoles de Ceniza y Viernes Santo, en los que, además de la penitencia genérica y la abstinencia, hay que hacer ayuno.⁴⁷⁷

⁴⁷³ *Contra Joviniano* I, 2: ML 23, 310.

⁴⁷⁴ *Suma Teológica*, II-II, 147, 1.

⁴⁷⁵ Cf. CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, c. 1249.

⁴⁷⁶ La abstinencia de carnes puede ser sustituida por una obra renuncia o penitencia personal, o por una obra de piedad, de misericordia, de caridad o de testimonio cristiano (Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, *Abril de 2001*).

⁴⁷⁷ La ley de la abstinencia obliga a los que han cumplido 14 años y sigue obligando toda la vida, salvo causa grave; la del ayuno, obliga a todos los mayores de edad, o sea, que han cumplido 18 años, hasta que hayan cumplido 59 años, salvo causa grave. Cf. CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, 1252.

5º *El quinto mandamiento* («ayudar a las necesidades de la Iglesia») señala la obligación de ayudar, cada uno según su capacidad, a subvenir a las necesidades materiales de la Iglesia.⁴⁷⁸

La Iglesia Católica es una realidad divina, sin duda, pero es también una realidad humana, como Cristo, que es verdadero Dios y verdadero hombre. En cuanto que es humana, la Iglesia necesita recursos materiales para cumplir con su fin de extender por toda la tierra el Reino de Dios. Por otra parte sabemos que «Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9, 7) y cualquiera que dé «aunque no sea más que un vaso de agua fresca... no quedará sin recompensa» (Mt 10, 42).

El Estado no mantiene ni los edificios, ni a los sacerdotes, y es preciso pagar la luz, el gas, los impuestos, etc.

Generalmente los enemigos de la Iglesia critican las riquezas de la Iglesia, especialmente del Vaticano. Olvidan que es lógico que con casi 2.000 años de historia la Iglesia posea tesoros artísticos de gran valor. No ha habido casi ningún artista genial que no haya querido legar alguna obra a la Iglesia: ¿Qué pretenden estos enemigos de la Iglesia? ¿Que se demuela la cúpula de San Pedro –hecha por Miguel Ángel– y se la recubra con chapas de fibrocemento? Por otra parte, la belleza y la riqueza son criaturas de Dios, y como tales deben estar al servicio de Cristo Rey y de su Iglesia.

Pregunta a un sacerdote cuánto gana por mes y luego pregunta lo mismo a un médico, un maestro, un militar, un empresario, incluso un obrero, y verás cuánto se habla al respecto y con qué poco fundamento.

⁴⁷⁸ CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, c. 222.

CAPÍTULO SEGUNDO

«AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO»

1. SOBRE EL AMOR AL PRÓJIMO EN GENERAL

En la segunda tabla entregada por Dios a Moisés se hallaban los restantes siete mandamientos que se refieren al prójimo.

«Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado» (*Jn* 13, 34). Este mandato ocupa un lugar muy fundamental en el Sermón de la Montaña.⁴⁷⁹ Es el mandamiento más importante después del amor a Dios, siendo inseparable del mismo. Es imposible amar a Dios si no se ama también al prójimo y viceversa: «Quien ama a Dios ame también a su hermano» (*1 Jn* 4, 21), «si alguno dijere: “amo a Dios” pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios a quien no ve» (*1 Jn* 4, 20), «y esta es la caridad: que caminemos según sus mandamientos» (*2 Jn* 6).

1. MEDIDA DEL AMOR AL PRÓJIMO

¿Cuál es la medida del amor al prójimo? El Señor mismo nos lo enseña: «como a ti mismo» (*Mt* 22, 39), y todavía, dice más: «amaos... como yo os he amado» (*Jn* 13, 34).

Debemos amar al prójimo por amor de Dios y así será santo ese amor; con un amor que no condescienda con él en nada malo, sino sólo en el bien, y así será justo el amor al prójimo; con un amor que no ame al prójimo por propia utilidad o

⁴⁷⁹ Cf. *Mt* 5,7.9.21-24.34-48; 6,14-15; 7,1-5.12.

placer, sino por buscar eficazmente su bien, y así será verdadero dicho amor.

El amor de caridad es universal y por eso abarca a la Santísima Virgen, a los ángeles buenos, a los santos, a las almas del Purgatorio, a todos los hombres sin excluir a ninguno, incluso a los pecadores y a los mismos enemigos. Sólo excluye a los demonios y a los condenados del Infierno.

2. MOTIVOS

¿Por qué debemos amar al prójimo? Por varias razones:

– Porque Cristo así lo mandó: «amaos unos a los otros como yo os he amado» (*Jn* 13, 34).

– Porque el prójimo refleja la bondad de Dios: «al prójimo se lo ama con amor de caridad porque en él está Dios o para que lo esté».

– Porque Cristo está presente en el prójimo: «Yo estoy en ellos» (*Jn* 17, 23). Es, pues, Jesús, «oculto en el fondo del alma»,⁴⁸⁰ quien nos debe atraer hacia el prójimo.

– Porque somos hijos de un mismo Padre y, por lo tanto, hermanos entre nosotros, de donde nos atrevemos a decir «Padre nuestro...» (*Mt* 6, 9).

– Porque tenemos un mismo destino eterno: el Cielo.

¿Qué características debe tener el amor al prójimo? Nos lo dice San Pablo: «La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad, todo lo excusa, todo lo cree todo lo espera, todo lo tolera» (1 *Co* 13, 4-7).

⁴⁸⁰ SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. IX.

3. OBRAS DEL AMOR AL PRÓJIMO

¿Cuáles son las principales obras de caridad que podemos hacer en beneficio del prójimo? Las obras de misericordia, que son muchísimas. Se señalan catorce principales, siete de orden corporal y siete de orden espiritual.

1. Las obras de misericordia espirituales

1. *Enseñar al que no sabe.* Así se contribuye para que los hombres salgan de las tinieblas a la luz, del error a la verdad, de la esclavitud a la libertad. Esto no sólo vale para el orden natural sino, y sobre todo, para el sobrenatural con miras a la eterna salvación, ya que:

*La ciencia más acabada
es que el hombre en gracia acabe.
Que al final de la jornada,
aquel que se salva, sabe;
y el que no, no sabe nada.*

Ser catequista; publicar y difundir libros religiosos; colaborar con las Obras Misionales Pontificias, con las Oficinas de las Misiones; ser miembro vivo de la Acción Católica o de otras instituciones parroquiales, es practicar esta obra de misericordia.

2. *Dar buen consejo al que lo necesita.* ¡Cuánto ayuda un buen consejo, dado oportunamente, para encaminar bien la vida! Todos necesitamos del consejo de alguna persona experimentada ya que «quien se toma a sí mismo por maestro se hace discípulo de un tonto»,⁴⁸¹ lo cual vale especialmente para la vida espiritual. Se ve así la conveniencia de tener un buen Director Espiritual.

⁴⁸¹ SAN BERNARDO, *Epístola* 87, 7.

3. *Corregir al que se equivoca.* «Si pecare tu hermano contra ti, ve y repréndele a solas. Si te escucha, habrás ganado un hermano. Si no te escucha, toma contigo a uno o dos, para que el asunto se decida por la declaración de dos o tres testigos. Si los desoyera, comunícalo a la Iglesia; y si a la Iglesia desoyere, sea para ti como gentil o publicano» (Mt 18, 15-17). «Si uno de vosotros se desvía de la verdad y otro le hace volver, sabed que el que hace volver a un pecador de su mal camino, se salvará de la muerte y obtendrá el perdón de todos sus pecados» (St 5, 19-20). «Si descuidares corregir, te vuelves peor que el que pecó».⁴⁸²

4. *Perdonar la injurias.* «Pedro se le acercó entonces y le dijo: ¿Cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesús: No digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete», es decir, siempre (Mt 18, 21-22). Debemos perdonar por cuatro motivos:

a) Porque Dios así lo manda;

b) para imitar a Jesús que dijo: «Padre perdónales que no saben lo que hacen» (Lc 23, 34);

c) por el ejemplo de los santos;

d) por nuestro propio interés personal: «si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados» (Mt 6, 15).

El perdón debe ser:

– pronto: «no se ponga el sol sobre vuestra ira» (Ef 4, 26);

– espontáneo: «si vas a presentar una ofrenda ante el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti... ve primero a reconciliarte con tu hermano» (Mt 5, 23-24);

⁴⁸² SAN AGUSTÍN, *Serm. ad popul.* 82, c.4: ML 38, 508; cf. *Suma Teológica* II-II, 33, 2 sc.

– sin límite: «si siete veces al día se vuelve a ti diciéndote: Me arrepiento, lo perdonarás» (Lc 17, 4);

– sincero: «perdonando cada uno a su hermano de todo corazón» (Mt 18, 35);

– por amor a Dios.

5. *Consolar al triste*. Significa que debemos compartir con él el dolor que lo aqueja: «ayudáos mutuamente a llevar vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo» (Ga 6, 2).

6. *Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestro prójimo*: «Soportáos mutuamente por amor» (Ef 4, 2). «Procura sufrir con paciencia los defectos y flaquezas de tu prójimo, porque tú también das mucho que sufrir a los demás. Si no puedes hacerte a ti mismo cual quisieras ¿cómo quieres tener a los demás a la medida de tu deseo?». ⁴⁸³

7. *Rogar a Dios por los vivos y los muertos*. «Orad unos por otros..., mucho puede la oración fervorosa del justo» (St 5, 16).

4. DISTINTIVOS DEL AMOR CRISTIANO

¿Cuáles son los signos más esplendorosos de la caridad cristiana? El amor a los pobres, a los pecadores y a los enemigos, ya que todos estos no pueden ser amados tan fácilmente por motivos exteriores o interesados sino sólo por amor a Dios.

2. Las obras de misericordia corporales

1. *Dar de comer al hambriento*: «Venid, benditos de mi Padre... porque tuve hambre y me disteis de comer» (Mt 25, 35). «¿Cómo hemos de merecer el cielo si no damos de comer al

⁴⁸³ *Imitación de Cristo*, XVI, 5.

hambriento?», decía San Martín de Porres,⁴⁸⁴ quien al acabar de realizar esta obra de misericordia «quedaba tan gozoso que decía que no había tal gusto como dar a los pobres y que de él y de su gozo se privaban los miserables».⁴⁸⁵

2. *Dar de beber al sediento*: «El que os diere un vaso de agua porque sois de Cristo..., no quedará sin recompensa» (*Mt* 9, 41).

3. *Vestir al desnudo*: «Venid benditos de mi Padre... porque estaba desnudo y me vestisteis» (*Mt* 25, 36).

4. *Visitar a los enfermos*: «Venid, benditos de mi Padre... porque estuve enfermo y me visitasteis» (*Mt* 25,36).

5. *Dar albergue al peregrino*: «Venid benditos de mi Padre... porque era peregrino y me albergasteis» (*Mt* 25, 35). «Sed hospitalarios... Sin murmuración» (*1 Pe* 4, 9); «no os olvidéis de la hospitalidad, pues por ella algunos, sin saberlo hospedaron a ángeles» (*Hb* 13, 2), «recíbaseles como al mismo Cristo».⁴⁸⁶

6. *Visitar a los presos*: «Acordaos de los presos como si vosotros estuvierais presos con ellos» (*Heb* 13, 3). Todo cuanto se haga por ayudar a nuestros hermanos de la Iglesia del Silencio, a los que reciben sueldo de hambre, a quienes están bajo la garra de los usureros, etc., es practicar esta obra de misericordia.

7. *Enterrar a los muertos*: El cadáver de los cristianos es algo sagrado pues ese cuerpo fue «templo del Espíritu Santo» (*1 Co* 6, 19) y ha de resucitar glorioso.⁴⁸⁷

⁴⁸⁴ Testimonio de Juan Vásquez de Parra, citado en: JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHUTBURU, *San Martín de Porres*, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1992, p. 294.

⁴⁸⁵ Testimonio de fray Fernando Aragonés, idem nota anterior, p. 274.

⁴⁸⁶ SAN BENTO, *La Santa Regla* LIII, 1.

⁴⁸⁷ Cf. *1 Ts* 4, 13-18.

3. Amor a los pobres

«Bienaventurado el que piensa en el necesitado y el pobre; en el día malo, Dios lo librará» (*S/41, 2*).

Cristo mismo quiso identificarse con ellos: «Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores a mí me lo hicisteis» (*Mt 25, 40*).

Tenemos obligación de ayudar a los pobres socorriéndolos generosamente por amor a Dios. Es el grave deber de la limosna: «El que tuviere bienes en este mundo y viendo a su hermano pasar necesidad, le cierra las entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios?» (*1 Jn 3, 17*). El absoluto incumplimiento de este mandato del Señor lleva a la condenación eterna: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno... Porque tuve hambre y no me disteis de comer...» (*Mt 25, 41-46*). La Escritura nos exhorta a ello por activa y por pasiva: «No apartes tu rostro del pobre y Dios no lo apartará de ti» (*Tb 4, 7*), «el agua apaga la ardiente llama y la limosna perdona los pecados» (*Si 3, 33*); «si quieres ser perfecto, ve vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, luego, ven y sígueme» (*Mt 19, 21*); «vended vuestros bienes y dadlos en limosna» (*Lc 12, 33*); «cuando hagas una comida, llama a los pobres, a los tullidos, a los cojos y a los ciegos, y tendrás la dicha de que no pueden pagarte, porque recibirás la recompensa en la resurrección de los justos» (*Lc 14, 12-14*); «es pan del hambriento el que amontonas, vestido del desnudo el que guardas en el arca, calzado del descalzo el que se te apolilla y dinero del pobre el que tienes escondido».⁴⁸⁸ Todos los Santos han amado mucho a los pobres y nos exhortan a que los busquemos para socorrerlos: «No olvidéis nunca que quien sirve y asiste a los enfermos y pobres, cuida y asiste a Cristo

⁴⁸⁸ SAN BASILIO, SAN AMBROSIO Y SANTO TOMÁS.

Nuestro Redentor» (San Camilo de Lelis),⁴⁸⁹ «¡A los pobres, hijas, a los pobres; buscad siempre a los pobres!» (María Benita Arias, religiosa argentina).⁴⁹⁰

4. Amor a los pecadores

Dos cosas hay en un pecador: a) su naturaleza humana, buena en sí misma, y digna de nuestro amor de caridad, porque fue creada por Dios, redimida por Cristo y puede ser santificada por el Espíritu Santo; b) el pecado que lo aparta del cielo, lo hace enemigo de Dios y que debe ser objeto de nuestro odio. De modo que cualquiera sea el pecador, aunque sea el padre, la madre o los parientes, debemos odiar su pecado, como leemos en el Evangelio.⁴⁹¹ Odiar su pecado y anhelar su conversión, es tener por ellos verdadera caridad, es amarlos de verdad.

Es pues necesario odiar con santo odio la perversidad: «Tuve odio a los inicuos» (*S/* 119, 113), «con odio santo los odié» (*S/* 139, 22), para no ser como aquellos que sin distinguir al pecador de su pecado acaban por amar el mismo pecado, como los liberales. Pero al mismo tiempo es menester amar con santo amor a los pecadores, buscando hacerles bien, tratando de que lleguen a amar lo que nosotros amamos y a alegrarse en lo que nosotros nos alegramos, siguiendo así el ejemplo del Señor que, por el deseo de convertirlos, comía y bebía con ellos,⁴⁹² para no ser como los judíos fariseos que se «tenían por justos y despreciaban a los pecadores» (*Lc* 18, 9).

Todo hombre tiene para el cristiano un valor casi infinito, porque el Hijo Único de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, se constituyó en su precio, derramando su Sangre para salvar a

⁴⁸⁹ SAN CAMILO DE LELIS.

⁴⁹⁰ Cit. en SANTIAGO M. USSHER, *María Benita Arias, fundadora del Instituto de las Siervas de Jesús Sacramentado. Apuntes Biográficos*, El Propagador Cristiano, Buenos Aires 1938, p. 278.

⁴⁹¹ Cf. *Lc* 14, 26.

⁴⁹² Cf. *Mt* 9, 10-11.

cada uno de los hombres. Por eso los Santos sentían arder su corazón con el mismo anhelo apostólico de San Pablo quien decía: «yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré por vuestras almas» (2 Co 12, 15); «Señor, dadme almas, y quedáos con lo demás»,⁴⁹³ «Una sola cosa es necesaria: ¡Salvar el alma! ¡Salvar el alma!».⁴⁹⁴ Y así los Santos han hecho cosas heroicas y grandiosas por la conversión de los pecadores.

5. El amor a los enemigos

No se nos manda amar a los enemigos porque sean tales sino a pesar de serlo, así como no se nos manda llamar bueno a lo que es malo, lo que sería perverso. Tampoco se nos exige amarlos sensiblemente, sino sobrenaturalmente. Los que nos hacen daño, si se convierten, podrán alcanzar la gloria celestial: «Amad a vuestros enemigos –dijo el Señor–, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian» (Lc 6, 27-28). Se nos prohíbe el odio y todo deseo de venganza debiendo tolerar a los malos y soportar sus injurias, con tal que no sean contra Dios: «Ser paciente con las injurias propias es digno de alabanza; pero querer disimular las injurias contra Dios es impío». ⁴⁹⁵

5. PECADOS QUE SE OPONEN DIRECTAMENTE AL AMOR AL PRÓJIMO

1. El odio

«El que odia a su hermano está en las tinieblas» (1 Jn 2, 11), «no odies en tu corazón a tu hermano» (Lev 19, 17), «el que odia a su hermano es un homicida» (1 Jn 3, 15).

⁴⁹³ «*Da mihi animas, coetera tolle*» (Gn 14, 21), palabras del rey de Sodoma a Abrahám que San Francisco de Sales y San Juan Bosco tomaron como lema de su ministerio sacerdotal.

⁴⁹⁴ SAN JUAN BOSCO, *El joven cristiano*, II, art. 9º.

⁴⁹⁵ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Super Matt.* I. c. nt 4; citado por Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 108, 1 ad 2.

2. La envidia

Es el pecado por el cual se considera el bien del prójimo como un mal para sí, temiendo ser superado o igualado por los demás. Los envidiosos «no entrarán en el Reino de los cielos» (*Ga* 5, 21).

3. La discordia

Es la desunión de las voluntades en lo referente al bien de Dios y del prójimo. Dios abomina a quien siembra «discordias entre hermanos» (*Pr* 6, 19).

4. La contienda

Es la discusión violenta con palabras. No te ocupes «de disputas vanas que para nada sirven» (*2 Tim* 2, 14).

5. El escándalo

Consiste en decir o hacer algo que induzca al prójimo a pecar: «al que escandalizare..., más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino y le arrojaran al mar» (*Mt* 18, 6). «Más peca el que induce a pecar que el que peca».⁴⁹⁶ Luego de haber expuesto lo que toca al amor al prójimo en general, veamos ahora en particular cada uno de los siete mandamientos de la Ley de Dios que a ese amor se refieren.

CUARTO MANDAMIENTO HONRAR AL PADRE Y A LA MADRE

«De conformidad con el cuarto mandamiento, Dios quiere que, después que a Él, honremos a nuestros padres y a los que Él reviste de autoridad para nuestro bien.

⁴⁹⁶ ORÍGENES.

La comunidad conyugal está establecida sobre la alianza y el consentimiento de los esposos. El matrimonio y la familia están ordenados al bien de los cónyuges, a la procreación y a la educación de los hijos.

La salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar.⁴⁹⁷

Los hijos deben amar a sus padres: «¿cómo podrás pagarles lo que han hecho por tí?» (*Sir* 7, 30); deben respetarlos: «de obra y de palabra honra a tu padre» (*Sir* 3, 9); deben obedecerles: «hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor porque esto es justo» (*Ef* 6, 1), a no ser que manden algo que sea pecado, en cuyo caso «es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres» (*He* 5, 29); deben socorrerlos en sus necesidades: «como un blasfemo es quien abandona al padre» (*Sir* 3, 16).

Por este mandamiento también los padres están obligados a amar a sus hijos, atendiéndolos corporal y espiritualmente, procurándoles un sólido porvenir y colaborando en el crecimiento de su vida interior. Esos mismos padres, en cuanto esposos, deben amarse, ayudarse mutuamente, convivir en paz, y asimismo ser rectos en la administración de los bienes y en lo que atañe al débito conyugal y a la mutua fidelidad. Los hermanos entre sí se deben cariño, unión, edificación y ayuda. Se debe, además, un amor especial a los abuelos, tíos, primos, sobrinos, etc.

Este mandamiento obliga también a los patronos con respecto a sus sirvientes, a los que deben tratar benignamente, instruirlos, corregirlos, y pagarles el debido salario. Correspondientemente, obliga a los criados con respecto a sus

⁴⁹⁷ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2248-2251.

amos, a los que deben respeto, obediencia y fidelidad; y a los obreros respecto a sus patrones.

Obliga además este mandamiento a los maestros y a los alumnos, ya que la sociedad escolar es como una prolongación de la familia, exigiendo de ellos el cumplimiento de sus deberes profesionales.

Finalmente este mandamiento nos impone el amor y la piedad hacia la Patria (la palabra «patria» viene de «padres»), la tierra de nuestros mayores. Es la virtud del patriotismo que nos exige tener por nuestra Patria un amor de predilección, respetando y honrando su historia, tradición y destino, sirviéndola en el cumplimiento de sus leyes, defendiéndola contra los enemigos interiores y exteriores. Si uno no ama la Patria que ve, ¿cómo amará la Patria celestial que no ve? Jesús lloró por la suya.

«La autoridad pública está obligada a respetar los derechos fundamentales de la persona humana y las condiciones del ejercicio de su libertad.

El deber de los ciudadanos es cooperar con las autoridades civiles en la construcción de la sociedad en un espíritu de verdad, justicia, solidaridad y libertad.

El ciudadano está obligado en conciencia a no seguir las prescripciones de las autoridades civiles cuando son contrarias a las exigencias del orden moral. “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (*He 5, 29*).

Toda sociedad refiere sus juicios y su conducta a una visión del hombre y de su destino. Si se prescinde de la luz del Evangelio sobre Dios y sobre el hombre, las sociedades se hacen fácilmente totalitarias». ⁴⁹⁸

⁴⁹⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2254-2257.

QUINTO MANDAMIENTO NO MATAR

Este mandamiento nos obliga, positivamente, a conservar la propia vida, y negativamente, a evitar el suicidio, la propia mutilación, el descuido de los bienes humanos, el escándalo que induce a otro a hacer el mal, a drogarse, a no caer en excesos en la comida, la bebida, el tabaco y las medicinas, a no conducir en estado de embriaguez o a altas velocidades, etc.⁴⁹⁹

Asimismo nos prohíbe dar muerte a otra persona injustamente, sea por homicidio, o feticidio (aborto), o genocidio, o eutanasia, etc. Pero también hay que saber que «La prohibición de causar la muerte no suprime el derecho de impedir que un injusto agresor cause daño. La legítima defensa es un deber grave para quien es responsable de la vida de otro o del bien común».⁵⁰⁰

También el duelo queda prohibido ya que los duelistas van decididos a matar o morir, a herir gravemente o a serlo. El secuestrar o tomar rehenes son moralmente ilegítimos. El terrorismo, que mata sin discriminación. La tortura, las amputaciones, mutilaciones o esterilizaciones directamente voluntarias (salvo los casos de prescripciones médicas de orden estrictamente terapéutico) son contrarias a la ley moral.

Este mandamiento nos recuerda la obligación de trabajar por la paz y evitar la guerra. «El quinto mandamiento condena la destrucción voluntaria de la vida humana. A causa de los males y de las injusticias que ocasiona toda guerra, la Iglesia insta constantemente a todos a orar y actuar para que la Bondad divina nos libre de la antigua servidumbre de la guerra.

⁴⁹⁹ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2290.

⁵⁰⁰ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2321.

Todo ciudadano y todo gobernante están obligados a empeñarse en evitar las guerras.

Sin embargo, «mientras exista el riesgo de guerra y falte una autoridad internacional competente y provista de la fuerza correspondiente, una vez agotados todos los medios de acuerdo pacífico, no se podrá negar a los gobiernos el derecho a la legítima defensa».⁵⁰¹

La carrera armamentista, la acumulación de armas (en especial las de destrucción masiva como las atómicas, las biológicas o químicas), la producción y el comercio de tales armas, etc., atentan contra la justa paz. Asimismo «las injusticias, las desigualdades excesivas de orden económico o social, la envidia, la desconfianza y el orgullo, que existen entre los hombres y las naciones, amenazan sin cesar la paz y causan las guerras. Todo lo que se hace para superar estos desórdenes contribuye a edificar la paz y evitar la guerra:

En la medida en que los hombres son pecadores, les amenaza y les amenazará hasta la venida de Cristo, el peligro de guerra; en la medida en que, unidos por la caridad, superan el pecado, se superan también las violencias hasta que se cumpla la palabra: “De sus espadas forjarán arados y de sus lanzas podaderas. Ninguna nación levantará ya más la espada contra otra y no se adiestrarán más para el combate” (Is 2, 4)⁵⁰²».⁵⁰³

⁵⁰¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2307-2308.

⁵⁰² CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 78, 6.

⁵⁰³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2317.

SEXTO MANDAMIENTO NO COMETER ACTOS IMPUROS

Por este mandamiento se nos manda ser puros de pensamiento, palabra y acción. La virtud de la pureza, prescrita por estos dos mandamientos, es una de las más hermosas y delicadas. Tres consejos daba San Agustín para practicarla convenientemente: 1º Rezar, frecuentar los Sacramentos, sobre todo la Confesión y Comunión, tener una gran devoción a la Santísima Virgen; 2º huir de las ocasiones de pecados de impureza y rechazar una y mil veces las tentaciones; 3º mortificar el cuerpo haciendo que se acostumbre a obedecer al alma.

San Pablo da diversos motivos por los cuales debemos conservar la pureza de nuestro cuerpo: porque el cuerpo «es para el Señor que nos resucitará también a nosotros con su poder»; porque nuestros cuerpos «son miembros de Cristo»; porque «son templo del Espíritu Santo»; porque nuestros cuerpos no nos pertenecen ya que «¡han sido comprados, y a que precio!»; porque hay que «glorificar a Dios en nuestros cuerpos» (1 Co 6, 12-20).

Dios creó al hombre y a la mujer, les dio a cada uno un sexo complementario y, para que trasmitiesen la vida, hizo que la unión sexual se hiciese con placer. Buscar ese placer sexual, ya sea solo, ya acompañado pero fuera del matrimonio, ya en el matrimonio pero impidiendo artificialmente la transmisión de la vida, es pecado y pecado grave.

En esta materia no sólo se peca con las malas acciones sino también consintiendo a los malos pensamientos o deseos, con miradas, tocamientos, lecturas, cantos obscenos, conversaciones malas, películas pornográficas, etc.

«Hay que tener en cuenta, entonces, que: “el amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano”⁵⁰⁴

Al crear al ser humano hombre y mujer, Dios confiere la dignidad personal de manera idéntica a uno y a otra. A cada uno, hombre y mujer, corresponde reconocer y aceptar su identidad sexual.

Cristo es el modelo de la castidad. Todo bautizado es llamado a llevar una vida casta, cada uno según su estado de vida.

La castidad significa la integración de la sexualidad en la persona. Entraña el aprendizaje del dominio personal.

Entre los pecados gravemente contrarios a la castidad se deben citar la masturbación, la fornicación, las actividades pornográficas y las prácticas homosexuales.

La alianza que los esposos contraen libremente implica un amor fiel. Les confiere la obligación de guardar indisoluble su matrimonio.

La fecundidad es un bien, un don, un fin del matrimonio. Dando la vida, los esposos participan de la paternidad de Dios.

La regulación de la natalidad representa uno de los aspectos de la paternidad y la maternidad responsables. La legitimidad de las intenciones de los esposos no justifica el recurso a medios moralmente reprobables (p.ej., la esterilización directa o la anticoncepción).

El adulterio y el divorcio, la poligamia y la unión libre son ofensas graves a la dignidad del matrimonio».⁵⁰⁵

⁵⁰⁴ FAMILIARIS CONSORTIO, 81

⁵⁰⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2392-2400.

SÉPTIMO MANDAMIENTO NO ROBAR

Por este mandamiento estamos obligados a dar a cada cual lo que de derecho le corresponde. Si uno viola la justicia, sacando lo que es ajeno, está obligado a restituir, para que el prójimo no quede despojado de una cosa que en rigor es suya. Todos tienen derecho a disponer de las cosas propias como propias, aunque sin olvidar su función social.

Se prohíbe:

- el hurto o robo, o sea, el apoderarse de una cosa ajena;
- la compra de cosas robadas;
- el fraude o engaño en el comercio, en el peso, en el precio, en la calidad, en el número o medida, etc;
- el que los obreros que no han cumplido su trabajo, exijan la paga completa;
- el que los patrones no paguen al obrero el justo salario, pecado éste que «clama al cielo» (*Sant 5, 1-4*);
- la usura: «el que hace usura mata al hombre»;⁵⁰⁶
- el no pagar las deudas;
- el acaparamiento: «al que acapara... lo maldice el pueblo» (*Pr 11, 26*).

El Catecismo de la Iglesia Católica presenta este resumen:

«“No robarás” (*Dt 5, 19*). “Ni los ladrones, ni los avaros..., ni los rapaces heredarán el Reino de Dios” (*1 Co 6,10*).

⁵⁰⁶ CATECISMO ROMANO, III, VII, 11; el CATECISMO cita una sentencia de CATÓN EL CENSOR, que narra CICERÓN en el libro 2 de los *Oficios*, XXV.

El séptimo mandamiento prescribe la práctica de la justicia y de la caridad en el uso de los bienes terrenos y de los frutos del trabajo de los hombres.

Los bienes de la creación están destinados a todo el género humano. El derecho a la propiedad privada no anula el destino universal de los bienes.

El séptimo mandamiento prohíbe el robo. El robo es la usurpación del bien ajeno contra la voluntad razonable de su dueño.

Toda manera de tomar y de usar injustamente un bien ajeno es contraria al séptimo mandamiento. La injusticia cometida exige reparación. La justicia conmutativa impone la restitución del bien robado.

La ley moral prohíbe los actos que, con fines mercantiles o totalitarios, llevan a esclavizar a los seres humanos, a comprarlos, venderlos y cambiarlos como si fueran mercaderías.

El dominio, concedido por el Creador, sobre los recursos minerales, vegetales y animales del universo, no puede ser separado del respeto de las obligaciones morales frente a todos los hombres, incluidos los de las generaciones venideras.

Los animales están confiados a la administración del hombre que les debe benevolencia. Pueden servir a la justa satisfacción de las necesidades del hombre.

La Iglesia pronuncia un juicio en materia económica y social cuando lo exigen los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas. Cuida del bien común temporal de los hombres en razón de su ordenación al supremo Bien, nuestro fin último.

El hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económica y social. El punto decisivo de la cuestión social estriba en que los bienes creados por Dios para todos lleguen de hecho a todos, según la justicia y con la ayuda de la caridad.

El valor primordial del trabajo atañe al hombre mismo que es su autor y su destinatario. Mediante su trabajo, el hombre participa en la obra de la creación. Unido a Cristo, el trabajo puede ser redentor.

El desarrollo verdadero es el del hombre en su integridad. Se trata de hacer crecer la capacidad de cada persona a fin de responder a su vocación y, por lo tanto, a la llamada de Dios.

La limosna hecha a los pobres es un testimonio de caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios.

En la multitud de seres humanos sin pan, sin techo, sin patria, hay que reconocer a Lázaro, el mendigo hambriento de la parábola. En dicha multitud hay que oír a Jesús que dice: “Cuanto dejasteis de hacer con uno de éstos, también conmigo dejasteis de hacerlo” (*Mt 25, 45*)». ⁵⁰⁷

OCTAVO MANDAMIENTO

NO LEVANTAR FALSO TESTIMONIO NI MENTIR

Todos los cristianos deben vivir «abrazados a la verdad» (*Ef 4, 15*), para que «despojándose de toda mentira hable cada uno verdad con su prójimo, pues que todos somos miembros unos de otros» (*Ef 4, 25*).

Se prohíbe:

– la mentira: «aléjate de toda mentira» (*Ex 23, 7*);

⁵⁰⁷ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2450-2463.

– la simulación, que es una ficción con el fin de causar un juicio erróneo;

– la hipocresía, que fue el pecado de los fariseos: Entre dos males, «es más leve el pecar abiertamente que el simular la santidad»,⁵⁰⁸ porque una bondad fingida no es tal, sino doble pecado: «falta de santidad y simulación de la misma»,⁵⁰⁹

– la difamación, o sea, el quitar la fama al prójimo ausente;

– la calumnia, es decir, el imputar al prójimo una acción mala no cometida;

– el juicio temerario, o sea, el creer sin motivo suficiente que el prójimo está en pecado o tiene mala intención;

– la murmuración o sea, el sembrar cizaña entre los amigos;

– el falso testimonio, afirmando algo falso o negando la verdad;

– la burla, poniendo al prójimo en ridículo ante los demás;

– la maldición;

– la violación de un secreto.

Un resumen de lo preceptuado en este octavo mandamiento es el siguiente:

«No darás falso testimonio contra tu prójimo» (*Ex* 20, 16). Los discípulos de Cristo se han “revestido del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (*Ef* 4, 24).

La verdad o veracidad es la virtud que consiste en mostrarse verdadero en sus actos y en sus palabras, evitando la duplicidad, la simulación y la hipocresía.

⁵⁰⁸ SAN JERÓNIMO, *In Glossa Isaías*, 16, 16.

⁵⁰⁹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* II-II, 111, 1.

El cristiano no debe “avergonzarse de dar testimonio del Señor” (2 *Tm* 1,8) en obras y palabras. El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe.

El respeto de la reputación y del honor de las personas prohíbe toda actitud y toda palabra de maledicencia o de calumnia.

La mentira consiste en decir algo falso con intención de engañar al prójimo que tiene derecho a la verdad.

Una falta cometida contra la verdad exige reparación.

La regla de oro ayuda a discernir en las situaciones concretas si conviene o no revelar la verdad a quien la pide.

“El sigilo sacramental es inviolable”. Los secretos profesionales deben ser guardados. Las confidencias perjudiciales a otros no deben ser divulgadas.

La sociedad tiene derecho a una información fundada en la verdad, la libertad, la justicia. Es preciso imponerse moderación y disciplina en el uso de los medios de comunicación social.

Las bellas artes, sobre todo el arte sacro, “están relacionadas, por su naturaleza, con la infinita belleza divina, que se intenta expresar, de algún modo, en las obras humanas. Y tanto más se consagran a Dios y contribuyen a su alabanza y a su gloria, cuanto más lejos están de todo propósito que no sea colaborar lo más posible con sus obras a dirigir las almas de los hombres piadosamente hacia Dios”⁵¹⁰».⁵¹¹

⁵¹⁰ CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilio*, 122.

⁵¹¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2504-2513.

NOVENO MANDAMIENTO NO DESEARAS LA MUJER DE TU PRÓJIMO

La «concupiscencia» se puede definir como todo movimiento del apetito sensible que contraría la obra de la razón humana. San Juan distingue tres tipos:

- la concupiscencia de la carne
- la concupiscencia de los ojos
- la soberbia de la vida

El noveno mandamiento prohíbe la concupiscencia de la carne, y la de los ojos, ya que «todo el que mira una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón» (*Mt* 5, 28). También la concupiscencia de los ojos junto con la soberbia de la vida pertenecen al décimo mandamiento, por eso se afirma que forman históricamente uno con el noveno.

El hombre, por estar compuesto de espíritu y cuerpo, desarrolla una lucha de tendencias entre el «espíritu» y la «carne». Pero, en realidad, esta lucha pertenece a la herencia del pecado.

Veamos, ahora, qué medios tenemos para combatir este deseo desordenado del ser humano:

1. La purificación del corazón:

«de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones», (*Mt* 15, 19). La lucha contra la concupiscencia pasa por la purificación del corazón. Y si en esto queremos vencer, debemos ser «limpios de corazón»; así ajustaremos nuestra inteligencia y nuestra voluntad a las exigencias de la santidad de Dios y además poseeremos la promesa de ver a Dios cara a cara, como claramente lo dice

nuestro señor Jesucristo en la sexta bienaventuranza: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios» (*Mt* 5, 8).

2. El combate por la pureza:

– mediante la virtud y el don de la castidad; ya que ésta permite amar con rectitud, da una gran fecundidad espiritual, y nos hace totalmente libres para tender a Dios.

– mediante la pureza de intención; que consiste en realizar en todo la voluntad de Dios.

– mediante la pureza de la mirada exterior e interior; «la vista despierta la pasión de los insensatos» (*Sb* 15, 5).

– mediante la oración: «sin la gracia de Dios es imposible el triunfo completo sobre nuestra propia concupiscencia; y esa gracia de Dios está prometida infaliblemente a la oración revestida de las debidas condiciones».⁵¹²

«La buena nueva de Cristo renueva continuamente la vida y la cultura del hombre caído; combate y elimina los errores y males que brotan de la seducción, siempre amenazadora, del pecado. Purifica y eleva sin cesar las costumbres de los pueblos. Con las riquezas de lo alto fecunda, consolida, completa y restaura en Cristo, como desde dentro, las bellezas y cualidades espirituales de cada pueblo o edad».⁵¹³

«El noveno mandamiento pone en guardia contra el desorden o concupiscencia de la carne.

La pureza del corazón nos alcanzará el ver a Dios: nos da desde ahora la capacidad de ver según Dios todas las cosas. La purificación del corazón es imposible sin la oración, la práctica de la castidad y la pureza de intención y de mirada. La pureza

⁵¹² ROYO MARIN, O.P., *Teología de la perfección cristiana*, B.A.C., Madrid 1968, p. 330.

⁵¹³ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 58, 4.

del corazón requiere el pudor, que es paciencia, modestia y discreción. El pudor preserva la intimidad de la persona».⁵¹⁴

DÉCIMO MANDAMIENTO *NO CODICIAR LOS BIENES AJENOS*

Con este mandamiento se completa el noveno, que trata sobre la concupiscencia de la carne, y juntos hacen un resumen de todos los preceptos de la Ley.

Se prohíbe en el décimo mandamiento la codicia del bien ajeno, haciendo mas referencia a la intención del corazón; esta codicia tiene su origen en la idolatría, condenada en las tres primeras prescripciones de la Ley.

El apetito sensible nos impulsa a desear cosas agradables que no poseemos, las cuales en sí pueden ser buenas (como comer cuando se tiene hambre), pero estos deseos con frecuencia no guardan la medida de la razón y nos empuja a desear cosas con desorden que no son nuestras.

Este mandamiento prohíbe también la avaricia, y el deseo inmoderado de apropiación de bienes.

La envidia es otra prohibición que exige el último de los mandamientos: «la muerte entró al mundo por la envidia del diablo»,⁵¹⁵ por eso debemos desterrar de nuestro corazón este pecado capital, que sólo manifiesta la tristeza ante el bien del prójimo y el deseo desordenado de poseerlo, aunque sea de forma indebida.⁵¹⁶

⁵¹⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2528-2533.

⁵¹⁵ Cf. *Sb* 2, 24.

⁵¹⁶ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2539

Contra todo esto, Jesucristo exhorta a sus discípulos a «renunciar a todos sus bienes» (*Lc* 14, 33) «por él y por el evangelio»,⁵¹⁷ y promete para los que cumplan con su exhortación, la posesión del Reino. «Bienaventurados los pobres de corazón, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Nos corresponde, por tanto, luchar con la gracia de lo alto, para obtener los bienes que Dios promete.

Por tanto, si queremos poseer y contemplar a Dios, necesitamos mortificar las concupiscencias, y así vencer las seducciones del placer, del poder y del tener.

«Donde está tu tesoro allí estará tu corazón» (*Mt* 6,21).

El bautizado combate la envidia mediante la benevolencia, la humildad y el abandono en la providencia de Dios.

Los fieles cristianos “han crucificado la carne con sus pasiones y sus concupiscencias” (*Ga* 5,24); son guiados por el Espíritu y siguen los deseos del Espíritu.

El desprendimiento de las riquezas es necesario para entrar en el Reino de los cielos. “Bienaventurados los pobres de corazón”.

El hombre que anhela dice: “Quiero ver a Dios”. La sed de Dios es saciada por el agua de la vida eterna⁵¹⁸».⁵¹⁹

«El que ama no hace cálculos, no busca ventajas. Actúa en secreto y gratuitamente a favor de sus hermanos, sabiendo que cada hombre, sea quien sea, tiene un valor infinito. En Cristo no hay personas superiores o inferiores. No hay más que miembros de un mismo cuerpo, que quieren la felicidad unos de otros y que desean construir un mundo acogedor para todos. Por los gestos de atención y por nuestra participación activa en la vida social, testimoniamos a nuestro prójimo que queremos ayudarle para

⁵¹⁷ Cf. *Mc* 8, 35.

⁵¹⁸ Cf. *Jn* 4,14.

⁵¹⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2551-2557.

CARLOS MIGUEL BUELA

que llegue a ser él mismo y a dar lo mejor de sí para su promoción personal y para el bien de toda la comunidad humana. La fraternidad se impone sobre la voluntad de dominio, y el servicio sobre la tentación de poder. Queridos jóvenes, lleváis en vosotros capacidades extraordinarias de entrega, de amor y de solidaridad. El Señor quiere reavivar esta generosidad inmensa que anima vuestro corazón. Os invito a beber a la fuente de la vida, que es Cristo, a fin de inventar cada día los medios para servir a vuestros hermanos en el seno de la sociedad en la cual os corresponde asumir vuestras responsabilidades de hombre y de creyentes».

*Juan Pablo II,
A los jóvenes en la XII Jornada Mundial de la juventud,
22 de Agosto de 1997.*

CUARTA PARTE

LO QUE HAY QUE REZAR

LA ORACIÓN CRISTIANA

«La ayuda de Dios llega a vosotros a través de la oración. Vuestra unión con Cristo será el secreto de vuestra efectividad, y se fortalece con vuestra oración, con vuestro diálogo con Dios, levantando el corazón hacia Él».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes de Terranova (Canadá),
19 de septiembre de 1984.*

SECCIÓN 1:
**LA ORACIÓN
EN LA VIDA
CRISTIANA**

CAP. 1: La revelación de la oración. (2566-2649) [p. 311]

ART. 1: En el antiguo testamento. [p. 312]
ART. 2: La plenitud de los tiempos. [p. 313]
ART. 3: En el tiempo de la Iglesia.

CAP. 2: La tradición de la oración. (2650-2696) [p. 317]

ART. 1: Las fuentes de la oración. [p. 317]
ART. 2: El camino de la oración. [p. 320]
ART. 3: Maestros y lugares de oración. [p. 320]

CAP. 3: La vida de oración. (2697-2758) [p. 323]

ART. 1: Las expresiones de la oración. [p. 323]
ART. 2: El combate de la oración. [p. 334]

SECCIÓN 2:
**LA ORACION
DEL SEÑOR:
«PADRE
NUESTRO»**

El Padre Nuestro. (2759-2865) [p. 195]

ART. 1: Resumen de todo el evangelio.
ART. 2: Padre Nuestro que estas en el cielo.
ART. 3: Siete peticiones.

PRIMERA SECCIÓN

LA ORACIÓN EN LA VIDA CRISTIANA

«Por medio de la oración poseeréis a Cristo y podréis comunicarlo a los demás. Y ésta es la mayor contribución que podéis hacer en vuestra vida: comunicar a Cristo a el mundo... En todas las circunstancias de vuestra vida encontraréis que Jesús está con vosotros: Él está cerca de vosotros en la oración. Es la oración la que traerá alegría a vuestras vidas y os ayudará a superar los obstáculos de la vida cristiana. Recordad las palabras de Santiago: “¿Está afligido alguno entre vosotros? Ore”»

*Juan Pablo II,
a los jóvenes de Cardiff (Gran Bretaña),
13 de junio de 1982.*

CAPÍTULO PRIMERO

LA REVELACIÓN DE LA ORACIÓN

1. ¿QUÉ ES LA ORACIÓN?

Por ser Dios espíritu puro y personal, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y tener nosotros un alma espiritual y personal, entre Dios y cada uno de nosotros se puede establecer una corriente de pensamientos, afectos y palabras. Eso es la oración: la elevación de la mente y del corazón a Dios.

Santa Teresita del Niño Jesús decía: «Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada al cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría».⁵²⁰

San Juan Damasceno enseñaba que «la oración es la elevación del alma hacia Dios»⁵²¹ o también: «la petición a Dios de bienes convenientes».⁵²²

La oración es muy necesaria para nuestra vida espiritual, como repetidamente lo enseña Jesús: «Vigilad y orad» (*Mt* 26, 41), «es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer» (*Lc* 18, 1), «pedid y recibiréis» (*Mt* 7, 7). Por eso enseña San Alfonso María de Liguorio: «el que reza se salva; y el que no reza se condena».⁵²³

⁵²⁰ *Manuscrit*, 25r: *Manuscrits autobiographiques*, París 1992, p. 389-390.

⁵²¹ *De Fide* I, 3, 24: ML 39, 1887.

⁵²² *Ibid.*

⁵²³ *Del gran medio de la Oración*, parte I, c. 1.

1. LA REVELACIÓN DE LA ORACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

«Dios llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso con Él. La oración acompaña a toda la historia de la salvación como una llamada recíproca entre Dios y el hombre.

La oración de Abraham y de Jacob aparece como una lucha de fe vivida en la confianza a la fidelidad de Dios, y en la certeza de la victoria prometida a quienes perseveran.

La oración de Moisés responde a la iniciativa del Dios vivo para la salvación de su pueblo. Prefigura la oración de intercesión del único mediador, Cristo Jesús.

La oración del pueblo de Dios se desarrolla a la sombra de la Morada de Dios, del Arca de la Alianza y del Templo, bajo la guía de los pastores, especialmente del rey David, y de los profetas.

Los profetas llaman a la conversión del corazón y, al buscar ardientemente el rostro de Dios, como hizo Elías, interceden por el pueblo.

Los salmos constituyen la obra maestra de la oración en el Antiguo Testamento. Presentan dos componentes inseparables: individual y comunitario. Y cuando conmemoran las promesas de Dios ya cumplidas y esperan la venida del Mesías, abarcan todas las dimensiones de la historia.

Rezándolos en referencia a Cristo y viendo su cumplimiento en Él, los Salmos son elemento esencial y permanente de la oración de su Iglesia. Se adaptan a los hombres de toda condición y de todo tiempo».⁵²⁴

⁵²⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2590-2597.

2. LA REVELACIÓN DE LA ORACIÓN EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS.

«En el Nuevo Testamento el modelo perfecto de oración se encuentra en la oración filial de Jesús. Hecha con frecuencia en la soledad, en lo secreto, la oración de Jesús entraña una adhesión amorosa a la voluntad del Padre hasta la cruz y una absoluta confianza en ser escuchada.

En su enseñanza, Jesús instruye a sus discípulos para que oren con un corazón purificado, una fe viva y perseverante, una audacia filial. Les insta a la vigilancia y les invita a presentar sus peticiones a Dios en su Nombre. El mismo escucha las plegarias que se le dirigen.

La oración de la Virgen María, en su *Fiat* y en su *Magnificat*, se caracteriza por la ofrenda generosa de todo su ser en la fe». ⁵²⁵

2. FORMAS DE ORACIÓN

No sólo rezamos cuando le pedimos algo a Dios, sino que también rezamos:

– cuando adoramos a Dios, amándolo con todo nuestro corazón y dándole el culto supremo que a Él sólo le debemos;

– cuando alabamos a Dios, elogiándolo y celebrándolo por todas sus maravillas, gozándonos en ellas, como hacía San Francisco de Asís en su «Cántico de las criaturas». Nuestro Martín Fierro se admiraba de las estrellas: «y que Dios las haiga criado para consolarme en ellas»; ⁵²⁶

– cuando le damos gracias por todos los beneficios recibidos;

⁵²⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2620-2622.

⁵²⁶ JOSÉ HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*, parte I, canto IX, 1449-1450.

– cuando apelamos a las cosas sagradas como por ejemplo, al decir: «Por tu gran misericordia, Dios mío, escúchanos» (*Dn* 9, 18), «Por tu nacimiento, líbranos, Señor».⁵²⁷

Asimismo caben distintas maneras de pedir algo a Dios:

– cuando nuestra petición se refiere a algo determinado es lo que llamamos rogativas o postulaciones;

– cuando nos limitamos a exponer un hecho, por ejemplo, «aquel a quien amas está enfermo» (*Jn* 11, 3), se trata de una insinuación.

– cuando se dirige a algo indeterminado, es la súplica.

«El Espíritu Santo que enseña a la Iglesia y le recuerda todo lo que Jesús dijo, la educa también en la vida de oración, suscitando expresiones que se renuevan dentro de unas formas permanentes de orar: bendición, petición, intercesión, acción de gracias y alabanza.

Gracias a que Dios le bendice, el hombre en su corazón puede bendecir, a su vez, a Aquel que es la fuente de toda bendición.

La oración de petición tiene por objeto el perdón, la búsqueda del Reino y cualquier necesidad verdadera.

La oración de intercesión consiste en una petición en favor de otro. No conoce fronteras y se extiende hasta los enemigos.

Toda alegría y toda pena, todo acontecimiento y toda necesidad pueden ser motivo de oración de acción de gracias, la cual, participando de la de Cristo, debe llenar la vida entera: “En todo dad gracias” (*1 Te* 5,18).

⁵²⁷ MISAL ROMANO, *Letanias de los Santos*.

La oración de alabanza, totalmente desinteresada, se dirige a Dios; canta para El y le da gloria no sólo por lo que ha hecho sino porque Él es». ⁵²⁸

3. ¿QUÉ COSAS HAY QUE PEDIR?

Principalmente, las cosas que son necesarias para nuestra eterna salvación, o sea, vivir en gracia y perseverar en ella hasta el fin de nuestra vida, no caer en pecado o salir de él, poder recibir frecuentemente los sacramentos, es decir, todo lo que se refiera a nuestra vida sobrenatural. Secundariamente, se puede y debe pedir las cosas temporales, pero únicamente si son para mejor servicio de Dios y salvación del alma, que muchas veces estos bienes temporales, como la salud, el dinero, el confort, etc., se vuelven un mal para nosotros. Por eso, aún cuando Dios nos da siempre lo necesario para nuestra salvación eterna porque «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 *Tim* 2, 4), no siempre nos concede los bienes temporales que le pedimos porque, en ocasiones, podrían ser para nuestro mal, así como una madre no da veneno a su hijo aunque éste se lo pida.

Dios es misericordioso cuando nos da lo que le pedimos, y también es justo, bueno y misericordioso cuando no nos da lo que le pedimos, porque en ambos casos obra así por nuestro bien: «todo sucede para bien de los que aman a Dios» (*Ro* 8, 28).

4. ¿A QUIÉN PEDIR?

Directamente sólo se puede pedir a Dios, como dice el Salmo: «La gracia y la gloria las da el Señor» (*Sl* 84, 12).

⁵²⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2644-2649.

Indirectamente, para que nos consigan algo de Dios, se puede y se debe orar a los ángeles, a los santos y especialmente a la Santísima Virgen María.

5. ¿POR QUIÉN ORAR?

No sólo debemos rezar por nosotros sino también por nuestro prójimo: «orad unos por otros para que os salvéis» (*Sant* 5, 16), particularmente por las almas del Purgatorio.

Incluso debemos rezar por nuestros enemigos, para que se conviertan: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen» (*Mt* 5, 44).

6. SABER ESCUCHAR

La oración no es un monólogo (donde habla sólo uno) sino un diálogo (donde hablan dos). Un diálogo entre Dios y nosotros, de ahí que no sólo debemos aprender a hablar a Dios, sino, también, a escucharlo.

Como Dios no habla con palabras sensibles sino con palabras inteligibles debemos ejercitarnos en el silencio interior. No escuchamos a Dios con los oídos del cuerpo, sino con los oídos del alma por medio de los diversos movimientos de la gracia.

Dios que es supremamente inteligente y bueno se comunica al alma para transmitirle lo que quiere, y lo sabe hacer de tal manera que uno acaba por enterarse de su voluntad o de su deseo.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA TRADICIÓN DE LA ORACIÓN

«La oración no se reduce al brote espontáneo de un impulso interior: para orar es necesario querer orar. No basta sólo con saber lo que las Escrituras revelan sobre la oración: es necesario también aprender a orar. Pues bien, por una transmisión viva (la Sagrada Tradición), el Espíritu Santo, en la “Iglesia creyente y orante”, enseña a orar a los hijos de Dios». ⁵²⁹

1. LAS FUENTES DE LA ORACIÓN

1. LA PALABRA DE DIOS

«La Iglesia “recomienda insistentemente a todos sus fieles ... la lectura asidua de la Escritura para que adquieran ‘la ciencia suprema de Jesucristo’ (*F/p* 3, 8)... Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues ‘a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras’ (San Ambrosio)”⁵³⁰», ⁵³¹

Santa Teresita del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia, escribía: «Es sobre todo el Evangelio lo que me ocupa durante mis oraciones. En él descubro siempre nuevas luces, sentidos escondidos y misteriosos». ⁵³²

⁵²⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2650.

⁵³⁰ *De officiis ministrorum*, 1, 88: PL 16, 50.

⁵³¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2653.

⁵³² *Manuscritos autobiográficos*, A 83v.

2. LA ORACIÓN LITÚRGICA

La oración litúrgica es la oración de toda la Iglesia; de la Cabeza, Cristo, y de los miembros, nosotros.

Es la obra de Cristo, presente en la Iglesia, que da gloria a Dios, especialmente inmolándose en el Santo Sacrificio de la Misa, y que santifica a los hombres, especialmente por los sacramentos: «Cuando alguien bautiza es Cristo que bautiza».⁵³³ Cristo está entre nosotros de muy diversas maneras, hablándonos a través de su Palabra: «Ignorar la Sagrada Escritura es ignorar a Cristo»,⁵³⁴ suplicando y cantando salmos con nosotros: «Donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (*Mt* 18, 20). Decimos, pues, que por la liturgia, Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados.

La oración litúrgica, por ser «obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es la acción sagrada por excelencia... y no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia».⁵³⁵ De ahí que debemos participar en ella plena, consciente y activamente. Debemos comprender los sagrados ritos, imbuirnos del espíritu de los distintos tiempos del año litúrgico, conocer la riqueza que se esconde en la liturgia católica y defenderla; en una palabra, valorar la liturgia dándole la primera prioridad en nuestra vida de piedad.

La oración litúrgica –Santa Misa, Sacramentos, Oficio Divino, Canto Litúrgico, etc.–es la oración de toda la Iglesia que ya desde la tierra toma parte en la liturgia celestial: «Tenemos un Pontífice que está sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos» (*Heb* 8, 1). Gracias a ella es el Espíritu Santo el que de algún modo habla a través de la Iglesia:

⁵³³ SAN AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium Tractatus* 6, cap. 1, n° 7.

⁵³⁴ SAN JERÓNIMO, *Comentarios a Isaías*, Prólogo: CCL 73, 1 (PL 24, 17).

⁵³⁵ CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 7.

«El Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene» (Ro 8, 26), y Cristo mismo, Sumo y Eterno Sacerdote, es quien da a su Iglesia la garantía de ser escuchada: «Cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo dará» (Jn 16, 23).

3. LAS VIRTUDES TEOLOGALES

«Se entra en oración como se entra en la liturgia: por la puerta estrecha de la fe. A través de los signos de su presencia, es el rostro del Señor lo que buscamos y deseamos, es su palabra lo que queremos escuchar y guardar.

El Espíritu Santo nos enseña a celebrar la liturgia esperando el retorno de Cristo, nos educa para orar en la esperanza: “En el Señor puse mi esperanza, él se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor” (Sl 40, 2)...

“La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Ro 5, 5). La oración, formada en la vida litúrgica, saca todo del amor con el que somos amados en Cristo y que nos permite responder amando como Él nos ha amado. El amor es la fuente de la oración: quien bebe de ella, alcanza la cumbre de la oración:

“Te amo, Dios mío, y mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida. Te amo, Dios mío infinitamente amable, y prefiero morir amándote a vivir sin amarte. Te amo, Señor, y la única gracia que te pido es amarte eternamente... Dios mío, si mi lengua no puede decir en todos los momentos que te amo, quiero que mi corazón te lo repita cada vez que respiro” (San Juan Bautista María Vianney, el “Cura de Ars”)⁵³⁶,⁵³⁷

⁵³⁶ Oración, en B. NODET, *Le Curé d'Ars. Sa pensée-son coeur* (Le Puy 1966), p. 45.

2. EL CAMINO DE ORACIÓN

«La oración está dirigida principalmente al Padre; igualmente se dirige a Jesús, en especial por la invocación de su santo Nombre: “Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ¡ten piedad de nosotros, pecadores!”

“Nadie puede decir: ‘Jesús es Señor’, sino por influjo del Espíritu Santo” (1 Co 12, 3). La Iglesia nos invita a invocar al Espíritu Santo como Maestro interior de la oración cristiana.

En virtud de su cooperación singular con la acción del Espíritu Santo, la Iglesia ora también en comunión con la Virgen María para ensalzar con ella las maravillas que Dios ha realizado en ella y para confiarle súplicas y alabanzas». ⁵³⁸

3. MAESTROS Y LUGARES DE ORACIÓN

«En su oración, la Iglesia peregrina se asocia con la de los santos cuya intercesión solicita.

Las diferentes espiritualidades cristianas participan en la tradición viva de la oración y son guías preciosos para la vida espiritual.

La familia cristiana es el primer lugar de educación para la oración.

Los ministros ordenados, la vida consagrada, la catequesis, los grupos de oración, la “dirección espiritual” aseguran en la Iglesia una ayuda para la oración.

Los lugares más favorables para la oración son el oratorio personal o familiar, los monasterios, los santuarios de peregrinación y, sobre todo, el templo que es el lugar propio de

⁵³⁷ CATECISMO DE IGLESIA CATÓLICA, 2656-2658.

⁵³⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2680-2682.

la oración litúrgica para la comunidad parroquial y el lugar privilegiado de la adoración eucarística». ⁵³⁹

«Los verdaderos centros del mundo y de la historia de la salvación no son las activas capitales de la política y de la economía, del dinero y del poder terreno. Los auténticos centros de la historia son los lugares silenciosos de oración, donde se reúnen los hombres para rezar. En estos lugares se realiza, de forma particularmente intensa, el encuentro de este mundo con el mundo celestial, de la Iglesia peregrina en la tierra con la Iglesia triunfante y eterna del cielo. En dichos lugares acontece algo más grande y decisivo para la vida y para la muerte que en las grandes capitales, donde se piensa que se está situado en el pulso del tiempo y que se gira en la rueda de la historia del mundo».

*Juan Pablo II,
Alocución en Kevelaer, Alemania,
2 de mayo de 1987.*

⁵³⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2692-2696.

CAPÍTULO TERCERO

LA VIDA DE ORACIÓN

1. LAS EXPRESIONES DE LA ORACIÓN

«Es necesario acordarse de Dios más a menudo que de respirar», decía San Gregorio Nacianceno⁵⁴⁰ para darnos a entender qué necesario es para el cristiano llevar una vida de oración.

«La Iglesia invita a los fieles a una oración regulada: oraciones diarias, Liturgia de la Horas, Eucaristía dominical, fiesta del año litúrgico.

La tradición cristiana contiene tres importantes expresiones de la vida de oración: la oración vocal, la meditación y la oración de contemplación. Las tres tienen en común el recogimiento del corazón».⁵⁴¹

GRADOS DE LA ORACIÓN

El progreso en la oración coincide con el avance del alma por el camino de la santidad. Consiste la santidad en la unión con Dios por el amor. Y la oración es fruto que brota del amor a Dios. Cuanto amas, tanto oras.

La vida cristiana, como toda vida, tiende de suyo a desarrollarse. La semilla de vida eterna depositada en nuestra alma por el Bautismo –gracia, virtudes y dones– lleva en sí una fuerza de crecimiento que sólo se frena cuando florece en la plenitud de la gloria, que es el Cielo. Por eso la gracia es el

⁵⁴⁰ *Oratio* 27 (theologica 1), 4: SC 250, 78 (PG: 36, 16).

⁵⁴¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2720-2721.

preludio de la vida eterna, es la vida eterna comenzada. Pues bien, la vida de santidad, que nace en el Bautismo y culmina en el Cielo, conoce grados según la mayor o menor intensidad del amor a Dios. Y como esa intensidad se manifiesta principalmente en la oración —el que ama quiere comunicarse con el amado— se puede conocer cuál es el grado de virtud de cada uno por el grado de oración en que se encuentra.

La vida cristiana es esencialmente una —porque única es la gracia, que es la esencia de la vida cristiana— pero tiene dos etapas fundamentales. En la primera de ellas actúa preponderantemente la razón del hombre iluminada por la fe; esta etapa es llamada ascética, porque en ella el hombre hace esfuerzos activos para alcanzar la perfección y la actuación de las virtudes sobrenaturales (aunque también actúan en esta etapa los dones del Espíritu Santo). En la segunda etapa, llamada mística, actúa primordialmente el Espíritu Santo a través de sus siete dones, mientras que el hombre está en una actitud más bien pasiva, o sea, deja actuar a Dios en el alma. En las dos etapas el hombre realiza, con el auxilio de la gracia, actos verdaderamente sobrenaturales; pero en la primera, esos actos son al modo humano, con imperfecciones; en cambio, en la segunda son al modo divino: perfectos. Pongamos un ejemplo para aclarar lo que decimos: imaginemos nuestra alma como un arpa con muchas cuerdas (que son las virtudes sobrenaturales); cuando estas cuerdas son pulsadas por nosotros, estamos en la etapa predominantemente ascética, cuando son pulsadas por el Espíritu Santo, quiere decir que estamos en la etapa predominantemente mística.

Analicemos más en detalle estas dos etapas, teniendo especialmente en cuenta cómo se expresan en los diversos grados de oración.

1. ETAPA PRINCIPALMENTE ASCÉTICA

Primer Grado. La Oración Vocal

Oración vocal es la que se expresa con palabras pronunciadas con atención y piedad, que quien «no advierte cómo habla y lo que pide y quién es quien pide y a quién, no la llamo yo oración aunque mucho menee los labios».⁵⁴² En cierto sentido, todas las cosas hechas en gracia de Dios son oración, como dice San Pablo: «Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis alguna cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Co 10, 31). En este sentido, la oración debe ser continua, incesante, ininterrumpida: «orad sin cesar» (1 Te 5, 17), «es preciso orar en todo tiempo» (Lc 18, 1) y «en todo lugar» (1 Tim 2, 8).

Sin embargo esta ordenación de todas nuestras actividades a la gloria de Dios, sólo es oración en un sentido amplio. Y Dios nos pide también la oración en un sentido más estricto. Esta oración no puede ser incesante, ya que otras obligaciones nos reclaman, sino que debe durar lo que convenga para excitar el fervor interior y no más. Cuando Jesús nos dice que entremos en nuestra pieza y «cerrada la puerta oremos en lo secreto...» (Mt 6, 6), de ninguna manera nos está prohibiendo que recemos públicamente; lo que no quiere es que lo hagamos para que los hombres nos alaben en vez de hacerlo para la gloria de Dios. Asimismo cuando enseña: «al orar no seáis habladores, como los gentiles, que piensan ser escuchados por su mucho hablar» (Mt 6, 7), no nos está prohibiendo que oremos mucho, sino que charlemos mucho. El mismo Señor nos dio ejemplo de oración prolongada al pasar noches enteras en oración.⁵⁴³ «Este negocio merece tratarse más con gemidos que con palabras».⁵⁴⁴ No es necesario emplear fórmulas ya hechas para hablar con Dios; es

⁵⁴² SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas primeras* I, 7.

⁵⁴³ Cf. Lc 6, 12.

⁵⁴⁴ SAN AGUSTÍN, *Epístola 130*, c. 10: ML 33, 502.

muy conveniente hablar sencillamente como un pequeño con su padre.

a) En cuanto a las fórmulas de oración vocal las mejores son las que emplea la Iglesia: el Padre nuestro,⁵⁴⁵ el Ave María,⁵⁴⁶ el Gloria, las oraciones de la Misa, la señal de la Cruz,⁵⁴⁷ etc.

b) Otras oraciones que debemos rezar frecuentemente:

1. Salve

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve. A ti clamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y después de este destierro, muéstranos a Jesús fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

2. Gloria

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

3. Invocación al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu espíritu y nos darás nueva vida. Y renovarás la faz de la tierra.

Oremos: Dios, que has iluminado los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, haz que, guiados por este mismo

⁵⁴⁵ Cf. p. 12.

⁵⁴⁶ Cf. p. 12.

⁵⁴⁷ Cf. p. 12.

Espíritu, gustemos las cosas santas y gocemos siempre de su divino consuelo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

4. Acto de Fe

Señor mío y Dios mío: creo en Ti porque tú eres la Verdad, creo todo lo que me has revelado y la Iglesia nos enseña. Dios mío, confío en Ti, aumenta mi fe.

5. Acto de esperanza

Señor mío y Dios mío: espero en Ti porque eres bueno y fiel a tu Palabra; espero tu perdón y tu gracia, y la vida eterna que prometiste. Espero en tu Providencia y ayuda. Dios mío, fortalece mi esperanza.

6. Acto de amor

Señor mío y Dios mío: te amo porque Tú eres el Amor y la Bondad; te amo sobre todas las cosas, y amo a mis hermanos como Tú me enseñaste. Dios mío, enciende en mí el fuego de tu amor.

7. Actos de contrición

Señor mío y Dios mío: reconozco que soy pecador; he pecado contra Ti y contra mi prójimo. Me arrepiento del mal que he hecho, porque me hice indigno de tu amor y merecedor de castigo. Confío en tu misericordia porque tu Hijo Jesús murió por mí en la Cruz. Te pido que me perdones e imploro tu gracia para cumplir mi propósito de no ofenderte más.

Otro:

—Pésame, Dios mío, y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido. —Pésame por el Infierno que merecí y por el Cielo que perdí; —pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan bueno y tan grande como Vos. —Antes

querría haber muerto que haberos ofendido; –y propongo firmemente no pecar más y evitar todas las ocasiones próximas de pecado. Amén.

Segundo grado. La Meditación

Consiste en reflexionar sobre alguna verdad de nuestra fe, penetrándola, amándola y tratando de llevarla a la práctica. La inmensa mayoría de los pecadores viven en pecado por falta de reflexión: «Toda la tierra es desolación por no haber quien recapacite en su corazón» (*Jr 12, 11*).

La meditación es muy conveniente para salvarse y es absolutamente imprescindible para el alma que desee santificarse.

Los métodos de meditación son muy útiles. Como los renglones de un cuaderno sirven para que escribamos ordenadamente, esos diversos métodos nos ayudan a aprender a meditar de manera conveniente.

Podemos imaginarnos la meditación como una conversación: 1) se hacen las presentaciones; 2) se trata el tema propio de la conversación; 3) se deja hablar al corazón, agradeciendo; etc.

1. La preparación:

- Adorar a Dios que está presente;
- Decirle que todo lo que hagamos en ese rato de oración será para su gloria y no para buscarnos a nosotros mismos;
- Imaginar algo referente a lo que vamos a meditar;
- Pedirle al Señor la gracia propia de la meditación que vamos a hacer.

2. El cuerpo de la meditación:

– Recurrir a la memoria recordando el hecho o el tema que se ha elegido con todas sus circunstancias.

– Aplicar luego la inteligencia considerando y reflexionando sobre cada uno de los aspectos de la verdad meditada, demorándose en cada punto hasta que el alma se encuentre satisfecha. Hay que hacer como la abeja en la flor, no como las mariposas: extraer todo el néctar sobrenatural a las verdades meditadas, no pasar superficialmente por arriba.

– Emplear finalmente la voluntad consintiendo en lo que meditamos haciendo propósitos prácticos, dejando expandir en afectos a nuestro corazón que se ha llenado de Dios.

3. La conclusión:

– Es, quizá, lo más importante de la meditación: el coloquio o conversación. A veces podemos empezar directamente con esta conversación, sin pasar por el «cuerpo» de la meditación. El coloquio puede hacerse con Dios Padre, con Jesucristo, con la Virgen Santísima, con algún Santo en especial, con todos ellos juntos, etc. «Se hace propiamente hablando, así como un amigo habla a otro o un siervo a su señor, cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas».⁵⁴⁸ «No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho» (Santa Teresa).⁵⁴⁹

Tercer Grado. La Oración Afectiva

Es la oración en que tienen más importancia los afectos de la voluntad que la reflexión del entendimiento. Es una meditación simplificada y orientada al corazón.

⁵⁴⁸ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 54.

⁵⁴⁹ *Moradas cuartas* 1, 7; cf. *Fundaciones* 5, 2.

Consejos sobre su práctica:

- No suspender la reflexión sino cuando brota el afecto;
- No forzar los afectos. Si desaparecen, volver a la reflexión;
- No tener apuro en pasar de un afecto a otro;
- Tratar de simplificar los afectos para que ganen en intensidad;
- Recordar que el afecto reside principalmente en la voluntad y no en la sensibilidad.

Cuarto Grado. La Oración de Simplicidad

Es una simple mirada o atención o visión amorosa hacia Dios o las cosas de Dios. Una vez el Santo Cura de Ars, viendo a un feligrés que se pasaba muchas horas delante del Sagrario, le preguntó qué hacía durante ese largo tiempo: «Él me mira y yo lo miro», contestó.⁵⁵⁰

Este grado de oración se resume en mirar y amar.

Consejos prácticos:

- No adelantarse pretendiendo llegar a este tipo de oración antes de tiempo;
- Tampoco quedarse en la oración de meditación si ya se siente el gusto de la atención amorosa de Dios;
- Procurar esta atención de Dios sin violencia y con suavidad, pero luchando contra las distracciones y el embobamiento;
- No asustarse por las sequedades y arideces.

⁵⁵⁰ F. TROCHU, *El Santo Cura de Ars, San Juan María Vianney*, ed. Palabra, c. VIII, p. 235; Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA 2715.

Una prueba de que la oración que hacemos es grata a Dios la tendremos si advertimos un progreso en la práctica de todas las virtudes, especialmente en el amor a la cruz.

2. ETAPA PRINCIPALMENTE MÍSTICA.

Todos los bautizados estamos llamados, remota y suficientemente, a la oración mística, porque a todos los cristianos se «nos ha dado el Espíritu Santo» (Ro 5, 5) con sus siete dones.

Así como Jesús nos llama a un alto grado de santidad: «sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48), así también nos llama a altos grados de oración.

La oración mística es absolutamente normal en la vida cristiana.

No es un carisma extraordinario, como el de hacer milagros o profetizar, ni algo reservado sólo a los religiosos de vida contemplativa, sino el desarrollo normal de la vida de la gracia a la que todos pueden y deben tratar de llegar. Es una etapa superior de la misma y única vida sobrenatural que se nos dio en el Bautismo. La oración se conoce en esta etapa con el nombre de contemplación infusa. La gracia de la oración infusa la da el Espíritu Santo cuándo y cómo Él quiere: «no es del que quiere ni del que corre sino don de la misericordia divina» (Ro 9, 16), pero está en nosotros el disponernos para que el Espíritu Santo pueda actuar: con una creciente puridad de intención, simplicidad de espíritu, humildad de corazón, recogimiento profundo, práctica de las virtudes, perseverancia en la oración, filial devoción a la Virgen, gran amor a la Cruz. Decía San Pablo de la Cruz: «¿Cómo se prepara un alma a la oración infusa? Siendo ella un don gratuito de Dios, no se debe pretender conducir a la misma a nadie a fuerza de brazos, como se suele decir. Todo el cuidado del maestro debe consistir en

elesvarlos hasta allí por una grande costumbre de virtud y de verdadera humildad de corazón, de conocimiento de la propia nada, de desprecio de sí mismos, de verdadera obediencia ciega, haciéndoles concebir grande amor hacia esa virtud, a toda costa, de verdadera y perfecta abnegación de su propia voluntad en todo, de mortificación personal de sus inclinaciones, simpatías y antipatías. Estas son las virtudes fundamentales para el edificio espiritual y para obtener el don de la santa oración y unión con Dios: de otra suerte se construye sobre arena».551

LA CONTEMPLACIÓN: Los siguientes grados de oración

¿En qué consiste la contemplación? Dejemos la respuesta a los Santos, que de ella tuvieron experiencia:

– «es una deliciosa admiración de la verdad resplandeciente»,552

– «es una santa embriaguez que aparta el alma de la caducidad de las cosas temporales»;553 «es un anticipo de las dulces alegrías eternas»;554

– «es una sencilla intuición de la verdad que termina en un movimiento afectivo»;555

– «es ciencia de amor... que va ilustrando y enamorando el alma hasta subirle de grado en grado a Dios, su Creador»;556

– «no es más que una amorosa, simple y permanente atención del espíritu a las cosas divinas»;557 «es una vista de Dios... que procede del amor y tiende al amor».558

551 Carta del 24 de octubre de 1764.

552 Cf. RIBET, *La mystique divine*, t. I, p. I^a c. I.

553 El autor del libro *De Spiritu Sancto et Anima* (c. 32), atribuido antiguamente a SAN AGUSTÍN.

554 El autor de la famosa *Scala Claustralium*, atribuido a SAN BERNARDO, c. I.

555 SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* II-II, 180, 3 ad I et ad 3.

556 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche* II, 18, 5.

557 SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del Amor de Dios*, 1, 6, c. 3.

En la oración contemplativa también hay grados y son:

Quinto grado: El Recogimiento Infuso

«Es un recogimiento interior que se siente en el alma... que le da ganas de cerrar los ojos y no oír, ni ver ni entender sino aquello en que el alma entonces se ocupa, que es poder tratar con Dios a solas». ⁵⁵⁹

Sexto grado: La Oración de Quietud

Es una experiencia interior de la presencia de Dios que cautiva la inteligencia y la voluntad, al mismo tiempo que llena al alma y al cuerpo de una suavidad y deleite verdaderamente inefables.

Séptimo grado: La unión simple

Se ejercita cuando todas las potencias interiores están cautivas u ocupadas en Dios. No sólo la inteligencia y la voluntad sino también la memoria y la imaginación.

Octavo grado: La unión extática o desposorio espiritual

Se llega a este sublime grado cuando, además de estar suspendidas en Dios todas las potencias del alma y los sentidos internos, también los sentidos corporales externos se unen íntimamente con Dios.

Noveno grado: La unión transformativa o matrimonio espiritual.

«Es una transformación total en el amado, en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra, con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma

⁵⁵⁸ P. LUIS LALLEMANT, *La doctrine spirituelle princ.* 7 c. 4 a. 5.

⁵⁵⁹ SANTA TERESA, *Relación primera al P. Rodrigo Álvarez* n. 3.

hecha divina y Dios por participación, cuanto se puede en esta vida». ⁵⁶⁰

Creemos que es importantísimo que conozcas todo el maravilloso despliegue de la vida divina desde el Bautismo hasta el matrimonio espiritual para que tu vuelo sea de águila y no de gallina. No vino Cristo a la tierra para traernos una vida raquítica, estrecha y estéril sino para que tuviéramos «Vida y Vida en abundancia» (Jn 10,10). ¡Águilas y no gallinas!

2. EL COMBATE DE LA ORACIÓN: LAS DIFICULTADES

Dos son las principales dificultades que se suele encontrar en la oración: las distracciones y la sequedad o aridez.

a) **Las distracciones:** son imaginaciones o pensamientos ajenos a la oración que nos impiden la debida atención.

Pueden ser voluntarias o involuntarias. Solamente si son voluntarias se comete una falta. Si son involuntarias basta, al caer en la cuenta, con volver serenamente a rectificar la intención: «Señor, sólo quiero adorarte», y perseverar en la oración pacientemente. Aunque uno se distrajera involuntariamente repetidas veces, si se mantiene firme en la oración volviendo a retomar la intención de orar, tal oración suele valer mucho porque además de ser oración es una verdadera penitencia que se ofrece a Dios.

b) **La sequedad o aridez:** es un cierto desgano en la oración, una especie de sensación que experimenta el alma de que está como hablando con una pared juntamente con la impresión de que va a obtener tan poco fruto como si regase una piedra. Pareciera como si Dios se hiciese el sordo o, peor todavía, se

⁵⁶⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, XXII, 3.

negara a ayudarnos. Santa María Josefa Rosello caracteriza muy bien este estado: es, dice, «como masticar estopa».⁵⁶¹ Si esta sequedad o aridez se prolonga durante largo tiempo y no se puede atribuir a causas naturales, como sería el cansancio corporal, la falta de formación, o la tibieza en el servicio de Dios, se trata entonces de una prueba de Dios que nos quita los consuelos y la devoción sensible para que no nos apeguemos a ellos sino a Él. Nuestra actitud deberá ser en ese caso parecida a la de Santa Teresita del Niño Jesús: «se cansará Dios de probarme antes de que yo deje de confiar en Él».⁵⁶²

En lugar de acortar la oración, hay que alargarla, haciendo incluso más sacrificio.

El estado de aridez suele coincidir con molestas y variadas tentaciones de todo tipo, por ejemplo, ganas de blasfemar, de cometer sacrilegio, o impureza, etc. Se trata, entonces, de una coincidente tentación del Demonio que trata de atacarnos para evitar que lleguemos a un estado de mayor perfección al que, sin duda, quiere Dios llevarnos por medio de la Cruz. Si, con la ayuda de la gracia de Dios, resistimos sin buscar consuelos humanos, copiosamente nos lloverán los divinos ya que «después de la tempestad viene la calma». «El justo vive de la fe, no de lo que siente el cuerpo» y debemos persistir en la oración «aunque sea contra la carne».⁵⁶³

«Sí, por la oración y la intercesión de María, Madre de Jesús, la gracia de Jesucristo os inunda el corazón y os da fuerza para estar firmes en la vocación cristiana, que consiste en seguir a

⁵⁶¹ MONS. LUIS TRAVERSO, *Vida y virtudes de la Santa María Josefa Rosello*, (Buenos Aires 1959), p. 205.

⁵⁶² Carta 1º.

⁵⁶³ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 107.

CARLOS MIGUEL BUELA

Cristo, asumir su camino, vivir por su palabra y aplicar el Evangelio a todas las situaciones reales de la vida diaria».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes de Gales e Inglaterra,
4 de septiembre de 1983.*

SEGUNDA SECCIÓN

LA ORACIÓN DEL SEÑOR:

«EL PADRE NUESTRO»

«Quiero que caigáis en la cuenta de la gran oposición que existe... para que afrontéis con realismo y confianza el reto que se os presenta al ser jóvenes cristianos en el mundo de hoy. Cabalmente porque hay “gran oposición en torno a vosotros”, debéis utilizar los medios necesarios para estar firmes y perseverar. Debéis orar. Debéis orar a diario. Tenéis que orar a solas con Dios y también juntos. Debéis orar en unión con Nuestro Señor Jesucristo sobre todo los domingos, cada domingo, tomando parte en el ofrecimiento eucarístico de Jesús a su Padre. Tenéis que invocar el poder de su muerte y resurrección, poder que Él está dispuesto a desplegar cuando le pidáis que lo haga empleando estas sencillas palabras: “El pan nuestro de cada día dánosle hoy... líbranos del mal”.

*Juan Pablo II,
a los jóvenes de Gales e Inglaterra,
4 de septiembre de 1983.*

EL «PADRE NUESTRO»

Es una oración perfectísima, compuesta por el mismo Jesús,⁵⁶⁴ que contiene todo lo que debemos pedir y el orden en que debemos pedir. Tiene como un pórtico de entrada que viene a ser al modo de un telón de fondo que acompaña toda la oración: «Padre nuestro que estás en los cielos».

«Padre...», para excitar nuestra confianza en Él, recordando su amor, su ternura, su cariño para con nosotros, sus hijos.

«Padre», no verdugo que se goza en castigarnos; no tirano que nos esclaviza; no carcelero que nos tortura; no usurero que saca sin dar; no comerciante que calcula... «Padre»..., y con mayúscula.

«Padre nuestro...», y no solamente mío, porque todos somos hermanos y debemos amarnos con amor de caridad.

«Que estás en el cielo...», Expresamos su trascendencia, su majestad y el poder que tienen para hacernos todo bien y darnos lo que le pedimos.

Luego de este pórtico, comienzan las peticiones, que son siete:

1) «Santificado sea tu nombre». Pedimos la glorificación de Dios, que es nuestro último fin, amando a Dios como es en sí mismo. Pedimos que su nombre sea santificado por los hombres, es decir, que los hombres glorifiquen a Dios, que reconozcan su santidad, que se propague su gloria en toda la humanidad.

⁵⁶⁴ Cf. *Mt* 6,9 y ss.

Es lo que desea San Ignacio de Loyola: hacer todo «para la mayor gloria de Dios». ⁵⁶⁵ Es la cumbre de la perfección cristiana: «Sólo mora en este monte la gloria y honra de Dios». ⁵⁶⁶

2) «Venga a nosotros tu Reino». Pedimos alcanzar nosotros la gloria de su Reino, que es el fin de nuestra vida cristiana. Pedimos gozar nosotros de la gloria de Dios amándonos a nosotros en Él, excitando en nosotros el deseo del Reino. Pedimos la gracia de Dios, que es lo más grande que podemos pedir después de la gloria de Dios. Pedimos también que venga Él a reinar en plenitud mediante su Segunda Venida.

Luego de enseñarnos a desear y a pedir el fin último sobrenatural, tanto el principal (gloria de Dios) como el secundario (nuestra propia santificación), Jesús nos enseña a desear y a pedir los medios que directamente nos hacen alcanzar ese fin.

3) «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Es el medio directo y primordial para alcanzar el fin: cumplir los mandamientos de la ley de Dios, o sea, obedecer a Dios subordinándonos a su querer. Y nuestra obediencia debe ser tan perfecta como la de los ángeles en el cielo. En la tierra la obediencia de los hombres a Dios debe ser como un reflejo de la obediencia de los santos y de los ángeles en el Cielo.

4) «Danos hoy nuestro pan de cada día». Es un medio directo aunque secundario, para alcanzar nuestro fin, y se refiere a todo aquello que puede ayudarnos a merecer la vida eterna.

⁵⁶⁵ Lema del escudo de la Compañía de Jesús.

⁵⁶⁶ Rótulo que puso San Juan de la Cruz en su gráfico del Monte Carmelo, en la cumbre de la montaña de la santidad.

Por «pan» se puede entender la Eucaristía (y con Ella todos los demás Sacramentos) y el «pan material» (y con él todas las cosas necesarias de la vida). Pedimos por los medios directos, aunque secundarios, para llegar al fin.

Luego el Señor nos enseña a pedir los medios indirectos para llegar al cielo, o sea, a quitar los obstáculos que nos lo podrían impedir. Esos obstáculos son tres.

5) «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». El primero y principal obstáculo que nos excluye directamente del Reino de los cielos es el pecado. Y para que Dios nos perdone, debemos perdonar de corazón a nuestros ofensores.

6) «No nos dejes caer en la tentación». El segundo obstáculo es la tentación que es como la antesala del pecado y puede impedirnos el cumplimiento de la Voluntad de Dios. No pedimos carecer de tentaciones, sino no ser vencidos por ellas.

7) «Y líbranos del mal». El último obstáculo lo constituyen todas las demás calamidades y penalidades de la vida que pueden perturbar nuestra alma, especialmente «el Malo», Satanás, que incansablemente busca apartarnos de Dios.

Recemos siempre la oración que Jesús nos enseñó. En ella «está toda la contemplación y perfección encerrada».⁵⁶⁷

«Pero para hacer esto (construir la civilización del amor) necesitáis la ayuda de Dios. Y la ayuda de Dios llega a vosotros a través de la oración. Vuestra unión con Cristo será el secreto de vuestra efectividad, y se fortalece con vuestra oración, con vuestro diálogo con Dios, levantando el corazón hacia Él. Pero Jesús ha colmado también vuestras necesidades a través de los sacramentos de la Iglesia, en particular la Eucaristía y el sacramento de la Penitencia. La conversión de vuestros corazones se produce por la acción de Cristo, y Cristo llega a

⁵⁶⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino* 37, I, cf. 42, 5.,

CARLOS MIGUEL BUELA

vosotros en sus sacramentos, que serán siempre para vosotros una expresión y una celebración de vuestra fe y de vuestra vida en Cristo».

*Juan Pablo II,
a los jóvenes de Terranova (Canadá),
12 de septiembre de 1984.*

EPÍLOGO

Querido joven:

Al llegar aquí nos despedimos. Ruego a Dios y a su Madre Santísima que hayas escuchado claramente la convocación de Dios que nos «llamó por medio de su gracia» (*Ga* 1, 15), «a ser santos» (*1 Co* 1, 2) y «santos por vocación divina» (*Ro* 1, 7) ya que para eso «nos ha elegido antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia» (*Ef* 1, 4).

Dios quiere que todos seamos santos, sin ninguna exclusión: los sacerdotes y los laicos, los hombres y las mujeres, los ignorantes y los sabios, los ricos y los pobres, los chicos y los grandes, los débiles y los poderosos... todos: «Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (*1 Te* 4, 3); «Sed santos como Yo soy santo» (*Lev* 11, 44) ya que «Dios no nos llamó a la inmundicia sino a la santidad» (*1 Te* 4, 7).

Dios nos llama no a cualquier «santidad», por ejemplo, la de los santones, sino a una santidad cristiana, santidad que consiste en participar en la misma Vida de Jesucristo, santidad que nos manifiesta con sus ejemplos y que nos enseña con sus Palabras: hemos «sido llamados por Jesucristo» (*Ro* 1, 6), «por la gracia de Cristo» (*Ga* 1, 6). Es decir, que la santidad consiste en imitar plenamente a Jesucristo, en hacer perfectamente la Voluntad de Dios, en unirse a Dios por el amor —que son tres maneras de decir lo mismo—.

Dios nos llama a la santidad sobrenatural, o sea, superior a las fuerzas de nuestra naturaleza. Por eso nos dice Jesús: «Sin

Mí nada podéis hacer» (*Jn* 15, 5); y repara que no dice que podemos hacer poco o mucho sino nada; nada podemos en el orden sobrenatural sin la gracia de Cristo. Nuestra santidad no es como la de Dios que brota de su misma naturaleza, sino que es una participación de la de Él, y excede infinitamente todas nuestras apetencias y exigencias, es gratuita, Dios la comunica porque quiere: «No que de nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, que nuestra capacidad viene de Dios» (*2 Co* 3, 5).

Dios nos llama a una santidad de expiación, propia de nuestro estado de criaturas caídas en el pecado. No es como la santidad que Dios requería de nuestros primeros padres, «constituidos en justicia y santidad». Nosotros nacemos en pecado y, aún después del Bautismo, estamos más inclinados al mal que al bien. Nuestra santidad es una santidad de pecadores redimidos: hay que luchar contra las pasiones desordenadas, hay que pasar por la Cruz, hay que mortificarse amando la pobreza, la humillación y el dolor. Tampoco es la santidad del Cielo, allí los bienaventurados no pueden pecar. Aquí tenemos que luchar todavía contra el Demonio: «nuestra lucha es contra los espíritus malos» (*Ef* 6, 12), y contra el mundo malo: «si me persiguieron a Mí también a vosotros os perseguirán» (*Jn* 15, 20); por eso debemos obrar nuestra santificación «con temor y temblor» (*F/tp* 2, 12), de donde decía San Pablo: «castigo mi cuerpo y le esclavizo no sea cosa que yo que te he predicado venga a ser condenado» (*1 Co* 9, 27), y el mismo Jesús enseña: «Si no hacéis penitencia todos igualmente pereceréis» (*Lc* 13, 3). Nos corresponde una santidad expiatoria. «Los pecadores debemos trabajar como santos».⁵⁶⁸

Dios nos llama a una gran santidad: «Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto» (*Mt* 5, 48). La causa de que pocos

⁵⁶⁸ GILBERT K. CHESTERTON, *La hostería volante*, c. VI.

lleguen a una gran santidad «no es porque Dios quiera que haya pocos espíritus levantados, que antes quería que todos fuesen perfectos, sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra»,⁵⁶⁹ ya que «convida el Señor a todos: pues es la misma verdad, no hay que dudar».⁵⁷⁰ No nos contentemos con un vuelo de gallina sino que anhelemos volar como las águilas. No nos dejemos abatir por las dificultades, puesto que «fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; antes dispondrá con la tentación el éxito, para que podáis resistirla» (1 Co 10, 13). Que no decaiga nuestro ánimo por lo áspero de la lucha que «aún no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado» (Heb 12, 4) que «el Reino de los Cielos está en tensión y sólo los esforzados lo arrebatan» (Mt 11, 12). «Somos pequeños pero podemos transformarnos en grandes. Los santos se elevaron siempre hasta las alturas supremas».⁵⁷¹

Dios nos llama a ti y a mí, en particular, con nombre y apellido: «vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Ga 2, 20); y nos llama ahora, en el momento presente: «ahora es el tiempo propicio, ahora es el día de la salvación» (2 Co 6, 2), «el tiempo es corto» (1 Co 7, 29). A ti y ahora: aunque fueses el único ser en el mundo que tratases de perfeccionarte, por ser Él quien llama y porque Él llama a quien quiere, debes responderle: «¿Señor, qué quieres que haga?» (He 9, 6), «Aquí estoy Señor..., habla que tu siervo escucha» (1 Sam 3, 9-10). No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

El plan que Dios tiene en su mente desde toda la eternidad y que inexorablemente se cumple en el tiempo es que todo, absolutamente todo, se ordene al bien de los elegidos, concurra al provecho de los santos: «Todo sucede para bien de los que

⁵⁶⁹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de Amor Viva*, canción II, 27.

⁵⁷⁰ SANTA TERESA, *Camino de Perfección* 19, 15.

⁵⁷¹ CARDENAL JOSEPH MINDSZENTY, *Memorias*.

aman a Dios, de los que según sus designios son llamados» (Ro 8, 28). Dios que gobierna todo, todo lo endereza hacia los santos. San Pablo tiene un texto muy hermoso que bien puede servir como broche de oro de nuestro Catecismo: Dirigiéndose a los fieles de Corinto para exhortarlos a la santidad les dice: «Todo es vuestro; ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas; ya el mundo, ya la vida, ya la muerte; ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro; y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Co 3, 21-23).

«Todo es vuestro; ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas», o sea, los miembros de Cristo, incluido el Romano Pontífice, ya que no son los fieles para los Apóstoles, sino los Apóstoles para los fieles; «ya el mundo» que sirve para satisfacer sus necesidades y les ayuda a conocer a Dios; «ya la vida, ya la muerte», es decir, todos los bienes y todos los males de este mundo; «ya lo presente», que nos es propicio para merecer; «ya lo futuro», que se nos reserva para el premio; todo, absolutamente todo, hasta lo que pareciera más intrascendente, es dirigido por Dios, en orden a los santos. Así como todo lo que hacen los santos, lo hacen por Cristo: «y vosotros sois de Cristo» . Y Cristo, en cuanto hombre, se ordena del todo a Dios. «Todo es vuestro; ...vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios».

¡Oh, María, Madre y Reina de todos los Santos, ayúdanos!
Reproduce en nosotros la imagen de tu Hijo.

Que no seamos sordos a su llamado, porque «la única tristeza es la de no ser santos» . Así sea.

¡Adelante! ¡Siempre adelante! ¡Ave María y adelante!

APÉNDICES

PARA APRENDER DE MEMORIA

PRIMERA PARTE LO QUE DEBEMOS CREER

1) *¿En qué oración se resume lo que debemos creer y qué dice?*

Lo que debemos creer se resume en el Credo y dice: Ver pág. 16.

2) *¿Qué es Dios?*

Dios es el ser infinito en toda perfección, creador del cielo y de la tierra, que premia a los buenos y castiga a los malos.

3) *¿Qué quiere decir infinito en toda perfección?*

Quiere decir que es el ser más excelente y admirable que se puede decir o pensar, que tiene todas las perfecciones: Bondad, sabiduría, poder, justicia, amor sin medida.

4) *¿Quién es Dios?*

Dios es Padre, es Hijo y es Espíritu Santo, tres Personas distintas y un solo Dios verdadero.

5) *¿En la Santísima Trinidad se confunden las personas?*

No. Confesamos la propiedad de las personas: El Padre es Padre, no es el Hijo ni el Espíritu Santo; el Hijo es Hijo, no es el Padre ni el Espíritu Santo; el Espíritu Santo es Espíritu Santo, no es el Padre ni el Hijo.

6) *¿En la Santísima Trinidad, hay desunión en la esencia?*

No. Confesamos la unidad en la esencia: El Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios; y no son tres dioses sino un solo Dios.

7) *¿En la Santísima Trinidad, hay desigualdad en la majestad?*

No. Confesamos la igualdad en la majestad: Tan Dios es el Padre como el Hijo y como el Espíritu Santo. Tan Dios es el Hijo como el Padre y como el Espíritu Santo. Tan Dios es el Espíritu Santo como el Padre y como el Hijo.

8) *¿Dónde está la Santísima Trinidad?*

La Santísima Trinidad está en el cielo, en la tierra y en todo lugar.

9) *¿El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, lo ven todo?*

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo lo ven todo, aún nuestros pensamientos.

10) *¿Por qué Dios es Creador?*

Dios es creador porque lo ha hecho todo de la nada, incluso los ángeles y los hombres.

11) *¿Qué son los ángeles?*

Los ángeles son seres puramente espirituales, dotados de inteligencia y voluntad.

12) *¿Para qué creó Dios a los hombres?*

Dios los creó para que lo conozcan, lo amen y lo sirvan en esta vida y después gocen de Él en el Cielo.

13) *¿Qué hicieron nuestros primeros padres?*

Nuestros primeros padres pecaron desobedeciendo a Dios, y al pecar quedaron privados, ellos y su descendencia, de la gracia santificante.

14) *¿Es posible con nuestras solas fuerzas levantarnos del pecado?*

No. Es imposible que solos nos levantemos del pecado. Necesitamos que Dios, de afuera y de arriba, nos dé su gracia para salir del pecado.

15) *¿Quién es el Salvador que nos salva de los pecados?*

El Salvador que nos salva de los pecados es Nuestro Señor Jesucristo.

16) *¿Quién es Nuestro Señor Jesucristo?*

Nuestro Señor Jesucristo es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que se hizo hombre.

17) *¿Cuántas naturalezas y personas hay en Jesucristo?*

En Jesucristo hay dos naturalezas: la divina y la humana; y una sola Persona, la divina, que une ambas naturalezas.

18) *¿Quiénes son el Padre y la Madre de Jesucristo?*

El Padre de Jesucristo es sólo el Eterno Padre, la Primera Persona de la Santísima Trinidad; y la Madre de Jesucristo es la Santísima Virgen María.

19) *¿Para qué murió Jesucristo en la Cruz?*

Jesucristo murió en la Cruz para salvarnos del pecado y de sus consecuencias, y para devolvernos la gracia santificante que habíamos perdido.

20) *¿Qué hizo Jesucristo para que la salvación llegase hasta nosotros?*

Para que la salvación llegase hasta nosotros Jesucristo fundó la única verdadera Iglesia Católica, Apostólica y Romana, dándole los sacramentos a través de los cuales se nos comunica la gracia santificante.

21) *¿Qué es la Santa Iglesia Católica?*

La Santa Iglesia Católica es el Cuerpo Místico de Cristo, formado por el Papa, los Obispos, los sacerdotes, y los fieles, que tiene por misión continuar la obra de Cristo, glorificando a Dios y salvando a los hombres.

22) *¿Quién es la Cabeza de la Iglesia fundada por Jesucristo?*

La Iglesia fundada por Jesucristo tiene por Cabeza invisible a Cristo mismo, y por Cabeza visible el Papa, sucesor de San Pedro.

23) *¿Cuáles son las cuatro notas de la Iglesia fundada por Jesucristo?*

La Iglesia fundado por Jesucristo es Una, Santa, Católica y Apostólica.

24) *¿Qué da vida a la Iglesia Católica?*

La vida que vivifica a la Iglesia Católica es la gracia santificante que nos dan los sacramentos dignamente recibidos.

25) *Entonces, ¿todos los católicos son santos?*

Deberían serlo pero al pecar, por su culpa, se apartan de la vida propia de la Iglesia. Dios permite el mal en los hombres de la Iglesia para que nos unamos a El, ganemos más méritos para la vida eterna y porque respeta la libertad del hombre.

26) *¿Qué es la gracia santificante?*

La gracia santificante es un don de Dios que nos hace partícipes de su naturaleza divina convirtiéndonos en hijos de Dios y, por lo tanto, herederos del cielo.

27) *¿Qué se nos da junto con la gracia santificante?*

Junto con la gracia santificante se nos dan las virtudes teologales, las virtudes morales infusas, y los siete dones del Espíritu Santo.

SEGUNDA PARTE

LO QUE DEBEMOS RECIBIR

28) *¿Qué cosas debemos recibir?*

Debemos recibir la gracia santificante que llega a nosotros por medio de los sacramentos.

29) *¿Cuántos y cuáles son los sacramentos de la Iglesia?*

Los sacramentos de la Iglesia son siete: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia o Confesión, Extremaunción o Unción de los Enfermos, Orden Sagrado y Matrimonio.

30) *¿Cuál es el primero y más necesario de los sacramentos?*

El primero y más necesario de los sacramentos es el Santo Bautismo que nos da la gracia y el carácter de cristianos, nos hace hijos de Dios y herederos del Cielo.

31) *¿Por qué es tan importante el Bautismo?*

El Bautismo es tan importante porque quien no está bautizado no puede recibir otro sacramento. Por eso en caso de necesidad cualquiera puede y debe bautizar.

32) *¿Cómo se hace para bautizar en caso de necesidad?*

Para bautizar en caso de necesidad se derrama agua sobre la cabeza del que se bautiza diciendo al mismo tiempo, con intención de bautizar: «N.N...., yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

33) *¿Qué es la Eucaristía?*

La Eucaristía es el sacramento que contiene verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, bajo la apariencia de pan y vino.

34) *¿Dónde se hace este sacramento?*

Este sacramento se hace en la Santa Misa. Esta consta de dos partes: 1) Liturgia de la Palabra, y 2) Liturgia del Sacrificio, que a su vez se divide en tres partes principales: Presentación de los dones (el Ofertorio), la Consagración y la Comunión.

35) *¿Qué es la hostia antes de la Consagración?*

La hostia antes de la Consagración es pan.

36) *¿Qué es la Hostia después de la Consagración?*

La Hostia después de la Consagración es el Cuerpo de Jesucristo, juntamente con su Sangre, Alma y Divinidad.

37) *¿Qué hay en el cáliz antes de la Consagración?*

En el cáliz antes de la consagración hay un poco de vino con algunas gotas de agua.

38) *¿Qué hay en el cáliz después de la Consagración?*

En el cáliz después de la Consagración está la Sangre de Jesucristo juntamente con su Cuerpo, Alma y Divinidad.

39) *¿Después de la Consagración hay en la hostia pan o en el cáliz vino?*

No. Después de la Consagración no queda ni la sustancia del pan, ni la sustancia del vino, sino únicamente los accidentes o apariencias de pan y vino como el sabor, el olor, el color, el peso, el tamaño, la figura.

40) *¿Cuándo se convierte el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo?*

El pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo durante la Santa Misa en el momento de la Consagración.

41) *¿Cómo se llama esa conversión de la sustancia del pan y del vino en Cuerpo y Sangre de Jesucristo?*

Esa conversión de la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo se llama: transubstanciación.

42) *Además de transubstanciarse el pan y el vino, ¿qué otra cosa sucede en la Santa Misa?*

Además de transubstanciarse el pan y el vino, en la Santa Misa se perpetúa el sacrificio de Cristo en la Cruz.

43) *¿El Sacrificio de la Misa es el mismo Sacrificio de la Cruz?*

Sí, el Sacrificio de la Misa es el mismo e idéntico Sacrificio de la Cruz porque en él se ofrece y sacrifica el mismo Jesucristo aunque de modo incruento, es decir, bajo las especies de pan y vino.

44) *¿Qué cosas son necesarias para hacer una buena comunión?*

Para hacer una buena comunión son necesarias tres cosas:

1- estar en gracia de Dios, o sea no tener pecado mortal;

2- estar en ayunas desde una hora antes;

3- saber a quién se va a recibir y acercarse a comulgar con devoción.

45) *¿Qué es la Penitencia, Confesión o Reconciliación?*

La Penitencia, Confesión o Reconciliación es el sacramento por el cual se perdonan los pecados cometidos después del Bautismo.

46) *¿Qué cosas son necesarias para hacer una buena Confesión?*

Para hacer una buena Confesión son necesarias cinco cosas:

1- Examen de conciencia;

- 2- dolor de los pecados;
- 3- propósito de enmienda;
- 4- confesar al sacerdote todos los pecados;
- 5- cumplir la penitencia impuesta por el confesor.

TERCERA PARTE

LO QUE DEBEMOS HACER

47) *¿Qué cosas debemos hacer?*

Debemos hacer todo lo que se nos prescribe en los mandamientos de la ley de Dios, en los preceptos de la Iglesia y en las obras de misericordia.

48) *¿Cuántos y cuáles son los mandamientos, los preceptos y las obras de misericordia?*

Los mandamientos son diez, a saber:

Ver pág. 22.

Los preceptos son cinco, a saber:

Ver pág. 22.

Las obras de misericordia son catorce, a saber:

7 *Espirituales*: ver pág. 22

7 *Corporales*: ver pág. 23

49) *¿Qué es el pecado mortal?*

El pecado mortal es pensar, desear, decir, hacer u omitir culpablemente algo contra la ley de Dios en materia grave. Este pecado nos priva de la gracia santificante.

50) *¿Cuál es el castigo que se merece por el pecado mortal?*

El castigo que se merece por el pecado mortal es el Infierno eterno.

51) *¿Cómo se perdona el pecado mortal?*

El pecado mortal se perdona por el sacramento de la Confesión y si no hay sacerdote cerca, con un acto de contrición perfecta junto con el propósito de confesarse cuanto antes.

52) *¿Qué es el pecado venial?*

El pecado venial es pensar, desear, decir, hacer u omitir algo contra la ley de Dios en materia leve.

53) *¿Qué es el pecado original?*

El pecado original es el que cometieron Adán y Eva en el origen de la humanidad y con el que nacemos todos sus descendientes. Sólo se perdona con el Bautismo.

CUARTA PARTE

LO QUE DEBEMOS REZAR

54) *¿Cuál es la señal del católico?*

La señal del católico es la señal de la Cruz :

Antes de comenzar a rezar es conveniente hacer la señal de la cruz. Se hace sobre uno mismo llevando los dedos de la mano derecha a la frente diciendo: «En el nombre del Padre» luego sobre el pecho, diciendo «y del Hijo» (con lo que se traza el palo vertical de la Cruz); luego llevando la misma mano al hombro izquierdo y al hombro derecho, diciendo «y del Espíritu Santo» (con lo que se traza el palo horizontal de la

Cruz); finalmente se dice «Amén» que quiere decir: *así es*. El hacerse la señal de la Cruz se llama: Santiguarse.

55) *¿Qué oración nos enseñó N. S. Jesucristo?*

Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó el Padre Nuestro: Ver pág. 23.

56) *¿Cuál es la alabanza más hermosa que podemos hacer a la Santísima Virgen?*

La alabanza más hermosa que podemos hacer a la Santísima Virgen es el Ave María:

Ver pág. 23.

Porque le recuerda el momento en que el Angel Gabriel le anunció que iba a ser la Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

PARA UTILIZAR LA SAGRADA ESCRITURA

MILAGROS CONCRETOS DE JESÚS

1. MILAGROS CÓSMICOS (9)

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
1. Conversión del agua en vino			2,1	
2. Primera pesca milagrosa		5,1		
3. Apaciguamiento de la tempestad	8,23	4,35	8,22	
4. Primera multiplicación de los panes	14,19	6,33	9,11	6,1
5. Camina sobre las aguas.	14,22	6,45		6,16
6. Segunda multiplicación de los				

APÉNDICES

panes	15,32	8,1		
7. Moneda extraída del pez	17,24			
8. Se seca la higuera maldita	21,18	11,12		
9. Segunda pesca milagrosa			21,1	

2. RESURRECCIÓN (3)

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
10. El hijo de la viuda de Naím		7,11		
11. La hija de Jairo	9,18	5,21	8,40	
12. Lázaro			11,1	

3. CURACIONES (13)

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
13. El hijo del Cortesano			4,46	
14. La suegra de Pedro	8,14	1,29	4,38	
15. Un leproso	8,2	1,40	5,12	
16. El paralítico de la piscina de Betsaida			5,1	
17. Un paralítico en Cafarnaún	9,2	2,1	5,18	
18. El de la mano seca	12,9	3,1	6,6	
19. El siervo paralítico del Centurión	8,5		7,1	
20. La mujer encorvada		13,10		
21. La hemorroísa	9,20	5,25	8,43	
22. Dos ciegos	9,27			
23. Un sordomudo	7,31			
24. El ciego de Betsaida	8,22			
25. Diez leprosos		17,12		
26. El ciego de nacimiento			9,1	
27. Dos ciegos junto a Jericó	20,29	10,46	18,35	
28. La oreja de Malco		22,50		

4. EXPULSIONES DE DEMONIOS (7)

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
29. El endemoniado de Cafarnaún	1,21	4,33		
30. Un endemoniado ciego y mudo	12,22			

31. El endemoniado de Gerasa	8,28	5,1	8,26
32. El endemoniado mudo	9,32		11,14
33. El endemoniado hidrópico		14,1	
34. La hija de la cananea	15,21	7,24	
35. El endemoniado lunático	17,14	9,13	9,38

5. MILAGROS DE MAJESTAD (4)

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
36. Expulsión de los mercaderes del templo	21,12	11,15	19,45	2,14
37. Liberación de manos nazaretanas		4,28		
38. Transfiguración	17,1	9,2	9,28	
39. Caída de los enemigos en Getsemaní			18,4	

PROFECÍAS DE JESÚS⁵⁷²

1. CONOCE LOS PENSAMIENTOS OCULTOS:

1. La conciencia íntima y vida pasada de Natanael	<i>Jn 1,43-50</i>
2. Los pecados presentes y pasados de la samaritana	<i>Jn 4,18-25</i>
3. Las murmuraciones de los escribas al sanar al paralítico	<i>Lc 5,22</i>
4. Los juicios del fariseo en la unción de la pecadora	<i>Lc 7,36-50</i>
5. Las discusiones ambiciosas de los apóstoles en la mesa	<i>Lc 9,46</i>
6. Las censuras de los escribas por violación del sábado	<i>Lc 6,6-11</i>
7. Las blasfemias de los fariseos sobre tratos con el Demonio	<i>Mt 12,25</i>
8. La traición de Judas	<i>Mt 16,7</i>
9. La incomprensión de los discípulos sobre el fermento fariseo	<i>Jn 13,27</i>
10. En general dice San Juan: No tenía necesidad de que le informasen de las personas, pues por sí sabía lo que había	<i>Jn 2,24</i>

⁵⁷² Tanto el texto de los milagros como de las profecías de Nuestro Señor han sido tomados del libro de VIZMANOS-RIUDOR, *Teología Fundamental*, Ed. BAC, Madrid, 1963.

- dentro del hombre
11. Los discípulos le dicen: Vemos que sabes todas las cosas y no necesitas que nadie te pregunte, por eso creemos que has salido de DIOS

Jn 16,30

2. CONOCE LO QUE SUCEDE A LA DISTANCIA:

1. Ve la moneda oculta en la boca del pez que se pescará
2. Ve la asna con su cría que encontrarían los discípulos
3. Ve a Lázaro muerto desde una región lejana

Mt 17,27

Mt 21,2

Jn 11,11-15

3. CONOCE LO QUE SUCEDERÁ EN EL FUTURO:

a) Con respecto a su propia persona:

1. Sufrirá y morirá en Jerusalén
2. Tiempo: en las fiestas de Pascua
3. Entregado ante los sacerdotes, escribas, etc.
4. Penado con la muerte
5. Después entregado a los gentiles
6. Escupido, abofeteado, azotado
7. Ajusticiado con la muerte de cruz
8. Resucitará

Lc 13, 33

Mt 20, 17

Mc 10, 13

Mt 20, 19

Mt 20, 19

Mt 20, 19; Lc 18, 32

Mt 20, 19

Mt 20, 19 y paralelos

b) Con respecto a sus discípulos:

1. La huida de los discípulo
2. La triple negación de Pedro
3. La traición de Judas
4. La memoria de María donde se predique el Evangelio
5. Crucifixión y muerte de San Pedro

Mt 26,31 y paralelos

Mt 26,34 y paralelos

Mt 26,21-25 y paralelos

Mt 26, 6-13 y paralelos

Jn 21,18-20

c) Acerca de la Iglesia:

1. La venida del Espíritu Santo
2. El llamamiento de los pueblos gentiles
3. La propagación del Evangelio
4. Los discípulos harán milagros.
5. En su Iglesia surgirán herejías e internas divisiones (como vemos en la parábola de la cizaña) esparcidas por falsos profetas

Jn 14,13ss; Lc 24,49; Hcb 1,8

Mt 8,10-12; Lc 24,23

Mc 13,10 y paralelos

Mc 13,17;

Jn 14,12; Mt 13,37-49; Mt

7,15-22; Mt 24,4; Mt 16,18;

- | | |
|---|---|
| <p>6. La perpetuidad de la Iglesia, tanto por la solidez de un primado, como por un auxilio especial</p> | <p><i>Mt 28, 20</i></p> |
| <p>d) Respeto al pueblo judío:</p> | |
| <p>1. La caída de Jerusalén dará tiempo para la huida</p> | <p><i>Lc 21,21 y paralelos</i></p> |
| <p>2. No pasaría una generación</p> | <p><i>Mt 24,34</i></p> |
| <p>3. Sería asediada</p> | <p><i>Lc 19,43; 21,20 y paralelos</i></p> |
| <p>4. Las tribulaciones y dolores que sufrirán los judíos</p> | <p><i>Mt 24,19-21</i></p> |
| <p>5. Respeto a los ciudadanos... serán llevados cautivos a todas las naciones</p> | <p><i>Lc 21,24 y paralelos</i></p> |
| <p>6. Respeto al Templo: será destruido. Todo esto sucedió y ¡en qué medida!, en el año 70. Lo cuentan los historiadores Tácito, Suetonio y el judío Flavio Josefo. Puede verse hoy día el bajorrelieve del Arco del Triunfo de Tito, en Roma con la victoria sobre los judíos, la moneda de Vespaciano, con la inscripción ¡Judea capta! (Judea conquistada)</p> | <p><i>Mt 24,2</i></p> |
| <p>7. Respeto a la ciudad: vuestra casa quedará desierta</p> | <p><i>Lc 13,35</i></p> |
| <p>8. Jerusalén pisoteada por los gentiles hasta que se cumpla el tiempo de las naciones</p> | <p><i>Lc 21,24</i></p> |

LAS PARÁBOLAS DE JESÚS⁵⁷³

	Mateo	Marcos	Lucas
1. Viento y Espíritu			3,8
2. Serpiente en el yermo			3,14
3. Luz del mundo			3,19
4. El Amigo y el Esposo			3,29
5. El manantial			7,38
6. Médico, sánate		4,23	
7. La Boda	9,5	2,19	5,34

⁵⁷³ Este ordenamiento de las parábolas lo hemos extraído del excelente libro del PADRE LEONARDO CASTELLANI, *Las Parábolas de Cristo*, Itinerario, Buenos Aires, 1959.

APÉNDICES

8. Médico y enfermo	9,12	2,17	5,31
9. Remiendo en andrajos	9,16	2,21	5,36
10. Odres viejos y nuevos	9,17	2,2	5,37
11. Viejo y nuevo vino		5,39	
12. La Oveja en el pozo	12,11		
13. (bis) Bienaventuranzas	5,1		
14. La Sal y el Polvo	5,13	9,50	14,34
15. Luz y Mundanidad	5,14		
16. Ciudad sobrelevada	5,14	11,33	
17. La luz y el Capazo	5,15		
18. Sacrificio postergado	5,25		
19. El ojo y el Cuerpo	6,22		19,34
20. Los dos Señores	6,24		16,33
21. Pájaros y Cuervos	6,26		12,24
22. Lirios del campo	6,28		12,27
23. Salomón y los lirios	6,29		12,27
24. La Mota y la Viga	7,3		6,41
25. Perlas a puercos	7,6		
26. El hijo rogante	7,9		
27. Puerta y camino	7,13		13,24
28. Los Lobos Voraces	7,15		
29. Árboles y frutos	7,16		7,43
30. El patrón prudente	7,24		7,47
31. La Caña Voluble	19,7		8,32
32. Del baile y el lloro	11,16		7,32
33. Los dos Deudores		7,41	
34. El Sembrador	13,1	4,1	8,4
35. La luz bajo la cama	4,21	8,16	
36. La semilla sola	4,26		
37. Cizaña en el trigol	13,24		
38. El Grano de Mostaza	13,31	4,30	13,18
39. El Fermento	13,33		13,20
40. La perla y el tesoro	13,44		
41. La red barredora	13,47		
42. El letrado docto	13,52		
43. Las ovejas sin pastor	9,36	6,34	
44. La Mies y los Mensúes	9,37		10,2
45. Ovejas y Lobo I	10,16		
46. Serpientes y Palomas I	10,16		
47. Alimento imperecedero			6,27
48. Impureza de adentro	15,11	7,15	

49. Ciegos guías de ciegos	15,14		6,39
50. Cosas que manchan	15,15	7,17	
51. Hijos y cuzcos	15,26	7,27	
52. Los Signos	16,2	8,12	
53. Las llaves del Reino	16,19		
54. La Fe, semillita	17,20		
55. El Hijo está exento	17,25		
56. La Ovejita perdida	18,10		
57. El Deudor desaforado	18,23		
58. Reclinar la cabeza	8,20	9,58	
59. La mano en el arado	9,62		
60. Corderos entre Lobos	10,3		
61. El Buen Samaritano	10,30		
62. Luz de la vida			8,12
63. El Siervo y el Hijo			8,35
64. El Pastor Hermoso			10,1
65. El Amigo Insistente		11,5	
66. La Criba de Satán	20,31	22,31	
67. Desunión en los reinos	12,25	3,24	11,17
68. Desunión de la casa	3,25		
69. El Fuerte amado	12,29	3,27	11,21
70. Tumbas tramperas		11,44	
71. Mayor es el Patrón	10,24		6,40
72. Ni un gorrión cae	10,29		12,6
73. El Ricacho juzgado		12,26	
74. Pequeña grey		12,32	
75. Dueño y Ladrón	24,43		12,39
76. Dueño y Siervo	24,45		12,41
77. La Higuera estéril		13,6	
78. El árbol grande		13,18	
79. Fermento de nuevo		13,20	
80. La Puerta cerrada		13,25	
81. Gallina y Polluelos	13,37		13,34
82. El Primer Puesto	14,7		
83. La Amistad Verdadera	15,13		
84. El Gran Convite	14,15		
85. El Festín Regio	22,2		
86. El Rey en Guerra	14,31		
87. El que hace una torre	14,28		
88. La Ovejita perdida	15,3		
89. La Dracma perdida	15,8		

APÉNDICES

90. El Hijo Pródigo	15,11		
91. Capataz Camandulero	16,1		
92. Epulón y Lázaro	16,19		
93. El Moral al mar	17,16		
94. Siervo bueno y fiel	17,7		
95. Cadáver y Águilas	24,28	17,37	
96. La viuda fastidiosa		18,1	
97. Fariseo y Publicano		18,19	
98. Dejad que los niños	19,13	10,13	18,15
99. El camello y la aguja	19,24	10,25	18,25
100. Operarios de la Viña	20,1		
101. La Muerte y el Sueño			11,11
102. El Cáliz de dolores	22,22	10,38	22,42
103. Las Ennas Confiadas		19,11	
104. La Montaña al mar	21,21	11,22	
105. Los hijos Diferentes	21,28		
106. Los Viñadores	21,33	12,1	
107. Mosquito y Camello	23,24		
108. Sepulcros blanqueados	23,27		
109. Si el grano no muere			12,24
110. Como el relámpago	24,27		
111. La higuera verdecida	24,32	13,28	21,29
112. Como en el Diluvio	24,37		
113. Las Vírgenes Bobas	25,1		
114. Los Talentos	25,14		
115. Ovejas y Chivos	25,32		
116. Los Potentados		22,26	
117. En figura de Siervo			13,16
118. El Pastor herido	26,31	24,27	
119. Viña y Sarmientos			15,1
120. Patrón y Peón			15,20
121. La Parturienta			16,21

MODO PRÁCTICO DE CONFESARTE

1. ANTES DE LA CONFESIÓN

Jesús, Salvador mío, concededme la gracia de confesarme bien para alcanzar el perdón de mis pecados y salvar mi alma.

Virgen Santísima, Madre de Jesús y Madre mía, alcanzadme de vuestro Hijo Jesús la gracia de conocer todos mis pecados y confesarlos sinceramente.

Examen de conciencia

Pregúntate: ¿Cuánto tiempo hace que me confesé por última vez? ¿Lo hice bien? ¿Olvidé algún pecado grave? ¿Callé alguno a sabiendas? ¿Cumplí la penitencia que me dio el confesor?

Tratarás luego de recordar todos los pecados que hubieres cometido después de la última confesión bien hecha. Si hubieras cometido pecados graves, pensarás cuántas veces los has cometido, y si no lo sabes con exactitud, al menos de manera aproximada. Si la última vez te confesaste mal, callando pecados graves por vergüenza, dirás hoy al confesor que la última vez te confesaste mal y le dirás aquel pecado que has callado.

PRIMER MANDAMIENTO: -¿Recé mis oraciones de la mañana y de la noche? -¿Estudí bien el catecismo? -¿Tuve compañías irreligiosas?

SEGUNDO MANDAMIENTO: -¿Juré mentirosamente por Dios? -¿Cuántas veces? -¿Dije palabras injuriosas contra Dios, la Virgen o los Santos? -¿Cuántas veces?

TERCER MANDAMIENTO: -¿He faltado a Misa los Domingos o Fiestas de guardar, o he llegado lo bastante tarde

para no cumplir con el precepto? -¿He trabajado el Domingo sin necesidad?

CUARTO MANDAMIENTO: -¿Desobedecí a mis padres? -¿Les contesté? -¿Los hice enojar? -¿Falté al respeto a mi maestro, a los sacerdotes, a los ancianos? -¿Tengo amor a mi Patria y me sacrifico por ella?

QUINTO MANDAMIENTO: -¿Me he peleado con mis hermanos y compañeros? -¿Les guardo odio o rencor? -¿Fui orgulloso... envidioso?

SEXTO Y NOVENO MANDAMIENTOS: -¿Tuve malos pensamientos o malos deseos y los consentí? -¿Cuántas veces? -¿He conversado de cosas malas? ¿Cuántas veces? -¿He mirado cosas indecentes? ¿Cuántas veces? -¿Hice cosas malas? ¿Cuántas veces? ¿Sólo o acompañado?

SÉPTIMO Y DÉCIMO MANDAMIENTOS: -¿He robado alguna cosa? -¿Acepté cosas robadas? -¿Robé dinero a mis padres?

OCTAVO MANDAMIENTO: -¿He calumniado gravemente? ¿Cuántas veces? -¿He mentido? -¿He difamado gravemente? ¿Cuántas veces? -¿He hecho juicios temerarios? ¿Cuántas veces?

PRECEPTOS DE LA IGLESIA: -¿Confesé y comulgué a lo menos una vez al año, en el tiempo de Pascua? -¿Comí carne en días de abstinencia o no guardé el ayuno?

Terminado el examen de conciencia, rezarás el Acto de contrición (con la cabeza inclinada).

2. DURANTE LA CONFESIÓN

Comenzarás tu confesión arrodillándote en el confesionario, allí sucederá lo siguiente:

1- Recepción del penitente: El sacerdote te recibirá con amor y amabilidad, luego te harás la señal de la Santa Cruz, diciendo: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén».

2 - Invitación a la confianza: Lo hace el sacerdote y al terminar, tú dices: «Amén».

3 - Lectura de la Palabra de Dios.

4 - Confesión de los pecados: Comenzando por decir cuánto tiempo hace que no te confiesas, seguirás luego diciendo todos los pecados que te acuerdes y el sacerdote te ayudará, si lo cree necesario, a que hagas una confesión íntegra. Te dará algunos consejos.

5- Aceptación de la penitencia: El Padre te dará la penitencia y la aceptarás diciendo: «Gracias, Padre» o algo parecido.

6- Oración del penitente: Manifestarás tu contrición rezando el Acto de contrición.

7- Fórmula de la absolución: El sacerdote en nombre y con el poder de Cristo te da la absolución, que te perdona los pecados.

8- Alabanza a Dios: Dice el sacerdote: «Dad gracias al Señor porque es bueno», y tú contestarás: «Porque es eterna su misericordia».

9- Despedida del penitente: El sacerdote te despide diciéndote: «El Señor ha perdonado tus pecados. Vete en paz».

(No es necesario que te acuerdes de todo eso para poder confesarte. Anda con toda confianza que el sacerdote te ayudará a hacer la confesión muy bien).

3. DESPUÉS DE LA CONFESIÓN

Después de la confesión Ante todo, darás gracias al Señor por el inestimable beneficio del perdón, cumplirás inmediatamente la penitencia que te señaló por el confesor, y renovarás el propósito de huir de los pecados y de sus ocasiones.

MODO PRÁCTICO DE REZAR EL SANTO ROSARIO

-Reza diariamente cinco misterios del Rosario. Lleva siempre contigo el Santo Rosario.

Como se reza el rosario:

1) Te haces la señal de la cruz:

«Por la señal de la Santa Cruz de nuestros enemigos líbranos Señor Dios nuestro. En el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo. Amen».

2) Te pones en presencia de Dios, y pides humildemente perdón por tus pecados. Se reza el acto de contrición.

3) En el primer misterio recordamos... (se nombra el misterio que corresponde al día).

4) Reza:

- 1 Padre Nuestro.⁵⁷⁴

- 10 Ave Marías.⁵⁷⁵

- 1 Gloria.⁵⁷⁶

⁵⁷⁴ Cf. p. 12.

⁵⁷⁵ *Idem.*

Al final de cada misterio se reza: «Oh, Jesús mío, perdona nuestras culpas, libranos del fuego del infierno, lleva al cielo a todas las almas y socorre especialmente a las más necesitadas de tu misericordia», (como lo pidió la Virgen en Fátima).

5) Se continua rezando de la misma manera el 2º, 3º, 4º, y 5º misterios.

6) Luego de los cinco misterios se rezan: 1 Padre Nuestro, 3 Ave Marias, 1 Gloria, como lo indica el esquema.

7) Nos consagramos a la Santísima Virgen rezándole una Salve. (ver pág. 326)

Misterios Gozosos (lunes y sábados)

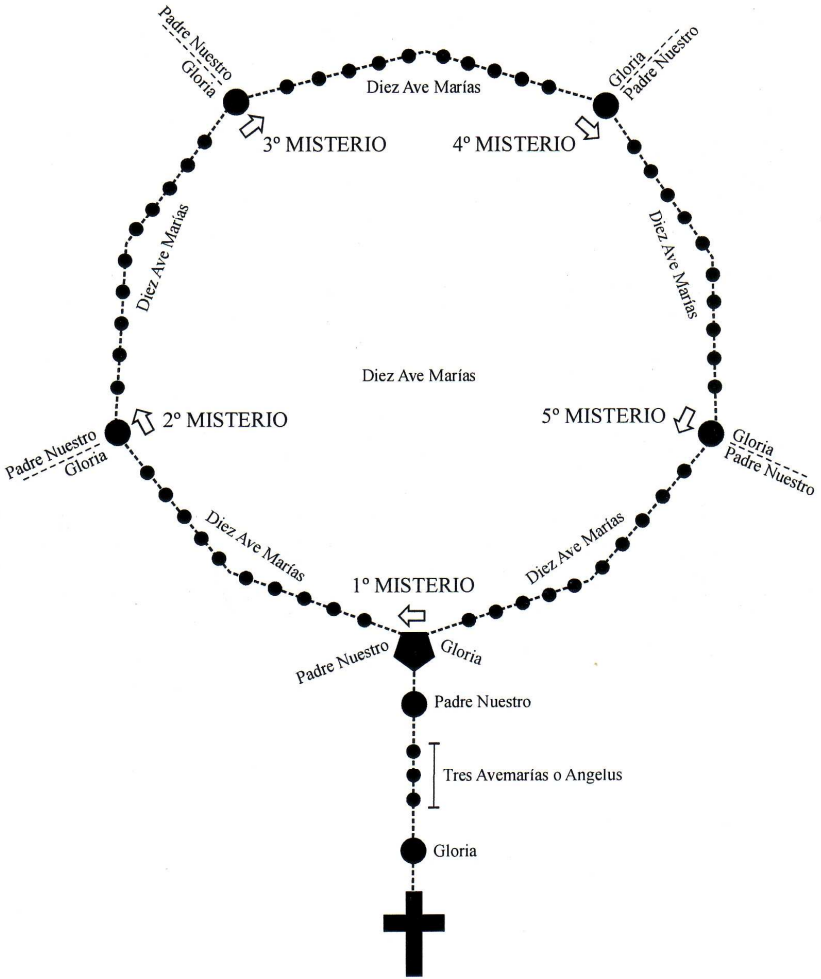
1. La Anunciación del Angel a la Santísima Virgen y la Encarnación del Hijo de Dios.
2. La Visitación de la Santísima Virgen a su prima Santa Isabel.
3. El Nacimiento del Niño Jesús.
4. La Presentación del Niño Jesús en el Templo y la Purificación de la Santísima Virgen.
5. La pérdida y hallazgo del Niño Jesús en el Templo, entre los doctores.

Misterios Luminosos (jueves)

1. El Bautismo de Jesús en el Río Jordán
2. El Milagro de las Bodas de Caná en Galilea y la anticipación de “la hora” de Jesús
3. La Predicación del Reino de Dios
4. La Transfiguración de Jesús en la cima del Monte Tabor
5. La Institución de la Eucaristía en la última cena.

⁵⁷⁶ Cf. p. 188.

APÉNDICES



Misterios Dolorosos (martes y viernes)

1. La oración de Nuestro Señor en el Huerto de Getsemaní.
2. La flagelación de Nuestro Señor Jesucristo.
3. Jesús coronado de espinas.
4. Jesús con la Cruz a cuestas caminando al Calvario.
5. La crucifixión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Misterios Gloriosos (miércoles y domingos)

1. La Triunfante Resurrección de Jesús.
2. La Ascensión de Jesús al Cielo.
3. La venida del Espíritu Santo sobre la Santísima Virgen y los Apóstoles.
4. La Asunción de la Santísima Virgen a los cielos.
5. La coronación de la Santísima Virgen como Reina y Señora de todo lo creado.

Después del Rosario se suelen rezar las Letanías de la Santísima Virgen:

Señor, ten piedad de nosotros,	<i>Señor, ten piedad de nosotros</i>
Cristo, ten piedad de nosotros,	<i>Cristo, ten piedad de nosotros</i>
Señor, ten piedad de nosotros.	<i>Señor, ten piedad de nosotros</i>

Cristo, óyenos,	<i>Cristo, óyenos</i>
Cristo, escúchanos.	<i>Cristo, escúchanos</i>

Dios Padre Celestial,	<i>Ten piedad de nosotros.</i>
Dios Hijo, Redentor del mundo,	<i>Ten piedad de nosotros.</i>
Dios Espíritu Santo,	<i>Ten piedad de nosotros.</i>
Santa Trinidad, un solo Dios.	<i>Ten piedad de nosotros.</i>

Santa María,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Santa Madre de Dios,	<i>Ruega por nosotros.</i>

Santa Virgen de las Vírgenes,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre de Cristo,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre de la divina gracia,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre purísima,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre castísima,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre y Virgen,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre sin mancha,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre inmaculada,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre amable,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre admirable,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre del buen consejo,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre del Creador,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre del Salvador,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Madre de la Iglesia,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Virgen prudentísima,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Virgen venerada,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Virgen laudable,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Virgen poderosa,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Virgen clemente,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Virgen fiel,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Espejo de justicia,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Sede de la sabiduría,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Causa de nuestra alegría,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Vaso espiritual,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Vaso honorable,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Vaso insigne de devoción,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Rosa mística,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Torre de David,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Torre de marfil,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Casa de oro,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Arca de la Alianza,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Puerta del cielo,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Estrella de la mañana,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Salud de los enfermos,	<i>Ruega por nosotros.</i>

Refugio de los pecadores,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Consuelo de los afligidos,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Auxilio de los cristianos,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de los Angeles,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de los Patriarcas,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de los Profetas,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de los Apóstoles,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de los Mártires,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de los Confesores,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de las Vírgenes,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de todos los Santos,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina concebida sin mancha de pecado original,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina llevada a los cielos,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina del Sacratísimo Rosario,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de las familias,	<i>Ruega por nosotros.</i>
Reina de la Paz,	<i>Ruega por nosotros.</i>

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,;	<i>Perdónanos, Señor.</i>
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo:	<i>Escúchanos, Señor.</i>
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo:	<i>Ten piedad de nosotros.</i>

Ruega por nosotros Santa Madre de Dios.	<i>Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.</i>
--	---

Oración

Concede a tus siervos, oh Señor Dios, que gocen siempre de la salud del cuerpo y del alma, y por la gloriosa intercesión de la bienaventurada siempre Virgen María, se vean libres de los males de la vida presente, y gocen de la eterna felicidad. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

ANGELUS

Se reza esta oración a la mañana, al mediodía y al atardecer:

– El ángel del Señor anunció a María,
y concibió por obra del Espíritu Santo. (Un Ave María).

– He aquí la esclava del Señor:
bágase en mí según tu palabra. (Un Ave María).

– El Verbo se hizo carne,
y habitó entre nosotros. (Un Ave María).

– Ruega por nosotros santa Madre de Dios,
para que seamos dignos de alcanzar las promesas de N. S. Jesucristo.

Oración.

Infunde, Señor, Tú gracia en nuestras almas, para que habiendo conocido por el anuncio del Ángel la Encarnación de tu Hijo Jesucristo, por su Pasión y su Cruz, lleguemos a la gloria de la Resurrección. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Se suele agregar (tres veces) en honor de la Santísima Trinidad:

-Gloria al Padre y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Asimismo, un *requiem* por las benditas almas del purgatorio:

– Y que las almas de todos los fieles difuntos.
Por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

Durante el tiempo pascual, en vez del **Angelus**, se reza el **Regina Coeli** de pie.

– Reina del cielo alégrate. Aleluya.

Porque Aquel que merecisteis llevar en vuestro seno. Aleluya.

– Resucitó según lo había predicho. Aleluya

Rogad por nosotros a Dios. Aleluya.

– ¡Gózate y regocíjate, Virgen María! Aleluya.

Porque el Señor verdaderamente resucitó. Aleluya.

Oración.

Oh Dios que os dignasteis dar al mundo una alegría inefable por la Resurrección de Vuestro Hijo Nuestro Señor Jesucristo, concédenos por la mediación de la Virgen María, Su Santísima Madre la gracia de alcanzar las delicias de la vida eterna. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

ÍNDICES

ÍNDICE GENERAL

SUMARIO	7
PRESENTACIÓN DE	11
AL LECTOR.....	13

LAS CUATRO PARTES DE LA DOCTRINA CATÓLICA

1. LO QUE DEBEMOS CREER	17
2. LO QUE DEBEMOS RECIBIR	20
3. LO QUE DEBEMOS HACER	22
4. LO QUE DEBEMOS REZAR.....	23

PRIMERA PARTE LO QUE DEBEMOS CREER

LA PROFESIÓN DE LA FE	27
-----------------------------	----

Primera Sección

«CREO» – «CREEMOS».....	31
-------------------------	----

Capítulo primero El hombre es «capaz de Dios»..... 33

1. EL DESEO DE DIOS.....	33
2. LAS VÍAS DE ACCESO AL CONOCIMIENTO DE DIOS.....	34
1. Conocimiento natural de Dios.....	34
2. Conocimiento sobrenatural de Dios.....	36

Capítulo segundo Dios al encuentro del hombre 37

1. LA REVELACIÓN DE DIOS	37
1. Dios revela su designio amoroso	37

2. Las etapas de la Revelación.....	37
2. LA TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN DIVINA.....	38
1. La Sagrada Tradición	38
2. La Sagrada Escritura	39
3. El Magisterio de la Iglesia	42

Capítulo tercero La respuesta del hombre a Dios..... 47

1. CREO.....	47
2. CREEMOS	48
3. LOS JÓVENES Y LA FE.....	48

Segunda Sección

LA PROFESIÓN DE LA FE CRISTIANA:

EL CREDO..... 51

INTRODUCCIÓN.....	53
-------------------	----

Capítulo primero Creo en Dios Padre..... 55

ARTÍCULO 1 «CREO EN DIOS PADRE

**TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y
DE LA TIERRA»..... 55**

1. DIOS UNO Y TRINO.....	55
1. Naturaleza de Dios.....	55
2. La Santísima Trinidad.....	63
2. LA CREACIÓN	66
1. El cielo y la tierra.....	66
2. Los ángeles.....	67
3. Los hombres.....	68
3. EL PECADO ORIGINAL.....	70
1. Nuestros primeros padres.....	70
2. La historia posterior.....	72

Capítulo segundo Creo en Jesucristo..... 77

ARTÍCULO 2 «CREO EN JESUCRISTO,

SU ÚNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR»..... 77

1. DIVINIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO	77
1. Así lo enseñó el mismo Cristo	77

ÍNDICE GENERAL

2. Así lo reconocieron sus propios enemigos	78
3. Así lo predicaron los apóstoles	78
4. Así lo demostró el mismo Jesús	78
2. HUMANIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.....	79
3. UN SÓLO SEÑOR JESUCRISTO, VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE.....	81

ARTÍCULO 3 «CREO QUE FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO. NACIÓ DE SANTA MARÍA VIRGEN.».....	83
1. LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA	83
1. Su incomparable grandeza	83
2. Necesidad de alabarla.....	84
3. Madre de Dios.....	85
4. Su virginidad inmaculada.....	86
5. Madre de todos los hombres	86
6. Corredentora	88
7. Asunta al cielo	88
8. Omnipotencia suplicante.....	89
9. Madre de la Iglesia.....	90
2. LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO	91
1. Toda la vida de Cristo es Misterio	91
2. Los misterios de la infancia y de la vida oculta	93
3. Los Misterios de la Vida Pública de Jesús.....	99

ARTÍCULO 4 «PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO»	107
1. PRELUDIOS DE LA PASIÓN	107
2. PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO	108
3. LA OBRA DE NUESTRA SALVACIÓN.....	111
4. AMOR A LA CRUZ.....	112
1. El deseo de los santos.....	113
2. El amor y la alegría de la cruz.....	114

ARTÍCULO 5 «DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS, AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS».....	118
1. CRISTO DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS	118
2. AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS...119	

1. El sepulcro vacío	119
2. Las apariciones del Resucitado.....	120
ARTÍCULO 6 «SUBIÓ A LOS CIELOS, ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE».....	121
<i>A LA DIESTRA DEL PADRE.....</i>	<i>122</i>
ARTÍCULO 7 «DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS»..	123
1. JUICIO FINAL Y JUICIO PARTICULAR.....	123
2. LA PURIFICACIÓN FINAL O PURGATORIO.....	125
 <i>Capítulo tercero Creo en el Espíritu Santo</i>	<i>127</i>
ARTÍCULO 8 «CREO EN EL ESPÍRITU SANTO»..	127
1. ¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO?.....	127
2. PENTECOSTÉS.....	128
3. EL ESPÍRITU SANTO, EL DON DE DIOS.....	129
4. LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO.....	129
5. EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA.....	130
ARTÍCULO 9 «CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA, EN LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS».....	133
INTRODUCCIÓN.....	133
1. NATURALEZA DE LA IGLESIA.....	134
1. Somos el pueblo comprado por la Sangre de Cristo.....	134
2. El bautismo nos incorpora a Iglesia.....	135
3. Los símbolos o figuras de la Iglesia.....	135
4. PROPIEDADES O NOTAS DE LA IGLESIA DE CRISTO.....	137
1 La Iglesia es UNA	137
2. La Iglesia es SANTA.....	138
3. La Iglesia es CATÓLICA.....	138
4. La Iglesia es APOSTÓLICA	141
3. LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA.....	144
1. El Papa	144
2. Los Obispos	145
3. Los Sacerdotes	146
4. Los Laicos	146

ÍNDICE GENERAL

5. Los Religiosos o Consagrados.....	147
4. LOS TRES ESTADOS DE LA IGLESIA.....	147
CONCLUSIÓN.....	149
ARTÍCULO 10 «CREO EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS»	151
ARTÍCULO 11 «CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE».....	154
1. LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y LA NUESTRA.....	155
Cómo resucitan los muertos	157
2. MORIR EN CRISTO JESÚS.....	158
El sentido de la muerte cristiana	159
ARTÍCULO 12 «CREO EN LA VIDA PERDURABLE»	161

SEGUNDA PARTE
LO QUE DEBEMOS RECIBIR

LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO CRISTIANO	165
---	-----

Primera Sección LA ECONOMÍA SACRAMENTAL.....	169
---	------------

<i>Capítulo primero El Misterio Pascual en el tiempo de la Iglesia</i>	<i>171</i>
1. LA LITURGIA, OBRA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	171
2. EL MISTERIO PASCUAL EN LOS SACRAMENTO DE LA IGLESIA.....	172
1. La vida sobrenatural.....	172
2. Los sacramentos de la salvación	176

<i>Capítulo segundo La celebración sacramental del Misterio Pascual.....</i>	<i>179</i>
1. CELEBRAR LA LITURGIA DE LA IGLESIA.....	179
2. DIVERSIDAD LITÚRGICA Y UNIDAD DEL MISTERIO	181

Segunda Sección

LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA IGLESIA..185

Capítulo primero Los sacramentos de la iniciación cristiana187

1. EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO.....188

2. EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN.....189

3. EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA189

 1. Introducción..... 189

 2. Institución de la Eucaristía..... 191

 3. El Santo Sacrificio de la Misa 191

Capítulo segundo Los sacramentos de curación201

4. EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA O CONFESIÓN..201

5. EL SACRAMENTO DE LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS..205

Capítulo tercero Los sacramentos al servicio de la comunidad 207

6. EL SACRAMENTO DEL ORDEN SAGRADO.....207

7. EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.....209

 1. El matrimonio en el plan de Dios 209

 2. La preparación al matrimonio: El noviazgo católico 210

CONCLUSIÓN.....211

TERCERA PARTE

LO QUE HAY QUE HACER

LA VIDA EN CRISTO 213

Primera Sección

LA VOCACIÓN DEL HOMBRE:

LA VIDA EN EL ESPÍRITU217

Capítulo primero Dignidad de la persona humana219

1. EL HOMBRE, IMAGEN DE DIOS.....219

ÍNDICE GENERAL

2. LA LIBERTAD DEL HOMBRE.....	220
3. LA MORALIDAD DE LOS ACTOS HUMANOS.....	220
4. LA MORALIDAD DE LAS PASIONES.....	221
5. LA CONCIENCIA MORAL.....	222

Capítulo segundo La comunidad humana..... 225

1. LA PERSONA Y LA SOCIEDAD.....	225
2. LA PARTICIPACIÓN EN LA VIDA SOCIAL.....	226
3. LA JUSTICIA SOCIAL.....	227

Capítulo tercero La salvación de Dios: la ley y la gracia. 229

1. LEY NATURAL.....	229
2. LA LEY NUEVA O LEY EVANGÉLICA.....	230
1. Principalmente es infusa, interior.....	230
2. Secundariamente es escrita, exterior.....	232
3. El sermón de la montaña.....	233
3. EL PECADO.....	245
1. El pecado mortal.....	245
2. El pecado venial.....	248
3. La lucha del cristiano.....	250

Segunda Sección

LOS DIEZ MANDAMIENTOS..... 253

Introducción..... 255

Capítulo primero «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»..... 259

EL PRIMER MANDAMIENTO

AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS.....	259
1. MEDIDA DEL AMOR A DIOS.....	259
2. MOTIVOS.....	260
3. MODOS DE AMAR A DIOS.....	261
1. Amor afectivo de Dios.....	261
2. Amor efectivo de Dios.....	263
4. DEBERES QUE NOS IMPONE EL PRIMER MANDAMIENTO.....	264

1. La fe	264
2. La esperanza	264
3. La caridad.....	264
4. La devoción	264
5. La oración	264
6. La adoración.....	265
7. La veneración de las imágenes sagradas	265
8. El sacrificio	267
9. Promesas y votos.....	267
10. El deber social de la religión y el derecho a la libertad religiosa.....	267
5. <i>LO QUE ESTÁ PROHIBIDO POR EL PRIMER MANDAMIENTO</i>	267
EL SEGUNDO MANDAMIENTO	
NO TOMAR EL SANTO NOMBRE DE DIOS EN VANO	
1. <i>LO QUE SE MANDA</i>	270
2. <i>LO QUE SE PROHIBE</i>	271
EL TERCER MANDAMIENTO	
SANTIFICAR LAS FIESTAS	
<i>PRECEPTOS O MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA</i>	272
 Capítulo segundo «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».....	
279	
1. <i>SOBRE EL AMOR AL PRÓJIMO EN GENERAL</i>	279
1. Medida del amor al prójimo	279
2. Motivos.....	280
3. Obras del amor al prójimo.....	281
4. Distintivos del amor cristiano	283
5. Pecados que se oponen directamente al amor al prójimo	287
CUARTO MANDAMIENTO	
HONRAR AL PADRE Y A LA MADRE	
288	
QUINTO MANDAMIENTO	
NO MATAR	
291	

ÍNDICE GENERAL

SEXTO MANDAMIENTO	
NO COMETER ACTOS IMPUROS	293
SÉPTIMO MANDAMIENTO	
NO ROBAR.....	295
OCTAVO MANDAMIENTO	
NO LEVANTAR FALSO TESTIMONIO	
NI MENTIR	297
NOVENO MANDAMIENTO	
NO DESEARAS LA MUJER DE TU PRÓJIMO..	300
DÉCIMO MANDAMIENTO	
NO CODICIAR LOS BIENES AJENOS.....	302

CUARTA PARTE
LO QUE HAY QUE REZAR

LA ORACIÓN CRISTIANA.....	305
---------------------------	-----

Primera sección

LA ORACIÓN EN LA VIDA CRISTIANA	309
---------------------------------------	-----

Capítulo primero La revelación de la oración 311

1. ¿QUÉ ES LA ORACIÓN?.....	311
-----------------------------	-----

 1. La revelación de la oración en el Antiguo Testamento.. 312

 2. La revelación de la oración en la Plenitud

de los Tiempos.....	313
---------------------	-----

2. FORMAS DE ORACIÓN.....	313
---------------------------	-----

3. ¿QUÉ COSAS HAY QUE PEDIR?.....	315
-----------------------------------	-----

4. ¿A QUIÉN PEDIR?.....	315
-------------------------	-----

5. ¿POR QUIÉN ORAR?.....	316
--------------------------	-----

6. SABER ESCUCHAR	316
-------------------------	-----

Capítulo segundo La Tradición de la oración 317

1. LAS FUENTES DE LA ORACIÓN	317
------------------------------------	-----

 1. La Palabra de Dios

2. La Oración Litúrgica	318
3. Las virtudes teologales	319
2. EL CAMINO DE ORACIÓN	320
3. MAESTROS Y LUGARES DE ORACIÓN	320

Capítulo tercero La vida de oración	323
1. LAS EXPRESIONES DE LA ORACIÓN	323
GRADOS DE LA ORACIÓN	323
1. Etapa principalmente ascética	325
2. Etapa principalmente mística	331
2. EL COMBATE DE LA ORACIÓN: LAS DIFICULTADES	334

Segunda Sección

LA ORACIÓN DEL SEÑOR:

«EL PADRE NUESTRO»	337
--------------------------	-----

<i>El «Padre Nuestro»</i>	<i>339</i>
---------------------------------	------------

EPÍLOGO	343
---------------	-----

APÉNDICES	347
-----------------	-----

Para aprender de memoria	349
---------------------------------------	------------

PRIMERA PARTE LO QUE DEBEMOS CREER.....	349
---	-----

SEGUNDA PARTE LO QUE DEBEMOS RECIBIR.....	353
---	-----

TERCERA PARTE LO QUE DEBEMOS HACER ...	356
--	-----

CUARTA PARTE LO QUE DEBEMOS REZAR	357
---	-----

Para utilizar la Sagrada Escritura.....	358
--	------------

MILAGROS CONCRETOS DE JESÚS	358
-----------------------------------	-----

1. Milagros cósmicos (9)	358
--------------------------------	-----

ÍNDICE GENERAL

2. Resurrección (3)	359
3. Curaciones (13)	359
4. Expulsiones de demonios (7)	359
5. Milagros de majestad (4).....	360
PROFECÍAS DE JESÚS.....	360
1. Conoce los pensamientos ocultos:	360
2. Conoce lo que sucede a la distancia:	361
3. Conoce lo que sucederá en el futuro:.....	361
LAS PARÁBOLAS DE JESÚS	362
Modo práctico de confesarte.....	366
1. Antes de la confesión.....	366
2. Durante la Confesión.....	367
3. Después de la Confesión.....	369
Modo práctico de rezar el Santo Rosario	369
<i>Angelus</i>	375
ÍNDICES.....	377
Índice General.....	379
Índice Temático	391

ÍNDICE TEMÁTICO

A

aborto, 291
acidia, 268
Adán, 55, 68, 70, 71, 73, 99,
134, 357
adoración, 18, 63, 265, 266,
268, 321
alma, 36, 54, 58, 62, 68, 69, 70,
71, 79, 84, 87, 88, 96, 112,
116, 118, 119, 121, 130, 133,
139, 154, 157, 158, 164, 173,
188, 190, 196, 198, 199, 203,
204, 205, 215, 219, 223, 240,
241, 245, 246, 248, 251, 259,
260, 261, 262, 270, 274, 280,
287, 293, 311, 315, 316, 323,
324, 328, 329, 331, 332, 333,
334, 341, 366, 374
amor, 13, 34, 36, 37, 62, 65, 74,
80, 81, 84, 85, 88, 94, 103,
108, 112, 114, 115, 116, 117,
124, 129, 130, 132, 139, 149,
151, 152, 159, 163, 164, 165,
174, 182, 190, 209, 210, 219,
221, 229, 230, 232, 239, 250,
259, 260, 261, 262, 263, 266,
267, 268, 270, 274, 279, 280,
281, 283, 285, 286, 287, 288,
289, 290, 294, 304, 311, 319,
323, 324, 326, 327, 331, 332,
333, 339, 341, 343, 349
ángeles, 55, 56, 58, 67, 83, 94,
101, 124, 141, 148, 153, 163,

180, 200, 245, 265, 280, 284,
316, 340, 350
Antiguo Testamento, 39, 44, 45,
118, 155, 232, 265, 312
Anunciación, 91, 92, 370
apariciones, 120
Apocalipsis, 41
apóstoles, 18, 38, 43, 78, 122,
143, 179, 180, 182, 189, 236,
251, 360
Apóstoles, 18, 40, 104, 110,
115, 121, 127, 128, 131, 141,
145, 150, 152, 153, 189, 191,
207, 269, 346, 372, 374
Ascensión, 121, 122, 180, 372
ateísmo, 48, 269
Ave María, 23, 91, 160, 326,
346, 358, 375
aventura, 48
ayuno, 68, 101, 275, 276, 367

B

Bautismo, 18, 20, 71, 103, 127,
135, 136, 137, 148, 152, 187,
188, 201, 275, 323, 331, 334,
344, 353, 355, 357
Belén, 74, 79, 92, 93, 94, 95, 97,
123, 200
Benignidad, 21
Biblia, 39, 266
Bienaventuranzas, 233, 362
blasfemia, 49, 78, 271
Bondad, 21, 58, 59, 260, 268,
291, 327, 349

C

- Calvario, 90, 110, 114, 172, 211, 372
- caridad, 106, 108, 112, 129, 149, 173, 174, 177, 225, 227, 230, 231, 233, 237, 243, 251, 255, 259, 261, 264, 272, 276, 279, 280, 281, 283, 285, 286, 292, 296, 297, 339
- Caridad, 20, 21, 66, 193
- Castidad, 21
- Católica, 5, 11, 15, 18, 21, 22, 24, 33, 34, 37, 38, 39, 42, 45, 48, 53, 85, 92, 95, 97, 99, 101, 119, 120, 121, 128, 131, 133, 135, 138, 141, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 160, 169, 171, 177, 181, 182, 187, 191, 196, 211, 219, 220, 221, 222, 226, 227, 228, 229, 247, 248, 260, 264, 266, 267, 268, 269, 272, 273, 277, 281, 284, 289, 290, 291, 292, 294, 295, 297, 299, 302, 303, 312, 313, 315, 317, 320, 321, 323, 330, 351, 352
- Cenáculo, 110, 120, 127, 128
- cielo, 18, 23, 25, 29, 58, 60, 61, 65, 66, 84, 87, 88, 94, 104, 106, 114, 116, 122, 128, 148, 158, 162, 180, 193, 202, 219, 236, 241, 248, 257, 264, 283, 286, 295, 307, 311, 321, 339, 340, 341, 349, 350, 352, 370, 373, 376
- Ciencia, 21, 176
- conciencia, 27, 33, 35, 125, 160, 172, 204, 215, 219, 222, 267, 290, 355, 360, 366, 367
- concupiscencia, 300, 301, 302
- confesión, 203, 247, 249, 268, 275, 366, 367, 368, 369
- Confirmación, 20, 131, 187, 189, 353
- CONOCIMIENTO, 34
- Consejo, 21, 176
- contienda, 288
- Continencia, 21
- CREACIÓN, 66
- Creador, 18, 33, 34, 49, 55, 59, 158, 220, 222, 268, 296, 332, 350, 373
- Credo, 17, 18, 48, 51, 53, 54, 127, 137, 141, 148, 154, 161, 349
- Cristo, 13, 15, 17, 27, 34, 43, 44, 45, 49, 54, 57, 73, 74, 77, 78, 79, 81, 82, 84, 86, 91, 92, 93, 95, 96, 99, 103, 105, 107, 110, 111, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 122, 123, 124, 125, 128, 129, 130, 131, 134, 135, 136, 138, 139, 140, 141, 144, 145, 146, 147, 148, 151, 152, 153, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 162, 165, 169, 171, 172, 173, 177, 179, 180, 181, 185, 187, 188, 189, 190, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 206, 207, 208, 209, 210, 213, 217, 219, 220, 230, 231, 232, 233, 236, 239, 244, 251, 260, 263, 267, 273, 277, 280, 283, 284, 285, 286, 292, 293, 294, 297, 298, 301, 303, 305, 309, 312, 314, 318, 319, 320, 334, 336, 341, 343, 344, 346, 352, 355, 362, 368, 372, 373

ÍNDICE TEMÁTICO

Cruz, 24, 56, 63, 65, 68, 69, 77,
87, 95, 105, 108, 110, 111,
112, 113, 114, 115, 116, 118,
133, 134, 172, 190, 191, 192,
193, 194, 210, 231, 262, 267,
326, 327, 331, 332, 334, 335,
340, 344, 345, 351, 355, 357,
368, 369, 372, 375

D

Decálogo, 229, 253, 255
demonio, 68, 101, 102, 106,
160, 200
Demonio, 71, 72, 205, 246, 335,
344, 360
desesperación, 234, 268
diálogo interreligioso, 140
Dios, 13, 17, 18, 20, 22, 23, 24,
29, 31, 33, 34, 35, 36, 37, 38,
39, 41, 42, 43, 44, 45, 47, 48,
49, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 60,
61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68,
69, 70, 71, 72, 73, 74, 77, 78,
79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86,
87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94,
95, 96, 98, 99, 100, 101, 102,
103, 105, 106, 107, 108, 111,
113, 114, 115, 116, 118, 119,
120, 121, 123, 124, 128, 129,
130, 131, 133, 134, 135, 136,
137, 138, 139, 140, 141, 142,
145, 146, 147, 148, 149, 152,
153, 154, 155, 156, 157, 158,
159, 160, 161, 162, 163, 164,
165, 171, 172, 173, 174, 175,
176, 177, 179, 180, 181, 182,
188, 190, 191, 192, 193, 197,
201, 202, 203, 204, 207, 208,
209, 211, 215, 217, 219, 220,

222, 223, 225, 226, 227, 228,
229, 230, 231, 232, 233, 235,
236, 237, 239, 240, 241, 242,
243, 244, 245, 246, 247, 248,
249, 250, 251, 252, 253, 255,
256, 257, 259, 260, 261, 262,
263, 264, 265, 266, 267, 268,
269, 270, 271, 272, 273, 274,
275, 276, 277, 279, 280, 282,
283, 285, 286, 287, 288, 289,
290, 293, 294, 295, 297, 298,
299, 300, 301, 303, 305, 311,
312, 313, 314, 315, 316, 317,
318, 319, 320, 323, 324, 325,
326, 327, 328, 329, 330, 331,
332, 333, 334, 335, 337, 339,
340, 341, 343, 344, 345, 346,
349, 350, 351, 352, 353, 355,
356, 357, 366, 368, 369, 370,
372, 374, 375, 376

Director Espiritual., 281

discordia, 288

divorcio, 210, 294

don, 27, 44, 47, 129, 131, 153,
162, 171, 174, 176, 180, 269,
294, 301, 331, 352

dones, 20, 95, 173, 174, 176,
187, 188, 192, 232, 234, 236,
260, 323, 324, 331, 352, 354

Dones, 21

E

Encarnación, 80, 84, 127, 172,
180, 370, 375

encuentro, 29, 37, 116, 136,
151, 157, 161, 171, 206, 312,
321

enemigos, 71, 78, 123, 148, 238,
 250, 266, 277, 280, 283, 287,
 290, 314, 316, 360, 369
 Entendimiento, 21, 176
 envidia, 67, 247, 248, 288, 292,
 302, 303
Epifanía, 94
 escándalo, 288, 291
 esperanza, 66, 112, 122, 125,
 154, 155, 156, 158, 162, 173,
 174, 180, 205, 222, 242, 264,
 319, 326, 327
 Esperanza, 20
 Espíritu Santo, 18, 20, 21, 24,
 29, 39, 41, 43, 47, 51, 54, 63,
 64, 65, 70, 83, 85, 96, 100,
 125, 127, 128, 129, 130, 131,
 132, 134, 137, 139, 171, 173,
 176, 177, 179, 180, 181, 188,
 189, 219, 231, 232, 234, 236,
 247, 251, 269, 284, 286, 293,
 311, 314, 317, 318, 319, 320,
 324, 326, 331, 349, 350, 352,
 353, 357, 361, 368, 369, 372,
 375
 estipendio, 269
 Eternidad, 58
 Eucaristía, 20, 103, 104, 110,
 149, 158, 162, 165, 167, 180,
 185, 187, 190, 191, 195, 196,
 197, 198, 199, 265, 273, 275,
 323, 341, 353
 eutanasia, 291
 Eva, 55, 68, 73, 134, 326, 357
 Extremaunción, 20, 205, 206,
 353

F

familia, 74, 93, 136, 146, 180,
 205, 209, 210, 225, 227, 274,
 289, 290, 320
 fariseos, 100, 104, 107, 156,
 286, 298, 360
 fe, 15, 17, 18, 27, 29, 34, 36, 38,
 42, 43, 44, 47, 48, 51, 53, 55,
 57, 61, 63, 66, 69, 73, 75, 77,
 80, 82, 92, 111, 112, 120,
 129, 131, 134, 137, 141, 143,
 144, 148, 149, 150, 154, 155,
 156, 157, 162, 171, 173, 174,
 176, 177, 179, 180, 181, 185,
 187, 190, 196, 197, 205, 206,
 222, 230, 231, 241, 244, 245,
 250, 251, 264, 267, 268, 299,
 312, 313, 319, 324, 327, 328,
 335, 342, 345
 Fe, 20, 24, 127, 327, 362
 felicidad, 31, 65, 116, 124, 140,
 163, 164, 234, 303, 374
 Fidelidad, 21
 fortaleza, 66, 150, 173, 175
 Fortaleza, 21, 176
 fuego, 100, 105, 124, 127, 128,
 132, 162, 163, 179, 199, 239,
 241, 285, 326, 327, 370

G

Gloria, 49, 78, 82, 93, 132, 326,
 369, 370, 375
 Gozo, 21
 gracia, 18, 20, 23, 24, 29, 56, 68,
 70, 71, 72, 77, 83, 86, 87, 89,
 90, 98, 99, 105, 121, 124,
 129, 133, 134, 135, 137, 138,
 139, 140, 147, 148, 149, 152,

ÍNDICE TEMÁTICO

153, 154, 160, 162, 172, 173,
174, 176, 177, 181, 187, 188,
197, 198, 201, 202, 203, 205,
207, 208, 209, 211, 215, 219,
225, 229, 230, 231, 232, 233,
234, 243, 244, 245, 246, 248,
250, 260, 281, 301, 303, 315,
316, 319, 323, 324, 325, 327,
328, 329, 331, 335, 340, 343,
344, 350, 351, 352, 353, 355,
356, 366, 373, 375, 376

H

herejes, 64, 82, 196
hermano, 51, 86, 156, 237, 279,
282, 283, 285, 287
hombre, 15, 18, 24, 29, 33, 36,
37, 41, 47, 49, 53, 57, 58, 61,
62, 63, 70, 71, 72, 73, 74, 77,
78, 79, 80, 81, 82, 83, 85, 91,
96, 101, 107, 112, 124, 130,
131, 133, 136, 140, 143, 148,
152, 157, 159, 160, 163, 172,
177, 193, 201, 209, 210, 215,
217, 219, 220, 221, 222, 225,
229, 230, 232, 237, 240, 241,
246, 250, 253, 264, 265, 270,
277, 281, 286, 290, 293, 294,
295, 296, 297, 300, 301, 303,
312, 314, 317, 324, 346, 351,
352, 361
hombres, 18, 35, 53, 55, 56, 61,
67, 68, 70, 71, 72, 80, 81, 84,
86, 87, 89, 90, 92, 93, 98, 99,
103, 105, 106, 107, 108, 111,
112, 120, 123, 134, 135, 137,
138, 139, 140, 144, 146, 153,
155, 157, 160, 163, 172, 173,
174, 190, 193, 197, 200, 201,

208, 225, 227, 230, 236, 239,
240, 241, 242, 243, 252, 253,
255, 263, 267, 280, 281, 282,
287, 289, 290, 292, 296, 299,
312, 315, 318, 321, 325, 339,
340, 343, 350, 352

HUMANIDAD, 79

I

idolatría, 63, 268, 302
Iglesia, 5, 11, 15, 18, 21, 22,
24, 25, 29, 33, 34, 37, 38, 39,
41, 42, 43, 44, 45, 47, 48, 49,
53, 79, 84, 85, 90, 92, 94, 95,
97, 99, 101, 105, 111, 116,
118, 119, 120, 121, 124, 128,
129, 130, 131, 133, 134, 135,
136, 137, 138, 139, 140, 141,
142, 144, 145, 146, 147, 148,
149, 150, 151, 152, 153, 154,
155, 156, 157, 158, 159, 160,
161, 165, 167, 169, 171, 172,
174, 177, 179, 180, 181, 182,
185, 187, 188, 191, 195, 196,
205, 209, 210, 211, 215, 219,
220, 221, 222, 226, 227, 228,
229, 237, 246, 247, 248, 260,
264, 266, 267, 268, 269, 272,
273, 275, 276, 277, 282, 284,
289, 290, 291, 292, 294, 295,
296, 297, 299, 302, 303, 307,
312, 313, 314, 315, 317, 318,
320, 321, 323, 326, 327, 330,
341, 351, 352, 353, 356, 361,
367, 373
Infierno, 42, 67, 68, 71, 72, 124,
125, 187, 206, 244, 245, 246,
248, 262, 280, 327, 357

infinito, 42, 56, 57, 59, 65, 72,
77, 81, 82, 131, 193, 208,
273, 286, 303, 349
inmaculada, 86, 121, 134, 373
Inmensidad, 60
Inmutabilidad, 58
inteligencia, 13, 21, 34, 35, 47,
55, 57, 58, 69, 77, 80, 98,
176, 229, 300, 329, 333, 350
Isaac, 73

J

jóvenes, 11, 25, 27, 31, 36, 48,
54, 75, 126, 132, 140, 143,
144, 151, 160, 161, 165, 185,
199, 200, 206, 209, 210, 211,
213, 217, 304, 305, 309, 336,
337, 342
judíos, 74, 78, 86, 95, 98, 104,
107, 110, 119, 189, 266, 286,
362
juicio, 123, 124, 176, 222, 223,
237, 243, 296, 298
juramento, 271
justicia, 18, 41, 66, 100, 102,
155, 173, 175, 215, 227, 231,
235, 240, 243, 251, 290, 295,
296, 297, 298, 299, 344, 349,
373
Justicia, 21, 61

L

Laicos, 146
ley, 22, 37, 94, 99, 105, 129,
146, 162, 215, 219, 222, 229,
230, 231, 232, 233, 237, 246,
248, 255, 256, 272, 274, 276,
283, 291, 296, 340, 356, 357

libertad, 27, 56, 61, 63, 129,
143, 152, 215, 219, 220, 226,
231, 248, 267, 275, 281, 290,
299, 352
limbo, 118
liturgia, 143, 167, 169, 171, 179,
180, 181, 182, 275, 318, 319
Longanimidad, 21
lucha, 250, 300, 312, 344, 345

M

Madre, 23, 82, 83, 84, 85, 86, 87,
88, 89, 90, 91, 95, 113, 116,
128, 135, 136, 141, 149, 160,
179, 180, 271, 273, 288, 326,
335, 343, 346, 351, 358, 366,
372, 373, 374, 375, 376
Maestro, 102, 103, 112, 131,
146, 162, 320
Magisterio, 38, 42, 43, 44, 131
mandamientos, 11, 15, 22, 73,
103, 124, 146, 162, 229, 233,
247, 253, 255, 256, 261, 263,
264, 272, 279, 288, 293, 302,
340, 356
Mandamientos, 22, 24, 233,
237, 244, 255, 272, 367
Mansedumbre, 21
Matrimonio, 20, 187, 353
meditación, 180, 323, 328, 329,
330
Mesías, 74, 78, 94, 95, 101, 102,
312
milagros, 79, 82, 92, 104, 107,
175, 191, 244, 331, 360, 361
Misa, 63, 111, 130, 143, 147,
160, 190, 191, 192, 193, 194,
199, 208, 247, 269, 273, 274,
318, 326, 355, 366

ÍNDICE TEMÁTICO

misión, 102, 139, 140, 146, 147,
149, 153, 171, 177, 187, 209,
352
Misterio, 37, 91, 92, 93, 121,
165, 171, 179, 180, 181, 273
mística, 324, 331, 373
Modestia, 21
Moisés, 37, 73, 95, 253, 255,
279, 312
moralidad, 215, 220
muerte, 23, 38, 59, 69, 70, 71, 72,
96, 97, 105, 106, 107, 111,
117, 119, 123, 124, 150, 154,
157, 158, 159, 160, 161, 162,
164, 178, 182, 187, 188, 202,
210, 231, 245, 246, 251, 262,
263, 271, 282, 291, 302, 321,
337, 346, 361, 372

N

nacimiento, 40, 59, 84, 87, 93,
187, 188, 314, 359
naturaleza, 18, 33, 35, 63, 64,
70, 71, 81, 82, 85, 133, 139,
154, 173, 176, 201, 219, 225,
226, 286, 299, 343, 352
Navidad, 93, 180
noviazgo, 210, 211
Nuevo Testamento, 40, 41, 230,
313

O

Obispos, 17, 42, 55, 134, 142,
145, 150, 352
odio, 49, 124, 221, 268, 286,
287, 367
oración, 15, 17, 23, 53, 68, 87,
88, 89, 104, 130, 131, 132,

138, 180, 181, 205, 222, 236,
240, 249, 264, 272, 276, 283,
301, 305, 307, 309, 311, 312,
313, 314, 315, 316, 317, 318,
319, 320, 321, 323, 324, 325,
326, 328, 329, 330, 331, 332,
333, 334, 335, 339, 341, 349,
358, 372, 375
Orden Sagrado, 20, 187, 208,
353

P

Paciencia, 21
Padre, 18, 23, 24, 29, 38, 47, 51,
53, 55, 57, 63, 64, 65, 67, 70,
74, 77, 78, 80, 83, 85, 91, 98,
99, 101, 104, 107, 114, 119,
121, 122, 124, 127, 132, 134,
136, 145, 156, 159, 171, 176,
180, 182, 188, 213, 236, 237,
240, 241, 244, 249, 280, 282,
283, 284, 288, 307, 311, 313,
319, 320, 326, 329, 331, 337,
339, 344, 349, 350, 351, 353,
357, 358, 362, 368, 369, 370,
372, 375
Padre nuestro, 23, 280, 326,
339
Padrenuestro, 23, 103
Palabra, 36, 38, 41, 42, 44, 45,
48, 65, 66, 78, 136, 146, 177,
179, 180, 181, 191, 204, 222,
317, 318, 327, 330, 354, 368
Papa, 17, 42, 43, 44, 48, 55, 86,
89, 125, 134, 137, 141, 144,
145, 165, 205, 206, 352
parábolas, 104, 362
Pascua, 22, 98, 119, 128, 129,
179, 182, 275, 361, 367

PASIÓN, 107, 108
 pasiones, 71, 215, 221, 276, 303,
 344
 Pastor, 69, 104, 146, 273, 362
 patria, 290, 297
 Paz, 21, 91, 116, 374
 pecado, 55, 58, 68, 70, 71, 72,
 78, 79, 91, 101, 102, 105,
 111, 124, 125, 151, 152, 153,
 154, 161, 163, 177, 178, 187,
 188, 198, 201, 202, 203, 208,
 215, 219, 225, 229, 231, 237,
 238, 245, 246, 247, 248, 249,
 268, 269, 271, 273, 275, 286,
 288, 289, 292, 293, 295, 298,
 300, 301, 302, 315, 327, 328,
 341, 344, 345, 351, 355, 356,
 357, 366, 374
pecadores, 23, 42, 138, 151, 202,
 246, 260, 280, 283, 286, 287,
 292, 320, 328, 344, 374
Pedro, 40, 42, 53, 78, 86, 89,
 110, 120, 123, 134, 141, 144,
 145, 199, 203, 235, 236, 247,
 250, 269, 277, 282, 352, 359,
 361
 Penitencia, 20, 185, 187, 201,
 341, 353, 355
 Pentecostés, 127, 128, 135, 180,
 189, 275
 perdón, 18, 29, 103, 105, 151,
 153, 202, 205, 206, 247, 275,
 282, 314, 327, 366, 369
 Perdurable, 161
 peticiones, 307, 313, 339
 Piedad, 21, 91, 176
 Pilato, 18, 29, 78, 104, 107, 110
 pobres, 130, 153, 234, 236, 270,
 272, 283, 284, 285, 297, 303,
 343

preceptos, 22, 232, 237, 255,
 263, 272, 302, 356
 Preceptos, 22, 272, 367
 Presencia, 190, 195, 196
 presunción, 268
 providencia, 61, 62, 242, 303
 Providencia, 61, 91, 242, 260,
 327
prudencia, 150, 173, 175, 264,
 270
 Prudencia, 21
 pueblo, 37, 73, 74, 92, 93, 95,
 96, 104, 134, 173, 181, 229,
 295, 301, 312, 362
pureza, 87, 103, 150, 247, 293,
 301
 Purgatorio, 125, 148, 190, 249,
 280, 316

R

Religiosos, 147
 Resurrección, 22, 92, 120, 121,
 127, 156, 180, 273, 275, 359,
 372, 375, 376
 Revelación, 37, 38, 41, 44, 45,
 47
 REVELACIÓN, 37, 38
 Rey, 41, 65, 95, 102, 104, 105,
 106, 122, 132, 136, 146, 204,
 277, 362
 riquezas, 43, 56, 66, 234, 240,
 241, 277, 301, 303
 Rosario, 89, 91, 369, 372, 374

S

Sabiduría, 21, 39, 60, 66, 114,
 176

ÍNDICE TEMÁTICO

Sacerdote, 102, 105, 106, 146,
179, 180, 192, 318, 319
sacerdotes, 43, 55, 95, 146, 152,
153, 193, 202, 204, 207, 208,
209, 269, 277, 343, 352, 361,
367
Sacramentos, 20, 24, 177, 187,
233, 243, 251, 260, 293, 318,
341
sacrificio, 17, 88, 96, 105, 111,
116, 130, 134, 150, 190, 191,
193, 194, 236, 264, 265, 267,
335, 355
Sacrificio, 134, 181, 190, 191,
192, 193, 194, 199, 208, 267,
273, 318, 354, 355, 362
sacrilegio, 49, 198, 202, 208,
268, 335
Sagrada Escritura, 29, 38, 39, 41,
43, 44, 45, 57, 119, 130, 135,
191, 317, 318
Salvador, 48, 51, 66, 72, 73, 77,
78, 86, 87, 93, 94, 138, 151,
351, 366, 373
Salve, 326, 370
San José, 93, 98, 160, 200, 242
Sangre, 117, 134, 146, 191,
192, 194, 197, 198, 201, 275,
286, 353, 354, 355
Sanhedrín, 110
Santa Misa, 22, 121, 130, 134,
191, 193, 194, 198, 202, 207,
267, 272, 273, 274, 318, 354,
355
santiguarse, 24
sectas, 142, 143
sepulcro, 111, 118, 119
sequedad, 274, 334
sermones, 104
símbolo, 53, 54

Símbolo, 17, 18, 64, 111
simonía, 269
Simplicidad, 62
sobrenatural, 36, 44, 47, 86,
133, 136, 149, 172, 173, 175,
176, 188, 230, 246, 281, 315,
329, 331, 340, 343
superstición, 268

T

Temor de Dios, 21, 176
templanza, 66, 129, 150, 173,
175, 231
Templanza, 21
Templo, 95, 96, 98, 101, 119,
134, 181, 312, 362, 370
tentación, 23, 67, 68, 101, 102,
205, 249, 304, 335, 341, 345
tentaciones, 24, 101, 102, 198,
200, 205, 207, 293, 335, 341
tierra, 18, 23, 25, 29, 34, 35, 49,
53, 58, 60, 65, 66, 67, 69, 73,
74, 84, 93, 95, 97, 104, 105,
106, 116, 119, 122, 128, 132,
144, 147, 148, 152, 153, 154,
155, 158, 159, 162, 163, 172,
180, 193, 199, 204, 234, 240,
250, 256, 257, 265, 277, 290,
318, 321, 326, 328, 334, 340,
349, 350
Trascendencia, 56
Trinidad, 63, 64, 65, 77, 78, 81,
83, 85, 91, 103, 117, 127,
133, 134, 135, 142, 148, 167,
171, 181, 349, 350, 351, 372,
375

CARLOS MIGUEL BUELA

U

Unidad, 57, 64, 137, 148
unión hipostática, 83

V

veneración, 84, 265, 266
Verdad, 42, 48, 57, 59, 70, 103,
106, 127, 164, 246, 251, 327

Virgen María, 56, 68, 74, 82, 86,
88, 90, 91, 93, 127, 150, 210,
265, 273, 313, 316, 320, 326,
351, 374, 376
virginidad, 86, 270
Virtudes, 20, 21, 173, 265
vocaciones, 140, 142
voto, 270



IVE Press

New York – 2006

